



ANIQUILACIÓN

CANADÁ IV

Mariak Evans

Lectulandia

Aniquilación

Mariah Evans

*Esta novela está dedicada con todo mi cariño a Arancha Esevarri Barrau.
Muchas gracias por todas esas horas de conversación que compartimos, incluso a
altas horas de la noche y por tu apoyo incondicional.
Espero poder disfrutar de muchas más conversaciones, confidencias y risas contigo.*
Mariah

Prólogo

Christopher entró enloquecido en el comedor donde todos sus compañeros se encontraban a la mesa.

Nicholas sonrió hacia él, aunque al ver su gesto enfurecido borró la sonrisa de su rostro.

—¿Va todo bien? —preguntó preocupado.

Christopher fue hasta la mesa y dio un golpe en ella llamando la atención de todos, haciendo que lo mirase fijamente, sin comprender su reacción.

—¡No la aguanto! —gritó—. ¡No aguanto más!

Nicholas sonrió asombrado, con cierto nerviosismo, y luego miró de reojo a sus compañeros. Christopher estaba atacado de los nervios, incluso su respiración era acelerada.

—Ya... —dijo levantándose despacio de la silla, señalándolo con una mano como si así pudiese calmarle—. Te refieres a... a tu compañera, ¿no?

—¿Se llamaba Lauren, verdad? —preguntó Dean.

Christopher gruñó al escuchar ese nombre y apretó la mandíbula mirando a su amigo, como si le enfureciese incluso escuchar el nombre de ella.

—Vamos, cálmate... —prosiguió Nicholas. Nunca había visto a Christopher tan histérico—, seguro que no es para tanto —intentó quitarle hierro al asunto.

—¿Que no es para tanto? —gritó Christopher centrando toda su furia en su jefe—. ¿Que no? —Luego lo señaló mientras Nicholas daba un paso hacia atrás, asombrado—. No lo soporto más... Yo... —dijo mientras se removía inquieto—, ¡dimito! —acabó gritando—. ¡Me voy!

Nicholas lo miró incrédulo.

—Vamos, Christopher... no digas eso. Además, sabes que no puedes dimitir.

Christopher gritó en su dirección como si así se quitase los nervios de encima y les dio la espalda dirigiéndose a su habitación a un paso acelerado, con movimientos realmente tensos.

—¡Y tanto que puedo! ¡Lo estoy haciendo! ¡No pienso volver a esa comisaría nunca más!

Nicholas se rascó la cabeza mientras miraba a todos sus compañeros que permanecían igual de sorprendidos que él.

—Pero si solo llevas dos días, Christopher —bromeó.

Christopher volvió a apretar la mandíbula mientras iba a su dormitorio. Necesitaba relajarse.

—¡Y ya he tenido suficiente! —gritó antes de dar un portazo y encerrarse en su habitación.

1

Dos días antes

Aparcó el vehículo y se quitó el cinturón. Durante unos segundos se quedó mirando la comisaría de policía de Banff. Hacía casi tres meses que Agnes había desaparecido a manos de la bestia pero aquello no había hecho más que empeorar las cosas. La bestia había sido invocada acabando con las brujas que la habían traído hasta allí. Si con Agnes no habían podido, con la bestia mucho menos. Aquel ser que había invadido el cuerpo de Thomas era lo más poderoso conocido hasta ahora, el mismísimo diablo. ¿Qué iban a hacer frente a él?

Ni siquiera Melanie, con su enorme poder, podría contra él. Se pasó la mano por su rostro agobiado, sin apartar la mirada de la comisaría.

Pero ahora no tenían solo ese problema. Agnes había llevado hasta aquel idílico pueblo unos aliados con los que pretendía hacerles frente. Los vampiros habían inundado la zona. En un principio habían pasado bastante desapercibidos, pero con el paso del tiempo su hambre comenzaba a surgir y por mucho que intentasen detenerlos sabía que, como depredadores, atacarían a los ciudadanos de aquella zona. Lo único que podían hacer, de momento, era intentar mantener a raya a los vampiros con ayuda de los lobos.

Las últimas desapariciones de tres chicas jóvenes habían puesto a la población en alerta. Por eso, tras reagruparse de nuevo y de que Eligos, el nuevo jefe de personal de la DAE les diese las nuevas órdenes, Christopher había sido el elegido para internarse en la comisaría y ocultar todas las pistas y pruebas que pudiesen revelar a la gente de a pie la lucha que se estaba librando por el territorio entre vampiros, lobos y cazadores. Al menos, los lobos, estaban de su parte y, en las últimas batallas que habían tenido contra los vampiros, habían sido una gran ayuda. Se estaban convirtiendo en buenos aliados.

Aunque ahora tenía otros problemas. No se consideraba una persona muy social. Si bien era cierto, con el grupo al que le habían asignado había hecho muy buenas migas. Hacía muchos años que se conocían y se sentía a gusto con ellos. Sin embargo, que lo enviaran a una comisaría como infiltrado sin conocer a nadie no le gustaba nada. Sabía que no tenía más remedio y, que por el bien de todos era lo que debía hacer, pero no era plato de su gusto.

Suspiró, se abrochó el abrigo de plumón subiéndose el cuello y la capucha y bajó del todoterreno, mientras el viento helado de febrero acompañado de los copos de nieve hacía que su capucha volase hacia atrás.

Muy al contrario que Adrien, él prefería el frío al calor. Aunque debía confesar que aquel frío era extremo. Miró el reloj de muñeca comprobando que marcaban casi las siete de la mañana y observó hacia las farolas aún encendidas. Allí, en febrero, no amanecía hasta pasadas las ocho de la mañana e incluso antes de las cinco de la tarde ya se ponía el sol. Eran pocas horas de luz que, acompañadas de las bajas temperaturas, hacían que se encontrasen con una ciudad, la mayor parte de las horas,

desértica, y más si contaban con tormentas de nieve como la que los azotaba las últimas semanas.

Si no fuese por las últimas desapariciones que se habían dado en la zona y que mantenía a la población en un estado de emergencia sería un lugar muy tranquilo donde el índice de criminalidad sería mínimo a comparación con las grandes ciudades.

Aquella era una nueva etapa, aunque fuese un enviado del Pentágono en misión secreta nadie sabría de quién se trataba, ni siquiera sus superiores en la comisaría o compañeros. Sería un agente más que había solicitado plaza en aquel lugar.

Cruzó la calle mientras el viento helado movía los copos de nieve de un lado a otro. Sabía que la mayor parte de las horas que pasase allí serían aburridas. Mucha burocracia, investigar expedientes, avisar a la división de nuevas desapariciones para que ellos acudiesen a borrar las pruebas sobre los vampiros antes de que llegase la policía... A él le gustaba más la acción, una buena batalla, una persecución... El pasar horas sentado en una confortable silla ante la pantalla de un ordenador era algo que aborrecía.

Entró en la comisaría donde el clima era más cálido y buscó en el bolsillo la placa de policía.

La comisaría estaba desierta, nadie esperaba para poner una denuncia. Aquello iba a ser realmente aburrido. Se dirigió al mostrador, donde tras un cristal esperaba el policía de puerta.

—Buenos días —pronunció desde detrás del cristal.

—Buenos días. —Christopher sacó directamente su placa pasándola por la pequeña abertura—. Soy el agente Christopher Hughes. Me han destinado a esta comisaría. Hoy es mi primer día.

El compañero cogió su placa y sonrió.

—Sí, esperábamos su llegada —respondió sonriente—. Bienvenido. —Luego le indicó con un movimiento de su rostro a que se dirigiera a la puerta.

Christopher aceptó y recorrió los metros que le distanciaban. Pocos segundos después su nuevo compañero abrió y lo recibía.

—Soy Michael. Encantado de conocerte.

Christopher estrechó su mano.

—Igualmente.

Michael se giró hacia atrás, hacia el pasillo. Christopher pudo observar desde allí como varios policías iban de un lado a otro.

—Barry —Llamó la atención Michael a otro de sus compañeros—. Ya tenemos al nuevo aquí —pronunció sonriente. Christopher arrugó su frente y suspiró—. ¿Está el inspector Shatner en su despacho?

Barry miró al final del pasillo.

—Creo que sí.

Michael aceptó y le indicó a Christopher a que le siguiese.

—Quédate en puerta un momento para controlar, Barry. Enseguida vuelvo.

Cruzaron el marco de la puerta y Christopher saludó con un movimiento de su rostro a Barry mientras le hacía el relevo. La comisaría era como tantas otras que había visitado. A lo largo del pasillo de aquella primera planta se podían encontrar

diversas oficinas, la gran mayoría vacías. Luego pudo encontrar la causa, pues varios policías tomaban café en una pequeña sala, rodeando una mesa en la que había una moderna cafetera.

Se obligó a mirar al frente cuando Michael golpeó la puerta y abrió.

—¿Inspector? —preguntó mientras abría—. Ha llegado el agente Hughes, el nuevo.

Christopher inspiró intentando calmarse. Estaba bien que lo creyesen un inocente agente que acababa de llegar a la zona, pero en los pocos minutos que llevaba allí ya lo había llamado "el nuevo" tres veces.

—Que pase —ordenó el inspector.

Michael abrió más la puerta dándole paso.

El inspector Shatner se encontraba sentado a la mesa, con varios expedientes sobre ella. Debía pasar por poco de la cuarentena y, a pesar de ser un inspector, le sorprendió su sonrisa amigable.

—Agente Hughes —pronunció poniéndose en pie, extendiendo su mano sobre la mesa.

Christopher le correspondió con una sonrisa.

—Inspector.

—Gracias, Michael —agradeció al agente que ya cerraba la puerta. A la que se quedaron solos el inspector tomó asiento y le indicó con una mano a Christopher que se sentase. —Bien, agente... —dijo buscando su expediente. Rebuscó entre los documentos hasta que segundos después encontró su carpeta—, Christopher Hughes, ¿puedo llamarte Chris? Es más corto.

Christopher apretó la mandíbula pero se obligó a afirmar. Odiaba que le recortasen el nombre así.

—¿Cómo que has decidido venir aquí?

Bueno, ya comenzábamos con las preguntas.

—Buscaba algo más tranquilo —respondió con una leve sonrisa.

—Ya, he visto que has estado varios años en Quebec como agente y en Montreal.

Obviamente, un expediente totalmente inventado que el departamento de personal del Pentágono había tenido la amabilidad de enviarles.

—Sí, me apetecía un cambio de aires.

El inspector aceptó mientras miraba su expediente y luego lo cerró. Apoyó la espalda contra el respaldo y se quedó contemplándolo como si lo analizase.

—Pues llegas en un momento que la cosa no está muy calmada... —acabó bromeando. Chaqueó la lengua y cambió la postura colocando los brazos sobre la mesa, apoyándose en ella de una forma tensa—. Supongo que ya lo habrás oído, pero como agente de esta comisaría y yo, como tu superior, me veo en la obligación de explicártelo. —Christopher se mantuvo en silencio—. Estos últimos meses ha habido tres desapariciones. Todas chicas jóvenes, rodaban entre los dieciséis y veinticinco años. Las tres chicas tenían un buen expediente académico y nada problemáticas. No han dejado nota de despedida ni pistas sobre adónde han podido ir. No se han encontrado los cuerpos. —Tomó aire—. No creemos que se trate de una fuga. —Luego se removió como si no estuviese muy seguro—. La última desaparecida es

Jessica Wall. —Luego suspiró—. La conozco. Es la hija de un compañero de instituto. Es buena chica —pronunció en un tono apenado. Se quedó unos segundos callado como si algún recuerdo cruzase su mente—. Todos nuestros esfuerzos están concentrados en encontrarlas.

Christopher asintió. Ellos se encontraban en la misma situación. Sabían de las últimas tres desapariciones, aunque ellos sí tenían conocimiento de cuál era la causa. Los vampiros necesitaban alimentarse, así que seguramente mantendrían a aquellas jóvenes con vida y se irían nutriendo de ellas. Llevaban cerca de tres meses buscando desesperados la guarida de los vampiros, pero era imposible dar con ellos. Habían hecho batidas por los bosques durante horas con la ayuda de los GPS para captar vampiros, pero era como si desapareciesen. Habían incluso inspeccionado cuevas bajo tierra pero ni rastro de las tres muchachas.

Aquello les resultaba confuso. La última vez que se habían topado con los vampiros se trataba de un grupo considerable. Como mínimo debían rondar los cincuenta miembros. ¿Y solo con tres chicas habían tenido suficiente? Les resultaba extraño. Ciertamente que durante la época de invierno necesitaban alimentarse menos, a diferencia de la época de verano, pero aún así, era poca cantidad. Ahí ocurría algo.

—Entiendo —pronunció Christopher.

—Nunca nos habíamos encontrado con algo así —admitió el inspector. Luego puso su espalda recta y miró con determinación a su nuevo agente—. Ahora en la reunión planificaremos el día y haremos los cuadrantes de esta semana. —Se puso en pie directamente mientras cogía tres expedientes. Christopher lo imitó poniéndose en pie—. Cualquier duda que te surja o problema que tengas puedes consultármelo a mí o a cualquiera de tus compañeros. —Rodeó la mesa pasando por su lado y se dirigió a la puerta—. Vamos, te los presentaré. —Mientras caminaban por el pasillo se giró para observar a su nuevo policía—. ¿Tienes el uniforme?

—No.

El inspector lo miró de arriba a abajo mientras seguía a paso acelerado.

—Ahora te pediré uno.

Fueron hasta la misma sala por donde minutos antes habían pasado por delante y en la que se encontraban varios de los que suponía que serían sus compañeros tomando un café.

—Agentes —comentó Trevor entrando por la puerta.

No dijeron nada, simplemente se dirigieron a las sillas que se distribuían por toda la sala. Christopher los observó, algunos de ellos lo miraban confusos. Se detuvo dando un paso al frente, consciente de que en ese momento todas las miradas se centraban en él. Aquello era lo que menos le gustaba de todo—. Os presento a Chris, nuestro nuevo compañero.

No pudo evitar resoplar cuando escuchó su diminutivo, miró de reojo al inspector que le indicó con un movimiento de su brazo a que tomase asiento.

Fue observándolos a todos, algunos lo saludaban con rostro amable y alguna sonrisa, otros simplemente lo miraban de reojo sin decir nada al respecto.

Se sentó en la primera silla que hubo libre y suspiró.

En un principio no había tenido problema alguno en aceptar lo que Nicholas le había ofrecido, ser el topo en la comisaría, pero tras los últimos acontecimientos

donde se había invocado a la bestia prefería dedicar sus esfuerzos a buscarla y encontrar la forma de acabar con ella que no intentando ocultar información.

Se pasó la mano por los ojos e intentó refrenar un bostezo.

—No tenemos ninguna nueva información de Martha Burrell ni de Anne Jennings, pero sí de Jessica Wall. Una de las patrullas nocturnas ha hablado con... —Cogió un papel donde había apuntado datos—, la señora Donalson. —Luego suspiró—. Mujer de setenta y cinco años, con... algo de miopía. Asegura que vio a Jessica Wall sobre las once de la noche.

—¿Dónde? —preguntó uno de los policías.

—Por lo que hemos podido intuir debía dirigirse a su casa. El domicilio de sus padres está apenas a tres manzanas de donde vive ella. —Cogió su expediente y lo ojeó—. Esto concuerda con la versión de sus padres de que ella solía volver sobre las once de la noche. —Leyó la declaración que le habían tomado a la testigo y volvió a cerrar la carpeta—. La señora Donalson la vio sola. No iba acompañada ni se detuvo a hablar con nadie, al menos, durante el rato que la vio. —Miró a sus hombres con detenimiento y señaló a unos con la cabeza—. Id a investigar esa zona en busca de pruebas. El resto —dijo volviendo la mirada hacia ellos—, quiero que distribuyáis los carteles con las fotografías de las tres chicas por todo el pueblo, empapeladlo. No quiero ver una sola pared donde no haya un...

Christopher desconectó. Se apoyó contra el respaldo mientras se cruzaba de brazos. Él ya sabía lo que ocurría. De nada les serviría forrar el pueblo de carteles con las fotos de las tres desaparecidas o hablar con los testigos. Los vampiros sabían ocultar muy bien sus pistas y a su alimento. Se pasó la mano por los ojos mientras pensaba en aquellas tres muchachas. Habían salido cada noche a buscarlas, pero era como si la tierra se las hubiese tragado, ni quiera Aaron, el jefe de la manada de lobos y Alex habían podido rastrearlas. Y luego estaba el hecho de que los radares tampoco detectaban a los vampiros.

Necesitaban dar con ellas como fuese. Al menos, podía estar tranquilo en que en la comisaría no tenían ninguna idea de lo que ocurría. Aquello era lo más normal, ¿quién iba a pensar en su sano juicio que los vampiros eran los causantes de la desaparición de las tres jóvenes?

—Agente Hughes. —Reaccionó de golpe y elevó la mirada hacia él—, irá con la agente Tucker. —Christopher enarcó una ceja sin saber a lo que se refería pero aceptó. ¿Adónde debía ir? —Bien, pues ya sabéis lo que hay que hacer. Vamos —pronunció mientras se giraba para coger los expedientes—. Y mantenedme informado de todo.

Christopher miró de un lado a otro, observando a todos sus compañeros hasta que notó la presencia de alguien a su espalda. Se giró intrigado y no pudo menos que volver a enarcar una ceja.

Una muchacha se encontraba ante él de brazos cruzados. Aunque tenía un rostro bastante dulce no parecía muy amistosa, pues ninguna sonrisa asomaba a su rostro. Tenía su cabello rizado castaño claro, con algunas mechuras rubias recogido en una cola alta. Su mirada azulada lo recorría de arriba abajo, analizándolo. No tenía una gran estatura y era de compleción bastante delgada para ser policía.

Se quedó consternado al ver que ella ladeaba su rostro hacia un lado y no pudo

evitar mirar de reojo al resto de sus compañeros que pasaban a su lado.

—¿Agente Huhges? —preguntó ella.

Christopher volvió su atención sobre ella.

—Sí. —En ese momento supo lo que ocurría—. Supongo que es el agente Tucker.

—La misma —respondió seriamente. Luego suspiró y lo miró como si algo lo mantuviese alterada—. ¿No tiene uniforme?

—El inspector me ha dicho que me facilitarían uno ahora.

Ella aceptó pensativa. ¿Era su nueva compañera? No parecía muy simpática.

Ella miró de un lado a otro con impaciencia, como si no estuviese cómoda al tener un nuevo compañero. Se cruzó de brazos y lo miró con un gesto desafiante.

—¿Y a qué espera para pedirlo? —preguntó con un tono de voz ansioso, incluso como si le echase una pequeña reprimenda.

Christopher la miró fijamente, oscureciendo la mirada. ¿Ni un bienvenido? ¿Ni un qué tal estás?

Ella lo miró fijamente también, como si esperase alguna reacción por parte de él, pues Christopher se había quedado allí plantado ante ella sin moverse.

—Vamos —le urgió señalando la puerta.

Suspiró y sin decir nada más salió de la sala. Por suerte, el inspector era más amable que su nueva compañera y a la que salió por la puerta fue en su búsqueda.

—Agente Hughes —dijo interceptándolo por el pasillo—. Acompañeme. Miraremos la talla que necesita.

Christopher asintió y se giró para observar que su nueva compañera salía con gesto impaciente por la puerta, tomando el pasillo en dirección contraria él. Desde luego, prefería mucho más a sus compañeros de división que estar allí.

2

El inspector Shatner era agradable, todo lo contrario a la agente Tucker. Se había vestido con el uniforme que le había entregado. Tras llevar durante años un uniforme de trabajo negro y que se ajustaba perfectamente a su piel, aquel uniforme le resultaba incómodo. Era como vestirse de forma informal para ir a trabajar. Se le hacía extraño llevar el uniforme de la policía.

Salió del vestidor donde había dejado su ropa en la taquilla y se dirigió al armero donde le entregaron su arma. Una vez estuvo equipado subió a la planta alta, donde se suponía que debían esperarlo, pero aquel pasillo estaba desierto.

Suspiró y se pasó la mano por los ojos. Miró el reloj de su muñeca, pasaban un poco de las ocho. Sus compañeros debían estar durmiendo aún. Resopló mientras caminaba indignado por el pasillo. Al menos, podrían tener la decencia de esperarle en su primer día, y más su nueva compañera... Él no se comportaría así, intentaría que la otra persona se sintiese cómoda.

Puso su espalda recta cuando escuchó la risa de la agente Tucker provenir de una de las habitaciones del pasillo. Sabía de dónde provenía, era la misma habitación donde habían hecho la reunión y habían tomado café.

—Pues te toca ser la niñera... —bromeó uno de los policías.

Christopher se quedó paralizado antes de entrar por la puerta. Le bastaba escuchar eso para saber que se referían a él.

La agente Tucker sonrió y se encogió de hombros.

—Qué remedio... tendré que llevarme al novato para que aprenda... —ironizó.

Christopher notó como la furia comenzaba a crecer en su interior. Si supiesen de quién se trataba no dirían semejantes tonterías ni se las darían de algo. No pensaba rebajarse a su altura, no iba a ser mal educado, pero si iba a marcar unos límites.

Se colocó ante la puerta de brazos cruzados.

—¿Y por dónde lo vas a llevar? —preguntó el compañero.

—Creo que lo llevaré a conocer a los Adamson —sonrió ella.

—Se va a cargar de miedo... —comenzó a reír el compañero situado frente a ella, aunque luego elevó la mirada hacia la puerta encontrándose con un Christopher que los miraba con suspicacia.

Aquel gesto tuvo que llamar la atención de su nueva compañera porque elevó la mirada hacia él, aunque ningún gesto de sorpresa cruzó su rostro. Dio un último sorbo a su café y tiró el vaso de plástico a la papelera.

Se acercó a Christopher sin que ningún gesto de timidez o vergüenza apareciese en su rostro, colocándose frente a él, asegurándose de que llevaba la pistola y esposas y luego le sonrió con ironía.

—Veo que ya estás listo.

Christopher la miró seriamente. Maldita fuese, aquella mujer era como una piedra. Sabía que era nuevo, que no conocía a ningún compañero, le acababa de pillar hablando de él y ni siquiera le importaba...

—Sí, lo estoy.

—Y ya era hora... —ironizó pasando por su lado, comenzando a caminar por el pasillo. Christopher se giró hacia ella observándola, sin moverse, pero el hecho de que él no fuese a su lado llamó la atención de ella—. ¿Vas a venir o no?

No quería comenzar con mal pie, quería llevarse bien con sus compañeros, pues debería pasar muchas horas allí, pero lo cierto es que el comportamiento de aquella muchacha le estaba poniendo de los nervios y la acababa de conocer.

Se mordió la lengua por tal de no pegarle un grito diciéndole que era una maleducada y fue hacia ella. Intentaría ser amable y caballeroso, pero como le tocara mucho las narices no dudaría en decirle cuatro cosas. Él no tenía porque soportar aquella actitud.

La siguió por el pasillo sin pronunciar nada más hasta que salieron de la comisaría, donde la luz del amanecer comenzaba a aparecer en el horizonte.

Caminaron sin pronunciar palabra, observado como ella hacía un gesto de frío mientras se dirigía al coche. Llevó la mano a su bolsillo y extrajo las llaves. Christopher se colocó a su lado, aunque recibió una mirada poco amistosa por parte de ella.

—Conduzco yo —ordenó ella.

Christopher se encogió de hombros mientras rodeaba el coche. Una vez se sentó en el asiento del copiloto se puso el cinturón y observó como ella hacía lo mismo. Se quedó observándola. Era una chica bonita, tenía un físico realmente atractivo, si no fuese por su agrio carácter sería una excelente compañera.

Arrancó el vehículo en silencio mientras el parabrisas aceleraba apartando los copos de nieve.

Christopher la miró de reojo, ella permanecía en silencio. Ni siquiera sabía adónde se dirigían. Debería haber prestado más atención en la reunión. Suspiró y la volvió a observar de reojo.

—Menuda nevada —susurró Christopher intentando dar algo de conversación.

Ella se giró directamente hacia él, como si su comentario le disgustase.

—¿De dónde vienes? —preguntó directamente, de forma acelerada.

—De Toronto —respondió recordando el expediente que le habían enviado desde el Pentágono.

Ella lo miró con una sonrisa de autosuficiencia.

—Aquí hace más frío que allí. Más te vale acostumbrarte —reaccionó volviendo su mirada al frente, controlando la carretera.

De nuevo volvía a quedarse callada. ¿Así era como iba a ser el resto de sus días mientras durase de trabajo infiltrado? La contempló fijamente.

—Dime, agente Tucker... —continuó Christopher mientras miraba por la ventana, observando las casas—, ¿seré yo siempre tu compañero o iremos cambiando? —Acabó girándose hacia ella con una sonrisa irónica en su rostro.

Ella lo miró fijamente, estaba claro por su tono de voz lo que había insinuado, aún así ella le sonrió.

—Eso depende del inspector —respondió mientras volvía su atención al frente. Luego miró a ambos lados mientras disminuía la marcha. Christopher iba a contestar cuando ella cogió la radio y la llevó hacia sus labios, dejándolo con la palabra en los

labios—. Aquí el agente Tucker, hace falta que se envíen los quitanieves a la zona de la iglesia.

Segundos después contestaron a través de la radio.

—Ahora informamos y las mandamos.

Dejó la radio colgada en el salpicadero y miró de reojo a Christopher mientras giraba hacia la derecha.

—Puedes llamarme Laurel —pronunció sin emoción—. Es más rápido.

Christopher asintió mientras observaba hacia delante. Lo cierto es que estaba nevando muchísimo.

—A mí puedes llamarme Christopher.

—Chris —dijo ella.

—No —La cortó rápidamente—. Christopher —repitió con énfasis.

Ella lo miró con una medio sonrisa, comprendiendo que no le gustaba nada aquella abreviatura. Dirigió el coche de policía a la acera, aparcando frente a un bar que estaba abierto, donde varias personas desayunaban.

—De acuerdo, pues vamos a comenzar —dijo saliendo del coche.

Christopher la imitó saliendo y cerrando la puerta con un portazo. Al momento, el aire helado casi lo echó hacia atrás. No sabía realmente lo que iban a hacer, ¿quizá desayunar? Puede que de aquella forma mejorase la relación que habían comenzado, pues hasta ahora no acababa de sentirse cómodo.

Laurel abrió la puerta trasera del coche de policía y se quedó observándolo con una ceja enarcada.

—Ven aquí —ordenó.

Christopher se acercó observando el asiento trasero. Ahora lo comprendía. Había cientos de carteles imprimidos con la fotografía de las tres chicas desaparecidas. Se quedó observando las tres cajas abiertas, con las fotografías de aquellas tres chicas sonrientes. Las había visto cientos de veces a través de la web del Pentágono, pero no se acostumbraba, cada vez que lo hacía notaba como la ira se iba apoderando de él.

Laurel resopló al ver que su compañero no se movía y se inclinó sobre el asiento cogiendo un montón de carteles de cada caja.

—De acuerdo, pues ya lo hago yo —pronunció de mala gana.

Christopher enarcó una ceja mientras ella introducía medio cuerpo a través de la puerta trasera, golpeándole con el trasero. Resopló y miró de un lado a otro mientras ella seguía murmurando e iba haciendo montones. Las calles comenzaban a cobrar vida.

Laurel apareció ante él y directamente colocó en su pecho con un suave golpe las fotografías de aquellas chicas.

—Hay que empapelar la calle —ordenó mientras le entregaba un celo enorme—. Y asegúrate de que queden bien pegados y no se vayan volando, Chris —pronunció mientras cerraba con un portazo la puerta trasera y se dirigía al bar.

Christopher apretó la mandíbula mientras ella se alejaba. Sabía que lo había hecho a propósito. La hubiese seguido, pues estaba seguro de que allí dentro del bar estaría mucho más caliente, pero ya había tenido bastante compañera por aquella hora. De todas formas debía empapelar las calles con las fotografías y esa era

bastante larga.

Se dio media vuelta y comenzó a alejarse del vehículo, acercándose a la primera farola.

—¿Adónde vas? —escuchó el grito de su compañera.

Christopher ni siquiera se giró.

—Me has dicho que hay que empapelar la calle, ¿no? Pues a eso voy —pronunció de malos modos.

Se consideraba una persona muy paciente, educada, y como tal esperaba que lo trataran de igual modo.

—Te vas a helar —pronunció ella.

—Así me acostumbro —contestó aún dándole la espalda. Cogió el celo y pegó la primera fotografía en la farola. Sin decir nada más fue hacia la siguiente tras asegurarse de que quedaba bien enganchada.

—Pues haz lo que quieras —escuchó que decía Laurel antes de entrar al bar.

Laurel colgó unos cuantos carteles en el interior del bar y los repartió entre la gente, preguntando si habían visto a cualquiera de las tres muchachas. Nada, era como si hubiesen desaparecido de la faz de la tierra. Aquel pueblo siempre había sido tranquilo y, de repente, en cuestión de unos meses desaparecían tres chicas. Tenía claro que estaban ante un secuestrador o asesino en serie.

Salió del bar y miró de un lado a otro buscando a su compañero. No entendía porque el inspector lo había puesto con ella. Llevaba muchos años en el cuerpo como para tener que ir cuidando a los nuevos, aquello iba a repercutir en su trabajo, lo iba a ralentizar.

Christopher se encontraba en la otra punta de la calle, colgando otra fotografía. Se fijó en que había colocado los carteles en la mayoría de farolas y locales de aquella calle. Bueno, parecía que al menos, de momento, iba por trabajo y no se entretenía.

Hacía poco más de un mes que se había quedado sin compañero. Llevaba más de cuatro años con él. Simon había sido un buen compañero, a pesar de la diferencia de edad entre ellos. Le había enseñado a ser policía, a encontrar las pistas necesarias para resolver un caso, a ser valiente... y ahora, tras que le diagnosticasen un cáncer que había acabado con su vida en menos de un mes se encontraba perdida. Había compartido coche con varios compañeros pero hasta ahora no le habían asignado a otro. Christopher no debería estar allí si Simon no hubiese muerto. Sabía que no tenía culpa ninguna de aquello, pero no quería volver a encariñarse con alguien. Aquel era un trabajo muy duro donde jamás sabías como ibas a acabar el día.

Tras la muerte de Simon se había dicho a sí misma que no volvería a encariñarse con un compañero, que lo mejor era separar la vida laboral de la personal.

Suspiró y fue hacia el coche. Sus compañeros harían lo mismo en otras calles. Cómo cada mañana harían varias rondas y luego volverían a comisaría para intercambiar información, si es que encontraban alguna nueva pista.

No se dio cuenta de que Christopher había llegado hasta ella y la observaba. Laurel reaccionó saliendo de sus pensamientos.

—¿Ya has empapelado la calle?

—Sí —contestó. Se había dado cuenta de que Laurel permanecía pensativa, incluso afligida mientras observaba las fotografías de aquellas muchachas. Puede que conociese a alguna de ellas, el pueblo era pequeño y sabía que en lugares así todos se conocían. Luego miró hacia dentro del bar. Bueno, una última oportunidad—. ¿Un café? —preguntó intentando ser cordial.

Ella miró hacia el bar y luego volvió su rostro hacia él mientras se dirigía a la puerta del conductor.

—Hay trabajo que hacer. Sube —pronunció sin decir nada más.

Christopher puso los ojos en blanco y entró en el coche sentándose en el asiento del copiloto. Bien, si ella quería que así fuese su relación pues así sería. No es a lo que estaba acostumbrado, pero estaba claro que ella no iba a poner empeño en tener una relación cordial con su compañero.

—El cinturón —Le señaló antes de arrancar.

Christopher se lo puso de mala gana, con la mandíbula apretada.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó de forma seca.

Tardó un poco en responder, como si no le apeteciese mantener una conversación.

—Vamos a visitar a los Wall, a ver si han tenido noticias de algo esta noche. —Luego lo miró mosqueada—. ¿Es que acaso no has escuchado en la reunión?

Christopher enarcó una ceja mientras apretaba los dientes. Se quedó mirándola fijamente. Estuvo a punto de preguntarle si aquel comportamiento era normal en ella, pero se contuvo, aún tenía la paciencia suficiente para poder mantener un poco más la boca cerrada y morderse la boca. Se encogió de hombros.

—He escuchado —contestó con un tono tirante—. Pero es mi primer día aquí y aún no me he quedado con los nombres ni las ubicaciones.

Ella giró a su derecha acelerando. Lo miró de reojo y, sin decir nada más, continuó con la vista al frente. Aquella actitud lo desesperó un poco. Bueno, estaba claro que no todas las personas debían ser como él o sus compañeros de división. Con ellos tenía una buena relación, estaba claro que no sería la misma que con su compañera de comisaría.

—A todas las unidades —escuchó la voz a través de la radio—. Nos acaban de informar de un setenta y siete en la calle Otter.

Laurel cogió la radio llevándola directamente a los labios.

—Patrulla cinco. Estamos al lado. Vamos hacia allí.

—De acuerdo patrulla cinco, informe de la situación.

Laurel hizo girar el volante para tomar la siguiente a la izquierda. Christopher sabía lo que significaba aquello, alguna riña o discusión familiar.

Aceleró el coche y esta vez lo miró fijamente durante unos segundos.

—Se trata de una pelea —explicó Laurel.

—Ya lo sé.

—¿Has estado en alguna situación así alguna vez? —preguntó con un tono algo subido.

Christopher ni siquiera se dignó a mirarla.

—He estado en situaciones mucho peores —contestó.

Ella volvió su mirada hacia la carretera como si la respuesta no le hubiese gustado.

—Seguramente se trata de Clive —comentó por obligación, como si así pudiese prevenirlo—. Es un hombre de unos cincuenta años. Se divorció hace cosa de tres. Su mujer ha rehecho su vida y ahora cada dos por tres se presenta borracho en su casa, recriminándole, insultándola a ella y a su pareja...

—Entiendo —Le interrumpió.

—No, no lo entiendes —contraatacó mosqueada porque le interrumpiese. Christopher giró su rostro hacia ella con cara de pocos amigos—. Cuando Clive está borracho se pone muy agresivo. A veces lleva armas blancas.

—Ya.

—La última vez intentó cortar a un compañero con una botella, así que ten cuidado. —Luego descendió su voz como si hablase para ella misma—. Lo único que me falta es que en tu primer día te hieran —susurró con fastidio.

Aquel comentario llamó la atención de él y se giró para observarla de nuevo.

—No te preocupes tanto por mí. Sé cuidarme solito —contraatacó.

—Me alegro —Le sonrió de forma sarcástica.

Nada más girar la esquina descendió el ritmo. Tal y como había dicho se trataba de Clive. Un hombre de unos cincuenta años, vestido solo con unos tejanos y una camisa mal abrochada. Se encontraba en medio de la carretera gritando hacia una casa.

Laurel detuvo el vehículo y lo apagó. Suspiró y bajó de él mientras Christopher la imitaba.

—¡Sal aquí si tienes huevos! —gritaba Clive a pleno pulmón.

Una mujer, la que suponía que era su ex esposa, se encontraba asomada a la ventana.

—¡He llamado a la policía!

—¡Me importa una mierda a quién hayas llamado! —Luego comenzó a pegar saltitos haciéndole burla—. Tú, con tu batita rosa... tan mona tú... —Luego volvió a señalar hacia la ventana—. ¡Y luego te tiras al primero que pillas! —Dio un paso atrás y estuvo a punto de caer al suelo. Estaba claro que había bebido bastante durante toda la noche—. ¡Dile a Roger que baje aquí si es un hombre! —Señaló la carretera.

—No se llama Roger, si no Robert —contraatacó la mujer.

—Pues a Robert... —contestó de mala gana.

Christopher avanzó hacia él situándose al lado de Laurel, acercándose a Clive, que pareció detectar que alguien se acercaba por su lado y miró en su dirección.

—Oh, oh... —pronunció dando unos pasos hacia atrás.

Laurel se avanzó un poco por delante.

—Hola, Clive... —dijo acercándose.

Pero aquello no gustó nada al hombre que se volvió hacia la casa y alzó el puño hacia ella.

—¡Serás cabrona! ¡Los has llamado de verdad! —gritó enfurecido.

—¿Y qué esperabas? —Le devolvió el grito la mujer desde la ventana—. Estás montando otro espectáculo.

Laurel se detuvo a poco menos de un metro de él.

—Vamos, Clive, cálmate...

Clive se giró hacia ella y lo miró con gesto de pocos amigos.

—¿Que me calme? —gritó enfurecido. Christopher se situó al lado de ella, lo cual llamó la atención de Laurel que lo miró de reojo—. ¡Esa es mi casa! —gritó señalando hacia la ventana.

—No, ya no lo es —contraatacó la mujer de nuevo.

—¡La muy hija de puta se está tirando a otro en mi casa! Es que... es que... —gritó mientras avanzaba hacia el portal—, como te pille...

Laurel avanzó cogiéndolo del brazo intentando detenerlo.

—Vamos, Clive, no vas a conseguir nada más que pasar otro día en el calabozo.

Clive se soltó de malos modos y la miró furioso.

—¿Y tú que sabrás? —preguntó hacia ella—. Tú no sabes nada. ¡Esa arpía se ha quedado con todo! Y encima tiene el morro de meter a otro tío en mi casa...

Christopher volvió a colocarse a su lado, pues cada vez estaba más furioso. Era cierto que nunca había intervenido en actuaciones así, él era de mucha más acción. Sabía que si llegaba el momento no tendría problema para pararle los pies a ese hombre.

—Eh, tranquilízate... —Le interrumpió Laurel.

Clive entornó los ojos hacia ella y avanzó en su dirección.

—¿O qué? —preguntó alzando los brazos.

Christopher se había mantenido alejado hasta aquel momento. Dio unos pasos interponiéndose entre aquel hombre y su compañera y puso una mano en el pecho de Clive haciendo que se detuviese.

—Quieto amigo, ¿dónde te crees que vas? —preguntó enarcando una ceja.

Clive lo miró y se sorprendió, como si no hubiese sido consciente de su presencia hasta aquel momento. Lo miró fijamente a los ojos y dio un manotazo a la mano de Christopher, apartándola. Lo miró de arriba a abajo.

—Tú eres nuevo... —pronunció enfurecido.

—Sí, es nuevo —comentó Laurel pasando por su lado, echándole una mirada furiosa como si no estuviese de acuerdo con que hubiese intervenido o hubiese salido en su ayuda.

Fue hasta Clive y lo cogió del brazo girándolo.

—Estate quieto —comentó mientras lo echaba al suelo sin mucho problema, pues el hombre estaba bastante alcoholizado y le costaba mantener el equilibrio. Cayó al suelo golpeándose en un hombro y comenzó a removerse intentando soltarse. Laurel se colocó a horcajadas sobre su espalda, cogió el otro brazo y esposó sus dos muñecas. Cuando lo tenía dominado elevó su mirada hacia Christopher que se mantenía cerca por si tenía que intervenir—. Listo —dijo con voz de autosuficiencia.

Él suspiró y se cruzó de brazos observándola mientras lo ponía en pie.

—¡Quítame las esposas! —gritó mientras se removía—. ¡Ahora! —exigió.

—Sí, sí... claro —ironizó ella, miró a su compañero y señaló el coche de policía—. Abre la puerta —ordenó, luego desvió su atención hacia Clive—. Vamos a dar un paseo —comentó mientras lo arrastraba.

Christopher abrió la puerta de atrás y sujetó la cabeza de Clive inclinándola para

que no se golpease con la puerta. En cuanto lo introdujo ella se puso firme delante de él y se cruzó de brazos.

—¿No decías que habías estado en más actuaciones como esta? —preguntó.

Christopher estrechó los ojos hacia ella, estudiándola. ¿Qué estaba insinuando? Estaba claro que ella sabía cuidarse sola, pero si no había intervenido era precisamente por eso, porque no había surgido ningún problema, de hecho, cuando se había adelantado levemente para protegerla casi se lo había comido con la mirada.

Notaba que se le comenzaba a agotar la paciencia. Dio un paso hacia delante, cruzándose de brazos y miró hacia abajo. Le sacaba una cabeza.

—Ah, ¿pero querías que interviniese? —ironizó—. Lo digo porque cuando me he adelantado tu mirada no ha sido de agradecimiento —acabó diciendo.

—¿Y por qué iba a agradecer? —preguntó como si no comprendiese la frase de él—. Lo tenía todo controlado.

—Sí, si yo no digo lo contrario. Tú problema es que no sabes trabajar en equipo, en pareja —enfaticó—. Dime, ¿tu compañero se dio a la fuga?

Laurel puso su espalda recta y lo miró fijamente. Llevó las manos a su bolsillo y extrajo las llaves del coche.

—Eres un idiota —susurró dándose la vuelta, realmente molesta por su comentario.

Aquella respuesta lo dejó descolocado, pero igualmente llevaba toda la mañana aguantando malas palabras y gestos por parte de ella sin merecerlo.

—Conduzco yo —dijo mientras intentaba quitarle las llaves.

Ella se giró furiosa hacia él.

—Ni hablar. Conduzco yo. Sube al asiento del copiloto —ordenó señalando en aquella dirección. Christopher se puso firme, aún cruzado de brazos, sin moverse ni obedecerle—. Ahora —volvió a ordenar—, Chris.

Él enarcó una ceja y se acercó extremadamente. Sabía que lo provocaba de aquella forma.

—No —sentenció—, ahora voy a conducir yo. Llevo toda la mañana aguantando tus malas palabras y gestos.

—Ja —pronunció ella incrédula—. ¿Malas palabras?

—Sí, eso mismo. Debes aprender a trabajar en pareja. Antes has conducido tú, ahora me toca a mí.

Ella lo miró realmente furiosa y luego volvió a señalar el vehículo, como si se le agotase la paciencia.

—Sube ahora mismo al coche o te juro que te dejo aquí.

Se miraron unos segundos más en silencio hasta que Laurel se giró y abrió la puerta subiéndose al asiento del conductor.

—Pues de acuerdo, aquí te quedas.

Christopher la miraba sorprendido. ¿Pero qué le ocurría a esta chica? Estuvo a punto de dar una patada a la rueda del coche, ¿por qué tenía que estar él allí de infiltrado? Realmente no tenía esa necesidad. Él era un cazador, preparado para combatir contra fuerzas oscuras y, ahora, venía esta chiquilla y se creía que podía darle clases.

Tuvo que tragarse su orgullo y rodeó el vehículo sin apartar la mirada molesta

de ella. Abrió la puerta del copiloto y se sentó dando un portazo.

—Cuidado con la puerta —Le gruñó ella.

Christopher apretó los labios. Quizá no tuviese tanta paciencia como pensaba. Abrió la puerta y volvió a cerrar con otro portazo. A través del retrovisor pudo observar como el detenido los miraba sin comprender la situación. Se giró hacia ella con gesto de pocos amigos. Sus miradas se cruzaron durante unos segundos hasta que Laurel, sin decir nada más, como si no quisiese entrar en su última provocación, arrancó el vehículo y se dedicó a conducir.

3

Christopher se sentó en la mesa que le habían asignado. Algunos compañeros se encontraban tecleando compulsivamente en el ordenador, otros simplemente charlaban animados.

Laurel se había colocado en la mesa frente a él e iba echando miradas furtivas en su dirección. Sí, definitivamente ninguno de los dos estaba cómodo.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó su móvil cuando notó que vibraba.

Nicholas: ¿Todo bien?

Nicholas, el culpable de que él se encontrase allí y su jefe de división. Era buen jefe. Lo cierto es que con toda la división estaba encantado. No era solo una relación laboral, si no de amistad. Iba contestar cuando un golpe sobre la mesa le hizo alzar su mirada.

Laurel había soltado un expediente. Christopher dejó el móvil a su lado.

—Redacta el atestado de lo que ocurrido con Clive.

Christopher enarcó una ceja, pero antes de que protestase Laurel se dio media vuelta y salió de la sala entrando en la contigua, donde pudo observar, a través de unos cristales, como sonreía a sus compañeros y se servía un café. ¿En serio? Ciertamente que era su trabajo, que debían realizar un atestado por las actuaciones de aquella mañana pero, ¿se lo encargaba a él y ella se iba a tomar un café? ¿Dónde quedaba el compañerismo?

Se quedó observándola unos segundos, sonriente y parlanchina, incluso tenía una sonrisa bonita para ellos.

Resopló y miró el expediente. No quería llegar allí y el primer día armar un lío. Estaba acostumbrado a redactar informes así que no le llevaría más de quince minutos, pero desde luego, aquella muchacha se estaba ganando un par de contestaciones y críticas.

Cogió el móvil y observó el último mensaje de su jefe. Al menos, con el cuadrante de esa semana solo trabajaba en la comisaría por la mañana, por la tarde podría volver con sus compañeros.

Volvió a mirar hacia aquel salón, donde Laurel, junto a unos policías más, tomaban café sonrientes dejándolo a él de lado.

—Maleducada... —susurró

Cogió el móvil entre sus manos y tecleó.

Christopher: mal.

La respuesta de su jefe fue inmediata.

Nicholas: ¿Qué ocurre?

Christopher suspiró mientras veía como Laurel reía y colocaba una mano en el hombro de su compañero. ¿Por qué se portaba así con él? Suspiró y volvió su atención al móvil.

Christopher: Después os cuento.

Guardó el teléfono en el bolsillo y encendió el ordenador.

Casi saltó de alegría cuando tras quitarse el uniforme y guardarlo en su taquilla salió de comisaría. Al menos, algunos compañeros sí se despidieron con una sonrisa. Ahora, el frío no podía compararse con el de aquella mañana. Fue hasta el todoterreno y tras echar una última mirada a la comiría, subió y arrancó.

Se había despedido de todos menos de Laurel. La mayoría parecían agradables, ¿por qué tenía que tocarle justamente ella como compañera? Con suerte mañana lo cambiarían y se sentiría mucho más a gusto.

Laurel era demasiado prepotente. Cierto que cuando uno llegaba a un nuevo trabajo necesitaba un periodo de adaptación, pero ella no se lo ponía nada fácil. De hecho, le daba lo mismo, ese no era su trabajo, solo estaría allí hasta que pudiesen encontrar a los vampiros y acabar con ellos, luego se marcharía. No le importaba aquel trabajo, pero sí la actitud de aquella muchacha. Demasiado prepotente, incluso egoísta... Se consideraba un hombre paciente, aunque debía reconocer que aquella chica en solo una mañana había logrado agotar su paciencia. ¿Cuánto más podría aguantar antes de explotar? Más le valía a Laurel comenzar a controlarse con él porque si no la que saldría escaldada era ella.

Aparcó en el garaje y antes de salir decidió respirar hondo. La casa donde se alojaban en ese momento, tras que Agnes destruyese su hogar, estaba ubicada en la misma zona que la anterior, un poco más cercana al pueblo. Acondicionada con todo lo necesario para que vampiros y hombres lobo no pudiesen entrar, pero no preparada para el ataque de una bruja, de todas formas, las brujas ya no eran un problema. Su verdadero problema era la bestia, aquel ser invocado por las brujas y que se había introducido en el cuerpo de Thomas y, que en esos momentos, no sabían dónde se encontraba. Aquel era su verdadero problema. Ahora, la bestia había acabado con el aquelarre, demostrando que su poder era aún mayor que el de las brujas. No tenían nada que hacer frente a él.

Cuando entró en el salón el olor a comida le hizo recordar que solo había tomado el café con leche antes de salir de su hogar rumbo a la comisaria, y durante toda la mañana no había comido nada.

Toda la división, incluida las novias de sus compañeros, se encontraban allí. Aunque algo llamó su atención, pues todos miraban fijamente la televisión y ni siquiera habían reparado en su presencia.

—Hola —dijo avanzando hacia ellos, necesitado del compañerismo que encontraba en aquella división.

Nicholas fue quien le previno con la mano a que guardase silencio y se dio media vuelta, prestando toda su atención hacia la pantalla plana que había en el enorme comedor.

Christopher avanzó hacia delante guardando silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó colocándose al lado de Scott.

Scott lo miró de reojo y susurró a su lado.

—Otro volcán ha entrado en erupción.

Christopher parpadeó varias veces y miró sorprendido la pantalla, escuchando lo que explicaban. Una joven muchacha rubia de pelo corto explicaba la noticia mientras la intercalaban con imágenes del suceso.

—"La erupción nada esperada del cinturón volcánico de los Andes ha sorprendido a todos los habitantes de la zona. —Christopher miró con intensidad a Nicholas que se acababa de situar a su lado—. Ya son más de doscientos mil los evacuados y más de cien mil fallecidos.

—Joder —susurró Christopher asombrado. Tragó saliva y miró de nuevo a su jefe—. ¿Otro? Hace apenas cinco días se activó el Etna...

—Shhhh —Le previno Scott para que guardase silencio.

Volvió su atención hacia la pantalla.

—El cinturón volcánico de los Andes —seguía explicando la joven locutora—, se extiende a través de los países de Perú, Bolivia, Argentina, Colombia, Chile y Ecuador, siendo estos dos últimos donde la erupción está siendo más agresiva. La ciudad de Tumuco, perteneciente a la provincia de Cautin y situada a setenta y dos millas del volcán Llaima ha desaparecido totalmente bajo la lava expulsada por el volcán. —Christopher dio un paso hacia delante asombrado—. Pero el camino de lava no deja de avanzar, sepultando todo a su paso. El gobierno ya ha enviado...

Dean se giró hacia atrás.

—Cada vez son más fuertes... —Nicholas afirmó.

—Y más seguidas —aclaró Christopher—. En menos de un mes se han activado el Kilauea en Háiwai, el Barcena en México y el Etna en Italia y, ahora, ¿el cinturón volcánico de los Andes? —resopló—. Demasiada casualidad. Todo comenzó desde que se invocó a la bestia.

Nicholas afirmó pensativo.

—Y no nos olvidemos del terremoto que hubo hace dos semanas en Afganistan y la semana pasada en China. Y el mes pasado en Europa, en Portugal.

—Tiene que ver con la bestia seguro —sentenció Christopher—, demasiada actividad últimamente.

—Estoy totalmente de acuerdo —afirmó Nicholas—. Hay que dar con él.

—¿Y cómo? —preguntó Dean acercándose a ellos—. No tenemos ninguna forma de detectarlo. Al menos, con las brujas podíamos... —Luego miró de reojo a Melanie que lo miraba con una ceja enarcada—, perdona... —sonrió cohibido—, pero es que a esta dichosa bestia es imposible seguirle la pista. ¿Se supone que está en los Andes ahora?

Nicholas se pasó la mano por los ojos. Era cierto, desde que había sido invocada la bestia, hacía unos tres meses, los terremotos, tormentas eléctricas y erupciones no habían dejado de ocurrir. Sabía que aquello no era una mera casualidad. Agnes, junto a su aquelarre, había invocado al mismísimo diablo, y estaba claro que estaba haciendo de las suyas.

—Enviaré un email al Pentágono por si tiene alguna información sobre la bestia.

—Nos hubiesen informado —intervino Dean.

—Pues hablaré directamente con Eligos —pronunció de malas formas. Tras la muerte de su jefe de personal de la división a manos de aquel ser oscuro, Eligos había tomado las riendas de la división, reorganizándola—. Puede que tenga alguna información de última hora —explicó mientras cogía su teléfono móvil.

—Y pregúntale si han averiguado alguna forma de dar con... —Dean ladeó su rostro—, con el diablo.

Nicholas suspiró y se distanció de ellos para hablar tranquilo con su jefe de división.

Taylor y Adrien, que aún permanecían sentados frente a la pantalla al lado de sus novias se pusieron en pie. Se notaba que todos estaban en tensión, pues los acontecimientos que el mundo estaba viviendo en los últimos días sobrepasaba todo lo que habían vivido hasta ahora, incluso en la historia de la humanidad.

—Bueno, pues... vamos a preparar la cena, ¿no? —preguntó Taylor con una sonrisa. Aquella pregunta se llevó cejas enarcadas y soplidos por parte de sus compañeros. Taylor extendió los brazos hacia ellos—. ¿Qué pasa? Yo tengo hambre. Son casi las cuatro de la tarde... —Luego miró a Christopher—. Y él ya está aquí, ¿cómo ha ido?

Christopher cerró los ojos durante unos segundos y suspiró. Finalmente elevó la mirada hacia sus compañeros.

—No muy bien —respondió.

Todos lo miraron intrigados.

—¿Por? —preguntó Scott.

—Dijéramos que no hay mucho compañerismo en la comisaría de Banff.

—Vaya —bromeó Taylor—, ¿te han hecho el vacío? —acabó sonriendo.

Christopher gruñó mientras se dirigía a la cocina para coger los platos y preparar la mesa junto a sus compañeros.

—Hoy me ha tocado con una compañera que...

—¿Compañera? —preguntó Adrien con una sonrisa.

Christopher se giró hacia él con cara de pocos amigos y ladeó su rostro.

—Bueno, yo no la llamaría compañera realmente... —ironizó—. Es la mujer más prepotente que he conocido hasta ahora.

—¿No es tan simpática como nosotros? —bromeó Scott.

—Ya le gustaría a ella —susurró Christopher mientras se acercaba a la mesa.

Aquel comentario atrajo las miradas graciosas de algunos miembros de su equipo, pues aquella conversación les proporcionaba la distracción necesaria para olvidar el lío en el que estaban metidos.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Dean.

—¿Necesitas que nos encarguemos de ella? —preguntó Scott directamente.

Christopher miró sorprendido a Scott.

—¡No! Por Dios... —Le recriminó—. Es... solo que necesita una cura de humildad.

—Pues dásela —pronunció Taylor guiñándole el ojo a lo que Christopher resopló.

—Te aseguro que... —Suspiró y se puso firme—. Todos me conocéis... —continuó señalándose a sí mismo—, sabéis que tengo mucha paciencia...

—Ahhh... mmmm... —intervino Adrien.

—¿Qué? —preguntó de los nervios hacia él.

—Nada nada —dijo rápidamente Adrien colocando las manos por delante de él.

Christopher apretó la mandíbula.

—Y esa... niñata... —rugió—, se cree que sabe más que nadie, no sabe trabajar en equipo. Es una prepotente, maleducada...

Todos desviaron la atención hacia Nicholas que entraba por la puerta, aunque este no fue consciente de ello, pues seguía desahogándose con sus compañeros.

—Es arrogante... La muy... Ni un buenos días me ha dicho, ni un bienvenido, solo haz esto, haz lo otro... Y no lo pide bien, lo ordena...

—Eligos piensa igual que nosotros —interrumpió Nicholas mirando fijamente a Christopher—. Está seguro al cien por cien de que esto es cosa de la bestia.

—Tampoco hay que ser muy listo para ello —ironizó Dean—. ¿Y respecto a localizarlo?

—Nada, dice que ha creado una nueva facción dedicada única y exclusivamente a ello, pero que de momento no han obtenido resultados.

Todos resoplaron.

—Pues como no se den prisa el mundo se irá a la mierda —ironizó Adrien mientras abría la nevera y extraía las enormes bandejas con la pasta que habían cocinado.

Nicholas miró directamente a Christopher.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó alzando sus dos cejas—. Tu último mensaje me ha dejado preocupado.

Christopher iba a hablar pero Scott intervino primero.

—Nos echa de menos —bromeó—. No está contento con su compañera de...

—Eso no es una compañera —Le rectificó de mal humor.

Nicholas sonrió divertido.

—¿No estás a gusto? —preguntó acercándose a la mesa para distribuir los platos que Christopher había dejado sobre ella.

Christopher puso sus manos en la cintura y adoptó una postura desenfadada.

—Tú estarías a gusto con una persona al lado que no deja de quejarse, de dar órdenes...

—Ahora mismo tengo a una persona al lado que no deja de quejarse y... —bromeó.

Christopher enarcó una ceja y sonrió hacia él.

—Ya me gustaría verte a ti en mi lugar. A ver si la soportabas.

Aquel comentario hizo gracia a su jefe.

—Vamos, seguro que no es para tanto...

—Oye, me conoces —Se volvió a señalar—, sabes que siempre obedezco las órdenes sin rechistar, que tengo paciencia con... —Señaló a sus compañeros—, con ellos. —Todos sonrieron al escuchar aquello—, pero es que Laurel...

—¿Así se llama? ¿Laurel?

—Es un nombre bonito —pronunció Scott.

—Sí, pues tiene gracia, porque ella de bonito no tiene nada —gruñó—. Siempre está a la defensiva...

—Va, no será para tanto.

—¿Que no? —gritó—. ¿Sabes lo primero que me ha dicho? —Nicholas tendió la mano hacia él en actitud graciosa, como si le pidiese la respuesta—. ¿Agente Hughes? ¡No tiene uniforme! —Apretó de nuevo la mandíbula haciendo que sus compañeros sonriesen—. No un buenos días, ni un bienvenido, ni siquiera ¿qué tal estás? No. Solo un... no tiene uniforme —ironizó con voz femenina, burlándose.

—¿De verdad tiene ese tono de voz? —preguntó Taylor divertido.

—Luego solo da órdenes —continuó Christopher—. Se supone que si vas en pareja debes consensuar las cosas con tu compañero, ¿no? Pues ella no lo hace. Va a su bola. Como si yo le molestase...

—Bueno, bueno... cálmate. Ha sido tu primer día, quizá cuando cojas confianza la cosa mejore —sugirió Nicholas.

—Permíteme que lo dude —gruñó Christopher. Luego suspiró intentando calmarse—. Solo espero que mañana me asignen con otro compañero, porque te aseguro que como me toque con ella y esté en el mismo plan que hoy no respondo de mis actos.

4

¿Y será posible? pensó Christopher mientras miraba de reojo a su compañera Laurel.

Había dado bastantes vueltas en la cama y para cuando había sonado su despertador solo había conseguido dormir dos o tres horas. No estaba nervioso por su siguiente día en comisaría, otras cosas mantenían su mente alerta. Sabía que la bestia estaba provocando todo aquello y que si no lograban una forma de dar con él y detenerlo podía ser una verdadera catástrofe.

Se habían quedado hasta altas horas de la noche viendo la televisión. La erupción de los cuatro volcanes que formaban el Cinturón volcánico de los Andes estaba haciendo desaparecer poblados y ciudades enteras, cobrándose la vida de miles de personas.

¿Cómo detener aquello?

Eso era lo que le preocupaba realmente, lo que lo mantenía alerta, el resto era secundario... pero cuando el inspector había vuelto a ordenar que el agente Tucker y el agente Hughes iniciasen la patrulla juntos se había puesto en tensión. ¿Otra vez? Solo le faltaba eso. Esperaba que estuviese de mejor humor o hoy no iba a controlarse, bastantes problemas y responsabilidades tenía como para tener que soportarla.

Vio cómo de reojo Laurel lo observaba, podía asegurar a que seguía resentida por su discusión de ayer. Iba a acercarse cuando Laurel se giró y salió por la puerta sin decir nada.

Christopher se llevó la mano a los ojos intentando calmarse. No pensaba ir a malas, sería agradable con ella hasta que le tocase demasiado las narices. Si algo tenía claro es que él, allí, tenía la misma graduación que ella, los dos eran agentes y por lo tanto no iba a consentir que lo tratase como ayer. Si algo sabía era hacerse respetar.

Fue hasta el pasillo, dejando pasar a algunos compañeros suyos, justo para ver como ella entraba en la puerta del aseo, acelerada.

Miró de un lado a otro sin saber qué hacer hasta que uno de sus compañeros pasó por su lado poniendo una mano en su hombro.

—Ey, Chris... —pronunció Barry.

—Christopher —Le rectificó.

—De acuerdo —pronunció como si lo aceptase—. ¿Un café rápido antes de salir?

Christopher miró hacia la puerta del aseo. Si fuese un buen compañero la esperaría para ver si a ella le apetecía un café o prefería salir ya, pero tal y como estaban las circunstancias...

—Claro, un café rápido me irá genial —apuntó con una sonrisa mientras Barry ponía una mano en su hombro entrando los dos en la sala.

—Oye, ¿es cierto que estuviste un tiempo en Toronto? —preguntó intrigado mientras cogía un vaso de plástico y se lo pasaba. Varios compañeros más

aparecieron a su lado con sonrisas.

Laurel entró en el aseo y directamente fue hacia el mármol. Apoyó las manos sobre él y se miró fijamente en el espejo. Debía ser fuerte... con suerte, en pocas semanas, le aceptarían el traslado y podría irse de allí.

Se miró en el espejo observando cómo los ojos se le ponían llorosos y no tuvo otro remedio que ir hacia la puerta de los retretes y encerrarse allí. No eran muchas mujeres en esa comisaría, pero bastaba que ella necesitase un momento de soledad para que alguna de sus compañeras entrase.

El tener nuevo compañero le estaba afectado demasiado. Simon había sido como un padre para ella. Atento, cariñoso y firme cuando había sido necesario. Hacía apenas dos meses estaba patrullando con él las calles y ahora... jamás volvería a verlo. Sin embargo, le ponían a un nuevo compañero, como si pudiese substituir a Simon, a pesar de haber solicitado el traslado. No quería estar allí, todo le recordaba a él.

Sabía que mientras estuviese trabajando en aquella comisaría debían asignarle un compañero, aquel último mes y medio había ido con unos y con otros pero ahora, Christopher, parecía que se convertiría en su compañero fijo.

Sabía que él no tenía culpa de nada, pero no podía evitar intentar echar tierra entre ambos. No quería volver a confiar en alguien, en encariñarse con un compañero, incluso a quererlo... era mucho mejor mantener las distancias, pues de todas formas, ella se marcharía en breve.

Se secó la lágrima que asomaba a sus ojos y tomó aire intentando calmarse. Debía superar aquello, debía ser fuerte y valiente como le había enseñado Simon.

Abrió la puerta del aseo individual y fue hacia el espejo. Se observó en el reflejo. Tenía los ojos un poco llorosos, pero nada que no pudiese ocasionar un bostezo.

Salió al pasillo y se quedó quieta cuando reconoció la voz de Christopher venir desde la sala que usaban para tomar café. ¿Estaba tomando café con el resto?

Fue hacia la puerta y se quedó observando. Varios compañeros suyos conversaban animados. Christopher estaba de espaldas a ella, sin prestar atención. Era extremadamente alto y atlético. No pudo evitar sonrojarse un poco al reconocer que le parecía atractivo.

Barry fue quien vio primero a Laurel y sonrió hacia ella.

—Ahí está tu compañera —bromeó hacia Christopher con una sonrisa, el cual se giró con el vaso de café en mano y la observó—. ¿Un café? —Le preguntó Barry.

Laurel miró a sus compañeros y luego endureció su mirada hacia Christopher.

—Hay que irse —explicó hacia él—. Tenemos que ir a hablar con...

Barry dio un paso hacia ella en actitud cordial.

—Vamos, te irá bien un café... —susurró hasta cariñoso—. Son cinco min...

—Por si no lo recuerdas, Barry —pronunció cruzándose de brazos y dando unos pasos al frente—, hay tres chicas desaparecidas.

Barry chasqueó la lengua y miró a Christopher. Tras unos segundos se encogió de hombros y se giró para depositar el vaso sobre la mesa.

—Menudo genio tienes hoy, ¿no? —bromeó su compañero.

La mirada de Christopher y Laurel se encontró durante unos segundos. Christopher estuvo a punto de preguntar si era solo hoy pero hubo algo que llamó su atención. ¿Tenía los ojos llorosos? ¿O era cansancio? Decidió guardar silencio en aquel momento, pues la razón que había dado para irse de allí era irrefutable. Intentaría comenzar el día con buen pie con ella.

Dio un sorbo largo a su café, tiró el vaso de plástico a la papelera, pasó por su lado aún con la mirada fija en aquellos enormes ojos azules y le señaló con la cabeza hacia el pasillo.

—¿Vamos? —preguntó girándose.

Ella solo asintió, no dijo nada más. Cruzaron la puerta de salida a la calle de comisaría y caminaron hacia el coche pasando sobre la nieve amontonada.

Christopher se quedó observándola mientras ella caminaba con algo de esfuerzo sobre la nieve dirigiéndose a la puerta del conductor. Bueno, era hora de ir marcando territorio. Si tal como intuía iba a ser su compañera fija era mejor ir dejando las cosas claras. Dio unos pasos rápidos hacia ella colocándose enfrente, haciéndole que se detuviese.

—Las llaves. Hoy conduzco yo —ordenó tendiendo la mano hacia ella.

—Ni hablar —contestó directamente.

Christopher se cruzó de brazos.

—Ayer condujiste tú, hoy me toca a mí. —La miró fijamente, con intensidad, dándole a entender que no iba a ceder—. Conduzco yo.

Ella enarcó una ceja y tras suspirar soltó las llaves en la palma de su mano.

—De acuerdo, pues si te hace tanta ilusión conduce tú, Chris —dijo encogiéndose de hombros mientras comenzaba a rodear el coche para ir hacia la puerta del copiloto.

Christopher gruñó mientras abría la puerta.

—Es Christopher, no Chris.

—Sí, ya, ya... —comentó ella sin darle importancia, sentándose en el asiento del copiloto y poniéndose el cinturón. Christopher se sentó y la imitó, luego encendió el coche—. Bien, a casa de los Wall —ordenó.

Christopher suspiró y la miró con intensidad.

—¿Por dónde es?

Ella le hizo un gesto gracioso y se encogió de hombros.

—Tú conduces, tú sabrás —dijo.

Christopher irguió su espalda y la miró enfadado. Estaba intentando ser respetuoso con ella pero la paciencia se le acababa. Se acabó el intentar contenerse.

—¿No has desayunado esta mañana y por eso estás de este humor? —Ella lo miró sin comprender, aunque pareció desubicada por la pregunta—. Sí, tú... —pronunció con un tono más alto de voz—, te entrenas cada noche para ser borde al día siguiente, ¿verdad?

Ella apretó los labios, sin apartar la mirada él.

—¿Y a ti que te importa? —gruñó—. Y para tu información que sepas que desayuno cada día... —Luego lo miró enarcando una ceja—, novatos como tú.

—Y se te indigestan, ¿eh?

Ella giró su rostro al frente, con la mirada clavada en la carretera y los labios apretados, como si se contuviese de dar un grito.

—La tercera gira a la derecha —pronunció sin responder a la pregunta.

Christopher asió con fuerza el volante y aceleró. Ya estaba cansado de aguantar las tonterías de aquella chica. Si ella quería ese tipo de relación con su compañero eso tendría. No tenía porque aguantar sus malas palabras o gestos desafiantes. Debía tener un par de años más que ella y le doblaba en corpulencia. Además, aunque ella no lo supiese, su fuerza sobrepasaba todo lo que ella pudiese imaginar.

Ambos permanecieron en silencio el resto del recorrido hasta que Laurel pronunció un simple "por aquí" y a la que detuvo el vehículo bajó de este sin pronunciar palabra y dando un portazo.

Christopher tuvo que permanecer unos segundos más en el interior del vehículo. Estaba nervioso, nunca se había encontrado en una situación así. Con sus compañeros se llevaba estupendamente, pero aunque se encontrase fuera de lugar no pensaba callarse ni una más.

Bajó del vehículo y caminó sobre la nieve mientras se dirigía al portal donde Laurel lo esperaba llamando al timbre de la casa. Se puso al lado con movimientos tensos mientras observaba de reojo como ella se removía.

—Hablaré yo —pronunció ella con la mirada fija en la puerta.

Christopher suspiró.

—Claro.

—Lo digo en serio... —continuó ella de mal humor, girándose hacia él—. Es la familia de Jessica Wall, la última chica desaparecida...

Christopher la miró fijamente.

—Ya lo sé —susurró al escuchar unos pasos tras la puerta.

Iba a seguir hablando cuando una mujer que no llegaría a los cincuenta años abrió la puerta. Su rostro denotaba pena nada más verlo. Ojos hinchados, mejillas sonrosadas de llorar, labios rojos de apretarlos...

—Victoria —susurró Laurel acogéndola en su pecho para consolarla, hecho que llamó bastante la atención de Christopher, pues no esperaba que un muro de piedra como ella pudiese demostrar algo de ternura o compasión.

Victoria se abrazó a ella unos segundos hasta que finalmente se soltó y le indicó a los dos a que pasasen, aunque miró un poco extrañada a Christopher.

—Es un nuevo compañero de la comisaría, Chris —Le señaló.

Christopher la miró fijamente, pues sabía que de nuevo lo provocaba, pero se contuvo de decir nada en aquel momento.

—Encantada de conocerlo —susurró la mujer, a lo que Christopher asintió. Luego llevó su mirada hasta Laurel de nuevo—. ¿Se sabe algo más?

Ella negó con su rostro.

—No, no tenemos noticias nuevas. —Luego se removió incómoda—. ¿Has recibido alguna llamada en los últimos días que te haya hecho recordar algo? —Victoria negó—. ¿Algún mensaje?

—No, os lo hubiese dicho —medio lloró.

Laurel miró de reojo a Christopher que examinaba el comedor. Aquello era lo que menos le gustaba de su trabajo, el tener que hablar con las familias de las

víctimas.

—¿Te importa si subimos a la habitación de ella?

—No, por supuesto que no. Mirad todo lo que necesitéis.

Laurel aceptó y le indicó a Christopher para que le siguiese.

Era una casa de dos plantas. En la planta baja un amplio comedor y cocina, y por lo que le parecía la planta superior consistía en las habitaciones. No debía ser la primera vez que Laurel acudía porque ya se sabía el camino. Pasó por delante de varias puertas y se detuvo ante una de ellas. Abrió y se quedó contemplando la habitación.

—Está igual que siempre —susurró con tristeza, más para ella que informándole a él.

Avanzó al interior observándolo todo. Christopher le siguió. La habitación era juvenil. Por lo que había leído del expediente de Jessica Wall era una joven de veinte años, sin pareja. Estudiante del segundo año de veterinaria y con un buen expediente académico. No era una chica problemática y tenía muchos amigos.

Christopher observó su habitación. La cama, cubierta por una colcha verde estaba hecha. Tenía varios posters de animales colgados en las paredes, denotando así su amor hacia ellos. En las estanterías tenía un par de trofeos. Se acercó a verlo. Primera y segunda finalista en los torneos de atletismo. No pudo evitar fijarse en una fotografía que había al lado. La reconoció al momento. Había visto su fotografía varias veces. Una chica morena de pelo largo y ojos marrones, con una enorme sonrisa. En la fotografía aparecían cinco chicas más, todas posando para la fotografía.

Se giró al escuchar como Laurel abría un cajón y examinaba su contenido. Si ella supiese que allí no había ninguna prueba que la pudiese llevar hacia la verdadera causa de su desaparición... Durante unos segundos, a pesar del enfado que sentía con ella, sintió lástima. Los civiles andaban totalmente perdidos en este tema, no tenían forma alguna de enfrentarse a lo que ocurría realmente, ni siquiera imaginaban de lo que se trababa.

Extrajo varias libretas y comenzó a hojearlas con interés durante unos minutos. Christopher no hizo nada, simplemente se dedicó a observar también, notando como la ira se iba apoderando de él. Si al menos supiesen donde se escondían los vampiros podrían detenerlos.

—¿Estás buscando algo en concreto? —preguntó Christopher al ver que ella abría el segundo cajón con urgencia.

Laurel lo miró de reojo.

—Pistas.

Christopher se acercó por su espalda, mientras ella se inclinaba levemente en el cajón. No pudo evitar fijar la mirada en su trasero respingón, aunque apartó la mirada de golpe y resopló cuando se dio cuenta de lo que hacía, aunque aquel soplo llamó la atención de ella y se giró levemente para observarlo.

—¿Qué? —preguntó de malos modos.

Él la señaló.

—No creo que encuentres nada ahí.

—¿Ah, no? —preguntó poniéndose erguida y cruzándose de brazos.

—No.

—¿Y cómo estás tan seguro?

Él dio un paso hacia ella.

—Supongo que no es el primer registro que se hace de la vivienda —Extendió los brazos hacia los lados—. ¿O no?

Ella desechó la idea con un movimiento de mano, como si espantase una mosca y volvió a girarse hacia los cajones. Cerró el que estaba mirando y abrió el de más abajo removiendo todo lo que había en él. Aquella actitud lo desesperó levemente, pero a fin de cuentas, ella, al igual que el resto de civiles, no tenía ni idea de lo que ocurría en realidad.

Se cruzó de brazos mientras esperaba a que finalizase su registro hasta que cerró el cajón y miró a su alrededor.

—Esto es desesperante —susurró ella moviéndose hacia el armario.

Christopher se pasó la mano por los ojos y se removió inquieto.

—Quizá podríamos ir a poner más carteles —propuso él.

Laurel abrió el armario y observó. Estaba todo igual que la última vez que había estado allí. Las camisas y vestidos planchados, los pantalones guardados en las repisas. Suspiró y cerró el armario. Se quedó unos segundos pensativa, reflexionando. Hasta que se giró hacia él y aceptó.

—Está bien. —Christopher se asombró cuando ella aceptó su proposición—, iremos a...

La voz del walkie la interrumpió.

—A todas las unidades. Hay un sesenta y cinco en Bear Street.

Laurel alzó su mirada hacia Christopher mientras cogía el walkie.

—Patrulla ocho. Vamos hacia allí —dijo pasando al lado de Christopher. Christopher suspiró—. ¿Vienes? —Le preguntó Laurel al ver que él no se movía.

Christopher asintió y siguió a Laurel por el pasillo, bajando las escaleras casi de dos en dos.

—Señora Wall, tenemos que irnos. Ha surgido una emergencia —gritó mientras abría la puerta de casa.

Ni siquiera esperaron a que ella respondiese. Laurel corrió hacia el coche policial seguida por Christopher. Y eso que era un pueblo tranquilo, pensó mientras corría hacia el coche.

—Las llaves —Le urgió Laurel. Christopher no se opuso, aunque sabía dónde se encontraba la calle prefería que ella condujese, así él podría salir antes del vehículo. Sabía lo que significaba aquel número, un robo con arma blanca en un local. En aquella calle habían muchos bares, de hecho, al bar al que iba siempre con sus compañeros se encontraba allí.

Le arrojó las llaves por el aire y Laurel las cogió al vuelo.

Ambos se subieron en el coche y, nada más ponerse el cinturón, arrancó e hizo derrapar el vehículo dando media vuelta.

Christopher se sujetó a la puerta para no inclinarse sobre ella. Por Dios, aquella mujer conducía casi como ellos. Tenía una actitud bastante temeraria saltándose semáforos en rojo y stops. Bien podrían ficharla como conductora para su división.

—Cuando llegemos no salgas del vehículo —ordenó Laurel.

Christopher la miró sin comprender.

—¿Por?

Ella lo miró con fastidio.

—Es un atraco —respondió como si no comprendiese la pregunta—. ¿Quieres que te peguen un tiro en tu segundo día?

Él se puso recto en su asiento.

—No te preocupes por mí. Sé defenderme... —Luego la miró de reojo—, además, si tienen armas de fuego a ti también pueden herirte.

—He estado en bastantes atracos, sé cómo actuar —dijo ella mientras hacía girar el volante hacia la derecha haciendo que Christopher tuviese que agarrarse con fuerza a la puerta de nuevo.

—Joder —gimió Christopher cuando puso el volante recto de nuevo—. Mejor quédate tú en el coche, ya me encargó yo.

—¿Tú? —preguntó indignada.

—Sí, tú... ni se que ocurra salir del vehículo —exclamó—. Si tienes armas es posible que...

Laurel frenó de golpe y se quitó el cinturón. Christopher miró hacia un lateral. Sí, estaba claro donde era el atraco, pues varias personas salían corriendo de una tienda de bebidas en dirección hacia ellos, señalando el local.

Laurel abrió la puerta para salir pero Christopher la sujetó del brazo reteniéndola en el interior.

—¿Pero qué haces? —gritó ella agresiva.

—Que te quedas aquí —ordenó mientras la sujetaba para que no saliese del coche.

—¡Suéltame!

—¡Ni se te ocurra salir del coche! —ordenó mientras él abría la puerta, salía pegando un portazo y corría hacia el local.

Laurel gritó de rabia pero hizo caso omiso de lo que él decía. Abrió la puerta del vehículo y salió disparada de él. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto loco?

Corrió en su dirección mientras Christopher se colocaba delante del local y extraía un arma, situándose al lado de una ventana con cuidado, para observar.

La tienda era pequeña y vendían todo tipo de comida y bebida, era como un pequeño supermercado. En la barra donde cobraba había una persona con las manos alzadas, temblando, y un poco más alejados de ella cuatro rehenes más.

Siguió observando hasta que notó una presencia al lado. Se giró y tuvo que inclinar su rostro para toparse con la mirada enfurecida de su compañera.

—Te he dicho que te quedas en el coche —gruñó él.

—Tú a mí no me das órdenes, ¿entiendes?

Aquella actitud le desquició en cierto modo. Si no tuviese que hacerse pasar por un civil normal y corriente ya hubiese entrado en aquella tienda, liberado a todos y maniatado a los agresores, pero aquella situación era bien diferente, no podía usar sus poderes a la vista de todos.

Resopló y volvió a mirar por la ventana, aunque notó como ella se adelantaba un paso para observar también, aunque rápidamente la bloqueó echándola hacia atrás. Solo le faltaba que los vieses y disparasen en aquella dirección.

—Quita —Se quejó ella.

—Estate quieta —respondió él sin mirarla, aunque echando su brazo hacia atrás y reteniéndola contra la pared. Miró de nuevo por la ventana hasta que pudo identificar al atracador. Llevaba un pañuelo cubriendo medio rostro y unas gafas de sol dificultando que lo reconociesen.

Estudió la posición de todos los rehenes. Si entraba y se movía tal y como podía todos lo verían. Chasqueó la lengua y miró a Laurel.

—¿El local tiene alguna entrada más por detrás?

Ella intentó mirar de nuevo por la ventana pero estaba claro que Christopher no iba a dejar que se asomase tan fácilmente.

—Creo que sí, hay una puerta trasera que comunica con el almacén.

Christopher volvió su atención hacia el interior del local. Puede que aquello funcionase.

—De acuerdo —dijo cogiéndola del brazo para apartarla de la ventana, gesto que no gustó nada a Laurel que intentó soltarse sin conseguirlo—. Iré a la parte de atrás del local y entraré. Intentaré distraerlo, aprovecha para sacar a los rehenes.

—¿Qué? —preguntó asombrada.

—Haz lo que te pido —respondió directamente, dándose media vuelta y corriendo hacia la esquina.

—Eh, Chris... —dijo ella mosqueada. Resopló y volvió a gruñir—. Christopher —volvió a susurrar al verlo girar la esquina, aunque él hizo caso omiso de su llamada. Chasqueó la lengua y se giró de nuevo hacia la ventana—. Mierda —susurró mientras se acercaba.

Se agachó y se situó al lado de esta para observar. Estaba claro que su compañero era un verdadero temerario.

Giró la esquina y observó boquiabierto la calle trasera. Era bastante estrecha y daba a la parte de atrás con otros almacenes pero, ¿y la puerta?

Su mirada voló hasta una pequeña ventana a poco más de dos metros de altura. Resopló y fue directo hacia allí. Solo esperaba que Laurel le hiciese caso y no entrase en el local. Todo sería mucho más fácil si fuese de noche y pudiese ocultarse en la oscuridad, moviéndose a la velocidad que él podía y sin revelar de lo que era realmente capaz.

Guardó el arma en el cinturón y miró de un lado a otro asegurándose de que no había nadie por allí. Por suerte aún era temprano. De un salto se colgó en la pequeña ventana. Aquello no era nada difícil para él, al contrario, le parecía un juego de niños. Abrió y se sentó en la repisa. Se coló a través de la pequeña ventana por la que cabía a duras penas y cayó con delicadeza al interior del almacén.

Laurel había tenido razón, detrás había un almacén, aunque sin puerta. Si no fuese él, otro hubiese tenido dificultades para poder entrar.

Había decenas de cajas con bebidas y neveras. Avanzó con cuidado hasta la puerta y escuchó. Aunque podía ser rápido y acabar con el atracador en un segundo había gente que podía verlo, lo cual lo frenaba bastante a la hora de actuar como él sabía.

Abrió con sigilo la puerta y observó. Sí, aquella despensa comunicaba directamente con la parte trasera de la tienda, tras una estantería cargada de latas de conserva.

Asomó la cabeza con cuidado. Aunque pudiese acabar con aquello en un momento debía tener en cuenta que había rehenes.

Tuvo que agacharse cuando observó que el hombre armado avanzaba hacia el mostrador con el arma apuntando a una mujer.

—Dame todo el dinero que tienes en la caja registradora —urgió.

La mujer asintió desesperada, mientras los gemidos por el pánico salían por su garganta.

Christopher suspiró. Maldito loco. Se puso erguido de nuevo, tras asegurarse de que no lo había visto y miró directamente hacia la ventana por donde hacía escasos minutos había estado mirando. No vio a Laurel. Al menos parecía que había obedecido y no había hecho nada.

Aquello iba a ser fácil. Dio un paso atrás, apartándose de la puerta, observando las cajas de bebidas distribuidas por todo el almacén. Cogió una de las botellas de cristal en su mano, observándola, y la dejó caer al suelo. A pesar de que el hombre gritaba supo que había escuchado el golpe del cristal al romperse porque hubo un momento de silencio, como si se pusiese alerta.

—¿Hay alguien más? —Escuchó que gritaba nervioso.

La mujer tardó un poco en responder.

—No, no hay nadie más —sollozó.

—¡No me mientas! —gritó.

Rodeó el mostrador tras el que estaba la mujer y la cogió del cabello haciendo que gritase. Christopher se puso en tensión al escuchar ese grito y se asomó de nuevo a la puerta, aunque tuvo que ocultarse cuando vio que se dirigían hacia allí.

—¿Quién está ahí? —gritó en dirección al almacén sin detener su paso—. ¡Que salga ahora mismo o la mato!

Christopher se apoyó contra la pared, escuchando como sus pasos se acercaban, aunque poco después los pasos cesaron. Chasqueó la lengua y apretó los labios. ¿No iba a entrar al almacén? Maldito fuese.

—¡Sal ahora mismo o te juro que derramaré sus sesos por todas las paredes!

Aquella amenaza hizo que la mujer y los rehenes comenzasen a gritar.

Había podido ver tanto desde la ventana fuera del local como desde aquella despensa la distribución de la tienda. Si tal y como pensaba aquel hombre se encontraba justo frente a la puerta las estanterías evitarían que los otros rehenes pudiesen verlo actuar.

El hombre volvió a tirar del cabello de ella haciendo que la mujer gritase desesperada.

Christopher resopló.

—¡Sal ahora mis...! —No pudo acabar de gritar.

Christopher abrió la puerta y con un movimiento excesivamente rápido para un humano cogió a la mujer arrojándola al suelo y de un golpe introdujo al agresor en la despensa. Aunque lo único que hizo fue cogerlo por la chaqueta y empujarlo, pudo notar desde aquella distancia su aliento cargado de alcohol. Lo arrojó sin contemplaciones dentro de la trastienda y cerró la puerta con un portazo encerrándose con él. La mujer se quedó tirada en el suelo temblando, sin ser consciente de lo que había ocurrido.

El muchacho no debía ser muy mayor, aduras penas llegaría a los veinticinco años. Pareció desubicado durante unos segundos, mientras se colocaba de rodillas y cogía con fuerza el arma que había caído a su lado.

Christopher se movió rápido, cogió su arma del suelo y lo golpeó levemente en el costado haciendo que cayese otra vez.

El muchacho se giró hacia él asustado y comenzó a arrastrarse alejándose.

—¿Cómo te has... movido... así? —preguntó apoyándose contra la pared.

Christopher enarcó una ceja mientras desarmaba su pistola sacando el cargador.

—Lo enseñan en la academia de policía —respondió directamente. Lo señaló de una forma más amenazante—. Quieto ahí, no se te ocurra moverte o...

El muchacho aceptó directamente, con temor.

Christopher se giró y abrió la puerta. La mujer aún permanecía en el suelo, asustada. La cogió del brazo para ayudarla a ponerse en pie y directamente le enseñó la placa, aunque la mujer lo seguía mirando de forma asombrada.

—Soy policía, ¿se encuentra bien?

Ella asintió, lo que no esperaba es que se abrazase a él y comenzase a llorar. Se quedó cortado durante unos segundos, sin esperar aquella reacción por parte de ella.

—Gracias, gracias... —gemía junto a su pecho.

Podía notar como temblaba, y si no la sentaba pronto acabaría teniendo que

cogerla en brazos. La condujo hasta el mostrador y la sentó en una silla. Miró al resto de rehenes.

—¿Estáis todos bien? —preguntó hacia ellos.

Todos afirmaron. La voz de él tuvo que alertar a Laurel porque en ese momento la puerta del local se abrió y entró acelerada. Lo primero que hizo fue buscar a su compañero. Christopher se encontraba al lado de la mujer a la que acababa de sentar, observándola preocupado.

Elevó su mirada ella que lo observaba con preocupación. Aquello llamó su atención, aunque ninguna palabra de inquietud salió por su boca.

—¿Dónde está? —preguntó directamente mirando a ambos lados.

No sabía porque, pero aquella reacción no pilló desprevenido a Christopher, aunque sí se sintió en cierto modo dolido. Ni un ¿estás bien? o ¿cómo ha ido?

Tuvo que contenerse de darle una mala respuesta delante del resto de gente y señaló con un movimiento de su rostro hacia la puerta abierta.

—En la trastienda. Está desarmado.

Se dirigió de inmediato hacia donde le indicaba. Christopher gruñó. Ya había visto de lo que era capaz, y que no era una mujer débil, al contrario, había visto con sus propios ojos como echaba a un borracho al suelo y lo esposaba. Aún así se dirigió hacia la trastienda para asegurarse de que salía ilesa. Lo cierto es que no sabía ni porque se preocupaba por ella.

Nada más asomarse vio como Laurel giraba al atracador estampándolo contra el suelo y esposaba sus manos a la espalda, aunque se puso en tensión cuando escuchó como el joven comenzaba a murmurar.

—¿Tú? —preguntaba nervioso echando su cabeza hacia atrás—. ¿Y el otro policía? ¿Dónde... dónde está el...? —Su mirada y la de Christopher coincidieron. Christopher lo saludó con un ligero movimiento de cabeza. Sabía porque estaba tan nervioso, obviamente había sido testigo de sus movimientos y su fuerza, aunque en una pequeña medida—. ¡Ahhhhhhh! —gritó asustado—. Que no se acerque a mí... que no se acerque...

Laurel miró a Christopher sin comprender.

—¿Qué le has hecho? —murmuró asombrada.

Christopher se encogió de hombros.

—Yo no le he hecho nada.

Pero el muchacho no estaba por la labor de callar.

—Él... él no es normal... ¡Lo he visto! —gritó.

Por suerte Laurel no estaba de humor para ese tipo de bromas y lo cortó con celeridad.

—¡Cállate ahora mismo! —gritó hacia él. Se puso en pie y lo cogió por los brazos para levantarlo. Christopher iba a acercarse para ayudarlo a ponerlo en pie pero el atracador se irguió de prisa queriendo esconderse tras la espalda de Laurel, hecho que volvió a dejarla sorprendida.

—Que no se acerque... que no se acerque...

Christopher suspiró y puso los ojos en blanco. Por suerte, su aliento olía a alcohol, así que no habría ningún tipo de problema en desvirtuar su versión si en algún momento decía algo más. Además, aunque no hubiese consumido alcohol,

¿quién creería algo así?

Laurel suspiró y miró con una mueca graciosa al detenido.

—Venga, vamos... —dijo empujándolo hacia delante dirección a la puerta.

Christopher se puso a su lado y quiso cogerlo del brazo de atrás para conducirlo por la tienda.

—Ya me ocupo yo. Llama a una ambulancia por si hay algún herido. La mujer está bastante nerviosa —propuso él.

—Haz tú eso —contestó ella sin aminorar el paso, empujando al joven.

Christopher se quedó quieto en medio de la tienda, observando cómo Laurel sacaba al detenido y lo conducía hacia el coche de policía. Maldita fuese, tenía que hablar con ella ya. Eso se tenía que acabar.

Siempre le habían atraído las mujeres independientes y fuertes, pero ella se pasaba de largo.

Se giró cuando escuchó el gemido de la mujer que aún permanecía sentada sobre la silla, llorando. Se acercó a ella y puso una mano sobre su hombro intentando que se relajase.

—¿Se encuentra bien? —preguntó mientras cogía el walkie que colgaba su cinturón. Ella asintió mientras se secaba las lágrimas de las mejillas—. Tranquila —susurró. Apretó el botón del walkie y lo acercó a sus labios—. Necesitamos una ambulancia.

Sus compañeros no tardaron en responder.

—Ya ha sido activada. Va hacia allí.

—Gracias —respondió.

Miró al resto de rehenes. Había dos chicas jóvenes, una pareja y un hombre mayor.

—¿Estáis todos bien? —preguntó hacia ellos—. De acuerdo, salid de la tienda y esperad en el porche, ahora vendrá una ambulancia. Los que no necesitéis ser atendidos os tomaremos los datos ahora.

En ese momento observó como otra patrulla llegaba al lugar de los hechos. Reconoció a sus compañeros Michael y Barry. Se acercaron un segundo a Laurel mientras miraban al interior del vehículo donde había metido al detenido y luego se dirigieron a la tienda.

Christopher los saludó. Aquellos dos compañeros eran mucho más agradables, pues lo saludaron con una sonrisa mientras se acercaban.

—¿Todo bien? —preguntó Barry colocándose a su lado.

—Sí, están todos bien. —Luego señaló a la mujer que permanecía sentada en la silla—. Está en estado de shock. El resto todos bien. La ambulancia debe estar a punto de llegar.

Michael fue hacia la señora para hablar con ella intentando que se calmase.

—¿Has pedido los datos de ellos? —preguntó señalando al resto de personas.

—Aún no.

Barry colocó una mano en su hombro.

—Ya nos encargamos nosotros. Laurel ha metido en el coche al detenido y hay que trasladarlo a comisaría.

Christopher se giró para echar una última ojeada a la mujer a la que habían

apuntado con un arma. Estaba realmente nerviosa, incluso con la respiración acelerada. La miró preocupado pero se distrajo cuando Barry le dio un suave golpe en la espalda.

—No te preocupes, nos encargamos nosotros. Laurel te está esperando.

Christopher suspiró y miró hacia afuera, donde ella miraba hacia la puerta nerviosa, esperándole.

—Ya veo... qué bien —ironizó mientras avanzaba hacia la puerta.

Aquel comentario tuvo que hacerle gracia a su compañero porque sonrió tras escucharlo.

Salió del local y bajó los escalones del porche en dirección al vehículo. Laurel abría la puerta del conductor para entrar pero se quedó observándolo mientras se acercaba.

—Sube, vamos a comisaría —dijo antes de subirse al coche.

Christopher se fijó en que el muchacho iba maniatado con las esposas detrás y lo miraba con terror.

Se subió al coche y lo primero que hizo fue mirar hacia detrás de una forma intimidante. No estaba de humor en aquel momento y cómo comenzase a hablar podía acabar explotando. Aquella mirada tuvo que disuadir al joven porque se arrinconó en el lateral del coche mientras comenzaba a temblar.

—Pero, ¿que le has hecho? —preguntó Laurel mosqueada.

Christopher volvió su atención hacia ella.

—Yo no le he hecho nada. Está borracho.

Laurel enarcó una ceja mientras arrancaba el vehículo. Aceleró y en cuanto giraron la primera esquina rumbo a la comisaría volvió de nuevo su atención hacia él.

—Eres un temerario —dijo atrayendo la mirada de él—. ¿Cómo se te ocurre colarte por la puerta de atrás sin...?

—No había puerta —indicó él.

—¿Qué?

—Que no había puerta. Me he colado por una ventana —matizó.

Ella apretó los labios.

—Eso no importa —contraatacó—. La cuestión es que has actuado sin contrastarlo conmigo...

—Ja —dijo él elevando levemente los brazos.

Ella lo escudriñó con la mirada.

—¿Qué significa ese ja?

Christopher la señaló.

—Desde que nos conocimos tú no has parado de hacer lo mismo conmigo —contraatacó—. No sabes trabajar en pareja, no paras de darme malas contestaciones y órdenes...

—Llevo más tiempo que tú aquí.

—Te equivocas —dijo con la voz un poco más alta—. Llevo más tiempo que tú como policía, y... aunque fuese el caso de que fuese novato, cosa que no es así, tampoco tienes que tratar a la gente así.

Ella pestañeó varias veces.

—¿Ahora vas a darme clases de cómo ser policía?

—No, eso ya veo que lo dominas, pero si te vendrías bien un par de clases de compañerismo.

Unos sonidos guturales vinieron de la parte de atrás haciendo que él se girase y ella mirase por el retrovisor. El muchacho estaba totalmente pálido y amenazaba a hacer arcadas.

—Eh... —dijo Christopher llamando la atención del detenido—. Ni se te ocurra vomitar en el coche. Ya lo que me faltaba.

El muchacho lo miró con terror y negó con su rostro, aunque luego volvió a hacer un gesto que le daba a entender todo lo contrario.

—Joder, ¿va a vomitar? —preguntó Laurel mirando por el retrovisor.

Christopher se fijó en su piel pálida y en como cerraba los ojos intentando contener una arcada.

—Creo que sí.

—Lo va a poner todo perdido —Se quejó ella deteniendo el coche en el arcén.

Frenó con ímpetu haciendo que Christopher que no llevaba el cinturón puesto tuviese que apoyar su mano en el salpicadero.

—Haz el favor de tener cuidado —Le reprendió.

Laurel salió del coche y fue hasta la puerta trasera abriendo rápidamente mientras Christopher también salía.

—Vamos, sal —ordenó.

El muchacho salió corriendo del vehículo, pero apenas dio dos pasos que comenzó a convulsionar. Se agachó en el suelo con las manos esposadas a la espalda y comenzó a devolver todo lo que había ingerido durante aquella noche.

—Puaaajjj —Se quejó Laurel dando un paso atrás.

Christopher fue hasta ella y miró al muchacho con desagrado. Estaba claro que había bebido mucho alcohol porque no dejaba de vomitar, pero lo peor es que al tener las manos atadas a la espalda no podía flexionarse sobre la tierra.

Christopher suspiró y tendió la mano hacia Laurel.

—Las llaves de las esposas —Le pidió.

Laurel no se opuso y se las dio al momento. Le quitaría las esposas hasta que acabase de vomitar y luego ya se las pondría otra vez. De todas formas no creía que intentase huir, y más con el miedo que le tenía.

Christopher se arrodilló a su espalda mientras el joven volvía a convulsionar amenazando con que las arcadas le hiciesen vomitar de nuevo. Fue soltarle las muñecas que el chico se reclinó hacia delante sujetándose con las dos manos al suelo y comenzó a devolver otra vez.

Christopher se quedó detrás de él, arrodillado mientras echaba miradas furtivas hacia atrás, observando que Laurel miraba la escena con desagrado. Estaba claro que le daba bastante asco.

Christopher le sonrió con maldad.

—¿Quieres venir a esposarlo tú? —Se burló.

Ella ladeó su rostro hacia él con una fingida sonrisa.

—No. Todo tuyo —bromeó.

Christopher chasqueó la lengua y se volvió hacia delante justo cuando coincidió la mirada con el joven.

—Ahhhh —gritó el muchacho arrastrándose por el suelo al verlo a su lado—. ¡No te acerques!

Christopher resopló y se puso en pie dando los pasos para acercarse a él.

—Estate quieto. ¿Has acabado de vomitar ya?

El muchacho se dio media vuelta y se arrastró por el suelo huyendo. Laurel miraba la escena asombrada. Desde luego, aquel muchacho estaba más borracho de lo que imaginaba.

—No te acerques —gritó el muchacho—. ¡Socorro!

—Shhhh... cállate —comentó Christopher colocándose frente a él.

—No... tú... tu... ¿quién eres? ¿Cómo has conseguido moverte a esa velocidad? —tartamudeo.

Christopher suspiró y se arrodillo a su lado, luego miró al muchacho escudriñándolo.

—Estás borracho —comentó mientras lo giraba para ponerle las esposas de nuevo.

—No, no... ¡no me toques! —Buscó con la mirada a alguien y se encontró a Laurel a pocos metros, observándolos con actitud cómica—. ¡Agente! —gritó hacia ella—. Por favor... no es normal... él... ¿ella lo sabe? —preguntó hacia él—. Su... su compañero se mueve a una velocidad extraordinaria... ¡es un alienígena!

Christopher le dio una colleja nada más ponerle las esposas y comenzó a ponerse en pie.

—¿Has tomado drogas también? —Le preguntó Christopher.

—No, solo bebí... bebí mucho, lo reconozco, pero sé lo que he visto...

—Ya, claro —comentó Christopher mientras lo empujaba hacia el coche.

El chico gimió mientras lo empujaba y al pasar al lado de Laurel comenzó a suplicarle.

—Por favor... escuche, agente... agente... —Laurel abrió la puerta trasera del coche para que Christopher lo introdujese y se cruzó de brazos—. Tiene que hacerme caso... él no es normal... se mueve demasiado rápido para ser un humano...

Christopher lo empujó del todo introduciéndolo en el coche de malas formas y cerró la puerta, aunque sus gritos se seguían escuchando aún con la puerta cerrada.

—¡No es normal! ¡Es raroooooooooo!

Christopher puso los ojos en blanco pero cuando volvió la mirada hacia Laurel ella lo observaba de brazos cruzados y una extraña sonrisa en su rostro.

—Ves, ya decía yo que no era la única que te había calado —bromeó.

—Déjate de tonterías ya —Le reprendió.

—¡Quiero irme de aquí! —gritó de nuevo el detenido desde dentro del coche.

Christopher se pasó la mano por los ojos como si estuviese agobiado.

—Conduces tú, ¿no? —ironizó hacia ella mientras rodeaba el vehículo.

Ella no contestó pero se subió al asiento del conductor directamente. Christopher se sentó también y se puso el cinturón.

—¿Adónde me lleváis? —preguntó el muchacho desde atrás.

Christopher se giró con gesto de pocos amigos.

—A la nave espacial —Se burló con voz grave.

La reacción de él no se hizo esperar y comenzó a temblar.

—Tío... no... no sé qué eres pero...

—¡Cállate! —gritó Christopher de los nervios—. O te aseguro que en vez de a prisión te llevarán a un manicomio para hacerte una lobotomía.

Suspiró y se dio la vuelta sentándose correctamente, aunque le llamó la atención que Laurel estaba sonriendo como si aquel último comentario por su parte le hubiese hecho gracia.

Vaya, pero si sabía sonreír... y cuando lo hacía tenía una sonrisa tierna, incluso sus rasgos que parecían siempre tensos se relajaban.

Pasó el resto del viaje en silencio, soportando los gritos desde la parte de atrás pidiendo auxilio y sollozando cuando él se giraba para observarlo con gesto furioso.

Solo pudo respirar tranquilo cuando sus compañeros lo cogieron del coche patrulla y lo llevaron a los calabozos en la parte baja de la comisaria.

Aquello había sido una verdadera locura pero, ¿qué iba a hacer si no? No podía dejar que aquellas personas saliesen heridas por aquel muchacho de gatillo fácil.

Observó cómo sus compañeros cruzaban la puerta del final del pasillo rumbo a los calabozos cuando notó como una presencia se ponía a su lado. Laurel permanecía de brazos cruzados, observando también hacia aquella puerta que ya se cerraba, escuchando aún los gritos de terror del joven por lo que había presenciado.

—No sé qué has podido hacerle, pero lo has dejado traumatizado —pronunció. Acto seguido avanzó hacia su mesa.

Christopher le siguió.

—Ya has visto todo lo que ha devuelto. Está muy borracho, no sabe ni lo que dice —comentó colocándose a su espalda.

Ella se giró y se encogió de hombros, aunque con un rápido movimiento depositó una carpeta vacía en su pecho haciendo que Christopher la cogiese.

—Hay que redactar el atestado de lo ocurrido.

Él enarcó una ceja hacia ella.

—¿Y?

—Pues que te toca redactarlo... —comentó con inocencia—. Tú lo has detenido, ¿no? Yo no sé ni lo que ha ocurrido en esa trastienda —pronunció de malos modos.

Christopher gruñó mientras dejaba la carpeta vacía en la que suponía que tenía que introducir los documentos que fuese redactando.

—Ya, ¿y tú no vas a redactar nada?

—Eso pasa cuando uno hace las cosas a su aire sin contar con su compañero.

Dio unos pasos hacia delante mosqueado.

—¿Perdona? —preguntó ladeando su rostro hacia un lado—. ¿Y qué has estado haciendo tú desde que llegué? —Luego señaló la carpeta—. El atestado debemos hacerlo entre los dos puesto que los dos acudimos a esa misión.

Ella chasqueó la lengua y dio un paso atrás.

—La próxima vez consúltame antes de actuar a tu aire —respondió con bastante prepotencia—. Redacta el informe —ordenó. Tras eso se giró.

Christopher observó su espalda alejarse. Aquello se pasaba de castaño oscuro, pero no lo soportó más cuando vio como Laurel saludaba y sonreía a un par de compañeros que se encontraban en la sala del café hacia la que se dirigía. Oh, no, ni hablar. Él no iba a ser el mandado de nadie allí, y menos de esa mocosa.

—Eh, Laurel —gritó mientras se acercaba a ella.

Aunque Laurel no dejó de andar el gritó la alarmó y se giró. Christopher llegó hasta ella poniéndose erguido, sacándole más de una cabeza.

—No te vas a ir a tranquilamente mientras yo saco el trabajo de los dos —rugió—. No me toques los cojones.

Ella ladeó su rostro y puso un dedo en su pecho a modo de advertencia.

—Ni se te ocurra volver a hablarme en ese tono, ¿entiendes? —Le amenazó ella—. Haz lo que se te dice.

—Tú no me das órdenes, soy tu compañero.

Ella lo miró fijamente, mientras la ira se apoderaba de su cuerpo.

—Tú no eres mi compañero. Quítatelo de la cabeza —Le gritó.

Acto seguido se giró y salió a un paso acelerado, pero en vez de ir hacia la sala de café tomó rumbo al pasillo dirección a los aseos.

¿Pero que le pasaba ahora? ¿Que no era su compañero? Rugió ante la mirada asombrada del resto de policías y se giró para dirigirse a su mesa. Maldita fuese. Alguien tenía que calmarle los humos a esa niña mimada y consentida.

Se sentó e intentó calmarse. De nada servía que entrase en confrontaciones con ella. Si Laurel no quería un compañero, no lo tendría. Hoy mismo hablaría con Nicholas y pediría que lo relevasen de ese cargo. No tenía la necesidad de estar aguantando sus tonterías cuando tenía cosas más importantes entre manos.

6

Christopher entró enloquecido en el comedor donde todos sus compañeros se encontraban a la mesa.

Nicholas sonrió hacia él, aunque al ver su gesto enfurecido borró la sonrisa de su rostro.

—¿Va todo bien? —preguntó preocupado.

Christopher fue hasta la mesa y dio un golpe en ella llamando la atención de todos y haciendo que lo mirase fijamente, sin comprender su reacción.

—¡No la aguanto! —gritó—. ¡No aguanto más!

Nicholas sonrió asombrado, con cierto nerviosismo, y luego miró de reojo a sus compañeros. Christopher estaba atacado de los nervios, incluso su respiración era acelerada.

—Ya... —dijo levantándose lentamente de la silla, señalándolo con una mano como si así pudiese calmarle—. Te refieres a... a tu compañera, ¿no?

—¿Se llamaba Lauren, verdad? —preguntó Dean.

Christopher gruñó al escuchar ese nombre y apretó la mandíbula mirando a su amigo, como si le enfureciese escuchar el nombre de ella.

—Vamos, cálmate... —prosiguió Nicholas. Nunca había visto a Christopher tan histérico—, seguro que no es para tanto —intentó quitarle hierro al asunto.

—¿Que no es para tanto? —gritó Christopher centrando toda su furia en su jefe—. ¿Que no? —Luego lo señaló mientras Nicholas daba un paso hacia atrás, asombrado—. No lo soporto más... Yo... —dijo mientras se removía inquieto—, ¡dimito! —acabó gritando—. ¡Me voy!

Nicholas lo miró incrédulo.

—Vamos, Christopher... no digas eso. Además, sabes que no puedes dimitir.

Christopher gritó en su dirección como si así se quitase los nervios de encima y les dio la espalda dirigiéndose a su habitación con un paso acelerado, con movimientos realmente tensos.

—¡Y tanto que puedo! ¡Lo estoy haciendo! ¡No pienso volver a esa comisaría nunca más!

Nicholas se rascó la cabeza mientras miraba a todos sus compañeros que permanecían igual de sorprendidos que él.

—Pero si solo llevas dos días, Christopher —pronunció a modo de broma.

Christopher volvió a apretar la mandíbula mientras iba a su dormitorio. Necesitaba relajarse.

—¡Y ya he tenido suficiente! —gritó antes de dar un portazo y encerrarse en su habitación.

Aquella última conversación lo había puesto de los nervios. Había redactado los informes del atestado sobre la detención de aquella mañana y había pasado el resto del día hasta que había acabado su turno en su mesa, estudiando algunos expedientes, entre otros, los de las tres chicas desaparecidas.

No había vuelto a ver a Laurel por la comisaría. En parte lo prefería así. Nunca se había llevado mal con nadie, cierto que había tenido algunas discrepancias durante su época en el Pentágono, pero nada comparable a eso.

Se removió inquieto por la habitación. Ni loco pensaba volver a aquella comisaría.

Los golpes en su puerta hizo que se girase hacia ella con gesto de pocos amigos. Nicholas abrió lentamente y lo miraba con una sonrisa cómica en su rostro lo cual lo desesperó y resopló.

—Oye, supongo que os hará mucha gracia todo esto —comentó Christopher extendiendo los brazos hacia él—, pero os aseguro que no tiene nada de gracioso. Esa chica es desesperante...

—Vamos, calma, calma... —Le instó Nicholas.

—No vuelvas a decirme eso —gritó.

Nicholas lo miró esta vez sorprendido.

—¿Pero que ha hecho esa chica contigo?

Christopher elevó los brazos hacia el cielo.

—Es... es una maleducada. No sabe lo que es trabajar en equipo. Es poco considerada y lo peor de todo es que tengo que estar soportando sus malas palabras, su prepotencia...

—Oye, oye... esto es temporal —comentó intentando calmarlo.

—Me da igual si es temporal o no —Le cortó—. ¡No pienso volver! —Luego lo señaló—. Ve tú.

Nicholas sonrió.

—Sabes que yo no puedo ir...

—¿Ah no? ¿Y por qué no? —preguntó cruzándose de brazos.

—Tengo que estar pendiente de esta división... —Christopher resopló ante aquella contestación—, además, tú ya estás infiltrado ahí...

—Mira, cuando me lo propusiste no tuve ningún problema, ¿vale? Pero ahora sí lo tengo.

—Pero si es solo una chica —bromeó.

Christopher lo miró fijamente.

—Como se nota que no la conoces.

—Oye... —avanzó hacia él—, esto durará poco tiempo, solo hasta que logremos controlar a los vampiros de la zona. Luego ya no hará falta que estés ahí. —Christopher rugió—. Será poco tiempo... vamos.

—No.

Nicholas arqueó una ceja hacia él.

—Dos meses... —propuso—. Dame de plazo dos meses y si para entonces no hemos conseguido encontrar la guarida de los vampiros podrás salir de la comisaría igualmente.

Christopher volvió a mirarlo fijamente.

—Medio mes —propuso él.

—Ni hablar —Avanzó Nicholas hacia él—. Mes y medio.

—Uno. Y es mi última oferta. —Le señaló—. Si en un mes contando desde hoy no logramos encontrar a los vampiros saldré de allí. Ni un día más. —Extendió los

brazos hacia los lados—. ¿Lo tomas o lo dejas?

Nicholas chasqueó la lengua y extendió el brazo hacia él para sellar el pacto con un apretón de manos.

—Trato hecho.

Ambos se apretaron la mano, pero cuando Christopher iba a retirársela Nicholas no le dejó. Esta vez lo miraba con una sonrisa maliciosa.

—Pero de todas formas... —Christopher resopló al ver por dónde iba a su jefe—. Si te pone tan nervioso...

—No me pone nervioso, si no furioso.

—Lo que sea pero... ¿por qué no solicitas un cambio al inspector?

Christopher retiró finalmente la mano.

—Acabo de llegar, Nicholas. No quiero ir quejándome de los compañeros ni poniéndolos en situaciones violentas...

—Sabes que yo no soy partidario de todo eso, ni siquiera sé realmente lo que esa chica hace para sacarte de tus casillas pero... por Dios —rio—, eres un cazador. Luchas contra vampiros, lobos, brujas... ¿y te va a sacar de quicio una muchachita?

Aquello le hizo reflexionar, aunque luego se acercó a él con una sonrisa bastante enloquecida.

—Esa muchachita está a la altura de la bruja Agnes —pronunció con seriedad.

Nicholas lo miró divertido y negó con su rostro. Miró su reloj de muñeca que marcaban las tres y media de la tarde.

—Vamos, ve a comer algo. Luego iremos a comprar y después queremos ir a hacer una visita a la manada.

—¿Para? —preguntó mientras salía de su habitación.

—Hay que hacer un plan de vigilancia del poblado.

Cuando Christopher entró en el salón todos lo miraban con una sonrisa pilla. Resopló y fue hacia la mesa donde estaba la bandeja con salchichas y costillas y otra bandeja con patatas. Estaba claro que el resto de la división ya había comido porque todos permanecían mirando la televisión, donde retransmitían todos los inconvenientes que la erupción volcánica del anterior día había causado.

Nicholas puso una mano en su hombro haciendo que casi botase de la silla, pues se había quedado pasmado mirando la televisión, observado como la lava avanzaba rápida por las ciudades. Aquello era un verdadero desastre.

—En cuanto acabe de comer vamos a comprar —dijo alzando la voz, hecho que hizo que sus compañeros se girasen un momento hacia atrás para afirmar—. Y luego iremos a ver a la manada. —De nuevo todos asintieron sin decir nada. Se reclinó sobre Christopher—. No tardes mucho en comer.

Christopher gruñó.

—No me estreses, Nicholas —Le advirtió—. Bastante tengo ya.

Nicholas se alejó de él sentándose al lado de Melanie que observaba la televisión atenta, dándole el tiempo necesario para comer tranquilo.

Se había encerrado en el aseo durante un rato, intentando controlar las lágrimas. A pesar de que iba pasando el tiempo cada vez le costaba más aceptarlo. Simon no

volvería. Los recuerdos del hospital le hicieron erizar la piel y tuvo que introducirse de nuevo en los aseos individuales. Donde antes había un hombre apuesto, fuerte, grande... ahora solo había un hombre esquelético, sin cabello, demacrado.

Tuvo que permanecer más de media hora encerrada, por suerte, ninguna compañera entró en el aseo. Permaneció el resto del medio día por los pasillos de comisaría tomando un café... prefería no verlo de nuevo. El ver a Christopher sentado donde unos meses antes había estado Simon era insoportable.

Cuando había llegado la hora de marchar se había quitado el uniforme dejándolo en la taquilla y se había puesto ropa de calle. Tras examinar el despacho y ver que Christopher ya se había marchado pudo estar más tranquila. Debía superarlo. Simon se lo había dicho: aquello le haría más fuerte. Pero nada de eso, pese a que los días pasaban no notaba que mejorase y, aquello, había empeorado tras la llegada de Christopher.

Cogió el móvil mientras salía de comisaría y envió un mensaje a su amiga Edith. Necesitaba hablar con alguien, distraerse... No era de explicar sus problemas, pero ahora lo necesitaba, y nadie mejor que ella para escucharla. Habían sido vecinas desde pequeñas, compañeras de juegos, aunque luego, cuando Edith había marchado a la universidad para estudiar biología se habían distanciado. Tras su vuelta se habían unido, ahora, Edith trabajaba en unos pequeños laboratorios cerca de Banff con un horario que le permitía tener las tardes libres. Además, era la única de su grupo sin pareja seria, así que cuando le escribió el mensaje diciéndole que necesitaba hablar con alguien y que si quería quedar para comer, no había tardado más de cinco minutos en responder afirmativamente. Había sido todo un alivio, pues si iba a su casa ahora acabaría volviéndose loca. Necesitaba desconectar, distraerse y sincerarse.

Edith cogió una de las patatas y sopló, pues estaban recién hechas y quemaban.

—Oye, sé que es difícil... —susurró—, pero tienes que superarlo.

Laurel se pasó la mano por el cabello agobiada.

—Tienes razón, pero me es difícil...

—Pues claro que te es difícil —Le dio la razón—. A todo el mundo le es difícil aceptar la pérdida de un ser querido. —Luego la miró con ternura—. Pero él no querría que estuvieses así.

Laurel suspiró y la miró con los ojos llorosos.

—Es que... —Tragó saliva—, cuando veo que se sienta en su sitio, o usa su taquilla...

—Oye, el pobre chico no sabe nada.

—Ya, ya sé que no sabe nada...

—¿Y por qué no le dices algo al inspector? Dile que aún no estás preparada para otra pareja, que necesitas más tiempo...

—No quiero dar esa imagen. —Le cortó. Cogió su refresco y le dio un sorbo—. De todas formas en breve me dirán algo sobre la plaza que he solicitado en Toronto...

Aquello le hizo arrugar la nariz a su amiga.

—Así que lo tienes decidido... te irás.

Ella se removió incómoda.

—Lo necesito. Necesito alejarme de todo esto durante un tiempo...

—Así no vas a afrontar las cosas —Le reprendió ella, aunque con un tono dulce

—. Oye, te conozco. El que te vayas a otro sitio no va a hacer que olvides todo lo que ha ocurrido. Sé que es difícil, muy difícil —enfaticó—, pero tienes que abrirte con la gente igual que haces conmigo. No te sirve de nada encerrarte en ti misma y querer distanciarte de todo el mundo. No te va a hacer ningún bien —Luego alargó su mano y se la cogió de forma cariñosa—. No todos vamos a irnos, Laurel.

Aquella frase le hizo apartar la mirada de ella al notar como los ojos se le humedecían. Ahí estaba la cuestión, no quería encariñarse con nadie más, no quería abrirse a otra persona y que luego tuviese que marcharse. Le daba miedo volver a pasar por algo así.

Se mojó los labios y asintió mientras retiraba la mano. Suspiró y se quedó contemplando por la ventana.

Su amiga la observó. Sabía el gran cariño que le tenía a Simon. Había sido como su padre y entendía que ahora se sentía perdida y sola.

—Háblame de él...

Laurel se giró hacia ella sin comprender.

—¿De quién?

—De tu nuevo compañero... vamos —Le animó.

Laurel suspiró y chasqueó la lengua.

—¿De Christopher? No me apetece hablar...

—¿Se llama Christopher? —preguntó con una sonrisa—. Oh, me encanta ese nombre, suena tan varonil... —Laurel ladeó su rostro hacia ella asombrada—. Vamos, dime... —insistió—. ¿Por qué te saca tanto de quicio?

—No, si... si tampoco hace nada... Es que... —susurró como si no supiese que decir.

—Es decir, que el pobre está aguantando tu mala leche, ¿verdad? —Aquello le hizo abrir los ojos al máximo, sorprendida por la frase de su amiga—. No me mires así —Rio Edith—. Es la verdad. Tienes mucho genio... —pronunció mosqueada.

—Bueno, él tampoco se queda corto, eh.

Edith se encogió de hombros.

—Con ese nombre que tiene seguro que es todo un hombre...

Laurel comenzó a reír por su ocurrencia.

—Oh, vamos... Edith, Jack se pondría celoso si te escuchase hablar así...

—Deja a Jack tranquilo, además... te llevo insistiendo mucho con que me presentes a un policía, sabes que me encantan.

Laurel movió su rostro incrédula y cogió una patata del bol que le habían traído.

—No sabes lo que dices... —siguió con la broma.

—Venga, vaaaaaa... ¿cómo es Christopher? Oh, me encanta ese nombre, de verdad... ¿está casado? ¿tiene pareja?

—Y yo que sé —rio ella.

—¿Cómo que no lo sabes? Es tu compañero y no... —Luego parpadeó varias veces—. Ya, es verdad... no sueles hablar mucho con él y cuando lo haces es para reñirle. —Laurel puso los ojos en blanco—. ¿Lleva anillo de casado?

—Creo que no.

—Vale, descripción. Ya.

Laurel miró a su amiga asombrada.

—Pues es un chico normal y...

—¿Rubio? —preguntó Edith.

—Moreno.

—¿Ojos?

—Marrón claro.

—Mmmmm... —gimió Edith como si sintiese placer—. ¿Es alto?

—Pues claro que es alto. Sabes que hay unos requisitos para ingresar en la policía...

—Me sirve. Preséntamelo —le cortó. Laurel se pasó la mano por la cara como si no creyese lo que su amiga estaba diciendo. —Seguro que es buena persona —continuó su amiga.

—¿Eso lo deduces de la descripción?

—Y del nombre —Se encogió de hombros mientras hacía un gesto gracioso.

Laurel ladeó su rostro hacia ella y sonrió divertida.

—Lo cierto es que yo lo llamo Chris. Lo odia —sentenció.

—Es que Chris se puede confundir con el diminutivo de Christina. —Miró a su amiga con los ojos entornados—. Qué mala eres. Pobre chico. Deberías darle una oportunidad.

Laurel resopló.

—¿Y para qué? —preguntó mientras cogía su refresco otra vez—. Con suerte en menos de un mes estoy en... —Se quedó callada mientras observaba por la ventana—. Mierda —susurró, y acto seguido se distanció del cristal un poco.

Su amiga la miró sin comprender.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupada. Volvió su rostro hacia la ventana. Había un grupo de chicos que salían de un supermercado, dejando varias bolsas en la parte de atrás de un todoterreno.

—¿No querías verlo? —ironizó—. Ese es Christopher —susurró.

Edith la miró asombrada y luego volvió toda su atención hacia la ventana, observando a los cuatro chicos. Uno permanecía al volante esperando a que el resto de ellos metiesen las bolsas en la parte de atrás.

—¿Quién de ellos? —preguntó con ansias, sin apartar la mirada.

Laurel resopló y observó.

—El que lleva una bolsa en cada mano. El que viste con un tejano oscuro y jersey marrón.

—¿El de la chaqueta negra? —preguntó.

—Sí, y por favor... ¿puedes ser más disimulada?

Edith arqueó una ceja hacia ella.

—Da las gracias de que no me pongo a babear contra el cristal. ¿Ese es tu compañero? —preguntó sorprendida.

Laurel la miró sin comprender y luego volvió su atención hacia Christopher que acababa de dejar unas bolsas en la parte de atrás y colocaba una mano en el hombro de un chico rubio.

—Sí, ese.

Lo cierto es que hasta ese momento no había sido consciente de lo atractivo que era. Si que se había dado cuenta, pero el que su amiga se lo confirmase no hacía más

que dejar patente lo que ya había pensado en un primer momento.

—Madre del amor hermoso... —susurró su amiga apoyándose contra el cristal.

—Edith, por favor... que te van a ver —gimió al ver el gesto de su amiga.

Edith se giró hacia ella con los ojos muy abiertos.

—Está buenísimo, Laurel.

—Shhhh... calla —Le previno para que bajase el tono.

—¿Tú estás tonta o qué? —preguntó incrédula—. Si ya sabía yo que con ese nombre prometía. —Laurel suspiró—. Oye, ¿y el resto también son compañeros tuyos?

Laurel se acercó levemente al cristal para observar.

—No, no los conozco.

Edith se giró hacia ella.

—Pues deben ser sus amigos... ayyyy... consígueme una cita con él —sugirió y al momento comenzó a aplaudir.

—¿Pero qué dices? —preguntó a la defensiva.

—Vamos, a ti no te interesa, ¿verdad? —preguntó rápidamente. Luego se puso en pie—. Vamos a saludarle...

—¿Pero qué dices? ¿Te recuerdo a Jack otra vez? —preguntó de los nervios—, y ... siéntate —ordenó histérica.

—Oh, venga vamos... ¡voy a pagar! —dijo dirigiéndose a la barra con urgencia—. Espero que no se vayan —susurró.

—No, oye, escucha... —pronunció Laurel cogiendo su bolso. Se levantó y fue hacia ella a un paso apresurado. Sabía que su amiga era capaz de eso y más—. Ni se te ocurra... —Le advirtió.

—No pasa nada, Laurel —bromeó mientras le tendía el billete al camarero—. Cruzamos la calle y, por arte de magia... anda, hola Christopher... y luego me lo presentas —reaccionó con urgencia.

—Desde luego, pobre Jack.

—Oye... Jack es muy buen chico, pero creo que no quiere nada serio, así que...

—No vamos a salir de aquí.

—Y tanto que vamos a salir —dijo Edith cogiendo el cambio que le daba el camarero—. Tienes que abrirte, parece buen chico, tiene amigos...

—¿Y qué?

—Pues que no puedes ir con esa cara de aguafiestas siempre —dijo cogiéndole del brazo y empujándola hacia delante.

—Que no... Edith, por favor...

—Va, venga... ¡pero si ya lo conoces! Esto es un pueblo, es normal que te encuentres con él —Luego pestañeó varias veces—. Lo cual es bastante raro porque yo no lo había visto antes y te aseguro que no me hubiese pasado desapercibido.

Laurel intentó soltarse del brazo pero su amiga insistía en tirar de ella hacia la puerta.

—Por favor... —suplicó.

—Es una terapia de shock. Algún día me lo agradecerás —dijo cruzando la puerta junto a una Laurel que no dejaba de protestar.

Las dos volvieron la mirada al frente y ambas se quedaron impresionadas.

Edith chasqueó la lengua y miró de un lado a otro mientras Laurel se soltaba de su mano y suspiraba aliviada.

—Menos mal —susurró.

Edith bajó los escalones del bar y miró de un lado a otro buscándolos.

—¿Dónde están? ¿Ya se han ido? —preguntó sorprendida.

Laurel miró de un lado a otro comprobando que unas esquinas por delante giraba el enorme todoterreno en el que había visto que dejaba las bolsas.

—Sí —dijo sonriente.

Edith se giró hacia ella cruzándose de brazos.

—Da igual —Se encogió de hombros—. Sé donde trabajas. Mañana podría ir a poner una denuncia y...

—Ni se te ocurra hacer eso —respondió asustada.

Edith comenzó a reír.

—Tranquila —reaccionó sorprendida—. No lo voy a hacer. —Extendió los brazos hacia ella—. Pero de verdad, Laurel, tienes que comenzar a abrirte con la gente.

—Ya lo haré.

—No, vas a comenzar ya —ordenó, haciendo que sus cabellos negros volasen de un lado a otro—. Me da igual si es con ese chico, o con otra compañera o amiga, pero tienes que hacerlo. Lo único que consigues así es hacerte daño. Eres joven y tienes mucha vida por delante.

Laurel suspiró y apretó los labios. No le gustaba escuchar aquello, pero sabía que su amiga tenía razón.

—Bueno, pues... —dijo mirando de un lado a otro—. ¿Vamos a otro bar?

Ella arqueó una ceja mientras se abrochaba el abrigo, pues pese a ser las cuatro y media de la tarde el sol comenzaba a irse y la temperatura volvía a bajar.

—¿No has quedado con Jack?

—Hoy no. Mañana —dijo cogiéndose a su brazo—. Vamos, a la próxima invitas tú.

Habían dejado la compra en casa y Scott y Taylor, tras ordenarlo, se unieron a ellos en el todoterreno.

Nicholas que iba en el asiento del copiloto se giró hacia atrás mirando a Adrien.

—¿Has avisado a Alex de que vamos?

—No me habías dicho de que tenía que hacerlo —contestó Adrien—. ¿Le aviso?

—No, de todas formas no tardamos más de diez minutos en llegar. —Miró a Christopher—. ¿Más calmado ya? —preguntó hacia él.

Christopher se pasó la mano por los ojos.

—Eh —dijo Dean desde atrás—, ¿te está molestando mucho esa compañera tuya?

Scott intervino también.

—Ya te lo dije ayer, si necesitas que intervengamos...

—Scott... —pronunció Christopher con paciencia.

—Para eso están los amigos. Un sustito y no te molesta más —Le guiñó el ojo.

Christopher resopló.

—No hace falta, ya me las apaño.

Scott desde detrás puso las manos en sus hombros y comenzó a masajearlo.

—Esta chica te tiene en tensión... —bromeó haciendo fuerza en sus hombros.

—Ah, quita... —Se quejó Christopher espantándolo como a una mosca.

—Solo intento ayudar —respondió.

—Yo creo que le ayudaríamos más si la pillásemos por banda y la amenazásemos. Nadie trata así a mis amigos... —bromeó Dean ante la mirada irritada de Christopher.

Scott miró a Christopher con una sonrisa.

—Lo que también ayuda es un polvo.

Todos se giraron hacia él con sonrisas y luego miraron a Christopher con una ceja enarcada.

—¿Estáis locos o qué? —gritó hacia ellos.

—Eso relaja bastante —rio Nicholas desde el asiento del copiloto.

—Eh, ¿lo sabes por experiencia, jefe? —bromeó Taylor mientras hacía girar el todoterreno a la derecha, tomando el desvío que les permitiría internarse en el bosque. Nicholas golpeó levemente su brazo—. Auuuu... eh... jefe, que voy conduciendo.

—¿Podemos dejar la conversación? —interrumpió Christopher—. No estoy de humor...

—Ya sabes cómo se mejora eso —rio Scott—. Manos a la obra.

Christopher cerró los ojos armándose de paciencia.

—¿Laurel, no? —preguntó Adrien hacia él.

—Sí, Laurel —respondió de mala gana.

—Laurel, laurel... —pronunció Scott con voz aterciopelada.

Christopher se giró enfadado hacia él.

—Si la conocieses no pronunciarías ese nombre de aquella forma —atacó.

—El nombre es bonito —intervino Taylor.

—Sí, es lo único bonito que tiene y... por favor... —volvió a suplicar—, vamos a cambiar de conversación. —Miró a Nicholas—. ¿Sabemos algo de la bestia?

—¿Tú qué crees? —preguntó volviéndose hacia él—. Te hubiese dicho algo.

—¿Algún volcán más en erupción?

—No.

—¿Algún terremoto?

—Tampoco —dijo Adrien a su lado sonriente.

—¿Inundaciones? —preguntó desesperado, buscando otro tema de conversación.

—No, pero... —Se giró hacia él sonriente—, Sam está de parto.

Aquella revelación le hizo pestañear varias veces poniendo su espalda recta.

—¿Sam está de parto? —preguntó mirando a sus compañeros que permanecían sonrientes.

—Ajá.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —gritó echándose hacia delante, como si quisiese estrangular a su jefe. Adrien colocó una mano en su pecho conteniéndolo.

—Por esto mismo —rio Nicholas.

—Shhh... tranquilo —rio Adrien mientras lo contenía—. Caray Christopher, como estás ultimamente...

—¿Sam está de parto y no me lo dices? —volvió a atacar.

—¡Sorpresa! —gritó Taylor soltando el volante unos segundos.

—¿Cuánto hace? —preguntó desesperado.

Nicholas miró su reloj de muñeca.

—Me lo han dicho justo cuando te has ido a trabajar esta mañana. Supongo que estará a punto de nacer.

Christopher tragó saliva y suspiró. Se quedó pensativo durante unos segundos, analizando la noticia. Samantha iba a ser madre. Aún recordaba cuando hacía varios años habían acudido a aquella casa atacada por los vampiros. Nicholas la había encontrado en un armario escondida. Había perdido a toda su familia, a partir de ese momento, y tras descubrir que Samantha era un potenciador, no se habían separado de ella durante mucho tiempo, convirtiéndose en su familia. Ahora, ella tenía la familia en Nueva York, junto a esa división. Había establecido una relación con Nathan y juntos iban a ser padres.

—Vamos a ser tíos... —susurró incrédulo.

—Sí —rio Adrien.

—¿Cuándo iremos a verlo? —preguntó con ansiedad.

Nicholas señaló hacia un punto del bosque.

—Taylor aparca aquí. —Luego señaló el radar—. La manada no está muy lejos ya. Vamos andando. —Se quitó el cinturón y saltó del todoterreno igual que el resto de sus compañeros—. He pensado que dado que no podemos dejar esta zona sin vigilancia nos dividiremos en grupos para ir a visitarlos.

Christopher cerró la puerta con un portazo.

—Yo solo podré ir el fin de semana —Se quejó—. Con la comisaría no puedo irme toda una semana a...

Taylor sonrió hacia él.

—Tampoco vamos a quedarnos toda la semana allí —sonrió—. Ella querrá descansar.

Nicholas señaló a Taylor.

—Luego miramos los fines de semana —propuso mientras se dirigía al maletero y extraía las armas.

Adrien se colocó a su lado.

—¿Para qué sacas las armas? —preguntó asombrado—. Los lobos son nuestros amigos, ¿recuerdas?

—Los lobos sí —ironizó Nicholas, luego le tendió una daga para que la cogiese—. Los vampiros no. Y ahora estos bosques están plagaditos.

Todos cogieron un par de dagas y pistolas mientras su jefe cogía una bolsa que ya llevaba preparada.

Taylor cerró el todoterreno y lo miró con curiosidad.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó a su jefe al ver la mochila que cargaba a su espalda.

—Regalitos —bromeó.

Comenzaron a internarse por el bosque, saltando encima de la nieve amontonada a un paso lento.

—¿Has hablado con Nathan? —preguntó Christopher hacia Nicholas.

—No. He hablado con Josh —respondió—. Cuando nazca nos avisará.

Scott carraspeó desde atrás, mientras seguía saltando sobre la nieve.

—Mmmm... ahhh... A ver si alguien de aquí se anima también...

Taylor, Adrien y Nicholas, los que tenían pareja y que iban por delante de él se detuvieron girándose para mirarlo con gesto confundido. Scott se detuvo y los miró sonrojado.

—¿Qué pasa? Es... es bonito... Un niño siempre da alegría...

Nicholas resopló y se giró para seguir caminando, al igual que sus otros dos compañeros.

—Claro, no tenemos otra cosa mejor que encargar niños ahora... con la que está cayendo.

Dean miró de reojo a su compañero.

—¿Desde cuándo te gustan a ti los niños?

—Eh, que aunque no te lo creas yo soy muy niñoero...

—Pzzzz... —dijo Dean.

Nicholas volvió a mirar hacia atrás divertido.

—No te veo como padre.

—Ja —respondió Scott—. La cuestión es... ¿te ves tú como padre? Tú tienes más posibilidades que yo ahora mismo, colega. Eh, venga... ¿Te ves? ¿Te ves?

Todos miraron a Nicholas como si esperasen una respuesta. Se removió incómodo y chasqueó la lengua.

—Por ahora no. Tengo la vena paternal bastante jodida por ahora... —Luego sonrió de forma traviesa—, pero sin embargo la vena de querer matar vampiros y a la

bestia la tengo bastante exaltada. —Miró a Taylor de reojo y señaló hacia delante—. ¿Falta mucho?

—No, ya deberíamos toparos con ellos de un momento a...

—¡Holaaaaaaa! —gritó Alex saltando justo delante de ellos.

Todos dieron unos pasos hacia atrás sobresaltados.

—Un día conseguirás que te peguemos un tiro —riñó Adrien a su cuñado. Alex lo miró con una sonrisa, como si no le diese importancia a su último comentario. — ¿Porque te ríes? Te hablo en serio —comentó en un tono más furioso.

Alex ignoró a su cuñado y miró a Nicholas.

—¿Qué hacéis aquí? No os esperábamos.

Dean fue quien se acercó a él pasando a su lado, aunque colocó una mano en su hombro a modo de saludo.

—Estábamos aburridos en casa y hemos pensado... vamos a hacerles una visita a nuestros amigos —bromeó.

Alex sonrió hacia él.

—¿En serio? —preguntó entusiasmado. Luego miró a Adrien que inclinaba una ceja hacia él en actitud divertida—. ¿Me habéis traído alguna película más?

Christopher se giró hacia él.

—¿Ya has visto las que te trajimos la última vez? —preguntó con una sonrisa traviesa.

Alex se puso colorado de inmediato. Todos supieron porqué. Las últimas películas que le habían llevado para que se entretuviese eran instinto básico, nueve semanas y media y liberad a Willy.

—Hombre pues... mmmm... sí.

Christopher sonrió mientras se acercaba.

—¿Y qué tal? —preguntó haciendo que Alex se sonrojase aún más.

—Bien... bueno... —susurro bajando la mirada.

—¿Alguna favorita? —siguió con la broma Christopher—. Y no me digas liberad a Willy, eh.

Alex cada vez se ponía más rojo. Christopher miró a Adrien que los observaba con una sonrisa.

—Creo que tu cuñado va a explotar —susurró.

Adrien rio y echó un brazo encima del hombro de Alex, atrayéndolo hacia él en actitud cariñosa.

—Eps, venga... tranquilo... —intentó calmarlo como si se tratase de un niño avergonzado—. No pasa nada. Ahora, venga, dinos... ¿cuál es tu favorita? —siguió con la broma.

—Oh, Adrien... déjame —se mosqueó Alex saliendo de debajo de su brazo—. Oye, ¿y mi hermana?

Adrien chasqueó la lengua.

—Está en casa.

Alex suspiró y puso cara de disgusto unos segundos aunque luego sonrió abiertamente hacia ellos con un notable cambio de actitud elevando los brazos hacia el cielo.

—¡Mi favorita es instinto básico! —Todos estuvieron a punto de caer de culo—.

¡Me encanta esa actriz! —Se giró hacia Christopher con una sonrisa endiablada—. Tráeme más películas de ella.

Christopher lo miraba con una sonrisa entre incrédula y divertida.

—De acuerdo —respondió mientras se encogía de hombros.

—Bueno, pues... —interrumpió Nicholas—, ya tenemos ganadora. ¿Dónde está el resto de la manada? —preguntó avanzando.

—Están aquí también —dijo girándose para guiarles. Se giró hacia Christopher—. En serio, tráeme más películas.

—El próximo día de traeré —contestó.

—De Sharon Stone —matizó.

—Claro —Lo miró divertido, luego sonrió incrédulo hacia sus compañeros que aún sonreían por la ocurrencia del joven.

Avanzaron durante unos minutos más hasta que Alex se adelantó un poco.

—¡Eh! —gritó mientras entraba en el descampado donde estaba la manada. — Tenemos visita —dijo hacia ellos.

Todas las caravanas que le habían comprado hacía meses para que se resguardasen del frío se encontraban aparcadas, aunque la mayoría de los lobos se encontraban en medio del descampado, junto a una hoguera.

La mayoría se levantaron, aunque esta vez no fue para huir si no para recibirlos. Lo cierto es que los lobos habían dado la talla y si no fuese por ellos seguramente estarían muertos.

Nicholas se adelantó para estrechar la mano de Aaron, el alfa de la manada.

—¿Qué tal? —preguntó con una sonrisa estrechándole la mano.

Nicholas se soltó y miró la manada.

—Bien, ¿y vosotros? —preguntó.

—Bien también. —Miró al resto de la división de cazadores y los saludó con un movimiento de su rostro—. Hola.

Todos lo saludaron mientras se dirigían al centro del descampado, acercándose a la hoguera, donde la mayor parte de la manada se encontraba.

Nicholas miró a su alrededor. Se encontraban rodeados de bosque. En aquel lugar, a esas horas de la noche, nadie los encontraría. Miró a Aaron y le indicó que se dirigiesen a la hoguera, donde hacía más calor.

—¿Cómo va el tema de los vampiros por aquí? —preguntó Nicholas.

Aaron chasqueó la lengua.

—Hemos sabido de incursiones en el poblado.

—Hay tres chicas desaparecidas —intervino Christopher acercándose.

Aaron suspiró.

—Desde la última vez que luchamos con ellos no los hemos vuelto a ver. Han debido encontrar un buen escondite porque por más que los buscamos no logramos encontrarlos.

Nicholas suspiró.

—Nosotros tampoco damos con ellos —admitió colocando las manos en su cintura.

Uno de los lobos que se encontraba sentado junto a la hoguera se levantó furioso.

—¡Hay que dar con esos chupasangres! ¡Están en nuestro territorio! —gritó elevando su puño al cielo. Al momento, el resto de la manada contestó con gritos elevando también sus puños.

Nicholas y el resto de la división pusieron los ojos en blanco. Ya comenzaban de nuevo, estos lobos se motivaban con demasiada rapidez.

Nicholas se cruzó de brazos y miró a sus compañeros con un gesto de mofa. Cuando se giró hacia Aaron también había elevado su puño hacia el cielo uniéndose en la protesta de sus miembros de la manada.

—Oye —interrumpió Nicholas ese súbito éxtasis—, he pensado que podríamos organizarnos para vigilar el poblado y dar con ellos.

Todos se acercaron emocionados por lo que el jefe de la división de cazadores proponía.

—Ya sabes que puedes contar con nosotros para lo que queráis... —dijo Aaron.

—¡Y si es para matar vampiros más aún! —gritó otro miembro de la manada haciendo que de nuevo los gritos emocionados inundasen el descampado.

Christopher miró a sus compañeros divertido. ¿Pero que les pasaba a esos lobos? Cada vez que se les hablaba de batallas o de ir a matar vampiros armaban una fiesta. Coincidió la mirada con su jefe que los observaba como si estuviese agotado de la situación, aún así se controló y suspiró.

—He pensado que podríamos mantener entre todos el poblado vigilado. Ninguno de nosotros sabe dónde encontrar a los vampiros, no sabemos su escondite. Pero ellos deben bajar al poblado para alimentarse... tarde o temprano deben pisar la zona. —Aaron afirmó—. Nos dividiremos en seis grupos. Cada uno de mis hombres dirigirá un grupo de tu manada. Cada noche uno de esos grupos vigilará el poblado.

Aaron aceptó de inmediato, sin oponerse a que ellos dirigiesen la operación.

—Me parece bien.

—¡Yo voy a con Adrien! —intervino Alex, y luego miró sonriente a su cuñado que le guiñó el ojo de inmediato.

Nicholas se quedó pensativo unos segundos.

—Quizá hagamos cinco grupos... —Se giró directamente hacia Christopher—. ¿Tú como lo ves? ¿Quieres participar? Con tu trabajo en la comisaría...

—Ponme los fines de semana y no hay problema —dijo Christopher de inmediato.

—¿Seguro? —insistió.

—Quiero pillarlos como sea.

—De acuerdo —aceptó Nicholas mientras se giraba hacia Aaron—. Haz seis grupos de iguales miembros. Si te parece bien comenzamos esta misma noche, no quiero dejar una noche más el poblado desprotegido.

—Me parece perfecto.

Nicholas se giró y miró a sus compañeros.

—¿Algún voluntario para esta noche? —Todos elevaron la mano con ansia excepto Christopher que los miraba furioso, estaba claro que prefería participar en eso a tener que ir a comisaría—. Me lo ponéis difícil —Se quejó Nicholas al verlos a todos con la mano alzada.

—Pues no preguntes —respondió Dean.

—Tú, por hablar —dijo rápidamente—. Te ha tocado.

Dean alzó los brazos como si hubiese ganado un premio.

—¡Toma ya! ¡Genial!

El resto del equipo renegaron.

—Yo me pido el viernes —intervino Christopher—. Al menos el sábado no tengo que madrugar.

Nicholas aceptó mientras lo señalaba.

—El viernes noche para ti —dijo rápidamente, como si así ordenase la lista. Miró al resto de sus compañeros que permanecían ansiosos—. Taylor, mañana te tocará a ti. —Afirmó de inmediato—. El resto lo decidiremos mañana. —Se volvió a Aaron—. Divide tu manada y decide los que irán esta noche con Dean. —Luego abrió la mochila que había dejado en el suelo—. He traído walkies y micros, así el equipo estará comunicado.

—Perfecto —comentó Aaron observándolos.

—La guardia se iniciará a las siete de la tarde, ya que desde las cinco más o menos anochece y finalizará a las seis de la mañana. Se formará un perímetro alrededor del poblado. —Luego volvió a observar la bolsa—. En el interior hay radares para captar vampiros.

—¿Radares? —preguntó asombrado.

Nicholas lo miró con una sonrisa.

—También hay radares para lobos, ¿lo sabías? —bromeó.

—Nooooo.

—Pues sí —rio Nicholas. Se giró hacia su equipo e hizo un gesto gracioso. — Bueno... —dijo volviendo su atención hacia Aaron—, selecciona el equipo. —Señaló a Dean—. Él estará al cargo esta noche.

Aaron aceptó y se dirigió hacia la manada para explicar el plan a aquellos que no lo hubiesen escuchado.

Nicholas se colocó ante Dean y le entregó un walkie.

—Cualquier cosa nos la comunicas. Sea la hora que sea.

—Hecho —aceptó su compañero.

—El resto —dijo mirando a su equipo—. A casa.

Dean entró por la puerta de la casa mientras bostezaba y miró fijamente a Christopher que iba en su dirección. Miró el reloj de su muñeca y se quedó sorprendido, pues pasaban solo unos minutos de las siete.

—¿Vas a comisaría tan pronto? —preguntó Dean sorprendido.

—Sí —respondió mientras se ponía el abrigo—. ¿Cómo ha ido la noche?

Dean resopló.

—Estos lobos están locos. Se emocionan por cualquier cosa —bromeó—. Y usan los walkies para hablar entre ellos y explicarse sus batallitas y lo que van viendo. Me han puesto la cabeza loca.

Christopher rio ante su comentario.

—¿Y aparte de eso? ¿Qué tal?

—Muy tranquila... y fría. —Christopher pasó a su lado—. ¿Cómo que te vas tan pronto? ¿No entras a las ocho?

—Sí, a las ocho —respondió mientras se subía la cremallera.

—¿Y entonces? —Dean lo miró de una forma sospechosa—. ¿Quieres tomar posición antes que Laurel? —Christopher se giró hacia él con una sonrisa maliciosa—. Sí, es eso —se respondió a sí mismo—. ¿Le vas a dar duro?

Christopher abrió la puerta de su casa, notando como una corriente helada lo echaba hacia atrás.

—Dijéramos que va a probar su propia medicina. Por cierto... —dijo suavizando su sonrisa—, nos avisaron ayer por la noche. Samantha ya ha tenido el niño.

—Oh, vaya... felicidades —respondió con una sonrisa—. No la conozco, pero me alegro por vosotros... y por ella. ¿Erik, no?

—Sí, Erik —respondió con una sonrisa.

—Pues siendo hijo de un cazador y un potenciador...

—Ya, ese niño promete... —Luego adoptó un tono de broma—, promete ponernos a todos firmes —acabó riendo.

—Seguro que sí —bromeó el también.

—Bueno... —dijo cogiendo el pomo de la puerta—, descansa.

—Gracias —respondió mientras se daba media vuelta y se dirigía a su habitación.

Christopher fue hacia el todoterreno con una sonrisa. Había sido toda una sorpresa cuando a las tres de la madrugada le había sonado el móvil. Lo había mirado pensando que Dean podía estar informándoles de algo, pero se había encontrado la fotografía de un precioso bebe. Había tenido que incorporarse en la cama por el subidón de adrenalina que había tenido. Desde que había conocido a Samantha la trataba como a su hermana y ahora, era madre. Notó como el corazón se le aceleraba y una conexión con el niño que acababa de nacer se establecía. Aunque no fuese su hermana de sangre la quería como si así fuese.

Sabía que el resto de sus compañeros también habían recibido la fotografía

porque había escuchado como todos se removían en la habitación. Tras eso, le había costado conciliar el sueño y, para cuando lo había hecho, a los pocos minutos le había sonado el despertador.

Pese a que se sentía feliz por el nuevo miembro de la familia no pudo evitar que sus pensamientos se nublasen mientras se dirigía a la comisaría. Sí, Dean había acertado en lo que había dicho. Los días anteriores había llegado ella antes a la comisaría y había tomado posición. Hoy sería al revés. Él sería el primero en llegar.

No eran las siete y media cuando estaba acabando de colgar su ropa en el probador y se ponía el uniforme de policía. Se acabó el intentar ser agradable con ella, el ser caballeroso. No iba a dejar que una muchachita lo mangonease. Debía hacerse valer y respetar.

Salió del vestidor justo cuando coincidió con Barry que iba hacia allí.

—Ey, Christopher —Le saludó.

Le gustó escuchar que por primera vez alguien lo llamaba por su nombre completo en aquella comisaría.

—Hola, Barry.

—Que pronto has llegado, ¿no? —Christopher se encogió de hombros mientras se echaba a un lado para dejarlo pasar al vestuario—. ¿Te hace un café? —preguntó mientras iba hacia la taquilla que tenía asignada.

—Claro —respondió con una sonrisa.

Al menos, el resto de sus compañeros eran agradables.

—Michael está arriba. Sube. Yo voy enseguida —Le animó.

—De acuerdo. Nos vemos arriba.

Miró su reloj de muñeca mientras subía a la planta alta. Las ocho menos veinte. Bueno, al menos, aquel día disponía de un rato para un café y algo de conversación con sus compañeros.

—Hola, Michael —Le saludó mientras entraba por la puerta.

—Ey, hola —respondió mientras se servía una taza de café—. ¿Te apetece? —preguntó mostrándosela.

—Mucho —se apresuró a decir.

Michael le pasó una de las tazas y con la otra mano le acercó la cafetera con el café recién hecho. Desde luego, aquel olor era capaz de revivir a un muerto.

—¿Cómo has llegado tan pronto hoy?

Christopher depositó la cafetera sobre el mármol y se echó un par de cucharadas de azúcar en la taza.

—Una amiga ha tenido un niño esta noche. Me ha enviado un mensaje de madrugada y me ha desvelado —prefirió ser sincero.

—Oh, vaya... felicidades.

—Gracias.

—¿Muy amiga tuya? —preguntó con interés.

—Sí, es como una hermana para mí —admitió mientras veía como Barry se acercaba por el pasillo.

—Ohhh... café... ya —ordenó Barry entrando por la puerta. Michael cogió una taza y se la llenó pasándosela a su compañero. Eso sí que era un buen equipo. Lástima que no pudiese gozar de esa complicidad con Laurel, aquello podría ser

mucho más llevadero.

—Bueno, y dinos Christopher. Nos han llegado rumores de que estuviste en Toronto, ¿es cierto?

Christopher afirmó haciendo memoria del expediente que habían preparado desde el Pentágono para él.

—Sí, estuve varios años allí —respondió.

—¿Y cómo un policía de ciudad se traslada a un lugar cómo este? —continuó Barry con interés.

Christopher se encogió de hombros.

—Toronto está bien. Estaba muy a gusto, pero hay mucho lío...

—¿Drogas? —preguntó Michael.

—Bueno, drogas y muchas peleas callejeras. El índice de criminalidad es mucho más alto que aquí. Esto es más tranquilo, y tras varios años allí me apetecía probar cosas nuevas. Además, siempre me ha gustado la naturaleza.

—Sí, eso es verdad —apuntó Michael—. Aquí vas a encontrar mucha más naturaleza que allí.

—Sí, esta zona siempre me ha gustado. Se vive mucho más tranquilo.

—Exacto, calidad de vida amigo —volvió a decir Michael.

Christopher le dio la razón.

—¿Y vosotros? ¿Lleváis mucho tiempo aquí?

Barry fue el primero en contestar.

—Llevo nueve años en esta comisaria —pronunció con orgullo—. Michael llegó más tarde.

—Cinco años —intervino rápidamente—. Estuve en Vancouver antes de venir aquí, tres años —matizó—. Hasta que conocí a mi esposa. Era de aquí así que solicité plaza y por suerte aceptaron el traslado.

—El se trasladó por amor —bromeó su compañero ante la mirada divertida de ambos.

—¿Y tú? —preguntó Barry—. No llevas anillo... ¿casado? ¿soltero?

—Soltero... y sin ganas de compromiso —apuntó con una sonrisa.

—Aún eres muy joven muchacho. Fíjate en mí, diez años con la misma mujer y... —Se quedó callado observando la puerta y sonrió al momento—. Hola, Laurel —Le saludó con la mano.

Christopher se giró hacia atrás con aspecto serio, borrando la sonrisa de su rostro.

—¿Un café? —preguntó Michael mostrándole la taza.

—No, tengo trabajo —pronunció. Dicho eso se giró y se dirigió hacia la mesa.

Christopher resopló. Bueno, al menos veía que no era solo con él, parecía que su actitud se extendía a todos los miembros de aquella comisaría. Sería desconsiderada.

Iba a girarse ignorándola, igual que había hecho ella, cuando vio que se dirigía directamente hacia su mesa y miraba por encima. Aquello lo puso en alerta. ¿Qué hacía mirando su mesa?

Depositó la taza en el mármol y sin decir nada al respecto salió rumbo a su mesa, saludando con su rostro a algún compañero con el que se cruzaba.

Laurel la examinaba a consciencia. Se detuvo a unos metros de ella cruzándose

de brazos.

—¿Buscas algo? —preguntó secamente.

Laurel lo observó un segundo y luego volvió a fijar su atención sobre la mesa de él. La tenía bien ordenada. Debía haber estado mirando algunos casos porque tenía varias carpetas sobre ella.

—El atestado que redactaste ayer, ¿dónde está? —preguntó sin mirarle.

Christopher se acercó más. No llevaba puesto el uniforme aún. Llevaba unos ajustados tejanos y un jersey color crema de cuello alto que sobresalía sobre su plumón marrón chocolate. Así vestida imponía menos.

—Una vez lo redacte lo dejé en la mesa del inspector —explicó con naturalidad. Ella volvió una mirada furiosa hacia él.

—¿Como que lo dejaste sobre la mesa del inspector?

—Ahí mismo está.

—No tiene mi firma. Tiene que ir firmado por los dos agentes que fueron a la actuación.

Christopher ladeó su rostro hacia un lado con una sonrisa triunfante.

—Pues ve al director, pídele el atestado y explícale porque no tiene tu firma. — Se encogió de hombros—. Supongo que pese a que no redactaste nada te dejará firmarlo. Al fin y al cabo es el protocolo.

Ella lo miró con furia y rugió. Se acercó a él con gesto agresivo, dispuesta a decirle unas cuantas cosas cuando su móvil comenzó a sonar. Se detuvo un segundo con gesto de impaciencia y abrió el bolso ante la mirada divertida de Christopher. "Salvado por la campana".

Laurel removi6 en el interior de su pequeño bolso hasta que cogió el móvil y lo llevó a su oído.

—Dime —respondió con un tono de voz angustiado.

—Buenos días —respondió su amiga Edith al otro lado de la línea, aunque pareció reaccionar por el tono de impaciencia de Laurel y se quedó callada unos segundos—. ¿O no lo son?

Laurel miró directamente a Christopher, el cual permanecía estático a menos de un metro de ella, con la espalda firme y cruzado de brazos, esperando a que ella acabase de hablar.

—No, no lo son.

—Ups, vaya... oye, estoy pensando que si quieres, sobre las once de la mañana me puedo pasar por comisaría y vamos a tomar un café o algo...

—No —respondió secamente—. No puedo.

Sabía lo que su amiga pretendía. Ayer se había quedado con las ganas de que le presentase a Christopher. No sabía si realmente porque quería conocerlo o porque quería hacer de carabina con ella, pero ahora mismo, tal y como estaba el panorama, puede de Christopher no llegase a la hora de desayunar.

—Luego te llamo. Ahora estoy ocupada.

—¿A estas horas de la mañana ya estás ocu...?

Cortó la llamada antes de que su amiga acabase. En menudo momento le había llamado. Se guardó el teléfono en el bolsillo y lo miró con ira. ¿Cómo se atrevía a hacer aquello?

—¿Era tu novio? —preguntó Christopher con desdén.

—Solo una amiga —respondió en el mismo tono.

—Oh, vaya... ¿pero tienes amigas? —Fingió sorpresa.

Laurel apretó los labios y dio un paso hacia él.

—Mira, guapito... —Christopher la imitó dando un paso hacia ella, encarándose —, no sé a qué viene esto o a qué estás jugando...

—Yo no juego a nada. Ayer ya me dejaste claro que esto no es un equipo, ¿verdad? Nosotros no formamos una pareja de trabajo. Cada uno funciona de forma individual. Si yo intervengo en una actuación yo redacto el atestado y yo lo entrego.

Ella apretó los puños y depositó el bolso con fuerza sobre la mesa, como si se estuviese conteniendo de darle un grito. Christopher la observaba fijamente, sin apartar la mirada. Se habían acabado los juegucitos ahí, iba a hacerse valer tanto si era por las buenas como por las malas. De reojo pudo ver como Barry y Michael los observaban boquiabiertos.

—Bien, ¿eso es lo que quieres? —preguntó ella retándole.

—No, no es lo que yo quiero. Pero creo que te vendría bien una cura de humedad. Cuando dos personas trabajan juntas se ayudan...

—¡Cállate! Tú... —pronunció sin mirarle, con la respiración demasiado acelerada—. Tú no deberías estar aquí. Tú nunca tendrías que haber venido a esta comisaría —acabó rugiendo hacia él.

—¿Ah, no? —preguntó extendiendo los brazos hacia los lados—. Pues mala suerte, aquí estoy, y tanto si te gusta como si no soy tu compañero y tendrás que conformarte.

Ella rugió, cogió el bolso de malas formas y pasó por su lado empujándolo levemente para apartarlo de su camino. Se resistió un poco, reteniéndola ahí pero finalmente, con un empujón más fuerte lo sacó de su camino dirigiéndose directamente a la puerta que la llevaría directa a las taquillas.

Christopher se quedó observándola hasta que la perdió de vista. Bueno, esperaba que aquello le sirviese de escarmiento. No podía ir así por la vida, tratando a la gente con tanta superioridad. Esperaba que de aquella forma se le bajasen los humos.

Dio unos pasos hasta su mesa y abrió el cajón extrayendo el atestado del día anterior. No lo había entregado al inspector, no se le hubiese pasado por la cabeza hacerle eso a algún compañero aunque fuese como Laurel. Pero esperaba que de aquella forma comprendiese que debían trabajar en equipo, que si ella seguía individualizando todo él haría lo mismo.

Suspiró y se pasó la mano por el cabello. No le gustaba nada discutir con ella, pero como se había repetido durante toda la noche debía hacerse valer. Donde las dan las toman. Apostaba a que a partir de ahora las cosas iban a cambiar.

Dejó el expediente sobre la mesa y se dirigió hacia la sala donde Barry y Michael lo observaba aún impresionados, con la mandíbula casi desencajada.

Christopher pasó a su lado con la mirada fija en su taza de café. No quería dar esa imagen a sus compañeros, pero tampoco quería quedar como un bobo ante ellos.

—Caray... —susurró Barry.

Christopher apretó los labios mientras cogía la taza de café y se giró con lentitud hacia ellos.

—Lo siento. —Y de verdad que lo sentía, no quería que el resto viesen sus peleas con ella—. Pero es que... —dejó la frase sin acabar.

Michael y Barry se miraron de reojo, aunque Michael fue quien se decidió a intervenir.

—Laurel tiene un carácter horrible, pero es buena chica... —susurró.

—No lo pongo en duda —Se apresuró a decir Christopher—. Sé que no es mala chica pero... —Suspiró—, le cuesta trabajar en equipo.

Barry chasqueó la lengua y miró hacia atrás, asegurándose de que no había nadie cerca.

—No se lo tengas en cuenta —pronunció en un tono lento—. La pobre lo ha pasado... lo sigue pasando mal —Se corrigió.

Christopher lo miró intrigado mientras soltaba su taza sobre la mesa.

—¿Mal?

—Bueno, de hecho ha pedido el traslado —prosiguió Michael—, seguro que se lo conceden...

Aquello lo pilló totalmente de improviso.

—¿Ha pedido el traslado?

Ambos lo miraron como si no comprendiesen su pregunta.

—Claro, por... por lo de su compañero... —explicó Michael. Christopher parpadeó varias veces sin comprender nada. —No tienes ni idea, ¿verdad?

Él puso su espalda erguida.

—No, ¿hay algo que debería saber? —preguntó enarcando una ceja con cierto temor, algo le decía que acababa de meter la pata.

Michael suspiró y se quedó unos segundos callado, como si valorase el darle la siguiente información, aunque finalmente pareció decantarse por un sí.

—Laurel perdió a su compañero hace pocos meses —susurró con pena.

Barry dio un paso al frente acercándose también.

—Bueno, más que compañero, era como un padre para ella.

—Un cáncer fulminante —acabó diciendo Michael.

Aquella explicación le hizo aguantar la respiración y dio un paso hacia atrás movido por la sorpresa. En ese momento comprendió ciertas cosas. Cuando le recriminaba el que fuese su compañero, las últimas palabras que le había dicho sobre que él no debería estar allí. Se quedó en estado de shock durante unos segundos, sintiendo como la culpa lo inundaba al recordar la de veces que había bromeado sobre si se había comido a su compañero o bromas por el estilo.

La culpabilidad lo invadió al momento.

—No tenía ni idea —susurró conmocionado con la información.

Barry chasqueó la lengua.

—Ya lo imaginamos —apunto rápido para calmarlo, pues Christopher se había quedado totalmente tieso—. Por eso, no se lo tengas en cuenta muchacho, piensa que tú estás sentado donde su antiguo compañero, ocupas el asiento del coche de él... Le cuesta aceptarlo. —Christopher asintió con los labios apretados—. Es buena chica, creeme.

—A todos nos ha costado mucho aceptarlo. Simon era un excelente policía y una gran persona.

Christopher inspiró intentando calmarse hasta que finalmente ascendió la mirada hacia ellos.

—Lo siento mucho —susurró.

Barry puso una mano en su hombro palmeándolo.

—Tranquilo. Ya lo sabemos. No te preocupes. —Se quedaron unos segundos en silencio hasta que se giró hacia Michael—. Será mejor que vayamos a coger los expedientes —dijo cuando vio al inspector aparecer por la puerta.

A la que Christopher se quedó solo se dio media vuelta apoyándose sobre la mesa. Notó todos los músculos de su cuerpo tirantes. Se había equivocado, había sido injusto con ella. Ciertamente que no sabía nada sobre lo ocurrido pero eso no quitaba importancia a todo lo que le había dicho, a cómo se había comportado con ella.

Suspiró intentando calmarse. "No era solo su compañero, era como su padre" repitió la frase en su cabeza que había escuchado hacía pocos segundos. Resopló y se pasó la mano por la frente angustiado. Nunca se había sentido tan mal como aquella vez.

Se giró despacio cuando escuchó como la puerta del final del pasillo se abría. Laurel iba poniéndose la chaqueta con un paso presto, directa hacia su mesa.

Se quedó observándola. Ahora la veía de otra forma. Era una chica joven, debía tener un par de años menos que él. Lo que debía haber vivido aquella muchacha los últimos meses debía haber sido un calvario.

Laurel fue directa a su mesa, sin siquiera girar su rostro hacia él pese a que sabía que se encontraba en aquella sala.

Christopher cerró los ojos unos segundos intentando hallar el valor suficiente para acercarse.

Cogió una taza de café y la llenó hasta arriba. Volvió a observarla desde la puerta. Se había hecho una cola alta y sentado a la mesa mientras cogía uno de los expedientes que tenía sobre ella, suponía que para revisarlos antes de que el inspector los llamase para hacer los cuadrantes.

Debía solucionar aquello como fuese. Ahora ya no le parecía tan cruel como hasta hace unos minutos, era simplemente una muchacha que había sufrido y seguía haciéndolo, y que se había creado un escudo alrededor suyo. Ahora lo veía todo claro.

Avanzó hacia su mesa y cogió la carpeta con el atestado del día anterior. Dudó un poco pero finalmente se acercó a la mesa de ella medio sentándose.

Ella lo miró de reojo pero no dijo nada, se le notaba aún enfurecida. Christopher la observó. Sus rasgos, pese a estar contraídos por el enfado ahora se le figuraban mucho más delicados, como si tomase consciencia de todos los matices de su rostro.

Depositó el atestado con cuidado sobre su mesa.

—Es el atestado de ayer —pronunció con delicadeza—. No se lo he entregado al inspector —confesó.

Ella apretó los labios y lo miró desafiante.

—¿Y por qué has dicho eso antes? —preguntó mosqueada.

Christopher suspiró y adoptó una posición más relajada mientras la observaba, mientras clavaba su mirada en su iris azulado.

—Perdona —Se disculpó con sinceridad. Ella se quedó sorprendida por su comentario pero no dijo nada al respecto. Cogió el atestado y lo colocó ante ella. Lo

ojeó durante unos segundos como si estuviese repasando lo que había escrito. Christopher cogió un bolígrafo y se lo tendió—. Fírmalo, se lo llevaré al inspector ahora.

Ella volvió a mirarlo sorprendida. Se le notaba un cambio de actitud, algo había cambiado en él, le hablaba incluso con suavidad.

Se quedó consternada unos segundos, pues no esperaba aquel cambio por su parte. Cogió el bolígrafo que le tendía y lo firmó directamente.

—Ya está —dijo cerrándolo.

Christopher aceptó y lo cogió colocándolo sobre su pierna flexionada. Laurel cogió uno de los expedientes y comenzó a ojearlo pero miró de reojo a Christopher que seguía ahí sentado sobre su mesa, sin moverse. Lo miró sin comprender. Lo cierto es que no sabía cómo reaccionar ante aquello. Él parecía diferente.

—Sé que no hemos comenzado con buen pie —dijo Christopher dejando la taza de café ante ella, ofreciéndosela—. De veras que siento mucho lo que ha ocurrido. — Laurel lo miró fijamente, sin saber qué decir. Christopher le hablaba con una lentitud y suavidad que ella no entendía. ¿No estaban gritándose hasta hace unos minutos? —. Siento todo lo que te he dicho —susurró mirándola fijamente. Luego le medio sonrió de una forma tierna—. Solo quiero que sepas que no quiero sustituir a nadie.

Supo el mismo momento en que ella captó el significado de aquellas palabras, cuál era la causa, porque apretó los labios y lo miró con tristeza dándole a entender que sabía a lo que se refería.

—Vamos, vamos... —gritó el inspector pasando al lado de ellos. Luego señaló directamente a Christopher y Laurel—. Vosotros dos, vamos... no os quedéis encantados ahí. Hay que organizar la mañana —dijo entrando en el despacho.

Christopher aceptó y volvió a girar su rostro hacia ella. Laurel lo miraba con cierta melancolía, como si parte de su ira se esfumase, como si aquellas palabras hubiesen logrado mitigar el dolor que sentía. Él, como le había dicho, no pretendía sustituir a nadie. Quizá era simplemente eso lo que necesitaba saber.

9

No dijo nada cuando Laurel se subió al coche en el asiento del conductor. Había permanecido callada durante todo el rato, mirándolo en algunas ocasiones de reojo. Se le notaba tensa por lo que él había dicho.

Ella no quería demostrar debilidad, aquel, por desgracia, era un mundo de hombres y ella se había ganado su puesto y su reputación demostrando su fortaleza, pero aquellas últimas palabras por parte de él le habían tocado lo más profundo del corazón.

Sabía que no era mal chico, quizá, como había dicho su amiga, estaba siendo injusta con él. Christopher no tenía culpa alguna de lo que le había ocurrido a Simon, pero el verlo sentado a su lado, en su mesa... era superior a ella. Era como si él hubiese venido a sustituirlo, a hacer que todos lo olvidasen, como si el hecho de que él estuviese ocupando su lugar pudiese hacer que Simon se borrara del recuerdo de todos, pero no era así, ella lo sabía, tal y como él había dicho: no venía a sustituir a nadie.

Christopher la observaba en silencio, pensativo. Nunca se había encontrado en una situación así.

Durante los minutos que había durado la reunión para realizar el cuadrante la había observado. Sus rasgos se habían suavizado y, aunque no lo había mirado, notaba que se sentía observada. No le había molestado escuchar al inspector decir que ambos irían juntos a hacer la patrulla y que fuesen a recorrer la zona por donde vieron por última vez a las primeras desaparecidas.

Se había apoderado de él una necesidad de estar a su lado para intentar mitigar todo el daño que había hecho.

—¿Vamos directos a la zona del río?

Ella afirmó sin mirarlo.

—Sí —respondió—. Ahora hay menos gente.

Al menos, no había respondido tan seca como siempre. Suspiró y observó a través de la ventana como avanzaban por las calles. Los comercios comenzaban a abrir y una montaña de nieve se acumulaba en las aceras.

Se pasó la mano por el cabello de una forma tímida y finalmente giró su rostro hacia ella.

—¿Quieres hablar? —preguntó con delicadeza.

Ella lo observó de reojo. Sabía a lo que se refería.

—No.

—No sabía nada de lo que había...

—Christopher, por favor —pronunció ella por primera vez su nombre completo. Volvió la mirada al frente y se removió incómoda—, prefiero no hablar del tema.

Se quedó observándola unos segundos hasta que asintió.

—De acuerdo —susurró.

Pasó el resto del viaje en silencio, interrumpido algunas veces por las voces de

sus compañeros por radio. Ella permanecía con la vista al frente, aunque hubo una vez que la giró hacia Christopher. Él se giró para observarla, pero se dio cuenta que no era a él a quién miraba. Se dio cuenta que acababan de pasar el cementerio de Banff.

Tragó saliva y estuvo a punto de llevar su mano hasta la de ella que reposaba en su pierna, pero se contuvo.

Nada más llegar Laurel bajó del coche, como si aquel silencio le hubiese hecho sentir incómoda. Miró de un lado a otro.

Era una calle poco transitada, casi a las afueras del pueblo. Frente a ellos se encontraba en río Bow y, al otro lado, las altas montañas plagadas de bosques.

Christopher se acercó.

—¿Aquí fue donde la vieron por última vez? —preguntó mirando de un lado a otro.

—Sí, a Martha Burrell —Le indicó. Luego dio unos pasos al lado alejándose.

Christopher miró directamente hacia el bosque. La zona estaba un poco apartada y, al lado del frondoso bosque, el lugar perfecto para que los vampiros pudiesen actuar.

—¿Quién la vio? —preguntó hacia ella.

—Un vecino —Señaló las casas.

—¿Y qué hacía asomado? ¿No eran las doce de la noche?

Laurel lo miró de reojo y finalmente se giró hacia él.

—Los jóvenes a veces vienen a esta calle a hacer la última copa. —Luego se quedó pensativa mientras miraba de un lado a otro, como si los recuerdos la embargasen.

Christopher enarcó una ceja y medio sonrió.

—¿Tú también venías aquí?

Laurel lo miró y sonrió levemente.

—No, yo no —Negó.

—Ya, seguro... —bromeó.

Laurel miró de un lado a otro, dando vueltas sobre sí misma hasta que se detuvo también a mirar el frondoso bosque al otro lado del río.

—El hombre que la vio por última vez dice que estaba con un grupo de amigos, que estos se fueron en moto y ella se fue caminando hacia su casa. Vive un par de calles más abajo, por eso el hombre la conoce —explicó—. La vio avanzar... —dijo mientras ella también daba unos pasos—. El hombre se giró para apagar la televisión y cuando volvió a mirar por la ventana ella ya no estaba.

Christopher se colocó a su lado. Laurel estaba pensativa, intentando encontrarle sentido a aquello.

—¿Habéis rastreado la zona?

—Sí, incluso con perros. Pero ni ellos captan hacia dónde donde fue.

Christopher la miró con intensidad.

—Quizá la subieron a un coche...

Ella negó.

—No, nuestro testigo dice que no vio ni escuchó ningún coche. —Se pasó la mano desesperada por su rostro y volvió su atención de nuevo hacia el bosque. Unos

metros por delante el río Bow era cruzado por un puente de madera.

Fue a avanzar hacia allí pero Christopher la cogió del brazo sin apartar también la mirada fija del bosque. Sabía lo que realmente se escondía allí. Por lo que Laurel decía había deducido bien, lo único que podían haber hecho era o meterla en una casa o bien llevarla hacia el bosque, en cualquier caso los perros no podían seguir su rastro pero habían registrado la zona a consciencia, lo que conllevaba un registro exhaustivo de las viviendas de la zona.

Laurel lo miró molesta porque le cogiese del brazo y se soltó.

—¿Qué haces?

—Mejor vamos al poblado... has dicho que todo esto lo registraron ya.

Ella dio unos pasos alejándose de él.

—Siempre mejor dos registros que uno —pronunció molesta por su gesto. Se giró y avanzó hacia el puente.

Aunque aún estaba amaneciendo y un vampiro podría sobrevivir con aquella tenue claridad sabía que en pocos minutos el riesgo sería nulo. Igualmente no le hacía ninguna gracia que ella quisiese adentrarse en el bosque.

—Laurel... —comento mientras se colocaba a su lado.

—¿Qué? —preguntó extendiendo los brazos hacia él.

—Sería mejor si empleásemos nuestro tiempo en hacer algo útil, no en dar un paseo por el bosque —Puso a modo de excusa.

Ella se detuvo en seco antes de llegar al puente y se giró hacia él molesta.

—¿Te parece que esto no es útil? —preguntó provocativa.

—Ya... mmmm...

—Aquí desapareció hace poco más de un mes una chica —dijo señalando la carretera que les quedaba al otro lado—. Desapareció en cuestión de un segundo, nadie la vio, no se escucharon coches... Esta zona está poco alumbrada —explicó mientras señalaba las farolas que quedaban lejanas—. Así que su agresor podría haberla traído perfectamente hacia aquí, cobijándose en la oscuridad.

—Quizás no la raptaron...

Ella resopló, como si le agotase la paciencia aquella conversación. Puso los ojos en blanco y se giró para cruzar el puente.

Christopher chasqueó la lengua y directamente miró al cielo. Estaba cubierto de un manto blanco que amenazaba con otra descarga de nieve.

Laurel saltó sobre la nieve acumulada en el puente y se detuvo en el centro de este.

—¿Vienes o qué? —le preguntó con urgencia.

¿Y cómo no iba a ir?

—Voy —respondió de mala gana mientras metía las manos en sus bolsillos. Ella lo miró con una ceja enarcada hasta que llegó—. Aunque no creo que sirva de nada.

—Ya, bueno... —respondió mientras cruzaba el puente del todo y llegaba al otro extremo, pisando sobre la nieve.

Christopher miró las altas copas. Cuando habían llegado a Canadá había salido a correr por aquellos bosques, le encantaban, aunque ahora el paisaje había cambiado por completo. Donde antes todo era verde ahora un manto blanco lo cubría.

Se giró para observarla. Laurel miraba de un lado a otro.

—¿Qué pretendes encontrar? —Ella lo miró con recelo.

—Oye... si quieres irte al coche vete —respondió de malos modos—, pero hay gente que quiere encontrar a esa chica, ¿de acuerdo?

Christopher suspiró. Obviamente él manejaba una información que ella no tenía, sabía que aquello era una pérdida de tiempo y que adentrarse en los bosques en esa época era un peligro.

—¿No me dijiste que te gustaba la naturaleza? —continuó ella mientras saltaba sobre un montón de nieve adentrándose en el bosque. Christopher resopló al verla internarse y corrió hacia allí para seguirla—. Pues disfruta —acabó diciendo.

Caminó tras de ella, mientras Laurel apartaba las ramas bajas de los árboles, vigilando en todo momento donde pisaba.

—Será testaruda —susurró Christopher más para él que para ella.

—¿Qué? —Se giró de repente Laurel.

Ambos se miraron unos segundos.

—Nada —respondió cortante. Luego señaló hacia delante con un movimiento de cabeza—. Vamos, sigue.

Christopher apagó el ordenador y resopló. Laurel parecía que había moderado su carácter, aunque este seguía siendo fuerte.

Habían rondado por el bosque durante más de media hora. Solo había podido respirar tranquilo cuando el sol lo había iluminado todo. Lo que le faltaban era que un grupo de vampiros fuesen a atacarlos. Sabía que era casi imposible a esas horas pero a esas alturas ya nada le sorprendía.

Observó de reojo como Laurel se levantaba y dejaba unos expedientes en los archivadores.

Christopher se levantó haciendo lo mismo. Se quedó observándola unos segundos. Aunque ella disimulase como si no fuese consciente de que la miraba sabía que si lo sabía, pues podía detectar sus músculos en tensión y unos gestos vacilantes.

—Nos vemos mañana —Se despidió Christopher.

Ella aceptó y se giró para observarlo, aunque le sorprendió aquella media sonrisa que dibujaba en su rostro.

—Hasta mañana —pronunció antes de girarse.

Christopher se quedó parado a su espalda.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —preguntó al ver que ella se quedaba ahí.

—No, ya está casi —respondió sin girarse—. Nos vemos mañana.

Christopher asintió y se dirigió a la puerta que lo llevaría a las escaleras donde estaban los vestuarios.

Michael se encontraba allí, con la ropa de calle ya puesta y colgando su uniforme. Cerró la taquilla con un golpe y sonrió a su compañero.

—Bien, pues un día más... —susurró Michael pasando a su lado.

Christopher le sonrió mientras se dirigía a su taquilla. Abrió y se quitó los zapatos.

—Nos vemos mañana —dijo Michael abriendo la puerta del vestuario—. Por cierto —dijo como si lo recordase—, Barry y yo siempre llegamos un cuarto de hora

antes y tomamos un café. ¿Te esperamos mañana?

Christopher se giró mientras se desabrochaba la camisa.

—Claro —respondió con una sonrisa.

—Perfecto, pues hasta mañana —comentó Michael saliendo por la puerta. Christopher se quitó la camisa del uniforme y cogió la percha—. Hasta mañana, Laurel —escuchó que decía Michael.

La voz de ella sonó amistosa.

—Hasta mañana, Michael.

Christopher se giró para observar justo cuando Laurel pasaba por delante de la puerta entre abierta. Ambos se quedaron mirando durante unos segundos. Laurel permanecía totalmente pasmada frente a la puerta. Christopher acababa de colgar su camisa y cogía el jersey para ponérselo.

Laurel no pudo evitar pasear durante unos segundos su mirada sobre aquel torso trabajado. Había sido medianamente consciente del atractivo de su compañero, aunque la rabia y la impotencia la habían cegado en un principio, hasta ahora.

Christopher no apartó la mirada de ella mientras pasaba los brazos por las mangas e introducía la cabeza por el jersey.

En ese momento Laurel fue consciente de que se había quedado totalmente estática ante la puerta.

Se removió nerviosa y apartó la mirada de él.

—Hasta mañana Chris... digo Christopher —pronunció nerviosa.

Se giró y salió a paso acelerado hacia su zona de taquillas.

Christopher sonrió cuando la vio reaccionar así. Había visto como se quedaba impresionada mirándolo y, lejos de enfadarlo, aquello le había gustado, mucho. Seguramente ahora mismo estaría maldiciendo por lo bajo frente a su taquilla. Aquello le puso en tensión. Sin poder evitarlo se imaginó a Laurel cambiándose de ropa, dejando el uniforme en su taquilla.

—Mierda —susurró. ¿Pero qué le pasaba? Él no debería pensar en aquellas cosas.

Pero tras saber todo lo que ella había vivido, lo que había tenido que pasar, lo único que le transmitía aquella actitud era ternura.

Se puso el abrigo y salió de la habitación. La puerta del vestuario de las chicas, situada a unos pocos metros de la suya, permanecía cerrada. Se quedó observando aquella puerta y no pudo hacer otra cosa que sonreír.

Desde aquella mañana todo era diferente. Quizá, después de todo, no fuese a ser tan horrible estar allí.

Laurel se apoyó contra su taquilla mientras intentaba recuperar el aliento. Había sido una tonta. Se había quedado embobada mirándolo y sabía que él se había dado cuenta de ello.

Christopher era realmente atractivo, demasiado, y si a eso le sumaba su actitud, sobre todo durante las últimas horas, hacía que el corazón se le disparase.

—No, no, no... —gimió mientras avanzaba hacia delante.

Se quitó el uniforme y se puso la ropa de calle con urgencia. Debía despejar la mente. Aquello no era una buena idea, estaba bien fijarse en chicos, mantener su mente distraída, pero no en su compañero de trabajo al que debería ver cada día.

Gimió y se puso el abrigo. Debía intentar distraerse y hacer como si nada ante la actitud que había demostrado delante de él.

Cuando salió del cambiador no pudo evitar mirar de un lado a otro asegurándose de que él no se encontraba allí. Tenía claro que aún seguía como un tomate después de lo ocurrido. Como se lo encontrase en ese mismo momento era capaz de salir huyendo.

Por suerte, Christopher se había marchado.

Cuando salió de la comisaría respiró tranquila, y sí, había tenido razón, el todoterreno con el que Christopher acudía y que permanecía frente a la comisaría no estaba.

—Menos mal —susurró mientras descendía las escaleras con urgencia.

Necesitaba distraerse y comentar con alguien lo ocurrido, ordenar sus ideas, y nadie mejor que su amiga Edith para conseguirlo.

Buscó el móvil en su bolso y cuando llegó a su coche entró y cerró con un portazo.

No arrancó el vehículo. Se apoyó contra el reposacabezas y marcó el teléfono de su amiga.

—Hola, Laurel

—Hola, Edith —pronunció con los ojos cerrados—. Perdona por lo de esta mañana. Te he colgado sin...

—No te preocupes —Le cortó ella. La voz de Edith sonaba agotada.

—¿Dónde estás? —preguntó abriendo los ojos.

—Acabo de salir del trabajo.

—Pareces cansada.

Edith rio.

—No, es que voy corriendo. Huyo del trabajo. ¿Y tú?

—También acabo de salir. —Chasqueó la lengua y pasó su mano sobre sus ojos—. Oye, ¿te apetece quedar esta tarde o noche? Me vendría bien hablar.

—¿Ha ocurrido algo?

Laurel resopló y permaneció en silencio unos segundos. No quería hablar de lo ocurrido con ella por teléfono, prefería explicarle todo en persona, desde un principio. Desde la pelea que había tenido con su compañero aquella mañana, la conversación y... la última mirada. Cerró los ojos y suspiró.

—No, es... que me gustaría quedar contigo.

—Podría quedar ahora si quieres, para comer. He quedado esta noche con Jack —rio—. Recuerdas, ¿te lo dije ayer?

—Ah, sí... es verdad —respondió apenada—. Perdona, no lo recordaba.

Aquella disculpa llamó la atención de su amiga.

—Oye, ¿seguro que no ha pasado nada? Te noto la voz tensa.

—No, nada... de verdad —intentó disimular.

—¿Seguro? Si necesitas hablar largo y tendido puedo quedar mañana con él.

—No, no... —Le cortó rápidamente—. Queda con Jack esta noche, no te preocupes. Lo mío es rápido. Me conformo con ir a comer algo ahora. De todas formas mañana me toca madrugar así que mejor si me reservas mañana por la noche —bromeó.

—Mañana por la noche toda para ti, pero ahora, vamos a comer —apuntó divertida.

—De acuerdo, ¿quedamos donde el otro día?

—Perfecto. Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Laurel colgó y volvió apoyarse contra el respaldo del coche, intentando calmar los nervios. Bueno, comería algo con ella, le explicaría, y pasaría la tarde tranquila en casa. Vería una película, leería un libro... lo que fuese por quitarse a Christopher y su musculado torso de la mente.

10

Laurel rio mientras sacaba su tarjeta de crédito y se la entregaba al camarero.

—¿En serio? —preguntó de nuevo Edith—. ¿Y por qué no te has lanzado encima?

Laurel suspiró mientras esperaba a que el camarero pusiese el datáfono ante ella para marcar el número secreto. Al menos, con cada nueva broma que hacía Edith referente a lo que le había explicado se iba calmando un poco. Lo cierto es que era bastante gracioso. Ahora bien, ya veríamos cómo reaccionaba cuando tuviese que verse cara a cara con él al día siguiente.

—Es que a ver... después de lo que te ha dicho, de la última mirada que te ha echado...

—La mirada se la he echado yo —ironizó Laurel mientras cogía de nuevo la tarjeta y la guardaba en su monedero.

—Bien hecho. Hay que alegrarse la vista.

Laurel se despidió del camarero con un ligero movimiento de mano y ambas caminaron hacia la puerta de salida.

—No sé... —susurró quedándose quieta al salir a la calle—. Lo cierto es que la situación ha sido un poco... mmmm... incómoda.

—¿Incómoda para quién?

—Para mí —sollozó ella—. El pobre se estaba vistiendo y yo me lo estaba comiendo con los ojos.

Aquello hizo reír a su amiga.

—Y después de lo que te has comido... pillas y te zampas un sandwich como si no hubiese un mañana —bromeó. Se cogió del brazo de su amiga—. No pasa nada, la gente se mira, Laurel.

—¡Estaba sin camisa!

—¿Y? pzzzzz... si me dijese sin pantalones aún —Se encogió de hombros—. Creo que le das demasiada importancia a una tontería.

—Es culpa tuya. Si ayer no me hubieses insistido con que Chris está...

—Buenísimo —acabó la frase Edith y volvió a encogerse de hombros—. Al menos ya has reaccionado, ya era hora —exageró sus palabras—. Oye, tú eres una chica joven y bonita... él también es joven. No sé...

—¿No sabes qué?

—Ammmm.... —rio.

—¿Qué significa eso? —preguntó alterada.

—Pues que disfrutes más de la vida —dijo extendiendo los brazos hacia ella—. Mírame a mí, esta noche tengo una cita con Jack —acabó pomposa. Luego le señaló a ella—. Deberías hacer lo mismo.

Laurel se pasó la mano por su rostro, arrastrándola.

—Así no me ayudas nada...

—¿Pero en qué quieres que te ayude? —rio—. Te ha pillado de pleno

mirándole. —Laurel resopló—. Aprovecha eso... la próxima vez tiéntalo tú a él.

—¿Pero qué dices? —gritó ella desquiciada.

—Tranquila, que era solo una sugerencia... —susurró. Luego sonrió a su amiga y miró su reloj de muñeca—. Son las cinco, tengo que ir a arreglarme.

Laurel aceptó y caminaron las dos hacia donde tenían los coches aparcados.

—¿A qué hora pasa a buscarte?

—¿A buscarme? —preguntó Edith—. No, no... voy yo a su casa. Esta noche prepara él la cena —Y sonrió al final.

—Ah.

—Y por cierto, mañana quedamos de nuevo, podemos salir a cenar y tomar algo —apuntó ilusionada—. Así me explicas que tal tu día con él y yo te cuento mi noche con Jack.

Laurel puso los ojos en blanco.

—Tu noche ya me la imagino —rio mientras avanzaba más hacia su coche y Edith se quedaba frente al suyo. Se giró mientras buscaba las llaves en su bolso y sonrió a su amiga. —Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —canturreó Edith abriendo la puerta—. Y, Laurel... —Ella se giró para observarla—, no te preocupes. En serio... seguro que Christopher está encantado con el repaso que le has hecho. —Le guiñó el ojo y se subió al coche.

Laurel apretó los labios y se metió en su coche con gestos tensos. Saludó a su amiga con la mano cuando pasó con el coche. Sí, era cierto, le había pegado un buen repaso, y Christopher era consciente de ello.

Lo mejor era hacer lo que Edith le había dicho. Hacer como si nada, total, tampoco lo había visto en una situación embarazosa, solo cambiándose el uniforme. Entonces... ¿por qué estaba tan alterada?

Arrancó rumbo a su hogar. Estaba claro que no se lo iba a poder quitar de la cabeza tan fácil como había pensado.

Pese a hacerse un cuenco con palomitas y ver dos películas aquella tarde le era imposible. El torso de Christopher aparecía una y otra vez, y ya no era solo eso, las palabras que había pronunciado con tanta delicadeza aquella mañana, la forma en la que le había tratado el resto del día.

Depositó el cuenco vacío sobre la pequeña mesa frente al sofá y apagó la televisión. Miró su reloj de muñeca. Las once de la noche. Lo mejor sería acostarse ya. Mañana sería otro día.

Con suerte, el inspector le conseguiría una nueva plaza y podría marcharse de allí, iniciar una nueva vida lejos de todas aquellas vivencias, de aquellos recuerdos que la martirizaban. Sería lo mejor para ella.

Se metió en la cama y, por suerte, se quedó dormida de inmediato. Las emociones de aquel día la habían agotado mental y psicológicamente. Pero cuando su móvil sonó a las dos de la madrugada se despertó alterada, asustada. ¿Llamándola a esa hora?

Buscó a tientas la lámpara de la mesita de noche arrojando el despertador al suelo.

—Mierda, noooo —susurró mientras lograba dar con el interruptor.

Bueno, al menos aquel despertador seguía funcionando. Cogió el teléfono de su

mesita y vio que era el inspector quien la llamaba. Aquello la preocupó.

—¿Sí? —preguntó directamente llevándose el teléfono al oído.

—Laurel —Reconoció la voz de Trevor, aunque claramente sonaba apagada. Aquello le hizo poner la espalda recta y su corazón comenzó a bombear con fuerza.

—Inspector... —susurró—. ¿Ocurre algo?

—Lamento despertarte —pronunció con cuidado—. Pero necesito que vengas ahora.

—¿Ocurre algo?

La respuesta tardó varios segundos en llegar, segundos que le parecieron una eternidad.

—Es por Edith.

Taylor corrió entre los árboles, miró hacia atrás comprobando que dos lobos corrían tras él. La señal había sido clara, un vampiro merodeaba por la zona y se había internado en el poblado.

Saltó sobre unos árboles mientras cogía su daga y escuchaba el tono de llamada en su oído.

—Dime, Taylor —Escuchó a Nicholas. Aunque seguramente estaba durmiendo su voz sonó como si estuviese despierto.

—Un vampiro —gruñó mientras rodeaba un árbol y echaba la vista atrás de nuevo, asegurándose de que los dos lobos que lo acompañaban aquella noche no se quedaban atrás.

Nicholas se levantó de inmediato de la cama y miró a Melanie que se desesperaba.

—¿Dónde?

—Te paso coordenadas —pronunció. Se detuvo y miró a los lobos que pasaban por su lado—. ¡Id tras él! —ordenó.

Los dos lobos aceptaron mientras observaban el radar para vampiros que les habían dejado, siguiendo la dirección que este había tomado.

Taylor cogió su móvil y envió la ubicación directamente a Nicholas.

—Estamos allí en unos minutos —pronunció Nicholas colgando directamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Melanie incorporándose en la cama con gesto asustado.

—Vampiros por la zona —pronunció saliendo de la habitación a paso acelerado. Se detuvo en medio del pasillo y miró las puertas de sus compañeros cerradas—. ¡Eh! —gritó a pleno pulmón—. ¡Vampiro!

Las reacciones no se hicieron esperar y todos salieron de sus habitaciones, incluso Christopher. Nicholas los miró a todos.

—Vamos —urgió mientras tomaba la puerta del lateral que le permitiría subir arriba, a la zona donde guardaban sus uniformes.

A la que la ubicación se envió Taylor siguió corriendo. Miró de nuevo el radar. El vampiro se encontraba ya cercano, y los dos puntos rojos que aparecían en la pequeña pantalla indicaban que los lobos que se le habían adelantado estaban ya cerca, pero se quedó totalmente petrificado cuando escuchó un grito aterrador.

Se quedó helado y detuvo su marcha.

—¡Ahhhhhhhhhhh! ¡Jackkkkkkkkkk!

Tragó saliva y miró al frente, en la oscuridad. El grito venía de varios metros por delante y sabía perfectamente lo que lo había causado.

—Mierda —susurró antes de volver a correr.

Se llevó la mano al cuello para transmitir su voz a los lobos que corrían delante de él.

—¿Lo veis? —preguntó.

Los lobos tardaron el responder.

—Lo estamos siguiendo —Escuchó la voz de uno de ellos a través del pinganillo.

—No lo perdáis —gritó.

—Lleva a una chica —dijo otra voz.

Aquello hizo que el corazón se le paralizase. ¿Una chica? ¿Habían atrapado a otra? Notó como la rabia se apoderaba de él y miró el radar.

El punto azul que señalaba al vampiro iba más avanzado que los dos puntos rojos que señalaban a los lobos.

Incrementó su ritmo aproximándose al poblado, justo cuando pudo ver como más puntos rojos se acercaban a él. El resto del equipo de lobos se dirigía hacia allí.

Se llevó la mano al cuello de nuevo.

—No me sigáis a mí —gritó—. ¡Seguid a vuestros compañeros que siguen al vampiro! ¡Lleva a una chica! ¡Cogedlo! —gritó mientras incrementaba más su ritmo.

Pudo ver a través del radar como muchos lobos tomaban la dirección que él había ordenado. Al menos, colaboraban en todo lo que se les pedía.

Saltó encima de unas rocas justo cuando pasó al lado de una casa ubicada casi a las afueras del poblado. Un chico corría dirección al bosque. Se fijó en que una de las ventanas de la casa estaba hecha añicos, con decenas de cristales rotos sobre la nieve.

—¡Edith! —gritó el chico corriendo con dificultad hacia el bosque, cayendo sobre la nieve varias veces.

Taylor chasqueó la lengua y siguió corriendo, aunque pudo escuchar a los lejos como aquel muchacho llamaba a la policía a través del teléfono móvil, mientras se internaba también en el bosque en busca de su pareja.

—¡Ayuda! —gritó—. ¡Se han llevado a mi novia!

Taylor no se detuvo, siguió corriendo en la dirección que indicaba el radar cuando notó una presencia a los lados. Giró su rostro para comprobar que Nicholas y Adrien se unían a la carrera con la daga en la mano.

Echó la vista al frente para comprobar que el resto de sus compañeros también se encontraban allí.

—Hay un chico gritando más atrás —explicó a Nicholas sin dejar de correr.

Nicholas volvió la vista atrás unos segundos.

—Christopher, Dean... vigilad la zona. No la dejemos desprotegida —ordenó.

Ambos ralentizaron el paso dejando que sus amigos siguiesen la estela del vampiro.

Miraron de un lado a otro cuando comenzaron a escuchar los gritos a los que había hecho referencia Taylor.

Los gritos, aunque alejados, pertenecían a una persona que se internaba en el bosque.

—Debe ser la pareja —susurró Dean.

Christopher lo miró un segundo y asintió. Luego miró su radar comprobando que no hubiese ningún vampiro más por la zona.

—¡Edith! —gritó el chico mientras caía sobre la nieve una y otra vez—. ¡Edith! El sufrimiento que revelaban aquellos gritos le desgarró el corazón.

—Vigila el otro lado del perímetro —ordenó Christopher—. Yo me quedo por aquí.

Dean iba a salir corriendo cuando unas luces rojas lo detuvieron. Ambos miraron hacia delante, entre los árboles.

—Mierda —susurró Christopher—. Un coche de policía.

Dean se colocó a su lado.

—¿Tus compañeros?

Christopher lo miró de reojo.

—No sabemos lo que ese chico a visto —susurró Christopher mientras veía al muchacho correr en dirección a los coches de policía.

—¡Se la han llevado! ¡Se la han llevado! —gritó desesperado.

Dos chicos uniformados salieron del coche. Dean y Christopher dieron unos pasos al frente, internados entre los altos árboles para observar. No conocía personalmente a aquellos policías, pero si les sonaba de haberlos visto salir de la comisaría cuando él llegaba, cuando acababan su turno para volver a su casa.

Los policías fueron hasta él y uno de ellos lo cogió por los hombros intentando calmarlo, pues el chico estaba muy nervioso.

—Tranquilo... —insistió el policía mientras intentaba sostener al muchacho que caía sobre la nieve, ni siquiera era capaz de aguantar su propio peso.

El otro compañero comenzó a inspeccionar la zona con la linterna, acercándose a la zona de los cristales rotos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha... ha entrado por la ventana... se la ha llevado... ¡Se la ha llevado!

Los dos policías miraron sin comprender al joven.

—¿Quien ha entrado por la ventana?

—No lo sé... era... era un hombre raro... no sé cómo definirlo...

Christopher dio un paso al frente.

—Mierda.

—No lo creeran —susurró Dean.

Christopher se giró hacia él y enarcó una ceja.

—Eso también es un problema. Lo tomarán por un loco. —Se llevó la mano al cuello mientras miraba el radar, sus compañeros y los lobos seguían corriendo tras el vampiro, aunque les llevaba bastante ventaja—. Joder —susurró—. Si siguen así lo perderemos de la zona del radar —rugió—. Nicholas —pronunció con un tono de voz más enérgico—. Tenemos un problema. La policía está aquí, está hablando con el novio de la chica a la que ha cogido el vampiro.

La voz de Nicholas llegó a los pocos segundos.

—De momento no intervengáis. Nadie lo creerá.

Aquella respuesta, aunque era la más lógica, les hizo removerse a los dos. Iba a volver a hablar cuando notó cómo su móvil vibraba. Lo cogió y observó una llamada entrante de la comisaría.

—Joder —gimió más fuerte. Luego señaló a Dean para que se acercase a la zona de los policías para escuchar mejor mientras él se alejaba para hablar con calma. —¿Sí? —preguntó como si no supiese de quién se trataba.

—¿Agente Hughes? —reconoció la voz del inspector.

—Sí.

—Necesito que acuda a...

—Sí, ya lo sé —susurró.

Aquella respuesta dejó aturrido al inspector.

—¿Ya sabe qué?

—Vivo cerca de la zona. He escuchado los gritos. Hay un coche de policía cerca de mi casa.

El inspector se quedó sin saber qué decir.

—En seguida voy para allí —pronunció antes de colgar. Apretó los labios y suspiró. Estaba claro que iba a tener que intervenir, aunque aquello realmente era mejor, así podría tener más controlado al testigo. Volvió a apretarse el cuello—. Nicholas, cambio de planes...

—¿Qué pasa? —preguntó de mala gana.

—Me ha llamado el inspector de policía para que acuda a...

—Ve —ordenó Nicholas. Estaba claro que en ese momento no estaba para otras cosas que para perseguir al vampiro e intentar rescatar a la chica.

—Luego te informo.

Ni siquiera respondió. Christopher se fijó de nuevo en el radar. Justo en ese momento el vampiro y los lobos salían de su perímetro.

—Joder, mierda... —gruñó. Ahora no tenía forma de saber lo que ocurría. Debería confiar en que sus compañeros lograsen atraparlo. Dio unos pasos al frente hasta colocarse al lado de Dean que permanecía atento a lo que el joven explicaba a los policías. Puso una mano en la espalda captando su atención—. Tengo que ir a casa a cambiarme. Me ha llamado el inspector de la comisaría. Quédate aquí y vigila la zona.

Dean aceptó aunque Christopher se quedó paralizado cuando escuchó el sollozo del chico.

—¡Ha atravesado la ventana! No, no he podido hacer nada...

Ambos se miraron y dio unos pasos hacia delante.

—¿Dice que ha atravesado la ventana? —preguntó Dean.

Christopher apretó los labios.

—Deben estar muy desesperados para arriesgarse a ser vistos —apuntó.

Ambos se quedaron unos segundos más escuchando cómo el muchacho relataba los hechos a una policía que lo miraba confusa.

—Será mejor que intervengas o lo llevarán a un psiquiátrico —susurró Dean.

—Sí, será mejor. Ahora me verás aparecer por ahí —pronunció de mala gana señalando hacia los policías.

No tardó más de diez minutos en llegar a casa quitarse su uniforme de trabajo, ponerse la ropa de calle y dirigirse al lugar de los hechos. Cuando llegó se sorprendió al ver la cantidad de policías que había en la zona. Estaba claro que al tratarse de un pueblo pequeño cuando ocurría algo se movilizaba todo el cuerpo de seguridad.

Cuando bajó del todoterreno lo primero que hizo fue mirar hacia los árboles. Sabía que Dean lo estaría observando, aunque no pudo dar con él. Miró su móvil, no tenía ninguna llamada de Nicholas ni mensaje. Solo esperaba que hubiesen podido coger al vampiro y rescatar a la chica.

Su mirada voló directamente al grupo de policías, consistente en seis agentes que rodeaban al inspector.

Una ambulancia se había desplazado hasta la zona e intentaba calmar a la pareja de la chica, pues parecía que estaba sufriendo una crisis de ansiedad. No era para menos.

Se fijó en la ventana hecha añicos. Desde luego, los métodos de caza de aquellos vampiros se habían vuelto más sádicos si cabía. Era como si no les importase ser descubiertos, como si el hambre que les consumía les hiciese perder el poco raciocinio que tenían.

—Agente Hughes —gritó el inspector llamando su atención. Christopher cerró el todoterreno y se acercó a ellos—. Gracias por venir tan rápido. —Christopher se colocó al lado de sus compañeros. La mayoría iban uniformados, serían lo que patrullaban aquella noche. Alrededor de la vivienda había otros policías de paisano, suponía que al igual que él, no estaban en su turno—. Vamos a organizar una búsqueda. —Luego miró al resto de sus agentes—. Sé que es muy tarde, pero coged linternas, faroles... todo lo que dé luz y vamos a buscar a Edith.

Christopher tragó saliva. Mierda, aquello se complicaba. No sabía si podía haber más ataques y el hecho de que un grupo de policías decidiese internarse en el bosque a aquellas horas, con un ataque de un vampiro tan cercano le hizo poner alerta.

—Vamos, vamos... —Les animó el inspector.

Todos asintieron. Christopher fue directo al todoterreno mientras cogía su móvil disimuladamente, buscando el número de Dean.

Lo marcó y llevó el teléfono al oído mientras se introducía en el todoterreno y abría la guantera.

—Dime —contestó su compañero.

—Tenemos un problema —susurró mientras revolvía en la guantera en busca de una linterna.

—Lo sé, ya he escuchado al inspector. Estoy aquí cerca.

Christopher alzó la mirada un segundo observando hacia los árboles.

—Avisa a Nicholas y que alerten a los lobos de que... —Se quedó callado cuando observó a través de la ventana como una camioneta roja llegaba hasta el lugar derrapando sobre la nieve. Aunque estaba muy limpia, en la parte trasera tenía unas

manchas de barro y la chapa abollada. Se quitó el teléfono del oído cuando se percató de que quien conducía era Laurel.

Bajó desesperada de la camioneta dando un portazo y miró de un lado a otro con angustia.

—¿Christopher? Ehhhh... Christopher... —Escuchó que lo llamaba su compañero por el teléfono.

—Sí, eh, ¿qué pasa? —preguntó colocándose el teléfono en el oído de nuevo.

—¿Como que qué pasa? —preguntó sin comprender—. Me estabas diciendo que llamase a Nicholas y alertase a los lobos de que...

—Sí, llámalo —pronunció sin apartar la mirada de Laurel. Vio como salía corriendo hacia el chico que permanecía en la ambulancia y se abrazaba a él. Luego se pasó las manos por la cara desesperada—. Mierda —susurró. Algo le decía que la novia de aquel chico era conocida de Laurel, si no, ¿por qué esa actitud? Aunque Laurel tenía mucho carácter sabía mantener el tipo y en aquel momento lo estaba perdiendo.

—¿Mierda? —preguntó Dean.

Christopher volvió a reaccionar.

—Llama a Nicholas y dile que adviertan a los lobos de que un grupo de policías va a entrar en el bosque. —Acto seguido colgó sin esperar respuesta por parte de su compañero.

Laurel miraba de un lado a otro desesperada. Corrió hacia la casa quedándose petrificada delante de la ventana rota.

Christopher bajó del todoterreno cerrando con un portazo.

Laurel buscó de un lado a otro mientras los gemidos se apoderaban de su garganta. ¿Se habían llevado a Edith? Recordó cuando el día anterior le había dicho que no todos se marcharían.

Sollozó y miró desesperada hacia los policías, mientras notaba como los ojos se le humedecían. Jack era incapaz de articular otra palabra que no fuese "se la han llevado". Dio varias vueltas sobre sí misma intentando centrarse, que la desesperación no la invadiesen. Con ella era la cuarta chica que desaparecía y, de ninguna de ellas habían tenido noticias posteriormente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a uno de los que pasaba a su lado con una linterna.

El policía no dejó de caminar rumbo a donde se encontraba el inspector.

—Han secuestrado a una chica —explicó sin saber que ella era amiga suya—. Parece que han entrado por la ventana y se la han llevado al bosque.

—¿Por la ventana? —preguntó sin comprender.

Su mirada voló directamente hacia los cristales rotos sobre la nieve, notando como la respiración se le entrecortaba. ¿Pero qué estaba pasando allí? Aquello no podía ser cierto. Necesitaba encontrarla como fuese.

—No, no, no... —sollozó intentando controlar la ansiedad que comenzaba a sentir.

Fue a dirigirse hacia el inspector cuando notó que alguien la cogía del brazo. Giró su rostro encontrándose a Christopher que la miraba con cierta duda.

Ella lo miró como si no esperase verlo allí.

—¿Qué haces aquí? —preguntó intentando recomponerse, aunque su labio tembló.

Christopher miró un segundo al inspector y luego volvió su atención hacia ella.

—Me ha llamado el inspector.

Ella apretó los labios y asintió. Volvió su rostro hacia el inspector e intentó dar un paso al frente pero Christopher aún la mantenía sujeta. Se giró de malos modos, estaba claro que estaba muy nerviosa, aunque él habló antes que Laurel.

—¿La conocías? —preguntó acercándose un poco más.

Laurel suavizó la mirada y la desvió hacia Jack que mantenía una mascarilla de oxígeno sobre su boca.

—Es amiga mía —sollozó intentando controlar las lágrimas. Aquella reacción pilló de improviso a Christopher y cuando ella intentó soltarse de nuevo lo consiguió. Se distanció de él mientras corría hacia el inspector.

—Joder —susurró Christopher sin apartar la mirada de ella.

Había intuido bien. La reacción de Laurel al bajar del coche había sido la de ir corriendo hacia su pareja para preguntar. No hubiese hecho aquello si no fuesen conocidos suyos. Volvió su mirada hacia el joven que permanecía sentado en la ambulancia, sujetando con mano temblorosa la mascarilla de oxígeno. Tenía que averiguar lo que estaba contando.

Fue directo hacia él mientras el resto de policías se movían por la calle planeando la búsqueda.

En la ambulancia había dos sanitarios y el conductor, aunque solo uno de ellos, la mujer más mayor, estaba cerca controlando las constantes de él.

Se colocó ante Jack y le mostró la placa. Él ascendió la mirada hacia Christopher, una mirada totalmente aterrada y que denotaba el horror que estaba viviendo.

—Hola —susurró cordial mientras se sentaba a su lado—. Soy Christopher Hughes, agente de la comisaría de Banff. ¿Cómo te llamas?

Dudó un poco antes de responder, como si el estado de shock en el que se veía sumido no le permitiese recordar las cosas más básicas.

—Jack.

Christopher miró hacia atrás comprobando que la enfermera seguía en sus quehaceres, aunque los iba mirando de vez en cuando.

—¿Podrías explicarme lo que ha ocurrido?

Jack se quedó mirando con ojos como platos hacia la ventana hecha añicos mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Tragó saliva y volvió su rostro hacia él. Luego negó como si no lo comprendiese.

—Yo... había cenado, iba a acompañar a Edith a su casa... —suspiró y volvió a quedarse helado intentando asimilar lo ocurrido—. Algo entró por la ventana...

—¿Algo? —preguntó. Jack lo miró fijamente, con temor, y acabó afirmando—. ¿Como un animal?

Aunque aquella pregunta no pareció ser del agrado de Jack se encogió de hombros y negó.

—No, no lo sé... —Trago saliva—. Es posible —susurró mirando al frente, aunque luego apretó los párpados y volvió su mirada hacia él—. ¿Pero qué animal se

lleva a una persona? —preguntó confundido.

Christopher volvió a mirar a la enfermera que permanecía detrás.

—¿No sería una persona? —preguntó mirando de reojo a la enfermera.

—No... no lo sé... —respondió acelerado, perdiéndose de nuevo en sus pensamientos—. Era... se movía... —Ni siquiera podía acabar una frase sin acabar encallado.

Christopher puso una mano sobre su hombro intentando calmarlo.

—¿La vais a encontrar? —preguntó con ansiedad—. Yo... necesito que la encontréis...

—Tranquilo —susurró intentando calmarlo, parecía que le costaba respirar.

La enfermera se puso a su lado, colocando una mano sobre su hombro.

—Jack, toma... —dijo cogiéndole la mano—. Tómate esta pastilla...

—No, no quiero...

—Te ayudará a calmarte —insistió.

—No, tengo que ir a buscarla —pronunció intentando levantarse, pero Christopher lo cogió del hombro sentándolo de nuevo.

—Nosotros nos ocupamos de eso —dijo poniéndose en pie.

Iba a tranquilizarlo un poco más cuando observó de reojo como Laurel iba corriendo hacia su coche y abría el maletero. Luego vio a algunos agentes caminar ya dirección al bosque con las linternas encendidas.

Christopher resopló mientras cogía de nuevo el teléfono de su bolsillo acercándose a Laurel.

Marcó el teléfono de Dean otra vez.

—Dime —respondió su compañero al otro lado de la línea.

—¿Has avisado a Nicholas? —pregunto mientras aceleraba el paso.

—Sí. Varios lobos vienen hacia aquí para cercar la zona. Seguiremos a los policías a distancia y si vemos algo intervendremos —explicó.

—Bien, ¿y el vampiro?

—Aún están siguiéndolo.

Aquello lo dejó confuso.

—¿Aún?

—Sí.

—De acuerdo, cualquier cosa avísame.

—Oye... —dijo rápidamente para que no cortase la llamada—, ¿vienes tú también al bosque?

—Espero que no.

—¿Por qué no? —preguntó confuso.

Christopher colgó el teléfono directamente metiéndolo en su bolsillo y se colocó al lado de Laurel que acababa de cerrar el maletero y llevaba una linterna en su mano. Que los hombres se introdujesen en el bosque aún tenía un pase, pero sabía que la sangre de una mujer atraía mucho más a los vampiros.

—¿Adónde vas? —preguntó colocándose a su lado.

Laurel lo miró con fastidio y se apartó de él dirigiéndose hacia el grupo de policías que se dirigía al bosque.

—¿Adónde crees que voy? —preguntó con ironía mientras encendía la linterna.

Christopher resopló y se colocó ante ella interrumpiéndole el paso.

—Laurel, oye... es mejor que no...

—Quita —pronunció rodeándolo.

Christopher volvió a coger su brazo haciendo que se estuviese quieta. Ella intentó soltarse pero él la había cogido con suficiente fuerza para no conseguirlo.

—Suéltame, Christopher —gritó.

Christopher la soltó pero la cogió por los hombros atrayéndola hacia él.

—Oye, estás muy nerviosa... es mejor que te quedes aquí con su pareja e intentes tranquilizarlo.

—¡No! —gritó soltándose de él mientras daba un paso atrás. Laurel comenzó a hiperventilar y luego miró directamente hacia el bosque, mientras su labio temblaba amenazando con hacer un puchero—. Se la han llevado —sollozó. Luego volvió su mirada hacia él, que permanecía a su lado contemplándola fijamente—. Es mi amiga, mi mejor amiga. —Apretó los labios, cerró los ojos y tomó aire intentando calmarse—. No puedo permitirme perder a otra persona —pronunció antes de dar media vuelta.

Christopher tragó saliva y dio unos pasos rápidos cortándole el paso.

—Es mejor que no vayas, Laurel —pronunció.

Ella alzó su mirada hacia él, sin comprender a que se refería con aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó amenazante.

—No sabemos lo que ha ocurrido —improvisó rápidamente. Luego colocó una mano en su hombro intentando instarle algo de calma—. Ya nos encargamos nosotros.

Ella dio un paso atrás.

—No soy una niña a la que debas proteger, Christopher —gruñó ella, aunque luego intentó moderar su voz—. Soy policía —remarcó—. Y aunque te agradezco que intentes cuidar de mí sé hacerlo yo sola.

Dicho esto lo rodeó y avanzó rápidamente hacia el pelotón.

Christopher resopló mientras se pasaba la mano por la frente. Sería cabezota. En parte la comprendía. Su amiga había desaparecido, era la cuarta víctima de un despiadado asesino o secuestrador que rondaba por la zona y obviamente ella no iba a quedarse de brazos cruzados. No lo había hecho con las anteriores mujeres y mucho menos iba a hacerlo con su amiga.

—Maldita sea —susurró antes de correr hacia ella y ponerse a su lado.

Laurel lo miró de reojo mientras alumbraba hacia los altos árboles. Christopher también la miró mientras encendía su linterna.

—¿Vas a acompañarnos? —preguntó directamente.

—Claro —respondió de forma directa. Aunque cuando ella dio un paso hacia delante él volvió a cogerla del brazo. Laurel se giró hacia él pero Christopher no la miraba, si no que investigaba los árboles como si evaluase la situación. El resto de policías comenzaron a pasar a su lado. Volvió su mirada hacia ella que lo observaba con desagrado porque hubiese vuelto a frenarla—. Yo primero —pronunció Christopher dando un paso al frente, colándose ante ella. Instintivamente se llevó la mano al cinturón, luego se dio cuenta de que no llevaba su uniforme de trabajo ni las

armas oportunas para luchar contra un vampiro si era necesario. Ni dagas, ni balas de plata, ni luz solar... nada, solo una pistola con balas normales que le harían básicamente cosquillas a un vampiro.

Suspiró y miró a los laterales mientras avanzaba. Al menos, sabía que Dean estaría cerca y los lobos protegerían la zona.

Laurel dio unos pasos rápidos y se puso a su lado mientras miraba de un lado a otro, enfocando con la linterna la tierra y los árboles.

—¡Edith! —comenzaron a gritar los agentes.

Christopher suspiró. Perfecto, ¿por qué no llamaban a los vampiros directamente?

—¡Edith!—gritó Laurel a su lado, sin dejar de avanzar.

Iba a adelantarse cuando Christopher la cogió del brazo otra vez. Esta vez ella se soltó enfadada.

—Por Dios —susurró hacia él—. Se nota que eres de ciudad —ironizó—. ¿Qué te pasa a ti con los bosques? —preguntó mirándolo de arriba a abajo.

—¿Puedes hacer el favor de hacer caso por una maldita vez? —preguntó más enfadado, hecho que la dejó consternada.

Lo retó con la mirada pero no respondió a su pregunta, al contrario, se giró y pegó otro grito a pleno pulmón.

—¡Edith!

Christopher suspiró y avanzó esta vez tras ella. Se llevó la mano al teléfono y mientras caminaba a su espalda envió un mensaje a Dean.

Christopher: ¿Dónde estás?

Dean no tardó nada en responder.

Dean: Cerca. Te veo.

Miró de un lado a otro sin poder ver a su compañero. Volvió la vista al teléfono cuando notó que vibraba de nuevo.

Dean: Han venido tres lobos. Os tenemos rodeados a distancia. Estáis protegidos.

—¡Edith! —gritó un policía pasando a su lado, apuntando con la linterna en todas direcciones.

Christopher volvió la vista al frente. Laurel caminaba con paso decidido hacia delante, iluminando todo a su paso.

—¡Edith! —gritó ella desgarrándose la garganta.

Christopher la miró fijamente. Lo que daría en aquel momento por taponarle la boca. Si supiese realmente a lo que se enfrentaba no estaría allí gritando.

Notó de nuevo el móvil vibrar.

Dean: ¿Esa es tu compañera? ¿Laurel?

Christopher enarcó una ceja y miró hacia los lados buscándolo, aunque de nuevo no lo veía. Miró su espalda recta, su cabello rubio cogido en una alta cola de la que caían unos tirabuzones.

Christopher: Sí. La gritona.

Dean: No habías dicho que estaba tan buena.

Resopló y guardó el móvil en el bolsillo. Lo que le faltaba. Gruñó mientras volvía a ponerse a su lado.

—¡Edith! —gritó otra vez.

Christopher tuvo que armarse de paciencia para no cogerla, echársela al hombro y salir de aquel dichoso bosque en aquel preciso momento.

Notó cómo su móvil vibraba otra vez en su bolsillo. Podía apostar a que era Dean insinuando algo nuevo, pero unos gritos por delante los alertaron. Pudo reconocer la voz del inspector pidiendo que se apartasen del camino. Aquello lo puso alerta.

Laurel corrió hacia la zona totalmente despavorida, hacia el árbol que miraban atentos varios policías. Christopher la siguió de cerca.

Ella apartó a varios compañeros de malas formas, abriéndose paso hasta que llegó al inicio de la línea que habían formado los policías. Su mirada chocó directamente con la del inspector que la observaba con los labios apretados, podía intuir a simple vista todos sus músculos en tensión. Christopher se puso a su lado de inmediato, buscando la causa de aquel alboroto.

En cuanto lo vio se obligó a coger a Laurel del brazo. La sangre goteaba de unas hojas bajas, creando un pequeño charco en la tierra. Estaba aún líquida, lo que denotaba que hacía poco que aquella sangre se había derramado.

Supo el mismo momento en que Laurel la vio, porque dio un paso hacia atrás gimiendo y notó a través de su mano como su cuerpo comenzaba a temblar.

—No, no, no... —sollozó sin dejar de dar pasos atrás.

—Laurel —susurró Christopher girándose hacia ella, cogiéndole esta vez de la cintura, pues su cuerpo temblaba de una forma exagerada.

—Noooo... —gimió mirando la sangre gotear. Hizo fuerza con su cuerpo para ir hacia allí pero Christopher la contuvo—. ¡Nooooo! —gritó desesperada—. ¡Edith! ¡Edith!

Christopher la rodeó con los dos brazos conteniéndola, mientras el inspector cerraba los ojos ante aquello, ante la expresión de dolor de la joven, como si no pudiese soportarlo.

—Shhhh... shhhh... —dijo Christopher intentando abrazarla, controlarla para que no saliese corriendo al interior del bosque y, por primera vez, Laurel, se abrazó a él como si no pudiese resistirlo, con todas sus fuerzas, mientras los gritos de dolor inundaban el bosque—. Cálmate... —susurró mientras la sujetaba contra él.

—No, Edith, noooo —gritaba—. ¡Vuelveeee!

Aquello hizo que Christopher notase como se le herizaba la piel y la abrazó más fuerte, notando como se desmoronaba. Aunque aún se mantenía en pie él soportaba la mayor parte de su peso.

Buscó con la mirada al inspector y fue él mismo quien indicó con un movimiento de su rostro a Christopher que sacase a Laurel de allí.

Christopher asintió y la apretó más fuerte contra él.

—Ven, vamos... —dijo sin soltarla, dando unos pasos hacia atrás.

Pero aquel gesto no fue del gusto de ella, que obviamente quería seguir buscando a su amiga.

—¡Noooo!

—Laurel, escucha... —dijo soltándola y cogiéndola por los hombros—, hay que salir del bosque —comentó.

—¡No! —Gritó a pleno pulmón mientras las lágrimas de desesperación invadían su rostro, sin preocuparse en ocultarlas—. ¡Ella sigue aquí! —gritó señalando el bosque.

—Y la encontrarán... —dijo sin soltarla. Laurel miró de un lado a otro nerviosa. Si no se calmaba acabaría sufriendo un ataque de ansiedad—. Laurel... —Llamó su atención al ver que ella giraba su rostro de un lado a otro—. ¡Laurel! —repitió captando finalmente la atención de ella—. De nada sirve que estés aquí —dijo clavando su mirada en la suya—. Los agentes necesitan concentrarse para seguir buscándola, y tú no estás en condiciones de...

—Noooo... —sollozó de nuevo, aunque esta vez fue de pena, escondiendo su rostro hacia abajo y apretando los brazos de Christopher.

Aquello le conmovió. Inspiró y volvió a rodearla con sus brazos.

—Vamos... necesitas calmar... —Se quedó totalmente callado cuando notó una extraña sensación. No era nada como lo que había sentido hasta ahora, jamás había notado algo así, y no fue el único que lo percibió.

El silencio se hizo absoluto en el bosque, incluso los grillos y los insectos se callaron.

Christopher miró hacia un lado cuando notó como el suelo se movía bajo sus pies. ¿Qué era aquello?

Un estruendo hizo que todos se mirasen entre sí cuando notaron como el suelo comenzaba a vibrar bajo sus pies, al principio con lentitud, provocándoles un cosquilleo, pero en pocos segundos cobró intensidad.

—¡Terremoto! —gritó el inspector—. ¡Salid del bosque!

Christopher miró hacia las copas de los árboles que comenzaban a moverse con brusquedad, amenazando con derribar a los árboles aplastando a todos los allí presentes.

Los gritos comenzaron a sucederse cuando el terremoto cobró más intensidad, una intensidad que ni siquiera les permitía mantenerse en pie.

—¿Qué ocurre? —gimió Laurel sujetándose a Christopher.

Christopher miró de un lado a otro mientras lograba mantenerse en pie sujetando a Laurel y el resto de sus compañeros corrían despavoridos por el bosque cayendo sobre el barro y la tierra.

Miró hacia arriba observando cómo algunos árboles amenazaban con caer.

—Joder —gritó mientras cogía más fuerte a Laurel para obligarla a correr. Si por él fuese la hubiese cogido en volandas y sacado de allí en un momento, pero tampoco podía dejar abandonados a sus compañeros.

Avanzó varios metros con ella mientras un árbol caía a pocos metros de donde se encontraban en un principio, arrasando todo a su paso. Se paró en seco y depositó a Laurel en el suelo arrodillándose a su lado.

Laurel se tumbó, sin siquiera poder mantenerse de rodillas. Ella no podía, pero Christopher se quedó a su lado, colocando una mano en su espalda intentando reconfortarla y vigilando los movimientos de sus compañeros, asegurándose de que ninguno de ellos fuese a ser aplastado por un árbol.

Buscó a Dean de inmediato, sabía que estaría vigilando también. Se sorprendió cuando lo vio aparecer a pocos metros de él, entre los árboles, preparado también

para ayudar si fuese necesario.

Christopher lo saludó con un movimiento de su rostro mientras el terremoto seguía agitando la zona. Permaneció ahí quieto, mirando a sus compañeros caer sobre la tierra. Algunos de ellos gritaban de dolor. Christopher pudo ver como uno se llevaba la mano al hombro tras una caída y otro a la pierna.

En ese momento el terremoto comenzó a descender su intensidad, volviéndose cada vez más suave hasta que desapareció.

Miró a Dean que aún permanecía cerca suyo y le señaló con su rostro para que se escondiese. Dicho y hecho, en una fracción de segundo Dean desapareció de entre los árboles.

Aún hubo un par de segundos más de silencio, de conmoción, hasta que los aullidos de dolor comenzaron a inundar el bosque.

Christopher se volvió hacia Laurel que aún permanecía sobre la tierra con los ojos cerrados. Los abrió lentamente, con miedo, y se volvió hacia Christopher asustada.

Christopher la ayudó a sentarse mientras depositaba una mano en su nuca para obligarle a mirarle.

—¿Estás bien? —preguntó nervioso.

Ella miró de un lado a otro, como si tomase consciencia de donde se encontraba en aquel momento y finalmente asintió.

Christopher se puso lentamente en pie, había mucha oscuridad. La mayoría de las linternas permanecían en el suelo boca abajo o apuntando en línea recta. Cogió la suya del suelo y ayudó a Laurel a levantarse.

—¿Puedes aguantarte en pie? —preguntó sin soltarla.

—Sí —susurró, aunque esta vez no intentó soltarse.

El panorama era desolador. Todos comenzaban a levantarse, muchos de ellos con alguna herida abierta.

—Mierda —susurró al ver la sangre en las ropas de muchos de sus compañeros. Lo que le faltaba, aquello podía alertar a los vampiros. Miró directamente al inspector que en ese momento se alzaba con la linterna en la mano—. Hay que salir de aquí —gritó hacia él.

El inspector lo miró directamente, apuntándolo con la linterna. Otro agente se levantó cerca de ellos, llevándose la mano a la frente donde tenía una pequeña brecha ni siquiera necesitaría puntos de sutura.

—¿Qué ha sido eso?

Christopher ignoró su pregunta y volvió su atención al inspector mientras aún sujetaba a Laurel que miraba impresionada todo a su alrededor.

—Pueden haber más réplicas. No es un lugar seguro —gritó hacia él.

El inspector clavó su mirada en muchos de los agentes que permanecían en el suelo quejándose.

—Salid del bosque, ¡vamos! —gritó Trevor—. Ayudad a los que no puedan caminar.

Aquellas palabras tranquilizaron brevemente a Christopher, al menos, aquel terremoto serviría para echarlos del bosque. Comenzó a tirar de Laurel pero ella hizo fuerza hacia atrás.

—Laurel —pronunció girándose hacia ella.

—Edith —susurró ella—. Tenemos que ir a buscarla —suplicó.

Christopher tragó saliva y suspiró.

—No podemos quedarnos aquí, es peligroso...

—Es mi amiga —sollozó.

Aquel comentario volvió a paralizarle el corazón. Conocía de hacía poco a Laurel, y sabía lo fuerte que era, el carácter que tenía, pero en esos momentos estaba totalmente derrumbada.

—Haremos una cosa —propuso él—. Te acompañaré hasta el poblado y luego irás a tu casa a descansar... —Ella negó—. Yo vendré a buscarla.

Laurel parpadeó varias veces.

—¿Tú?

—Sí, yo vendré... pero estaré mucho más tranquilo si estás lejos de aquí.

—No voy a permitir que tú te quedes aquí corriendo un riesgo. Yo tengo más derecho que tú a buscar a...

—No te lo estoy pidiendo —dijo con voz firme—. Vas a ir a tu casa y vas a descansar. Te prometo que yo me ocupo de esto. —La miró fijamente, con convencimiento—. Te lo prometo —volvió a repetir.

Laurel lo miró fijamente y lo creyó. Quizá fue su tono de voz, sus palabras, o la mirada tan intensa que tenía... pero supo que él cumpliría aquello.

—¿Me lo prometes? —sollozó.

—Te prometo que la encontraré —sentenció.

Todo estaba oscuro. Había perdido el conocimiento durante unos segundos, aunque realmente, no fue consciente de casi nada de lo que ocurría hasta que la arrojaron sobre el hielo. No veía nada, a duras penas las siluetas de los hombres que tenía por delante, aunque, ¿aquello eran hombres?

Edith gimió mientras se arrastraba hacia atrás, alejándose de aquellas siniestras figuras.

Miró de un lado a otro, sabía que estaba en algún lugar oculto, escondido, donde el frío era muy intenso. Notó como las palmas de las manos le resbalaban y se deslizaba sobre el suelo.

¿Hielo? Había mucho hielo.

Notó un intenso dolor en la pierna. Debía tener un corte. Recordaba que la había sacado de la casa a través de una ventana. Intuyó como una silueta se le acercaba y retrocedió más cayendo varias veces. En ese momento pudo ver como decenas de silueta la rodeaban. ¿Que era aquello? Los ruidos comenzaron a inundar aquel lugar entrecortándole la respiración y acelerando sus palpitations.

—¡No os acerquéis! —gritó con la voz entrecortada por el terror.

Uno de ellos dio un paso al frente.

Notó como una gota de sudor descendía por su frente provocada por los nervios. Aquello debía ser una pesadilla. Intentó alejarse más pero le era imposible, pues no dejaba de resbalar.

—¿Dónde estoy? —gritó desesperada.

Una de aquellas siluetas se acercó a la primera.

—Con estos gritos los alertará.

La primera de ellas se giró hacia él ladeando su rostro.

—Los he despistado. No la encontrarán. —Y tal y como dijo aquello sonrió hacia la muchacha enseñando los colmillos, aunque Edith no pudo verlo. Solo podía intuir que eran hombres altos, delgados, de extremidades alargadas y cabezas redondeadas.

—Que traigan a los nuevos. Necesitas sangre fresca.

Aquello la alertó. ¿Sangre fresca?

Gimió e intentó apartarse justo cuando con su mano palpó una pierna. Se giró asustada con un grito y se quedó petrificada observando. Había alguien tumbado.

—¿Hola? —preguntó con temor mientras los vampiros nuevos se acercaban a ella, rodeándola. Edith se deslizó hasta el rostro de aquella persona y lo giró. Tenía el cabello largo y negro. No podía verlo con mucha claridad, pero supo de quién se trataba. Aunque no la conocía en persona había visto su rostro colgado en numerosos carteles por las calles.

—¿Jessica? —sollozó—. ¿Jessica Wall?

Aquella muchacha reaccionó a su nombre y abrió levemente los ojos, como si estuviese agotada y no tuviese ni fuerzas para hacerlo.

Iba a preguntar cuando notó una presencia por detrás. Se quedó en estado de shock por todo lo que veía, contemplando unas altas figuras ante ella. En ese momento se dio cuenta de que estaba rodeada.

—Se está recuperando... —dijo aquella siniestra silueta señalando a Jessica, como si ofreciese una explicación a Edith.

Edith titubeó y se giró para observarla de nuevo. Jessica intentaba coger su mano, pero no tenía fuerzas para ello. Incluso luchaba por respirar.

Edith se volvió hacia el que le hablaba, consciente de que aquellos debían ser los asesinos o secuestradores de las tres chicas que habían desaparecido en el poblado.

—A la que se recupere podrá volver a alimentarnos...

Ella lo miró con terror.

—¿Alimentaros? —preguntó sin comprender.

En ese momento notó como de una patada en el costado la alejaban de Jessica haciéndola resbalar sobre el hielo.

—¡Nooooooooo! —gritó intentando frenarse, aunque cuando giró su rostro para darse cuenta de hacia donde la impulsaban gritó con más fuerzas. Cinco siluetas, menos corpulentas que la anterior esperaban de pie, con actitud intimidante a que ella llegase.

Intentó clavar las uñas en el hielo, detenerse con los pies, pero el golpe había sido extremadamente fuerte y no había forma de detenerse.

Notó como aquellos dedos helados la cogían de las piernas para sujetarla y otro de ellos la ponía en pie.

—¡No! ¡No me toquéis! —gritó intentando soltarse, luchando por su vida con uñas y dientes, pero nada podía hacer frente a ellos.

Se quedó totalmente estática, en shock, cuando notó como unos enormes colmillos se clavaban en su cuello.

Gritó desesperada mientras podía ver como las otras siluetas se movían alrededor de ella con ansias, esperando su turno. Llevó la mano hasta aquella cabeza que parecía haber adherido sus labios a su cuello e intentó apartarla mientras un rugido de fuerza salía de los más profundo de su ser. Era imposible.

Notó cómo un ligero mareo comenzaba a apoderarse de ella y la debilidad comenzaba a reinar en su cuerpo.

Su última mirada antes de perder el conocimiento fue para Jessica que lloraba desconsolada tirada sobre el hielo, sin apartar la mirada de ella.

El vampiro que succionaba a Edith se apartó dejando paso al siguiente.

—No acabéis con ella —ordenó Vincent—. Tenemos que racionarla hasta que...

No pudo seguir hablando, pues unos pasos detrás del grupo de vampiros los alertó girándose en aquella dirección.

Vincent retrocedió al reconocer aquella figura.

—Estáis muy a oscuras aquí —dijo aquella grave voz. Elevó su mano de la cual comenzó a emanar una cálida luz, alumbrando levemente la estancia de hielo.

Todos dieron un paso atrás y Vincent tragó saliva.

—Mabus —susurró arrodillándose.

Los jóvenes vampiros dejaron su aperitivo y adoptaron la misma postura que su

líder.

Mabus sonrió con malicia y luego desvió la mirada hacia las dos jóvenes tendidas en el suelo. Miró de nuevo a Vincent estudiándolo, como si evaluase la situación.

—¿Solo dos chicas? —preguntó sorprendido. Vincent tragó saliva y dio unos pasos hacia delante, en actitud temerosa.

—De este poblado sí. No hemos querido...

—Os dije que quería que os lo pasaseis en grande —pronunció con un tono grave, incluso amenazante.

—Tenemos dos chicas más. Una de ellas murió ayer, la otra está al final de la sala recuperándose —reaccionó rápidamente.

—Qué fiesta —ironizó mientras avanzaba hacia ellos.

Mabus se colocó al lado de Jessica que lo observaba. Ella gimió y elevó su mano hacia él con todas las fuerzas que pudo, como si le pidiese ayuda, pero él sonrió y se giró hacia el resto dándole la espalda, ignorando su sufrimiento.

Vincent dio un paso al frente mientras Mabus miraba todo a su alrededor.

—Está el problema de los cazadores —susurró con temor—, y no queremos que...

Mabus comenzó a reír como si le hiciese gracia el comentario del vampiro.

—Vincent —Le cortó—. ¿Qué fue lo primero que te dije cuando nos conocimos? —preguntó acercándose a él de forma intimidante. Luegoladeó su rostro hacia el lado—. Creo que lo primero que os dije fue que ni os preocupaseis por ellos.

—Ya, pero... llevan esas dagas y balas de plata que...

—Creo que no sabes con quién estás hablando —rugió. Vincent dio unos pasos atrás—. Si os digo que no tenéis nada de lo que preocuparos así es. —Miró a todos con odio—. Mantenedlos entretenidos. ¡Divertiros! ¡Saboread lo que os estoy dando!

—¿Y qué nos estás dando? —preguntó Vincent molesto.

—Libertad —rugió—. ¿Queréis más alimento? —preguntó provocativo señalando hacia Edith—. Pues coged más alimento —respondió él mismo—. ¿Tenéis ganas de alborotar? Pues hacedlo —continuó colocándose ante él—. ¿Quién os frena? —preguntó apretando los dientes—. ¿Esos cazadores? —Se burlo—. No son un problema —repitió—. Son... vuestra diversión —sonrió. Luego miró hacia los nuevos vampiros—. Dime, ¿cómo los habéis despistado para llegar hasta aquí? —preguntó de nuevo.

Vincent lo miró con fascinación.

—El terremoto. Lo... ¿lo has...?

—Exacto —dijo directamente. Volvió a sonreír—. El mundo es vuestro, así que disfrutad de lo que os he dado.

Vincent tragó saliva y asintió. Realmente, si Mabus era tan poderoso como decía ser podían estar tranquilo. Por lo que decía, él había provocado el terremoto para distraerlos y conseguir que saliesen con vida de los cazadores. Luego, una duda lo asaltó.

—Y si eres tan poderoso, ¿por qué no los matas?

La sonrisa que había dibujada en el rostro de Mabus desapareció, pasando a provocar un gesto de ira.

—¿Me estás retando? —gritó.

—No, no... —intentó calmarlo Vincent—. Jamás haría algo así pero... es que... —Luego señaló a sus compañeros vampiros —, sería mucho más fácil para nosotros si...

—Ellos también forman parte del plan —dijo.

Aquello lo pilló desprevenido y lo miró sin comprender.

—¿Del plan?

Mabus sonrió hacia él.

—El fin del mundo que conocéis se acerca... y los necesito para lograrlo.

El vampiro dio unos pasos atrás conmocionado por sus palabras.

—¿El fin?

Mabus chasqueó la lengua.

—Oh, no te preocupes... —pronunció haciendo un gesto con su mano para quitarle importancia—. Vosotros... —Los señaló con asco—, chupasangres... —continuó con desagrado—, no tenéis porque temer. El final de una especie puede significar el resurgir de otra. —Dio un paso hacia él con la espalda recta—. ¿No estáis hartos de vivir en las sombras? —Vincent miró a sus compañeros sin saber qué responder—. Ha llegado vuestro momento. El momento de la oscuridad se acerca. —Los miró a todos y se encogió de hombros como si aquello fuese un mero trámite—. Mientras tanto... haced lo que os he dicho. Divertiros y poned este mundo moribundo patas arriba —sonrió.

Miró fijamente a Vincent que asintió y tal y como dijo aquello se dio media vuelta y salió de la cueva de hielo, internada en un lugar casi inaccesible de las Montañas Rocosas.

Dejó que la luz que emanaba de su mano se extinguiese y miró hacia el bosque, hacia aquella reciente oscuridad.

Tenía una misión clara y la cumpliría. Él existía justamente para eso. Había perdido la batalla cientos de veces pero esta vez, era la definitiva. Ganaría.

Echó una última mirada a la cueva y comenzó a internarse en el bosque. Había estado en Pakistan, Sudamérica, acababa de llegar de Seattle, donde había sembrado el caos.

Pensó en su próximo destino cuando unos pasos lo alertaron por detrás. Se quedó quieto, sin volverse, dibujando una sonrisa en su rostro. Los pasos se acercaron más hasta quedar a pocos metros de él.

—No sé por qué... pero mira por dónde, sabíamos que te encontraríamos aquí —bromeó la voz.

Mabus se giró lentamente, sin abandonar la sonrisa.

—Ya ves, soy muy predecible —ironizó—. ¿Qué tal Eligos? —Luego miró a sus compañeros—. Aloquea, Gergund —Los saludó educadamente—. ¿A qué se debe esta agradable visita?

Eligos dio unos pasos hacia delante.

—¿Qué estás haciendo, Mabus?

Mabus comenzó a reír y avanzó hacia ellos con confianza.

—Ya lo sabes —Le señaló con la mano. Luego se encogió de hombros—. Solo quería divertirme un poco.

Aloqua avanzó también hacia él.

—¿Y los vampiros? —preguntó con tirantez.

Mabus rio de nuevo.

—Oh, vamos... —dijo con fingida felicidad—. Llevó muchos años sin divertirme un poco.

—Esto no es un juego —Le cortó Eligos.

Mabus borró la sonrisa de su rostro y chasqueó la lengua.

—Ya lo sé. —Llegó hasta él y puso una mano en su hombro—. Pero después de tantos años sin pisar la tierra un poco de diversión y emoción no me viene mal... —Luego sonrió—. Va, quítate esa cara de pasa que tienes —ironizó. Luego extendió los brazos hacia él—. El plan está funcionando, pronto cumpliremos nuestra misión.

—No estás preparando el terreno como debe ser —interrumpió Gergund con voz grave y furiosa, atrayendo la atención de Mabus.

—¿Te has quedado sin comer hoy, o qué? —bromeó—. Menudo genio.

—Te lo vuelvo a repetir... no es un juego —insistió Eligos.

Mabus suspiró como si se armase de paciencia.

—Está bien —acabó diciendo. Luego miró a Alouqua que llevaba un vestido rojo largo, ajustado a sus caderas—. Te queda bien el rojo —Le guiñó el ojo.

—Cumple con tu parte —insistió Eligos dando un paso al frente.

—Voy, voy... —dijo dando un paso hacia atrás—. Bueno, pues... me voy a... —Se quedó pensativo unos segundos—. Asia —sonrió—. Quiero ver que tal está después de tantos años.

Dicho esto los saludó con la mano y desapareció de su vista.

Eligos, Alouqua y Gergund se quedaron observando el último punto donde Mabus había desaparecido.

—¿Crees que va a seguir todas las directrices? —preguntó Alouqua a Eligos.

Él la observó de reajo, sin moverse.

—Más nos vale —pronunció.

Tras acompañar a Laurel a su casa, Christopher había vuelto al bosque. No podía quedarse de brazos cruzados. Necesitaba encontrar a Edith como fuese.

Saltó sobre la nieve y miró a su compañero Dean que corría a su lado.

—Deberías haber pasado por casa a cambiarte —Le recriminó.

Christopher lo miró de reajo sin dejar de correr. Lo cierto es que sin su uniforme de trabajo hacía mucho frío. Aunque aquello no importaba ahora, lo único que tenía en mente era el cuerpo tembloroso de Laurel entre sus brazos, la forma en la que había llorado en su hombro.

—No importa.

—Te vas a helar —volvió a insistir.

Christopher suspiró y rodeó unos cuantos árboles más. Tras que Dean hablase con Nicholas habían planeado quedar en un punto medio del bosque. No tenían tiempo que perder.

Justo saltó sobre unas rocas cuando vio a sus compañeros correr en su dirección. Todos llevaban las linternas solares, por lo que se les podía ver venir a mucha

distancia.

—Eh... —dijo Dean deteniéndose ante sus compañeros. —¿Sabéis dónde están los vampiros?

Nicholas negó y luego miró a Christopher con una ceja enarcada.

—No tengo frío —dijo Christopher directamente.

Nicholas chasqueó la lengua y volvió su mirada hacia Dean.

—Los hemos perdido. El terremoto nos ha...

—¿Crees que ha sido la bestia? —preguntó Christopher directamente.

—¿Acaso lo dudas? —ironizó Nicholas. Luego se cruzó de brazos—. He llamado a casa para preguntar cómo estaban.

—¿Y? —preguntaron Dean y Christopher con algo de cautela.

Nicholas se encogió de hombros.

—Están bien. Pero me han explicado que el terremoto se ha originado en Seattle...

Christopher parpadeó varias veces.

—¿Seattle? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—¿Te refieres al Seattle de Estados Unidos? —volvió a insistir.

—¿Conoces alguno más? —preguntó extendiendo los brazos hacia él.

—Joder... —susurró—. ¿Y se ha sentido aquí en Banff? ¿De cuánto ha sido el terremoto?

—Creen que sobre un nueve en la escala Richter. Melanie me ha dicho que lo están diciendo por la televisión, aunque aún no hay imágenes.

Christopher tragó saliva y miró impresionado a su jefe.

—¿Nueve?

Taylor dio un paso adelante.

—La ciudad ha debido quedar devastada.

Christopher apretó los labios mientras intentaba calmarse. Aquello se les escapaba de las manos. Una cosa era luchar contra vampiros, lobos... otra muy distinta era intentar combatir contra un ser como la bestia, aquello estaba muy por encima de sus posibilidades.

Pero ahora, tenía otras prioridades, Edith había desaparecido a manos de los vampiros y necesitaban dar con ella. Intentó concentrarse en ello y miró a su jefe con intensidad.

—¿Qué rumbo ha seguido el vampiro?

—Noreste —Señaló hacia allí—. Lo hemos perdido a unas cuantas millas de aquí. —Luego miró su radar y chasqueó la lengua—. Maldito radar.

Christopher lo miró sin comprender.

—¿Te ha fallado el radar?

—Sí —Le mostró Nicholas.

Scott se acercó colocándose al lado de Christopher.

—Las tormentas solares suelen provocar errores en... —Se quedó callado cuando vio que todos lo observaban con una ceja enarcada—. ¿Qué? —preguntó extendiendo los brazos hacia ellos—. ¿No os lo explicaron en las clases del Pentágono?

—Dudo que sea por eso —susurró Christopher mientras observaba su radar—. Está bien, iremos en esa dirección y...

—Espera —Le interrumpió Christopher—. Necesito un favor —pronunció con los labios apretados.

—Pide.

—La chica desaparecida es Edith. Es amiga de Laurel y...

—¿Laurel? —preguntó Scott—. ¿Tu Laurel?

—No es mi Laurel —rugió.

—Me refería a tu compañera —ironizó Scott con una sonrisa pícaro.

Christopher suspiró y cerró los ojos intentando calmarse.

—Sí, la misma. —Volvió su atención hacia Nicholas que esperaba impaciente a que continuase—. Está bastante nerviosa y no descarto que salga al bosque a buscarla, ¿puedes enviar a Melanie a que la vigile?

—Melanie está en casa con Bethany y Sandra. —Se quedó pensativo y miró a Adrien—. Avisa a Alex que tenga la casa de ella vigilada, ¿sabes donde vive? —Le preguntó directamente a él.

—No.

Nicholas lo miró con sorna.

—¿En serio? ¿No sabes dónde vive? —preguntó sorprendido

—Oye, no nos llevábamos muy bien, ¿recuerdas?

—¿Y ahora sí? —contraatacó Dean.

Christopher se pasó la mano por su rostro agobiado.

Nicholas sonrió ante aquello.

—Adrien, llama a Bethany, dile que miren en el ordenador la dirección de la casa de la compañera de Christopher, Laurel, y que le diga a su hermano que vaya a vigilarla.

—Y que nos avise si pasa algo —intervino Christopher rápidamente.

Nicholas se giró hacia él con una ligera sonrisa.

—Eso siempre lo hace. Estamos hablando de Alex, es mil veces más obediente que vosotros —bromeó.

Había pasado casi toda la noche en vela, buscando la ubicación de los vampiros. No comprendían aquello, ¿cómo era posible que no apareciesen en su radar? Una de dos, o estaban más alejados de la cuenta, o habían encontrado la forma de eludirlos. Aquello era desquiciante. No el no saber dónde se encontraban, si no el hecho de ser consciente de que una joven era prisionera de ellos. Aquello lo enloquecía, el saber por lo que esa muchacha debía estar pasando le hacía rozar la locura.

No habían descansado en toda la noche y ahora, habían formado grupos. Dean, Scott y Alex seguían buscando por el bosque. Por la tarde le tomarían el relevo Nicholas, Taylor y Adrien y seguirían buscando. Él descansaría por la tarde y por la noche saldría de caza. Aunque no había dormido nada, no tenía sueño, pues se mantenía en un estado de alerta constante.

Bajó del todoterreno y se quedó observando la comisaría. Su reloj marcaba menos de diez minutos para las ocho de la mañana. Sabía lo que les tocaría hacer aquella mañana. Organizarían grupos de búsqueda de Edith por el bosque, tal y como habían hecho con las otras chicas. Era consciente de que nada encontrarían, no hallarían ninguna prueba que les revelase el lugar donde la mantenían oculta. Ni siquiera ellos eran capaces de encontrarla.

Por ese lado estaba tranquilo. Los vampiros, con la luz del día, no saldrían al bosque y, además, ellos ya se habrían encargado de revisar a consciencia toda la zona en busca de alguna pista. Los civiles no encontrarían nada. Ahora bien, aquello no era lo que le preocupaba. Laurel.

Sabía por lo que debía estar pasando. Su mejor amiga estaba desaparecida, y los antecedentes con los que contaban no auguraban un buen desenlace. Tres chicas desaparecidas en los últimos meses y ni rastro de dónde se encontraban.

La impotencia que sentía superaba todo lo que había experimentado en su vida.

Laurel aún no había superado la pérdida de su anterior compañero y ahora debía enfrentarse a la pérdida de su mejor amiga.

Suspiró, cerró el coche y se dirigió a comisaría. Había bastante revuelo. Decenas de policías se movían de un lado a otro organizándose. Buscó a Laurel directamente pero ni rastro de ella.

—¡Christopher! —gritaron a su espalda.

Michael elevaba el brazo desde el otro lado de la sala haciendo un gesto para que se acercase. Se encontraba junto al inspector y Barry. Se dirigió hacia ellos con movimientos tensos, buscando entre todos los policías uniformados el rostro de Laurel.

—Partiremos en diez minutos —dijo el inspector sin siquiera saludarle—. La patrulla canina acaba de llegar. Rastreamos toda la zona en busca de pistas.

Los señaló a todos mientras afirmaban.

Tal y como había imaginado se realizaría un examen exhaustivo del bosque a la luz del día. Giró su rostro hacia la puerta donde vio varios furgones y un par de

policías paseaban los pastores alemanes por la acera.

—Comunicad al resto de agentes que salimos ya y... Christopher, ponte el uniforme, vamos —pronunció con urgencia.

Barry y Michael se alejaron para informar a sus compañeros. El inspector iba a girarse cuando Christopher le cortó el paso.

—Disculpe inspector, no he visto a Laurel —dijo mirando hacia los lados.

El inspector parecía que tenía prisa y afirmó mientras pasaba por su lado.

—Le he dicho que se quede en casa, que descanse... —le explicó como si nada. Se giró y fue directamente hacia un grupo de agentes que inspeccionaba los mapas de la zona.

¿Laurel se había quedado en casa? ¿Laurel?

Le parecía extraño que ella, con su carácter, pudiese quedarse encerrada esperando a recibir noticias.

Se alejó un poco de sus compañeros y se dirigió al pasillo más vacío. De todas formas, con el jaleo que había en comisaría dudaba que cualquiera de sus compañeros perdiese el tiempo escuchando su conversación. Cogió su móvil mientras se dirigía a la sala de las taquillas y marcó el número de Alex.

Comenzó a impacientarse cuando dio el cuarto tono y no respondió.

—¿Sí? —preguntó una voz pastosa al otro lado de la línea.

Christopher ladeó su rostro hacia un lado.

—¿Alex?

—¿Adrien?

—No, Christopher —respondió nervioso. Se removió inquieto—. ¿Qué haces? ¿Dónde estás?

Alex cerró los ojos y se apoyó de nuevo en la almohada.

—Dormir.

Christopher apretó los labios.

—¿Dormir? —preguntó de los nervios—. Tenías que estar vigilando a Laurel.

—Eh, eh... —comentó con voz adormilada—. He estado ahí hasta las siete. Nicholas me ha dicho que me fuese a casa a descansar...

—¿Ha estado Laurel toda la noche en casa?

—Toda la noche —repitió Alex.

—¿No ha salido? —preguntó de inmediato.

—No ha salido —contestó de forma automática.

Christopher resopló.

—¿Y por qué nadie me avisa de que te marchas?

—No sé. A dormir —dijo antes de colgar como si se diese una orden a sí mismo.

Christopher se quedó estático al escuchar aquello.

—¿Alex? —preguntó—. ¿Alex? —elevó el tono de su voz. Sí, estaba claro que había colgado el teléfono—. Joder —susurró mientras lo guardaba en su bolsillo.

Aquello le puso nervioso. Sabía que si iba al bosque no correría peligro, pero igualmente la idea de imaginársela sola no le gustó.

Suspiró y deshizo el camino que acababa de hacer mientras se cruzaba con algunos compañeros que se dirigían a paso acelerado hacia la sala de taquillas.

—¿No te cambias? —preguntó Barry antes de verlo salir por la puerta.

—No. —Se detuvo y se giró para observarlo—. Tengo que salir un momento. Nos vemos en un rato en el bosque.

No esperó a que respondiese. Salió de la comisaría mientras se abrochaba la cremallera del abrigo y miró al cielo mientras se dirigía al todoterreno. De nuevo, amenazaba con descargar otra tormenta de nieve. Al menos, se aseguraría de que ella estaba bien.

Subió y arrancó el motor, aunque en ese momento se dio cuenta de que no sabía su dirección.

—Mierda —susurró mientras golpeaba el volante.

Su mirada voló directamente hacia Barry y Michael que descendían las escaleras de la comisaría. Bajó la ventanilla del todoterreno y se asomó levemente.

—Barry —Le llamó mientras le hacía un gesto con su mano para que se acercase. Al menos esos compañeros eran amigables. Barry se acercó colocándose frente a él mientras Michael iba hacia un coche policial—. ¿Os marcháis ya?

—Sí, oye... ¿no vienes? ¿a dónde vas? —preguntó con curiosidad.

Christopher ladeó su rostro hacia un lado.

—Ayer me quedé preocupado por Laurel. ¿Sabes dónde vive? Quiero ir para asegurarme de que está bien.

Barry se quedó asombrado unos segundos. No era de extrañar, pues el día anterior los había visto discutir, aunque reaccionó de una forma comprensiva.

—Claro. Sigue esta calle recto y a la tercera gira a la derecha. Toda la calle recto y en la rotonda a la izquierda...

Christopher iba afirmando y luego sonrió a Barry mientras sacaba su móvil.

—Mejor sitúame su casa en el GPS —comentó mientras se lo entregaba.

—Sí, mejor —dijo Barry cogiéndolo. Tras unos segundos se lo entregó—. Ahí lo tienes.

—Gracias.

—No hay de qué y... cualquier cosa, avísanos.

Aquellas últimas palabras las pronunció en un tono preocupado, lo que le daba a entender que sabía que Edith era una gran amiga suya.

—Descuida, lo haré —respondió mientras quitaba el freno de mano y aceleraba.

Vio a través del retrovisor cómo sus compañeros se dirigían a los coches patrulla para tomar rumbo al bosque. Los perdió de vista en cuanto giró la esquina.

La casa de Laurel no estaba lejos, apenas cinco minutos en coche desde la comisaría. Por suerte había bastante sitio para aparcar. Dejó el vehículo frente a la casa y bajó.

Se trataba de una pequeña pero acogedora casa de madera, con el techo triangular pintado en rojo y rodeada por un jardín repleto de césped cubierto por una gran manta de nieve. A diferencia de la casa donde él residía junto a sus compañeros no tenía ninguna valla que delimitase la parcela.

Miró su reloj de muñeca que marcaban las ocho y media de la mañana y suspiró. Quizá estaría descansando... Chasqueó la lengua, aunque algo le decía que aquello era imposible.

Fue hacia el portal y antes de llamar al timbre miró a través de la ventana que

tenía al lado. Tenía una cortina blanca echada, pero trasparenteaba lo suficiente como para ver que no había luces encendidas. Supo que daba al comedor, amueblado con un estilo rústico.

Miró hacia la planta superior, donde suponía que tendría las habitaciones pero tampoco pudo intuir nada de luz.

Quizá se estaba aventurando demasiado y fuese demasiada confianza presentarse en su casa a esas horas pero, realmente, Laurel necesitaba compañía. Debía estar asustada, triste...

No lo pensó más y llamó al timbre dando un paso atrás y metiendo las manos en los bolsillos. Tragó saliva mientras esperaba a escuchar los pasos tras la puerta pero estos no llegaban. Miró hacia el comedor de nuevo. Nada, no había movimiento.

Aquello le alertó, Alex le había dicho que no había salido de casa en toda la noche, y solo hacía una hora y media que había abandonado la vigilancia.

Volvió a llamar al timbre y esperó unos segundos más. Nada.

Bajó del pequeño porche mirando de un lado a otro y se decidió a rodear la casa, quizá estuviese en la parte trasera. Caminó sobre la nieve, notando como crujía bajo sus pies.

El jardín posterior sí estaba limitado por unas vigas de madera que lindaban con el jardín del vecino.

Fue hacia la puerta trasera y golpeó.

—¿Laurel? —preguntó mientras se acercaba a la ventana que daba con la cocina.

Comenzó a desesperarse.

No quería llegar a eso, pero si se veía obligado llamaría a sus compañeros para que buscasen el número de teléfono de ella en su base de datos.

—Mierda —susurró sin apartar la mirada de la puerta. Ahí no había nadie. ¿Dónde se había metido? ¿Se habría unido a la búsqueda de Edith en el bosque? ¿Dónde si no iba a estar?

Rodeó de nuevo la casa a paso ligero dirigiéndose al todoterreno. Arrancó y tomó el desvío para ir a la zona que iban a revisar sus compañeros. De todas formas, si no estaba allí seguro que alguno de ellos sabría donde encontrarla, o incluso el inspector.

Notó como el corazón se le aceleraba. Estaba preocupado por ella. Había pasado de odiarla a necesitar protegerla. Resopló y no pudo evitar recordar cuando la había abrazado intentando controlarla mientras lloraba sobre su hombro.

Notó como la respiración se le aceleraba ante esos recuerdos, pero ante todo, al no saber donde estaba.

—No te enamores de ella —Se ordenó a sí mismo—. Ni se te ocurra, Christopher.

Iba a girar por una calle cuando freno en seco. A su derecha, aparcada, estaba la furgoneta roja de Laurel. La identificaría en cualquier lugar con ese característico golpe que abollaba la chapa. Aunque suspiró cuando vio que estaba aparcada justo frente al cementerio. Recordó que el otro día se había quedado mirando hacia allí. Seguro que su compañero Simon estaba enterrado en ese lugar.

No lo pensó más veces y aparcó en un lateral. Se quedó unos segundos

pensativo y sintió como la pena lo inundaba por dentro. Realmente aquello debía estar destrozándola.

Bajó del todoterreno, lo cerró y caminó con las manos en los bolsillos, subiendo el cuello de su abrigo para proteger la garganta del viento helado.

Aunque había algunas personas por la calle se notaba que era sábado, pues la gente aún permanecía en sus casas, seguramente durmiendo.

Entró en el cementerio. No era muy grande. Un camino central lo dividía en dos partes, y a cada pocos metros otro camino en vertical se iba ramificando pudiendo acceder a las tumbas.

Se podía apreciar que estaba bien cuidado, aunque ahora un manto de nieve lo cubría por entero, incluso muchas tumbas habían quedado sepultadas bajo ella. Algunas tenían alguna estatua sagrada presidiéndolas. No se detuvo, siguió caminando al frente observando a cada lado. Si ella estaba allí no tardaría en encontrarla.

Quizá no fuese buena idea asaltarla en aquel lugar, en un sitio tan íntimo como aquel, donde habría ido en busca de paz, pero supo que no se había equivocado cuando observó la silueta de Laurel de espaldas a él, a varios metros. Llevaba un abrigo negro que le llegaba por debajo de las rodillas. Su cabello rubio oscuro volaba hacia atrás por el aire.

Se quedó unos segundos observándola, sin decir nada. Se le veía extremadamente frágil.

Tragó saliva y sin pensarlo más caminó hacia ella despacio. No quería importunarla, pero sabía que en aquellas situaciones lo mejor era estar acompañado, tener un hombro en el que sostenerse. Todos sus compañeros de trabajo estaban ocupados buscando a Edith, él también lo hacía aunque de otra forma más eficaz. Nadie en esa comisaría excepto él conocía la verdad, y de nada serviría en esos momentos acudir al bosque. Sus compañeros de división estaban trabajando. Allí no lo necesitaban, pero Laurel sí.

El sonido del crujir de la nieve bajo sus pies tuvo que alertar a Laurel porque se giró para observar quién se acercaba. Durante unos segundos se quedó confundida al verlo allí. De todas las personas que esperaba nunca hubiese imaginado encontrarse a Christopher.

Christopher coincidió la mirada con ella. Tenía los ojos llorosos y las mejillas rojas.

Llegó a su lado justo cuando Laurel giró su rostro hacia delante y se secó una lágrima con disimulo, con movimientos nerviosos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó en un susurro.

Christopher la observó y paseó la mirada sobre la tumba ante la que se encontraba. Tal y como había imaginado, era la tumba de su compañero. Laurel debía haber apartado la nieve de la placa donde rezaba su nombre. Se fijó en que había flores en perfecto estado.

Inspiró y se giró de nuevo hacia ella, que miraba al frente, nerviosa.

—He ido a buscarte a casa...

—¿Para qué? —preguntó sin mirarle.

Christopher volvió a introducir las manos en los bolsillos y ladeó su rostro hacia

un lado buscando la mirada de ella. Aunque Laurel dudó un poco finalmente cedió y lo observó de reojo.

—Estaba preocupado...

Ella parpadeó varias veces por la respuesta y medio sonrió incrédula.

—¿Por mí? —volvió a preguntar echando la mirada al frente—. Estoy bien.

Christopher se acercó un poco más, colocándose justo a su lado.

—He visto que no estabas en casa y he pensado que estarías en el bosque... —continuó. Le hizo un gesto con su cabeza hacia la calle—. Luego he pasado por aquí y he visto tu furgoneta.

Ella se removió incómoda por primera vez y apretó los labios.

—El inspector no me deja ir a la búsqueda de Edith —susurró. Resopló y se encogió de hombros—. No sabía qué hacer ni adónde ir —acabó admitiendo con un hilo de voz.

En ese momento Christopher pudo ver cómo ella se derrumbaba. Aunque intentaba mantenerse serena y controlar sus sentimientos pudo intuir como su labio inferior temblaba conteniendo un puchero y sus ojos se volvían vidriosos.

Llevó su mano hasta su hombro y apretó. No se le daban bien estas cosas. Ni siquiera sabía cómo consolarla o qué decirle para hacerle sentir mejor.

Rodeó sus hombros con el brazo y la atrajo hacia él colocándola bajo su brazo. Ella lo miró asombrada por el gesto, aunque no se quejó. Christopher la miró con ternura y volvió su mirada hacia la tumba. No quería ni saber lo que debía sentir al colocarse ante la tumba, quizá, lo único que había ido a buscar allí era la compañía de su amigo.

La apretó un poco más hacia él y acarició su hombro.

—Ven, vamos a tomar algo caliente —susurró.

Ella dudó y volvió su mirada hacia la tumba de Simon con indecisión, como si valorase el quedarse allí junto a él o ir con su nuevo compañero. Estuvo varios segundos con la vista clavada en la placa de Simon hasta que finalmente asintió con su rostro.

—De acuerdo —susurró.

Laurel cogió la taza entre sus manos y sopló hacia el humeante café. Dio un sorbo y la depositó sobre la mesa. Christopher no había dejado de observarla desde que habían llegado a la cafetería.

—¿Quieren algo más? —preguntó la camarera.

Laurel negó y Christopher sonrió hacia ella.

—No, nada más. Gracias.

En cuanto los dejó solos se apoyó correctamente contra el asiento, sin coger su taza de café. Se le veía delicada, preciosa. Ya se había fijado anteriormente. Laurel era una mujer hermosa, con una belleza dulce, aunque su carácter no le había permitido apreciarla en su totalidad. Ahora lo veía claro, era una de las mujeres más hermosas que había visto.

Cogió su taza y dio un sorbo.

—¿Has podido dormir algo? —preguntó esta vez sin mirarla.

Ella negó.

—No. No he podido pegar ojo. —Suspiró y finalmente elevó la mirada hacia él. No sabía cómo tomarse aquello. Ayer ya había demostrado preocupación por ella, pero no esperaba que se tomase la molestia en ir a buscarla para asegurarse de que estaba bien.

Christopher se apoyó en la mesa.

—Me dijiste que Edith es amiga tuya —susurró.

Ella apretó los labios y asintió. Se quedó callada durante unos segundos, mientras observaba a través de la ventana como unos pequeños copos de nieve comenzaban a caer.

—Nos conocemos desde el instituto —sonrió con tristeza—. Es mi mejor amiga. —Volvió a quedarse callada mientras observaba la taza de café, pensativa—. Me parece increíble que haya desaparecido. —Elevó la mirada hacia él que escuchaba atento—. Ayer quedé con ella... —Se mojó los labios, pues a pesar de estar bebiendo el café notaba como la boca se le quedaba seca al hablar de ese tema—. Yo... —Tragó saliva—. Estuvimos hablando de Simon... de... —Suspiró—. He pedido el traslado, Christopher —Se sinceró.

—Ya lo sé —Le susurró.

Ella lo miró asombrada.

—¿Ya lo sabías?

—Sí.

Ella resopló y se pasó la mano por los ojos. Lo miró de reojo y suspiró.

—No es por ti, Christopher —dijo en voz baja—. Estar aquí me es difícil. Hace... —Finalmente lo miró fijamente y sonrió con tristeza—, seis años que soy policía. Simon me lo enseñó todo. Desde el día que me destinaron aquí estuve con él. Al principio pensaba... vaya, me ha tocado un hombre mayor y aburrido —rio y se quedó pensativa—. Era muy buen hombre... y divertido —remarcó rápidamente—. Cuando murió fue como si me hubiesen quitado a mi padre. —Christopher la escuchaba sin interrumpirle, parecía que al fin se estaba abriendo a él—. Cuando tengo un momento de bajón siempre aviso a Edith... ella me hace reír. Nunca me ha fallado... hasta ahora —susurró dolida, luego elevó la mirada hacia él—. Ayer me dijo que tenía que abrirme más con la gente, que no todo el mundo se iría... y ahora... —gimió—, ella se ha ido.

Christopher alargó su mano sobre la mesa y cogió la suya estrechándosela. Laurel lo miró asombrada por su gesto, denotaba ternura y cariño.

—Encontraremos a Edith —dijo.

—¿Pero cómo? —preguntó acercándose un poco más a él—. Hemos sido incapaces de encontrar a las otras tres chicas desaparecidas. Además... —Se quedó pensativa, mirándolo fijamente—, ¿viste lo que ocurrió? —preguntó asustada—. Jack dice que alguien entró por la ventana... ¿qué tipo de persona hace eso? No... no lo entiendo...

—Eh, eh... —Llamó su atención apretando su mano para que se centrase—. Los dos sabemos que cuando ocurre un hecho traumático la mente suele imaginar cosas...

—La ventana estaba rota —respondió impresionada—. Lo viste igual que yo.

Christopher volvió a apoyarse contra el respaldo, sin soltar su mano,

estudiándola. Laurel tenía razón, había evidencias que daban a entender que había sido un hecho cargado de violencia, nada más lejos de la realidad, pero lo mejor era intentar tranquilizarla. Sabía que ella no se detendría ante nada y aquello le preocupaba.

—Puede que hubiese un forcejeo, que alguien entrase en la casa y...

—Jack dice que entraron por la ventana —Le cortó. Christopher asintió quedándose callado, estaba claro que Laurel creía a Jack—. ¿Por qué iba a inventarse algo así?

La miró con cierta preocupación. Si seguía cuestionándose eso podía ir tirando del hilo, meterse en una investigación realmente peligrosa.

Su mirada descendió hasta su mano. Aunque ella había seguido hablando tampoco la había soltado ni apartado.

—Sea lo que sea estamos investigándolo.

Ella suspiró y finalmente apartó la mano de él con lentitud. Cogió su taza de café y dio otro sorbo, luego volvió a observar por la ventana, los copos de nieve caían con más fuerza.

—Yo no debería estar aquí... —pronunció—. Debería estar buscándola.

—Es una orden del inspector.

Ella lo miró con aire cómico.

—Ya, el inspector... —pronunció dejando la taza sobre el plato—. Ayer tuve un momento de debilidad. ¿Crees que voy a estar toda la investigación así? Es mucho peor para mí estar parada. Edith es mi amiga desde hace años. Lo que me consume por dentro es estar en casa sin hacer nada.

—Hay decenas de policías buscándola...

—Nadie la va a buscar como yo —sentenció—. Nadie. —Luego enarcó una ceja hacia él—. ¿Te ha mandado el inspector a buscarme?

Christopher abrió los ojos como platos.

—No, por Dios, Laurel... —Elevó su tono—. Soy tu compañero. Estaba preocupado por ti.

Ella hizo un gesto incómodo y se apoyó contra el respaldo mirándolo fijamente.

—Está bien. —Se mojó los labios y lo miró con decisión—. ¿Habéis encontrado algo esta noche?

Christopher chasqueó la lengua.

—No, nada nuevo.

—¿Seguro?

—Seguro —sentenció.

—¿Y qué protocolo se está siguiendo ahora?

Christopher resopló mientras miraba por la ventana también, observando cómo la nieve comenzaba a cuajar sobre el asfalto.

—Están inspeccionando la zona.

—¿Qué zona?

—Alrededor de la casa de Jack. Han salido hace un rato, a la que se ha hecho de día.

Ella se quedó mirándolo.

—Quiero ir —dijo directamente.

Christopher la observó y ladeó su rostro hacia ella.

—Sinceramente, Laurel, no sé si es bueno para ti...

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Quedarme en casa mientras mi amiga está secuestrada? —preguntó alzando el tono. Christopher la miró fijamente—. Está bien, pues si no me acompañas, iré yo —pronunció levantándose del asiento.

Christopher reaccionó rápidamente y se puso en pie interponiéndose en su camino. Laurel lo miró enarcando una ceja.

Estaba claro que era una mujer de armas tomar, como había dicho, había tenido su momento de debilidad, pero era fuerte. Y sabía por su mirada que si no lo acompañaba iría sola.

—De acuerdo —susurró mientras la cogía del brazo para detenerla. Luego miró hacia la calle—. Haremos una cosa. Iremos y hablaremos con el inspector. —La miró a los ojos—. Y luego iremos a comer algo.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—¿A comer?

—Sí, a comer... también tienes que alimentarte.

Ella se soltó de brazo y asintió. De todas formas sabía que Christopher no tenía mala fe en sus palabras, y prefería ir acompañada de él, pues sabía que el inspector se pondría hecho una furia cuando la viese allí.

—Está bien. ¿Y mi furgoneta? —preguntó directamente.

—La dejas en tu casa y vamos con mi coche —sentenció mientras se dirigía a la barra para pagar.

Laurel bajó del todoterreno con paso decidido. Ni siquiera esperó a que Christopher cerrase su puerta para avanzar directa hacia el inspector que coordinaba en ese momento la operación de búsqueda. Al inicio del bosque habían montado una caseta con varias mesas en su interior en la que rezaban planos de la zona.

Nevaba con fuerza y el viento era helado, pero aquello no parecía quebrar las intenciones de Laurel de salir en busca de su amiga, pese a que prácticamente toda la policía de la zona se encontraban allí.

—Laurel —La llamó Christopher al ver que iba directa hacia la caseta.

Ella se giró un segundo para observarle, pero no frenó en su marcha. Ni siquiera la mirada inquisidora del inspector la hizo detenerse.

El inspector Shatner la contempló con dureza al principio, aunque a medida que ella avanzaba fue modulando su mirada.

—¿Qué haces aquí, Laurel? —preguntó.

Ella entró en la caseta seguida de Christopher.

—¿A ti que te parece, Trevor? —Lo tuteó.

El inspector miró a Christopher que se ponía a su lado y chasqueó la lengua.

—No deberías estar aquí —pronunció con voz comprensiva.

—Yo creo que sí. De hecho, soy la que tiene más derecho a estar aquí.

El inspector suspiró y volvió su mirada hacia el plano, como si no quisiese discutir con ella.

Christopher se acercó para observar colocándose frente a él.

—¿Qué zona habéis revisado? —Le preguntó.

Trevor contestó directamente señalando el plano.

—Todo esto —dijo marcando con el dedo un círculo—. Tengo ahora a tres hombres que se han desviado hacia aquí. —Señaló otro punto—. Dos hacia aquí, cinco en esta dirección, dos en esta... —Iba marcando los puntos—. Y tres hacia aquí.

Christopher asintió mientras Laurel se colocaba a su lado, estudiando el mapa con atención.

—¿Y este punto? —preguntó marcando con su dedo el mapa.

—Tengo a cinco agentes que se dirigen a esa zona. Cuando lleguen al río les haré dividirse en dos grupos, uno irá hacia este lado y el otro...

—No hace falta —Le cortó Laurel. Luego miró de reojo a Christopher—. Nosotros nos encargamos de esta zona. Envía a tus hombres en las otras direcciones.

Christopher la miró de reojo sin decir nada. De todas formas sabía que ella iría a investigar, así que mucho mejor si al menos lo incluía en sus planes.

El inspector pareció reacio a la idea y resopló.

—Laurel, no sé si es muy buena idea que...

—Qué, ¿qué? —contraatacó ella. Lo miró fijamente y apretó los labios—. ¿Es por si encontramos algo que no deseamos encontrar? —Christopher la observó de reojo. Bonita forma de decir que si su negativa era por si encontraban un cadáver.

Trevor se pasó la mano por la nuca con ansiedad—. He pasado por cosas muy difíciles Trevor, ya lo sabes —continuó—, y jamás he faltado en mis obligaciones. — Luego se puso firme—. No me apartes de esto, por favor.

El inspector dudó durante unos segundos pero finalmente miró a Christopher, como si esperase su consentimiento. Aquello le sorprendió. Christopher asintió y finalmente Trevor volcó su interés en Laurel.

—De acuerdo. —Laurel suspiró aliviada—. Revisaréis esta zona de aquí —dijo marcando el punto con un dedo—. Pero no vayáis caminando. ¿Traéis el coche?

—Sí —afirmó Christopher.

—De acuerdo. Tomad la carretera Golf Course hasta aquí. —Luego miró a Christopher—. Está cortada de noviembre a mayo por las nevadas. Dejad el coche ahí aparcado y tomad el sendero que linda con el río. —Ambos afirmaron. Trevor cogió un walkie y se lo dio a Christopher—. Informadme de todo —ordenó antes de que se lo entregase.

—Claro —respondió Christopher.

Ambos se giraron pero antes de salir de la tienda Trevor les hizo detenerse.

—Agente Hughes, ¿podemos hablar un momento? —preguntó.

Laurel miró al inspector intrigada. El hecho de que quisiese hablar con él a solas no le gustaba un pelo. Iba a hablar cuando Christopher se giró hacia ella y le tiró las llaves por el aire.

—Espérame en el todoterreno... —Ella las cogió y lo miró fijamente—. Y conduzco yo —reaccionó rápidamente.

Laurel resopló y echó una mirada furtiva antes de salir de la caseta rumbo al todoterreno, clavando los pies en la nieve que se iba amontonando y que dificultaba el paso.

El inspector permaneció en silencio hasta que Laurel se apartó bastante de la caseta. Miró directamente a Christopher que esperaba con semblante serio a que él hablase.

—¿Estás al corriente de lo que le ha ocurrido a Laurel? —Se permitió tutearlo.

—Sí, de todo —pronunció.

El inspector afirmó y se acercó a él como si lo que iba a decirle fuese un secreto.

—No me da buena espina esto —confesó—. Ya es la cuarta muchacha desaparecida. No tenemos pistas que seguir. Estamos totalmente perdidos. —Volvió su rostro hacia Laurel que subía en el todoterreno—. Id un rato y luego que vuelva a su casa y... no la pierdas de vista.

—Claro, señor.

Trevor hizo un gesto de desagrado.

—Hazme un favor chico... —pronunció mientras se giraba hacia la mesa estudiando el mapa—, a partir de ahora tutéame. —Christopher aceptó—. Vamos, id.

Christopher salió de la caseta con el walkie en la mano. Laurel se había subido al todoterreno y esperaba de brazos cruzados, mirando en su dirección.

Se subió y lo arrancó.

—¿Por qué no lo has encendido? Podrías haber puesto la calefacción. No pasa nada. —Luego la miró con una medio sonrisa—. He dicho que conducía yo, pero puedes arrancarlo.

—Ya, no lo he pensado —dijo poniéndose el cinturón. Volvió su mirada hacia la caseta del inspector mientras se alejaban—. ¿Qué te ha dicho?

Christopher la observó de reojo mientras conducía y le sonrió.

—Que te vigile —respondió sinceramente. Ella enarcó una ceja y luego resopló dando a entender su disconformidad con la última frase de él—. Es normal, Laurel —continuó con la mirada clavada en la carretera y un tono de voz suave—. La gente suele preocuparse por las personas que le importan.

Lo miró fijamente. Aquellas últimas palabras las había pronunciado con calma, y la mirada de reojo que le había echado al decirle aquello daba por sentado que él estaba de acuerdo con aquello. Se quedó contemplándolo. Christopher estaba siendo muy considerado con ella, y teniendo en cuenta lo insoportable que había sido con él los primeros días se sintió mal.

—Gracias por acompañarme —susurró al fin. Christopher la miró de reojo—. Los primeros días contigo no fui muy amable.

—No importa —reaccionó.

—Sí, sí que importa...

Christopher llevó su mano hasta la suya y la colocó sobre ella. Luego la miró durante unos segundos.

—No, no importa, Laurel —pronunció con seguridad.

Notó como la piel se le ponía de gallina y su respiración se aceleraba. Ella tragó saliva y apartó la mano intimidada por todo lo que sentía. Que le matasen, Christopher comenzaba a interesarle, y mucho.

Inspiró intentando calmar los sentimientos que afloraban en ella.

—Peinaremos la zona y luego iremos a comer —pronunció con la mirada fija en la carretera—. Después te llevaré a casa y descansarás.

—Pero yo no quiero descansar...

—No te lo estoy sugiriendo —La cortó—. A las cinco de la tarde anochece y no es...

—Podemos seguir buscando —dijo ella acelerada—. Existen las linternas... por Dios, hasta los primitivos usaban el fuego.

—No. —La cortó él—. A las cinco, si no la hemos encontrado, abandonaremos la búsqueda hasta mañana.

Ella lo miró fijamente. Christopher hablaba por primera vez en un tono impositivo. La noche anterior no había querido que fuese al bosque por la noche tras la desaparición de Edith, y por la mañana, a primera hora, tampoco había querido entrar al bosque con ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella directamente.

Él la miró de reojo mientras tomaba el desvío para coger la carretera que el inspector les había indicado.

—¿A qué te refieres?

—Se supone que eres policía. Deberías querer buscarla...

—Y quiero buscarla, ¿si no por qué crees que voy contigo al bosque?

—Ya, pero... —Le miró interrogante—. ¿Es por alguna fobia?

Él la miró extrañado.

—¿Fobia?

—No soy tonta, Christopher.

—Ya sé que no lo eres —dijo rápidamente.

—Cada vez que digo de ir al bosque pones alguna excusa...

—No es ninguna excusa.

—¿Ah, no? —preguntó cruzándose de brazos.

—No —dijo mirándola. Luego volvió la vista a la carretera—. Han desaparecido cuatro chicas. Estamos rodeados de bosque, así que lo más lógico es que las lleven allí. Jack dice que la llevaron en esa dirección y además encontramos un rastro de sangre... no es seguro ir.

—¡Pero tenemos que encontrarla! —gritó.

—Sí, pero no puedes ir tú sola —pronunció en un tono más elevado.

Aquello le hizo cerrar la boca y lo miró fijamente, luego ladeó su rostro hacia un lado.

—¿Te preocupas por mí? —ironizó.

Christopher chasqueó la lengua sin apartar la mirada de la carretera y activó el parabrisas, pues la tormenta cada vez era más fuerte.

—Ya te lo he dicho. La gente se preocupa por las personas que le importan —pronunció mirando al cielo encapotado.

Laurel no apartó la mirada de él.

—Sé defenderme.

Él suspiró y luego la miró durante un segundo.

—No lo dudo. Pero es mejor ir en parejas —acabó sentenciando—. Por lo que pueda pasar —añadió.

Ella resopló y se apoyó correctamente contra el asiento con un gesto agitado. No negaba que en parte tenía razón. Hoy por hoy, tal y como estaban las cosas, era mucho mejor no entrar en el bosque sola. Ni ella, ni nadie.

Giró su rostro para observar como giraba el volante para detener el vehículo en un lateral de la calzada, pues pocos metros por delante la carretera estaba cortada.

Apagó el todoterreno y miró al frente. Las quitanieves habían despejado la calzada hasta ese lugar, tras la valla que prohibía la circulación era todo un manto de nieve espeso.

Se giró para observar a Laurel unos segundos, mantenía la mirada clavada en la carretera cortada, luego miró su reloj de muñeca. Las diez y media de la mañana.

—¿Vamos? —Le preguntó.

Ella asintió y bajó del todoterreno. La abundante nieve dificultaba caminar, y eso que esa zona estaba más o menos despejada.

—Sería mejor si llevásemos esquís o raquetas —dijo ella mientras él cerraba la puerta.

—Sí, eso seguro —Le dio la razón mientras cerraba el vehículo y llevaba el walkie a sus labios—. Aquí el agente Hughes. Ya estamos en la zona.

La voz del inspector no tardó en llegar.

—Recibido. Bordesear el río. Informad de cualquier cosa.

—Recibido. Cambio y corto —pronunció mientras se guardaba el walkie en el bolsillo del abrigo.

Laurel se puso a su lado mientras se subía la capucha del abrigo.

—Vamos allá —dijo Christopher dando un paso al frente—. Y cuidado donde pisas.

Ella avanzó sin mucho problema.

—Llevo toda mi vida aquí —comentó—. Me conozco la zona.

—Ya —respondió avanzando.

Laurel caminaba con paso firme y bastante acelerada, deseando introducirse en el bosque para buscar a su amiga. Y así fue, nada más cruzar los primeros árboles comenzó a gritar su nombre.

—¡Edith!

Christopher se colocó tras ella, dejando que Laurel avanzase primera decidiendo el camino que debían tomar. Sabía que no la encontrarían, pero al menos, Laurel, a nivel psicológico se sentiría mucho mejor. Más útil.

Christopher miró a la izquierda, había una pequeña pendiente y luego comenzaba el ancho río. Así nevado el paisaje era realmente majestuoso.

Avanzaron unos pasos cuando ella se detuvo en seco y él chocó con su espalda, aunque se recompuso de inmediato.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Laurel se agachó en la nieve. Christopher lo supo, había varias huellas. Supo de quienes eran. El grupo de lobos que habían peinado la zona ayer junto a Taylor debía haber estado por ahí.

—Alguien ha estado aquí —dijo ella volviendo su mirada hacia arriba, hacia él.

—La gente pasea por el bosque.

—Esta zona está cortada.

—Para el tráfico —reaccionó con rapidez—. No para las personas.

Ella se puso en pie y miró al frente, con su frente arrugada. Miró hacia los lados y luego siguió el camino de las huellas.

—Vamos —Le animó ella con un movimiento de mano, caminando al lado de las huellas.

Christopher suspiró mientras se subía la capucha de su abrigo y la siguió, internándose ambos en el bosque.

Abrió la puerta del bar y la dejó pasar a ella primero. Habían peinado la zona a consciencia durante las últimas horas. Laurel no había querido parar a comer, quería buscarla incansablemente. Pero cuando eran las cinco menos cuarto Christopher la había medio obligado a abandonar la búsqueda e ir a comer a un bar cercano.

En algún momento, Laurel había desesperado. Tras gritar su nombre incansablemente había podido observar como contenía algunos pucheros. No había hecho referencia a ello, la había dejado que buscara donde quería, se había limitado a seguirla.

Cuando la luz había comenzado a ser escasa había cogido del brazo a Laurel y la había arrastrado hacia el todoterreno. Durante el día estaba bien, pero con la oscuridad se acentuaba el peligro.

Al menos, dentro del bar tenían la calefacción encendida.

Christopher se bajó la capucha e indicó con un movimiento de su rostro a Laurel

una mesa. Se notaba las manos heladas. Con su uniforme de trabajo ni siquiera notaba el frío, sin embargo, con su uniforme de policía el frío se hacía casi insoportable.

Se sentaron a una mesa, uno frente al otro, y Christopher le entregó la carta a una Laurel bastante decepcionada.

La camarera se acercó con una sonrisa.

—¿Qué queréis de beber?

—Agua —respondió Laurel.

—Lo mismo —dijo Christopher.

Se alejó y Christopher cogió la otra carta para ver lo que aquel bar ofrecía. La mayoría eran sanwinches y bandejas de patatas fritas.

Iba a preguntarle a Laurel si quería algo cuando la voz de fondo de la locutora de televisión llamó su atención. Se giró para observar una enorme pantalla plana colgada del techo, donde se relataba lo acontecido en Seattle.

—"El terremoto de nueve coma uno en la escala Richter con epicentro en Seattle ha dejado totalmente devastada la ciudad..."

En ese momento tuvo que contener la respiración. La ciudad que presentaban en la televisión estaba totalmente destruida, prácticamente ningún edificio se mantenía en pie.

—Dios mío —Escuchó que susurraba Laurel.

Christopher se giró un segundo para observarla, mantenía la mirada fija en la televisión. Se volvió para seguir escuchando.

—"Aún no se sabe el número exacto de víctimas y desaparecidos, pero se pueden contar por miles. La última replica ha ocurrido hace aproximadamente cuatro horas y ha sido de seis con tres. Estados Unidos ha creado un plan económico de urgencia para..."

Se giró de nuevo hacia Laurel, que permanecía totalmente pasmada, sin pestañear, observando la televisión. Al menos, el terremoto, aunque se había sentido en su zona no había causado destrozo alguno más que unos árboles caídos en el bosque o alguna farola.

—Jamás había visto algo así... —susurró conmovida. Christopher se giró para observar las imágenes catastróficas de la ciudad—. Parece el fin del mundo —susurró. Luego miró a Christopher—. ¿Viste las erupciones en Sudamérica? ¿Y el otro día también estalló el Etna? Y todos los terremotos que están habiendo últimamente...

—Sí —dijo él colocando los brazos sobre la mesa—. Es horrible.

Ella apretó los labios y lo miró con intensidad.

—Es escalofriante —gimió, tragó saliva y observó a la camarera que se acercaba con dos botellas de agua.

—¿Qué queréis de comer?

Laurel abrió la carta y señaló la fotografía de un sandwich.

—Este.

—Yo quiero el mismo —dijo Christopher sin prestar atención, girándose directamente a la televisión, donde seguían dando un especial sobre el terremoto. Podía verse cómo intentaban rescatar a varias personas de entre los escombros.

El terremoto había sido de una magnitud prácticamente desconocida. Los fallecidos debían contarse por millares tal y como decía la presentadora, pero había algo más aterrador aún. Las catástrofes cada vez eran mayores, de una intensidad superior.

Se giró y observó a Laurel. Tal y como ella había dicho, parecía el fin del mundo.

—¿A qué hora se organizará mañana la búsqueda? —preguntó Laurel despertándolo de sus pensamientos.

—No lo sé, supongo que igual que hoy —contestó observando a través de la ventana.

Ella asintió y suspiró.

—¿Que le habrán hecho? —sollozó, luego elevó la mirada hacia él—. No dejo de pensar que...

—Eh, eh —Le cortó—. Hace relativamente poco que está desaparecida. Daremos con ella.

Se quedó pensativa, como si evaluase ciertas cosas.

—Es extraño, ¿no crees?

La miró sin comprender.

—¿El qué?

—No hay huellas, ayer... solo vimos el rastro de sangre.

—Está nevando, es normal que se oculten.

—Ayer por la noche no nevaba, y cuando entramos al bosque no vimos ninguna huella.

Christopher se puso en tensión.

—Quizá no cogimos el buen camino.

Ella lo miró con suspicacia.

—O quizá Jack nos mienta —reaccionó—. Está claro que la llevaron hacia el bosque, había sangre pero...

—Laurel —susurró al ver que se internaba en sus pensamientos—. No creo que Jack tenga algo que ver. Estaba realmente asustado.

Ella lo observó preocupada. Christopher tenía razón, Jack estaba en estado de shock. Lo conocía, y sabía que estaba profundamente enamorado de Edith, sería incapaz de hacer algo así. Además, debía tenerse en cuenta que habían tres chicas más desaparecidas.

—No le des más vueltas —continuó—. Hay que concentrarse en lo importante. En encontrarla.

Ella aceptó. De nada servía barajar distintas posibilidades, el hecho, es que ella estaba desaparecida y algo le decía que si no se daban prisa en encontrarla acabaría muerta.

Notó como el corazón se le encogía ante aquel pensamiento. No podría superar otra pérdida, aquello la destrozaría totalmente.

—No puedo perder a otra persona —susurró con angustia mientras elevaba la mirada hacia él.

Christopher se quedó observándola. Aunque él la miraba con cierta ternura, Laurel pudo detectar un matiz de agresividad en su mirada.

—Daremos con ella.

Ambos se quedaron en silencio cuando trajeron los sanwinch. Los comieron en silencio hasta que Laurel elevó su atención hacia él.

—¿Por qué te trasladaste a Banff?

Aquella pregunta le sorprendió, pero agradeció aquel cambio de tema.

—Siempre me ha gustado esta zona. No tenía nada que me atase en Quebec y me apetecía un cambio de aires. —Luego sonrió de una forma tierna—. En Quebec siempre hay más lío, aquí se respira más tranquilidad. Hay mejor calidad de vida...

Ella negó con su rostro, no muy segura con él decía.

—Pues has llegado en el momento más tranquilo de todos —ironizó.

Aquello le hizo producir a Christopher una sonrisa amarga, pero volvió a sorprenderse cuando Laurel le sonrió de una forma dulce. A pesar de estar viviendo uno de los momentos más duros de su vida se sentía agradecida de su compañía. Christopher le correspondió a la sonrisa y ya se mantuvieron callados, comiendo y observando con interés de vez en cuando la pantalla de la televisión, donde seguían con el reportaje de lo sucedido en Seattle.

Tras acabar y tomar un café se dirigieron al todoterreno. Laurel parecía haber entendido que nada podían hacer a aquellas horas, donde la oscuridad comenzaba a reinar en las calles y no había vuelto a insistir más, pero aquella repentina comprensión por su parte no hacían más que poner en alerta a Christopher.

La conocía lo suficiente para saber que no iba a quedarse quieta. Llevaron su camioneta hasta la casa de ella y luego fueron a buscar el todoterreno de él.

La llevó hasta su casa y detuvo el vehículo frente a ella. Laurel se quedó callada y luego lo miró de reojo.

—Gracias por todo lo que has hecho —dijo sinceramente.

—No hay de qué —Luego miró hacia la casa de ella, oscura—. ¿Quieres que me quede un rato?

Ella se giró para observarle.

—No, no te preocupes. Estoy bien —susurró. Le sonrió y abrió la puerta del todoterreno. Le pilló por sorpresa que Christopher bajase del todoterreno y lo rodease. Notó como la respiración se le aceleraba. ¿Cómo en un momento como aquel podía sentir aquello?

—Te acompaño —indicó Christopher colocándose a su lado.

Ella buscó en su bolsillo la llave de casa. Atravesaron la zona ajardinada mientras los copos de nieve caían sobre ellos.

—¿Esto es siempre así? —preguntó Christopher mientras subían al pequeño porche.

—¿El qué?

—El invierno. ¿Siempre nieva tanto?

A ella le hizo gracia aquel comentario.

—Sí, ¿no eres de Canadá?

Christopher chasqueó la lengua al darse cuenta de lo que había dicho. Debía recordar que no podía bajar la guardia.

—No. Nací en Queens —explicó mientras se bajaba la capucha al encontrarse bajo el porche techado—. Aunque con nueve años me trasladé a Toronto. Luego me

destinaron a Quebec.

—Oh, vaya... no lo sabía —apuntó con una sonrisa mientras sacaba la llave de su bolsillo. Se quedó un poco cortada al ver que Christopher no se apartaba de su lado.

Lo miró de reojo. Él estaba próximo, mucho. Notó como la piel de todo el cuerpo se le erizaba y la respiración se le volvía agitada. Finalmente reunió el valor suficiente para alzar la mirada hacia él, aunque lo que vio no fue lo que esperaba. Christopher rebuscaba en su cartera. Sacó una tarjeta y se la entregó.

—Toma. Este es mi número personal —explicó. Laurel la cogió aún con la mano temblorosa. Sería tonta... no debía confundir los sentimientos—. Cualquier cosa que necesites llámame, no vivo muy lejos de aquí.

Ella apretó los labios y aceptó mientras se guardaba la tarjeta en el bolsillo.

—Gracias —dijo introduciendo la llave en la cerradura, dando un par de vueltas. Miró de reojo de nuevo, Christopher no se apartaba—. Voy a descansar. ¿Nos vemos mañana? —preguntó, y esta vez, cuando elevó la mirada, encontró que Christopher la observaba a pocos centímetros, con una mirada que se clavaba en sus ojos con intensidad—. ¿O no? —preguntó cortada.

Christopherladeó su rostro sin apartar la mirada de ella. Que le matasen. Tenía los ojos más grandes y azules que había visto en su vida. Un mechón de cabello rubio oscuro se había soltado de su cola y pasaba por su frente y mejilla. Era realmente hermosa. Sin poder evitarlo descendió su mirada hacia sus labios unos segundos. Eran muy apetecibles. Se estaba enamorando de su compañera de trabajo, y aquello podía ser un verdadero problema tal y como estaban las cosas. Ya no era solo todas las catástrofes que estaba provocado la bestia, si no que su mejor amiga, había sido secuestrada por los vampiros y ella estaba realmente desesperada por encontrarla. Era lo lógico, lo que Laurel no sabía eran los peligros que habían en la oscuridad del bosque y que podían acabar con su vida. Se quedó observándola. Era una mujer realmente preciosa y... bastante temeraria.

Laurel intuyó hacia donde se dirigía su mirada. La intención de Christopher había sido clara, había mirado sus labios con intensidad, aunque el gesto que hizo no fue el que ella esperaba.

Notó como Christopher la cogía del brazo para acercarla levemente, con una mirada realmente intensa. Ella lo miró sin comprender.

—No hagas ninguna locura, eh —susurró hacia ella.

Ella lo miró extrañada y negó directamente. Mierda, Christopher era más listo e intuitivo de lo que pensaba.

—No, claro que no. Pero mañana quedamos aquí a las ocho de la mañana, ¿de acuerdo? —preguntó intimidada.

Christopher la soltó y aceptó, aún muy cercano a ella.

—De acuerdo.

Ella afirmó y abrió la puerta de su casa.

—Buenas noches.

—Descansa —dijo él dando un paso hacia atrás, distanciándose de la puerta—. Y cualquier cosa, llámame.

Ella asintió y le sonrió tímida mientras cerraba la puerta. Christopher se quedó

unos segundos más hasta que escuchó como daba un par de vueltas a la llave.

Fue hacia el todoterreno y tras subirse se quedó observando la casa de ella. No pudo evitar sonreír cuando la luz de la planta alta se encendió.

Laurel era toda una caja de sorpresa. Una vez derribado el muro que se había construido alrededor suyo a base de dolor y pérdidas conocías una chica tierna y entregada a los demás.

Arrancó el vehículo mientras observaba el cielo. La oscuridad comenzaba a apoderarse de todo, solo al final, en el horizonte, se veían las nubes anaranjadas.

Miró el reloj. Las cinco y cuarto. Iría a casa, dormiría un par de horas y luego saldría junto al grupo de lobos a proteger el poblado.

Tomó rumbo a su hogar sin poder apartar a Laurel de sus pensamientos.

Laurel tardó un poco en recuperar el aliento. Las últimas palabras y mirada de Christopher la habían dejado sin respiración. Tuvo que apoyarse contra la puerta de su casa intentando no caer, pues sus piernas temblaban.

"No hagas ninguna locura, eh" había pronunciado con voz grave. Era como si hubiese leído su pensamiento.

Sabía que era arriesgado, y que motivos no le faltaban para decir aquello, pero ella no podía quedarse quieta mientras su amiga estaba desaparecida. En estos casos cada minuto, cada segundo, contaban para encontrarla con vida.

Lo primero que debía hacer era ir a hablar con Jack, la noche anterior no había podido. Necesitaba que él mismo le relatase lo ocurrido. Subió las escaleras de dos en dos. Sí, sabía que era una locura salir con aquella tormenta e internarse en el bosque, pero más locura sería quedarse en casa encerrada cuando su amiga seguía desaparecida.

Fue hacia su habitación y lanzó el abrigo que llevaba puesto sobre la cama. Abrió el armario y arrojó un plumón más gordo sobre ella. Sí, así no pasaría tanto frío. Apartó unos cuantos chaquetones que tenía colgados y dejó al descubierto una caja fuerte. Puso la combinación haciendo rodar la rueda marcando unos números y la abrió.

Suspiró mientras cogía el arma y los cargadores en sus manos. No quería meterse en líos, pero lo que Christopher había dicho era razonable. Lo más seguro es que los raptos llevasen a sus víctimas hacia el bosque. Mejor ir preparada.

Puso el seguro y colocó la pistola en su cinturón, guardando varios cargadores en los bolsillos de su abrigo. Cogió unas botas gruesas de montañas y se sentó para ponérselas.

No pensaba perder un minuto más. Christopher no quería acompañarla a esas horas a buscarla así que lo único que podía hacer era ir ella.

Sus compañeros estaban en el comedor viendo las noticias. Todos los medios de comunicación se hacían eco de la destrucción ocurrida en Seattle. Adrien se giró hacia él desde el sofá.

—Hola —dijo.

En ese momento se giraron hacia él.

—Hola —respondió avanzando, colocándose al lado de Taylor—. ¿El resto están vigilando la zona?

—Scott y Dean —explicó—. Nicholas ha ido con Melanie a entrenar.

Se giró sorprendido hacia su compañero.

—¿A entrenar?

Adrien volvió a mirarlo con una sonrisa.

—Melanie necesita controlar bien sus poderes. Hacerse fuerte.

—Ya —respondió colocando sus manos en su cintura—. ¿Ha ocurrido algo más?

Adrien se levantó del sofá.

—Hace un par de horas ha habido una réplica de seis coma uno en la escala Ritcher.

—Sí, ya lo he escuchado —pronunció mientras su compañero se dirigía a la cocina. Cogió la cafetera y se echó en una taza—. ¿Quieres?

Christopher negó.

—No, voy a acostarme un rato. Esta noche me toca turno de vigilancia...

—Ya —respondió Taylor fastidiado.

Todos se giraron cuando Alex entró en el comedor desperezándose, como si acabase de despertar. Christopher lo miró con una ceja enarcada.

—Oye —preguntó hacia el joven—. ¿Qué haces aquí?

Alex extendió los brazos hacia él.

—Dormir, necesitaba descansar después de la noche que he tenido. Ya te lo he dicho esta mañana cuando me has llamado —Le recriminó.

—Deberías estar vigilando la casa de Laurel.

Alex ladeó su rostro hacia un lado.

—¿Ahora? —preguntó mosqueado.

—Claro —elevó su tono Christopher.

—Oye, ¿y por qué tengo que vigilarla yo? Podría ir uno de mis colegas —dijo con una sonrisa refiriéndose a los lobos—, a mí me gusta más salir de caza.

—Ya, pero es que da la casualidad de que de tus colegas no me fio tanto como de ti.

Alex resopló.

—Tío, no sé como tomarse eso...

—Tómatelo a bien —dijo Adrien desde detrás de la barra—. ¿café? —Le preguntó a su cuñado que lo rechazó con un movimiento de su rostro.

—Venga, ve —ordenó Christopher—. Yo tengo que descansar, esta noche me toca vigilancia...

—Jolines... —Se quejó Alex mientras iba a por la chaqueta que había sobre la silla. Pasó por su lado y susurró—. Esto te va a costar un par de películas más —pronunció mientras se dirigía a la puerta.

—Las tendrás —Le señaló Christopher—. Y avísanos de cualquier cosa.

—Que sí, que sí... —gritó mientras cerraba la puerta con un portazo. Christopher se giró hacia Adrien con una leve sonrisa—. Qué rebelde se está poniendo.

Adrien sonrió y le ofreció a Taylor una taza de café.

—Gracias —dijo levantándose del asiento.

—¿Dónde están Bethany y Sandra? —preguntó hacia ellos.

—Arriba, en los ordenadores, investigando.

—¿Investigando?

—Sí, están buscando información de la bestia y todo eso... —explicó Taylor.

—¿Ah, sí? —preguntó sorprendido. Adrien y Taylor se encogieron de hombros—. Caray. Por cierto... —dijo señalando a Adrien—, necesito un favor.

—Dime —comentó Adrien tras dar un sorbo a su café.

—Tú controlas de ordenadores. Necesito que...

—¿Controlo? —ironizó—. Soy el puto amo de la informática...

—Sí, sí... —Le cortó Christopher—. ¿Si te doy una matrícula es posible que la rastrees?

Adrien movió su rostro no muy seguro.

—Si lo que quieres hacer es un seguimiento de un vehículo lo mejor es instalarle un GPS. Si no, a las malas, se puede introducir el patrón de búsqueda en la base de datos y normalmente das con el vehículo, siempre y cuando lo haya enfocado alguna cámara de tráfico o satélite.

Christopher suspiró y se pasó la mano por los ojos agotado.

—¿Por? ¿Necesitas hacer un seguimiento?

—Me iría bien tener controlada a Laurel... —respondió.

Taylor ladeó su rostro hacia un lado.

—¿Tu compañera?

—Sí.

—¿Por? —preguntó Adrien.

—Ya os lo dije ayer, Edith, la chica que se ha llevado el vampiro, es amiga suya. Está desesperada por meterse en el bosque a buscarla.

—Ya, entiendo... —pronunció Adrien. Dejó la taza en el mármol y le señaló con su rostro a que le siguiese—. Ven, veremos qué podemos hacer.

Tal y como le había dicho Bethany y Sandra estaban en la oficina, usando los ordenadores buscando información.

—Hola —Las saludó Christopher. Ellas le respondieron con un movimiento de mano, con la mirada totalmente clavada en una de las pantallas de los ordenadores.

—¿Habéis encontrado algo? —preguntó Christopher.

Sandra fue quien respondió.

—No, solo mitología sobre la bestia —comentó ella.

—Un pulpo gigante... un dragón de tres cabezas... —bromeó Bethany, luego sonrió hacia ellos—. No es la bestia que buscamos.

—A lo mejor se puede transformar en eso —ironizó Taylor, aunque se llevó la mirada tirante de ambas muchachas—. Vale, mejor me callo.

Adrien se situó frente a un ordenador, rodeado por sus dos compañeros.

—¿Cómo se apellida? —preguntó mientras abría el programa informático del Pentágono.

—Ammm... Laurel Tucker —respondió.

—¿Quién es esa? —preguntó Bethany.

—La compañera de trabajo de Christopher.

—¿Vais a buscarla en la base de datos? ¡Quiero verla! —reaccionó Sandra rápidamente levantándose de su asiento.

Ambas se colocaron al lado de ellos observando la pantalla.

Adrien introdujo su nombre y al momento su ficha se desplegó ante ellos. No pasaron más que unos segundos antes de que las miradas de todos recayesen sobre Christopher. Él los miró sin comprender.

—¿Qué pasa?

Todos enarcaron una ceja hacia él.

—Es muy mona —sonrió Taylor, aunque luego miró a Sandra y le guiñó el ojo.

—Ya, bueno... ¿puedes mirar los vehículos que tiene a su nombre? —preguntó a Adrien.

Adrien aún lo seguía mirando de una forma cómica cuando se volvió hacia la pantalla y comenzó a abrir pestañas extrayendo datos de ella.

—¿Y cómo va tu relación con ella? —preguntó mientras tecleaba compulsivamente.

—¿Relación? —preguntó Bethany—. ¿Te has echado novia?

—No —dijo como si aquella pregunta le asustase—. Es mi compañera de...

—Se odian —respondió Taylor interrumpiéndole—. La chica no lo trata muy bien.

Christopher suspiró, aunque tragó saliva cuando Dean y Scott entraron por la puerta.

—Hola —dijeron mientras se sacudían aún los copos de nieve de encima de ellos.

—Eh, ¿cómo ha ido? —preguntó Taylor.

—Nada, no hay absolutamente nada. Estamos a ciegas —respondió Scott mientras comenzaba a bajarse con algo de dificultad la cremallera trasera de su traje.

—Eh, tío —Le reprendió Adrien—. Cámbiate en otro lado —Señaló con un movimiento de su rostro a Sandra y Bethany.

—Ah, ya... —pronunció avergonzado, como si no se hubiese dado cuenta—, perdón.

Aunque todos se sorprendieron cuando en vez de abandonar la oficina se dirigieron al final de ella a cambiarse. Adrien resopló y volvió su atención hacia la pantalla.

—Bueno, vamos a ver... Sí, tiene un Nissan rojo a su nombre.

—Sí, esa es —Señaló Christopher la foto.

—¿Vais a cambiar el coche? —preguntó Dean desde atrás.

Christopher se giró observando a sus compañeros. Qué poca vergüenza tenían. Scott se había quitado la parte de arriba del traje y se ponía una camiseta y Dean lo había arrojado por completo sobre una estantería y paseaba tan tranquilo en ropa interior por la parte trasera de la oficina.

—No —respondió Adrien—. Vamos a hacerle un seguimiento a Laurel... parece que es bastante traviesa —dijo divertido, lo que provocó que Christopher le diese una colleja—. Eh, ¿qué pasa? Es traviesa, ¿no?

Dean acabó de vestirse y fue hacia ellos mientras se ponía un jersey también.

—Oh, sí, Laurel... muy mona ella.

—¿A que sí? —preguntó Adrien, luego se giró para guiñarle el ojo a Christopher.

—Eh, ¡yo quiero verla! —gritó Scott acelerado mientras se acercaba al ordenador dando saltos, poniéndose la deportiva que le quedaba.

Adrien movió el ratón ante el soplido de disconformidad de Christopher y colocó su fotografía en la pantalla. Todos hicieron un "ohhhhh" al unísono.

—Caray... —dijo Scott poniendo una mano en el hombro de Christopher—. Pues si está buena y además es traviesa... ¡te ha tocado el gordo! —bromeó.

Christopher suspiró quitándose del hombro la mano de su compañero con una palmada.

—Por favor, Adrien, ¿podemos mirar de hacer el seguimiento? —preguntó desesperado.

—Sí, claro... —rio él mientras iba marcando teclas.

—Por cierto... —dijo Dean con una sonrisa hacia Christopher—. ¿Como está, Laurel?

Christopher enarcó una ceja. Aunque la pregunta parecía tener buena intención no se fiaba un pelo.

—Nerviosa —respondió—. No me fio de que se meta en el bosque a buscar a Edith.

—Ya... —dijo Dean pasándole la mano sobre el cabello rubio—. ¿Y si hacemos vigilancia en su casa?

—Hemos mandado a Alex —explicó Taylor.

—Ammm... —Chasqueó la lengua Dean y volvió su mirada a Christopher, que lo observaba con algo de picardía—. Quizá podrías presentarte con una botella de vino en su puerta...

—Oh, Dean... por favor... —Exclamó Christopher desechando la idea con un movimiento de su mano.

—Eh, ¿qué pasa? Ayer la cuidabas mucho...

Todos volvieron la mirada hacia él sorprendido.

—Joder —Se excusó él—. Acaba de perder a su amiga...

—Ya, pero la abrazaste...

—Es mi compañera...

—Y muy guapetona —remarcó Scott interviniendo en la conversación, luego ladeó su rostro hacia él—. Va, venga... ¿no te gusta? ¿Aunque sea un poquito? —Señaló la pantalla—. La chica es atractiva.

Christopher rugió y volcó su atención sobre Adrien que sonreía mirando la pantalla.

—¿Te falta mucho? —preguntó con ansiedad.

—No, ya está. He acabado hace un minuto —Señaló la pantalla—. He guardado su matrícula en el sistema de radares, así será fácil localizarla si se da a la fuga —Le guiñó el ojo—. Aunque yo creo que sería mucho mejor ponerle un GPS a la furgoneta, quizá lo que dice Dean de llevarle una botella de vino y aprovechar para...

—Oh, callaros todos... —dijo alzando los brazos hacia el cielo. Luego se separó—. Me voy a descansar un poco.

—Oye, que si quieres se la llevo yo y... —rio Dean.

—No, tú... —Le señaló mientras se situaba bajo el marco de la puerta—, estate quieto. ¡Y no me molestéis! Tengo solo tres horas para dormir.

Dean sonrió hacia su amigo hasta que lo vio salir por la puerta.

—Este cae —bromeó hacia el resto.

No habían pasado diez minutos desde que Christopher había abandonado su casa que Laurel había cogido su coche. Lo primero que había hecho era pasar por casa de Edith. Por suerte, su madre tenía una copia de la llave. Había registrado cajones, el armario... todo. Sabía que esa no era la historia que le había explicado Jack, pero necesitaba descartar todas las posibilidades. Un ex celoso, alguien que la estuviese acosando...

Como imaginaba, allí no había nada. De todas formas, Edith se lo hubiese explicado.

Tras más de dos horas registrando toda la casa había pensado en ir a la comisaría y hablar con el inspector, pero sabía que en cuanto la viese entrar por la puerta la echaría. No entendía a qué venía todo aquello. En parte lo comprendía. No le faltaba razón a lo que Christopher le había dicho. Sabía que involucrarse en un caso emocionalmente era perjudicial para la investigación, pero ella era incapaz de mantenerse alejada.

Se había dedicado a hacer llamadas a sus compañeros. Había hablado con Barry primero, durante un largo rato, le había explicado la zona que habían inspeccionado sin encontrar nada. Después había hablado con Michael, el cual había vuelto a explicarle lo mismo que Barry.

Finalmente, se había decidido a llamar al inspector. Una cosa era no presentarse o involucrarse en el caso, y otra muy diferente era no interesarse por el tema. Al menos, en ese aspecto, el inspector le había explicado todo lo que habían realizado aquel día y lo que pensaba hacer en los siguientes. Se había sorprendido cuando le había contado que había montado una patrulla nocturna extra. No era de extrañar, lo que estaban viviendo en aquellos momentos rozaba la locura y tenía que extremarse todas las precauciones. Tras casi una larga hora de conversación con el inspector fue consciente de que no había ingerido nada en todo el día excepto el sandwich que había tomado con Christopher.

Eran casi las nueve de la noche cuando se había sentado en su coche con otro sandwich, un refresco y un café. Ahora que tenía toda la información que necesitaba

podía ir a hablar con Jack, no quería acudir a él sin toda la información necesaria.

Ni siquiera había acabado de cenar que ya arrancaba el vehículo rumbo a la casa de Jack. A pesar de ser poco más de las nueve de la noche parecía que fuese de madrugada. Hacía más de cuatro horas que era noche cerrada. Al menos, ahora, no nevaba, parecía que el tiempo le había dado un descanso.

Bajó del coche y se quedó observando la casa de Jack. Tenía la luz del comedor encendida, seguramente estaría acompañado. No pudo evitar que su mirada recayese en la ventana tapiada con tablas de madera, la misma por la que decía que se habían llevado a Edith. Aquello era de locos.

Caminó sobre la nieve y cuando llegó frente a la puerta llamó varias veces sin pensárselo.

Jack estaba acompañado. Reconoció a su madre y la saludó con una sonrisa triste.

Nada más abrir la puerta se fundió en un abrazo con ella.

—Laurel, hola cariño, qué alegría verte —dijo abrazándola junto a su pecho.

—Yo también me alegro mucho de verle —pronunció sinceramente. Luego miró hacia dentro de la casa—. He venido a ver a Jack. ¿Está aquí?

—Sí, claro, pasa pasa... te vas a quedar helada ahí fuera —dijo mientras abría más la puerta.

—Gracias —contestó mientras entraba al recibidor y se bajaba la capucha.

Era una casa acogedora. En el distribuidor había unas escaleras que llevaban hasta una planta superior donde estaban las habitaciones. A su izquierda tenía la cocina, con una enorme isla central, y a su derecha el pequeño comedor, donde una chimenea encendida caldeaba el ambiente.

La madre de Jack la acompañó hacia el salón, pero la cogió del brazo antes de que entrase.

—Él... no... no está muy bien —susurró su madre.

Laurel aceptó comprendiendo lo que quería decir y volvió su mirada hacia Jack. Se encontraba sentado en un butacón, con una manta echada sobre las piernas.

Desde aquella distancia podía apreciar cómo debía haber pasado horas llorando, pues tenía los ojos inflamados y las mejillas rosadas. Su tez, en esos momentos, estaba totalmente pálida.

Se acercó a él despacio.

—Hola, Jack —pronunció.

Jack se giró hacia ella asustado, como si no hubiese sido consciente de que se encontraba allí hasta ahora.

—Perdona, te he asustado —Se disculpó.

Jack negó.

—Laurel —dijo finalmente, como si la reconociese—. Tranquila, estaba... pensando.

Se sentó en el asiento de al lado. Pasó su mano hasta la butaca de él y cogió la de él. Aunque estaba al lado de la chimenea su piel estaba fría.

—¿Cómo estás? —preguntó con delicadeza.

Jack se removió nervioso, aunque luego intentó calmarse.

—No muy bien —respondió sinceramente. Volvió su rostro hacia ella apretando

su mano—. ¿Se sabe algo? —preguntó con ansiedad.

Laurel lo miró fijamente y negó.

—No, no sabemos nada....

Jack apartó su mano y la llevó a sus ojos, sin controlar el llanto. Aquello le rompió el corazón.

—Edith... —susurró—. ¿Pero que te han hecho? Edith...

—Eh, eh... tranquilo —comentó colocando una mano en su hombro. Pudo observar de reojo como su madre se asomaba a la puerta con gesto afligido, aún así volvió a apartarse concediéndole a los dos el espacio que necesitaban—. Tranquilo, estamos trabajando en su búsqueda... daremos con ella.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó quitándose la mano de los ojos, con gesto enfadado. Aquello sorprendió a Laurel—. Tú no lo viste... tú no sabes lo que ocurrió...

—Se lo explicaste a mis compañeros, ¿verdad?

—Ninguno de ellos estaba aquí —gimió—. Nada de lo que yo diga se acerca lo más mínimo al horror que viví —sollozó con ansiedad.

Laurel tuvo que controlarse para no echarse a llorar también. Su voz denotaba verdadera angustia, sufrimiento.

Lo que Jack decía era cierto, ninguno de ellos había estado presente. Él era el único testigo que existía de lo que le había ocurrido a Edith.

—Por eso mismo, Jack —susurró ella colocando la mano en su hombro, reconfortándolo—. Sé que es difícil, pero somos amigos... los dos queremos a Edith —sollozó ella también, llamando la atención de Jack que la miró fijamente. Laurel tenía los ojos llorosos—. Necesito que me expliques con pelos y señales lo que ocurrió. Todo.

Jack se quedó mirándola fijamente. Supo que una sucesión de recuerdos pasaban por su mente, recuerdos terroríficos, pues su rostro denotaba horror.

—Jack —dijo ella apretándole la mano—. Háblame —sollozó.

Él comenzó a hiperventilar.

—Shhhh... tranquilo —dijo levantándose. Se arrodillo justo en frente, rodeándolo con sus brazos para intentar calmarlo—, tranquilo... estoy aquí —dijo pasando su mano sobre su mejilla.

Jack comenzó a llorar desconsolado.

—Mírame —dijo Laurel intentando que no se perdiese en los recuerdos.

Le costó un poco, pero finalmente elevó su mirada hacia ella. Notó como todo su cuerpo temblaba.

—Habíamos... habíamos cenado y...

—Bien... —dijo ella instándole a que siguiese hablando.

—Luego se quedó un rato más. —Tragó saliva y echó su rostro hacia abajo llorando desconsolado.

—Eh, Jack, vamos... lo estás haciendo muy bien —susurró ella colocando sus manos en su rostro, obligándolo a que le mirase—. Sigue explicándome.

Jack necesitó unos segundos para recuperar el aliento.

—Iba a... iba a acompañarla al coche pero...

—¿Pero qué?

—Escuchamos un... un rugido...

Aquello la dejó descolocada.

—¿Un rugido? —preguntó mientras colocaba las manos en sus mejillas de nuevo para que no escondiese su rostro—. ¿Como de un animal?

—No —Negó compulsivamente—. No, no era un animal. Era... —La miró fijamente—, con más intensidad, más grave...

—De acuerdo —pronunció rápidamente.

—Y luego... —Jack colocó las manos sobre las suyas—. Eso... entró por la ventana... No... no pude hacer nada...

—¿Eso? ¿Qué es eso?

Él comenzó a negar compulsivamente, como si no quisiese explicar aquello, como si fuese demasiado difícil.

—Jack, tienes que explicármelo... —ordenó ella—. Solo así podremos encontrarla.

—¡No! —gritó él—. ¡Tú no lo entiendes! ¡Ella está muerta! —gritó desesperado—. Eso... no era humano —rugió—. Lo que entró por la ventana no era humano.

Laurel se puso en pie impresionada por sus palabras.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó dando unos pasos atrás.

Jack la contempló mientras las lágrimas bañaban su rostro. Se puso en pie y dio un paso hacia ella.

—Laurel, jamás había visto algo así... —gimió—. Eso era... tenía cuerpo de humano pero... su piel era blanca, casi azulada, no tenía un solo cabello en su cuerpo, se movía a una velocidad que...

Ella ladeó su rostro hacia un lado.

—No puede ser —dijo ella convencida.

—¿Crees que mentiría con algo así? —gritó hacia ella—. Para mí sería mucho más fácil decir que un ladrón entró por la ventana, pero no fue eso lo que vi. —Fue hacia ella cogiéndola por los hombros—. La llevó hacia el bosque Laurel. Lo que sea esa cosa, sigue ahí —sentenció.

Laurel parpadeó varias veces y se separó de él. Notó como el corazón quería escaparse de su pecho, como se le cortaba la respiración.

Miró directamente a Jack. Sabía que no le mentía. De hecho, no había huellas, no había absolutamente nada. ¿Y si tenía razón en lo que decía? Lo conocía, era amigo suyo, y sabía que hasta aquella historia era demasiado fantasiosa para la mente de él.

En ese momento tuvo una corazonada. Christopher le había insistido infinidad de veces con no ir al bosque por la noche, en que era peligroso. ¿Y si todo aquello era cierto? Y si era así... ¿por qué Christopher le insistía tanto con no acudir?

Se giró y fue directamente hacia la puerta de salida.

—Laurel, espera... ¿dónde vas? —preguntó Jack siguiéndola.

—Voy a buscar a Edith —sentenció mientras salía de la casa.

El aire helado echó sus cabellos atrás mientras corría hacia su coche.

—No, ¡espera! —gritó Jack desde la puerta de su casa, sin atreverse a salir afuera—. Es peligroso.

Laurel abrió el maletero y cogió una linterna. Cerró la puerta con un portazo y la

encendió mientras se acercaba a la casa.

—Si eso es cierto —gritó hacia él—, Edith está en el bosque. —Comenzó a rodear la casa para ir a la parte de atrás—. Y pienso encontrarla.

—Es peligroso, si esa cosa te encuentra te matará.

Laurel se detuvo en seco y suspiró. Luego cogió el arma de su cinturón y se giró hacia él.

—Jack, soy policía, no te preocupes.

Tal y como dijo aquello se giró internándose entre los árboles. Aquello era una verdadera locura, pero poniéndose en lo peor, si lo que Jack relataba era cierto, aquello era aún más peligroso de lo que esperaban.

Pasó por encima de unos troncos caídos y recorrió el mismo camino de ayer hasta que llegó al árbol donde habían encontrado la marca de sangre. Se acercó y lo enfocó con la linterna. Ahora estaba limpio. Seguro que sus compañeros habían frotado a consciencia.

Intentó relajarse y siguió caminando hacia delante. Sabía que aquella zona la habían revisado infinidad de veces sus compañeros, pero si lo que Jack le explicaba era cierto, no encontrarían nada, absolutamente nada, tal y como había ocurrido.

—¡Edith! —gritó desesperada. Aquella historia, lejos de tranquilizarla, la había puesto más nerviosa.

Avanzó durante más de veinte minutos en dirección recta, desviándose del camino que habían tomado sus compañeros. Era fácil identificar por donde habían ido aquella mañana, pues aún podían apreciarse algunas pisadas sobre la nieve.

Iba enfocando todo a su paso hasta que un crujido la alertó. Se quedó totalmente estática durante unos segundos y elevó levemente la mano en la que sujetaba su arma.

—¿Edith? —susurró mirando de un lado a otro.

Un sonido grave inundó todo el bosque. Notó como la piel se le ponía de gallina y giró sobre sí misma varias veces. ¿Aquel era el gruñido que había escuchado Jack? ¿El que le había explicado?

Otro crujido la alertó girando de un lado a otro nerviosa. Detectó como sus manos temblaban.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —gritó—. ¿Jack?

Quizá no hubiese sido tan buena idea ir al bosque.

Christopher corrió entre los árboles saltando sobre algunas piedras. Al menos, las tres horas que había dormido le habían dado vitalidad. Igualmente, a la que cogiese la cama al día siguiente iba a dormir muchísimas horas pues, por suerte, al día siguiente no trabajaba en la comisaría.

Se detuvo al lado de un árbol y apretó su cuello.

—¿Hay algo? —preguntó a la manada de lobos que tenía encargada aquella noche.

Las voces de los seis lobos a su cargo respondieron negativamente.

Era normal, aún era muy pronto. Apenas las nueve y media de la noche. La noche anterior, el ataque se había efectuado sobre las doce.

Miró hacia el cielo cuando notó que un copo de nieve caía sobre él. Perfecto, otra vez nevaba. Por suerte, con su uniforme de trabajo no pasaba frío. Era mucho mejor que veinte capas de ropa encima.

Siguió corriendo hasta que llegó a la orilla del río. Aún le quedaban muchas horas por delante. Antes de salir había cenado y se había hecho un buen termo de café. Estaba seguro que a medida que avanzase la noche iba a necesitarlo.

Giró sobre sí mismo y avanzó esta vez a un paso más lento, deshaciendo el camino que había tomado hasta allí, rumbo al todoterreno.

No podía quitarse la imagen de Laurel de su mente. Aquellos últimos minutos con ella habían sido bastante intensos. Notó como el cabello de su nuca se erizaba al recordar cuando había mirado sus labios. Sus compañeros de división tenían razón. ¿Para qué iba a engañarse más? Era preciosa y, si se lo proponía, podía ser encantadora.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro cuando llegó al todoterreno y abrió para subirse. Como había dicho Adrien, era traviesa, y a él las travesuras le encantaban.

Cogió el mapa de la zona de Alberta y lo colocó ante él apoyándolo en el volante. Encendió la luz y observó. La zona del río Bow estaba despejada de momento.

Se apretó el cuello de nuevo para comunicarse con su grupo.

—Necesito ubicación de todos. Comenzamos. Número uno, pásame coordenadas.

Fue situando con una cruz a cada uno de sus compañeros, asegurándose de que tenía gran parte de la zona de Banff cubierta e intentó corregir el rumbo de un par de ellos para formar un buen perímetro.

—Número tres: cambia el rumbo hacia los establos. —Volvió a observar el mapa—. Número seis: dirígete hacia los lagos Vermilion.

Los dos respondieron afirmativamente. Cerró el mapa y apoyó la cabeza en el asiento.

Mañana por la mañana había quedado con Laurel, a las ocho, la acompañaría un

rato al bosque y luego la mandaría de nuevo a su casa. Abrió el termo de café y dio un sorbo, luego cogió el móvil y marcó el número de Alex. Al menos, el chico colaboraba en todo y atendía las llamadas con rapidez.

—Dime —respondió directamente.

Christopher se apoyó contra el asiento mientras conectaba el manos libres al todoterreno y lo arrancaba.

—¿Cómo va la noche? —preguntó avanzando.

—Ya sabes cómo va la noche —respondió con sorna—. Me tienes aquí vigilando la casa de Laurel... ¿es tu novia?

Christopher suspiró y negó con su rostro mientras tomaba el desvío.

—No, no es mi novia, Alex.

—¿Y por qué me tienes aquí vigilando entonces?

—Oye... —Le reprendió—, esa chica ha perdido a su mejor amiga y quiere ir al bosque, ya lo sabes... no podemos permitirselo, podría correr peligro.

—Ya, bueno... —respondió Alex sentándose en el banco que había frente a la casa de ella, en la acera contraria—, pues puedes estar bien tranquilo. No hay ningún movimiento. Debe estar durmiendo, están todas las luces apagadas.

—Ya... bueno, mejor —continuó Christopher—. Si ves que sale de la casa o coge su camioneta roja me lo dices.

Alex ladeó su rostro.

—¿Qué camioneta roja? —preguntó mirando de un lado a otro.

Christopher frenó en seco deteniéndose en la calzada.

—Tiene una camioneta roja, abollada en la parte de atrás...

—Aquí no hay ninguna camioneta —contraatacó—. ¿Tiene garaje?

—¡No! —gritó Christopher—. No tiene garaje. Mira por la calle, la hemos aparcado antes en la acera de enfrente. Casi al lado de su casa.

Alex se levantó del banco y caminó de un lado a otro de la calle bastante acelerado.

—Oye, Christopher, aquí no hay ninguna camioneta roja...

—¡Joder! —gritó. ¿Podía ser posible? ¿Laurel se había marchado? —¿Has estado ahí todo el rato?

—¡Desde que me habéis echado de la casa! —gritó atemorizado—. Y te aseguro que aquí no había ninguna furgoneta roja aparcada desde que he llegado.

Christopher rugió y apretó con fuerza el volante.

—Mira a ver si hay alguien en la casa —ordenó.

—¿Que mire? ¿Llamo a la puerta?

—¡No! —gritó Christopher de los nervios, pasándose la mano por los ojos—. Mira por la ventana, su habitación está en la planta superior...

—¿Y cómo quieres qué...?

—¡Pues salta o haz lo que hagáis los lobos! —gritó de los nervios—. Trepa al tejado.

—Joder —Escuchó que decía Alex—. Lo que hay que hacer... y encima... no es tu novia... si al menos lo fuese pues...

—Alex —rugió—. Hazlo.

—Ya voy, ya voy... Me guardo el teléfono en el bolsillo un momentito, ¿eh?

Christopher elevó sus manos hacia el cielo en señal de nerviosismo. Alex se guardó el teléfono y corrió a la parte trasera de la casa. Al menos, no parecía haber nadie por los alrededores y la oscuridad le permitiría saltar al tejado sin ser visto. Tomó un poco de carrerilla y de un salto se agarró a las tejas y subió hasta ellas. Resbaló un par de veces por la nieve pero finalmente llegó a una de las ventanas. Se sujetó a ella y cogió el móvil de nuevo mientras miraba en el interior. Aunque había una cortina era bastante transparente y le permitía ver el interior de la habitación.

—Ya estoy —susurró hacia el teléfono.

—¿Y? —preguntó directamente.

—Creo que es su habitación... —pronunció mirando con atención.

—¿Hay alguien?

—Ahhh... mmmm... La cama está hecha —dijo con inocencia.

—¡Joder! —gritó Christopher antes de colgar el teléfono. Maldita fuese. Ahora estaba seguro, si Alex estaba en lo cierto y no había ninguna furgoneta roja aparcada delante de la casa aquello significaba que nada más dejarla allí se había marchado.

—La muy... —pronunció haciendo derrapar el coche. Y eso que le había advertido que no saliese de su casa—. Será... ¿es que no puede estarse quietecita?

Pulsó el botón del salpicadero para activar el manos libres.

—Llamar —gritó.

—"¿A quién?" —respondió la voz robótica del manos libres.

—Hija de... —Golpeó el volante mientras giraba hacia un lado—. Adrien —gritó—. Llamar a Adrien.

—"Lo siento: hija de... Adrien, no se encuentra registrada"

—Aggggrrrrr —gritó golpeando el volante de nuevo. Volvió a apretar el botón del manos libres—. Llamar.

—"¿A quién?"

—¡Adrien! —gritó desesperado.

Los tonos de llamada inundaron el todoterreno mientras Christopher lo conducía como un poseso hacia el poblado. Debía pensar en lugares donde pudiese estar. Lo supo al momento. No debía ser muy listo. Podía asegurar a que si había salido a inspeccionar el bosque se encontraba por la zona donde Edith había desaparecido, cerca de la casa de Jack.

—Eh, hola, Christopher —respondió Adrien.

—Necesito que localices el vehículo de Laurel. ¡Ahora! —gritó directamente.

—¿Se ha dado a la fuga? —preguntó, aunque supo por su tono de voz que estaba corriendo.

—Sí, ya te lo dije que era mejor tenerla vigilada —pronunció con un tono agresivo—. Cuando la coja se va...

—Ya —Le cortó Adrien.

—¿Ya? —preguntó asombrado.

—No, ya estoy frente al ordenador —dijo. Su voz se notaba acelerada.

Christopher giró el todoterreno a la izquierda tomando el desvío para dirigirse a casa de Jack.

—Vamos a ver... —susurró Adrien mientras tecleaba en el ordenador.

—¿La encuentras? —preguntó.

—Oye, no me presiones, ya te dije que era mucho mejor instalarle un GPS, esto lleva unos minutos.

—Mierda —susurró.

—Oye, ¿no está Alex vigilando la casa? —preguntó mientras seguía tecleando compulsivamente en el ordenador.

—Parece que ha cogido la furgoneta antes de que él llegase.

—Qué rápida es —ironizó.

Giró la última curva justo cuando llegaba a la casa de Jack. En ese momento notó como el corazón le latía con intensidad al observar la camioneta roja. Estaba en casa de Jack. Dejó escapar un largo suspiro mientras iba frenando el vehículo.

—La tengo —dijo con la voz más tranquila—. Está en casa de... —Se quedó callado al ver a Jack salir al portal nervioso con el teléfono en la mano.

—¿La tienes? —preguntó Adrien—. ¿Entonces ya está?

Christopher no respondió, si no que se quedó mirando fijamente a Jack como corría hacia el otro lado del porche y miraba hacia el bosque.

—No, no, no... —comenzó a gemir mientras arrancaba de nuevo, poniéndose en lo peor.

—¿Qué pasa?

—Creo que está en el bosque —dijo frenando justo frente a su casa. Jack se giró hacia él nervioso.

—¿Pero está...?

—Ahora te llamo —respondió agitado antes de colgar, dejándolo con la palabra en la boca.

Christopher bajó del todoterreno a toda prisa y corrió hacia un Jack alterado.

—¿Laurel está aquí? —preguntó hacia él.

Jack negó.

—Tú... tú eres su compañero, ¿verdad? —preguntó al reconocerlo del otro día—. Hace media hora que ha entrado en el bosque —Señaló hacia él—. La estoy llamando y no coge el teléfono —gritó.

—Mierda —susurró, aunque luego se dio cuenta de que Jack lo miraba de arriba abajo, asombrado por su vestuario—. ¡Joder! —gritó volviendo hacia el coche. Abrió el maletero y puso unas cuantas dagas en su cinturón. Cogió una pistola, cargadores y el móvil y cerró el todoterreno.

—Eh... oye... —dijo Jack asombrado—. Tú... tú...

—No soy policía —dijo mientras comenzaba a correr rumbo al bosque. Un pitido le alertó en ese momento. Se quedó parado y miró hacia su muñeca. El radar indicaba cinco puntos azules a unas cuantas millas de allí—. ¡Mierda! —gritó. Se giró hacia Jack y señaló con urgencia hacia la casa—. ¡Métete dentro y no salgas!

—¿Pero qué ocurre? —gritó.

—¡Hazlo! —ordenó antes de salir corriendo en dirección a esos puntos.

Cogió velocidad mientras se llevaba la mano al cuello.

—Equipo. Dirigíos a la casa de Jack. Hay vampiros en la zona.

Al momento escuchó un revuelo a través del auricular.

—¡Malditos sean! —reconoció la voz de uno de los lobos—. ¡Quieren quedarse con nuestro territorio!

—¡Vamos a por ellos! —gritó otro.

—¡A matar vampiros!

A Christopher le desquició tanto ímpetu y se sacó el auricular del oído. Cogió el móvil y le dio a la tecla de rellamada.

Adrien no tardó en contestar.

—Eh, a ver si la próxima vez dejas que termine la frase antes de...

—¡Vampiros! —gritó. Adrien se quedó callado—. Dile a Alex que venga a la casa de Jack. ¡Ya!

Adrien miró a sus compañeros.

—Ahora lo aviso. Nosotros también vamos para allí. ¿Y Laurel?

—No lo sé —gimió antes de volver a colgar, guardar el móvil en el cinturón y acelerar todo lo que podía rumbo hacia donde esos puntos azules permanecían paralizados. Solo esperaba que ella no fuese la razón por la que estaban quietos en medio del bosque.

Laurel se giró al escuchar otro rugido. Aquel sonido, tal y como había dicho Jack, no era de ningún animal.

Dio unos pasos atrás, nerviosa, mientras la linterna temblaba en su mano.

—¿Quién hay ahí? —preguntó alzando el arma al frente.

Notó como una gota de sudor frío resbalaba por su mejilla. Lo mejor sería marcharse de allí. Christopher había tenido razón, era mejor no entrar en el bosque.

Se giró y comenzó a correr cuando una sombra apareció ante ella. No tuvo tiempo de reaccionar. Notó un viento helado dirigirse hacia donde se encontraba y salió impulsada contra un árbol dejando caer la linterna y la pistola al suelo.

Gritó cuando cayó. El golpe había sido excesivamente fuerte. Se quedó sin respiración durante unos segundos apoyando las manos sobre la nieve. Gimió y se llevó la mano a la espalda sollozando. Echó la mirada al frente, donde la linterna permanecía a varios metros encendida, enfocando hacia el lado contrario.

La nieve crujió a su lado. Un rugido grave volvió a hacerle temblar.

Giró su cuello con la respiración acelerada, notando como su pulso se incrementaba.

¿Qué era aquello?

Lo primero que divisó fue unas botas negras. Elevó poco a poco su mirada, pese a que había casi una total oscuridad la luz de la linterna daba la claridad suficiente para apreciar lo que tenía por delante.

Gritó cuando se dio cuenta. Jamás había visto algo así. Unos dedos esqueléticos que acababan en unas largas uñas, un cuerpo extremadamente delgado, un rostro diferente a todo lo que había visto hasta aquel momento. Unos ojos negros como la noche, una nariz aguileña y unos enormes colmillos que asomaban bajo unos finos labios azulados.

Intentó levantarse pero aquellos dedos esqueléticos atraparon su brazo elevándola. Se quedó en estado de shock cuando aquel monstruo la estrechó contra el árbol aprisionándola.

Tenía que escapar como fuese de allí o aquello la mataría. Golpeó el brazo de

aquel ser con todas sus fuerzas e incluso comenzó a patearle las piernas. Al menos, aquellos golpes parecieron surgir efecto porque la soltó sin previo aviso.

Lo rodeó para huir cuando se quedó totalmente helada. Ante ella cuatro sombras más se dibujaban. Laurel se giró hacia atrás observando que el que la acababa de soltar sonreía, como si aquello le divirtiese.

No supo qué hacer, no podía avanzar ni retroceder sin toparse con uno de aquellos monstruos. Miró nerviosa hacia la linterna, al lado estaba la pistola. Corrió y se lanzó al suelo cogiendo su arma y apuntó directamente hacia ellos. No dudó en disparar, pero aquellos seres desaparecieron de su visión y al momento salió despedida varios metros hacia atrás cayendo sobre la nieve golpeándose de nuevo. Notó como se arañaba el brazo con una piedra, haciendo trizas su jersey.

Iba a girarse cuando la cogieron de la pierna arrastrándola hacia atrás. Laurel comenzó a gritar.

Christopher escuchó el disparo y aumentó su velocidad. Ahora si estaba seguro de que Laurel estaba siendo atacada.

—No, no, no... —gritó mientras cogía la daga en su mano.

Laurel comenzó a golpear con su pie la mano que la sujetaba, pero de nuevo, con un movimiento brusco la arrojó hacia el otro lado. Aquel golpe la dejó sin respiración, pero se obligó a intentar levantarse. No sabía que era aquello, pero sabía que si permanecía allí y no intentaba huir acabaría muerta.

Se puso de rodillas mientras escuchaba el crujir de la nieve bajo los pies de aquellos seres. Con todas las fuerzas que pudo se puso en pie mientras se llevaba la mano al brazo herido, con gesto de dolor. No pudo dar más de dos pasos antes de que la impulsaran de nuevo hacia el suelo.

—¡Noooo! —gritó cuando la cogieron del cuello impulsándola hacia arriba.

Intentó clavar sus uñas en aquella carne con las pocas fuerzas que le quedaban, pero era imposible. Los golpes la habían dejado agotada. Aún así se puso en pie e intentó golpear a su captor, sabiendo ya que le sería imposible escapar.

Recibió otro golpe por la espalda haciendo que flexionase sus rodillas sobre la nieve, mientras que el primero de los vampiros aún la sujetaba del cabello.

—Saciaros... —susurró con placer hacia sus compañeros.

—¿Qué? —gritó Laurel.

No pudo decir más. Notó como una mano helada echaba su cabeza hacia un lado y unos segundos después los colmillos del vampiro se clavaban en su garganta.

—¡Ahhhhhhh! —gritó desesperada. Jamás había sentido un dolor como aquel. Era como si dos enormes clavos ardiendo se hubiesen clavado en su garganta. Llevó su mano libre hasta la cara del vampiro intentando separarlo, pero eran fuertes, extremadamente fuertes.

Pudo notar como una gota caliente se deslizaba desde su cuello hasta su pecho, mientras el primero no dejaba de absorber.

Otro de aquellos seres se agachó frente a ella y pasó su lengua por su clavícula. Aunque notaba que comenzaba a marearse pudo observar como aquel ser gemía de placer y elevaba su rostro hacia el cielo, con júbilo, mientras un sonido gutural salía de su garganta.

Justo se abalanzaba sobre ella cuando un grito de dolor le hizo quedarse

totalmente estática. Laurel lo vio desintegrarse ante ella, pero ya no tenía ni fuerzas para gritar.

—¡Cazador! —Escuchó que decía uno de aquellos seres.

No tuvieron tiempo a más. El que la mantenía sujeta por el cabello salió disparado y el que absorbía de su garganta desapareció de su lado.

Laurel cayó sobre la nieve con la respiración entrecortada, mientras escuchaba una sucesión de disparos. ¿Qué estaba ocurriendo ahí? No tenía fuerzas si quiera para elevar su rostro pero hizo un último esfuerzo para mirar hacia arriba justo cuando una silueta se colocó ante ella, arrodillándose a su lado.

—Laurel... Laurel... ¿estás bien?

Le costó enfocar, pero finalmente reconoció su rostro. Lo miró sorprendida.

—¿Christopher? —preguntó.

Colocó una mano sobre ella intentando calmarla mientras miraba a su alrededor. Aún quedaban cuatro vampiros.

Uno de ellos se adelantó rugiendo hacia él. Estaba claro que no era plato de su gusto que le quitasen la cena.

—Tranquila —susurró levantándose lentamente, con la mirada fija en el vampiro que parecía ser el primero en atacar.

Laurel intentó ponerse en pie, pero sus piernas y brazos no tenían la suficiente fuerza para aguantar su peso. Se llevó la mano al cuello mientras gemía, notando como le ardía la herida.

Christopher se giró un segundo para observarla. No tenía ni fuerzas para levantarse. En otra ocasión le hubiese dicho que corriese, que huyese de allí mientras él se encargaba de los vampiros, pero aquello no iba a ser posible en ese momento.

Dio un paso al frente asiendo la daga con fuerza en su mano y se abalanzó hacia el primero. El vampiro se agachó lo suficiente para esquivar su daga. Christopher se giró a una velocidad que el ojo de Laurel no pudo apreciar y clavó la daga en su espalda.

Ni siquiera esperó a que el vampiro acabase de desintegrarse, fue directamente hacia el segundo cuando el grito de ella lo alertó. Uno de los vampiros la estaba levantando para colocarla en su hombro y llevársela. De repente desaparecieron de su vista.

Christopher impulsó con una patada al vampiro contra el que luchaba y salió disparado hacia el que la llevaba al hombro y que corría en la oscuridad de la noche.

Oh, no, no iban a llevársela.

Saltó sobre la nieve clavando su mirada en el vampiro que corría a través del bosque a gran velocidad. Se giró un segundo para observar que los otros tres vampiros corrían también en su dirección para ayudar a su compañero.

Christopher incrementó su velocidad y no tardó más que pocos segundos en darla caza.

Se agachó resbalando sobre la nieve, cortando parte de la pierna del vampiro con la daga. La reacción de este no se hizo esperar y un aullido de dolor inundó todo el bosque. Comenzó a caer hacia delante, así que en un momento cogió a Laurel de su hombro y se deslizó con ella hacia el otro lado del bosque. La dejó tendida sobre la nieve mientras se arrodillaba delante de ella, protegiéndola. Por nada del mundo iba a

permitir que se la llevarasen. Llevó la mano hasta su pistola y la extrajo del cinturón disparando directamente a los tres vampiros que iban en su dirección.

Uno se desintegró al momento, pero los otros dos seguían avanzando a gran velocidad. Pudo ver de reojo como al que había cortado en la pierna salía huyendo. Un vampiro listo, pensó. Aunque aquello podía ser un verdadero problema, había absorbido el aroma de Laurel y si acababa con él podría volver a por ella.

Pero por ahora, lo importante era acabar con aquellos dos y llevar a Laurel a un lugar seguro. Escuchó como ella gemía, pero esta vez no se giró. Dio un paso hacia delante guardando su pistola y extrayendo una daga con cada mano, dispuesto a enfrentarse a los dos cuando uno de ellos salió disparado.

Reconoció la figura de Alex de inmediato. Christopher se lanzó a por el siguiente, que parecía aturdido al ver a su compañero salir despedido.

Fue hacia el vampiro y tuvo que agacharse para evitar sus garras, se deslizó sobre la nieve y con una patada lo echó al suelo. Después de luchar contra las brujas, aquello le parecía un juego de niños. Se dio impulso y saltó sobre él hincando su rodilla en su estómago haciendo que el vampiro gritase. Alzó la daga y la clavó en su pecho directamente.

Se puso en pie y miró a ambos lados.

—¿Alex? —gritó mientras corría hacia Laurel que permanecía tirada sobre la nieve.

Alex apareció entre los árboles adoptando su forma humana de nuevo. Tenía las manos manchadas de sangre.

—Me lo he cargado —dijo con una sonrisa haciendo un signo de victoria con sus dedos.

Christopher señaló hacia un lado del bosque.

—Uno de ellos ha huido. Tiene un corte en la pierna, no puedo ir muy lejos. —Lo miró con fiereza—. Ve a por él.

Aquella orden sí que pareció gustarle a Alex que asintió con efusividad y desapareció de su vista.

Christopher se agachó al lado de Laurel. Aunque había bastante oscuridad podía intuir que su tez estaba totalmente pálida.

—Laurel —susurró golpeando levemente su mejilla.

Ella abrió los ojos despacio, como si no pudiese con el peso de los párpados.

—Chris... —No pudo hablar más, pues una arcada le hizo girarse hacia el lado. Christopher la sujetó mientras miraba de un lado a otro.

—Es por el fósforo blanco —Le informó.

Ella ni contestó. No llegó a vomitar pero Christopher notó su peso muerto sobre sus brazos. La giró de inmediato y apartó su cabello rubio de su rostro.

—¡Laurel! —gritó moviéndola levemente para que recuperase el sentido, pero ella no abría los ojos. Buscó su pulso en su cuello. En ese momento lo vio. La habían mordido y, además, el vampiro no había sido muy delicado. Tenía parte de jersey manchado de sangre, incluso su abrigo, y la herida aún no dejaba de sangrar. Estaba perdiendo mucha sangre.

—No, no, no... —gimió mientras la cogía en brazos. Necesitaba llevarla a casa y hacerle una transfusión enseguida.

Corrió por el bosque a una velocidad de la que creía que no era capaz. No solía ponerse nervioso, pero por primera vez sintió verdadero terror al tener el cuerpo inerte de Laurel en sus brazos.

Por suerte, Jack había hecho lo que le había ordenado y se había encerrado en casa. Más tarde debería hablar con él, pero ahora, había algo mucho más importante que hacer.

Colocó a Laurel en el asiento trasero con toda la delicadeza de la que fue en capaz en aquel momento y subió al coche arrancando con urgencia.

Lo primero que hizo fue activar el manos libres. Tomó la carretera y se giró hacia atrás observándola. Notó como sentía verdaderos deseos de gritar. Había sido un inconsciente, no debería haberla dejado sola.

Llevó su mano hacia atrás tocando su hombro, zarandándola.

—Laurel... dime algo... Laurel... —gimió mientras llevaba su mirada de la carretera al cuerpo de ella.

A la que escuchó el pitido conforme el manos libres se había sincronizado así con fuerza el volante.

—Llamar —ordenó.

—¿A quién?

—Adrien.

Se giró de nuevo hacia Laurel, contemplándola.

—Aguanta, no me dejes... —susurró mientras los tonos de llamada inundaban el todoterreno.

La voz de Adrien le hizo volver su mirada hacia delante.

—Estamos llegando.

—La tengo —dijo con urgencia. Se giró para observarla de nuevo—. La han mordido. Necesito que vayáis a casa y preparéis la enfermería.

Adrien se echó hacia delante en el todoterreno y colocó una mano en el hombro de Taylor.

—Volvemos a casa. —Luego miró a Nicholas que iba en el asiento del copiloto—. Hay que preparar la enfermería.

Nicholas lo miró asustado.

—¿Para él?

—Para ella —respondió.

Taylor hizo derrapar el todoterreno y aceleró deshaciendo el camino hacia su hogar. Nicholas le hizo un gesto a Adrien para que le pasase el teléfono.

—Christopher —pronunció—. ¿Qué ha ocurrido?

Christopher apretó con fuerza el volante, haciendo crujir el cuero bajo sus dedos.

—Lo que ha ocurrido es que un jodido vampiro la ha mordido y la ha medio desagrado —gritó alterado.

Nicholas se giró hacia atrás y señaló a Dean y Scott.

—Necesitaremos transfusión... —Ambos asintieron sabiendo lo que debían hacer en cuanto llegasen a la casa—. ¿Qué grupo sanguíneo tiene? —preguntó hacia el teléfono.

—¡Y yo que sé!

Nicholas señaló a Adrien.

—Entra en la base de datos a la que lleguemos y averigua su grupo sanguíneo. —Adrien aceptó—. ¿A cuánto estáis?

Christopher miró a su alrededor intentando trazar un mapa en su cabeza, pero los nervios eran tal que le costó ubicarse.

—A unos diez minutos.

—Nosotros estamos llegando ya —Le informó—. Lo tendremos preparado todo cuando llegues.

—De acuerdo... eh, eh... —Llamó la atención de Nicholas antes de que colgase. Casi lo olvidaba—. Alex está siguiendo a un vampiro —explicó mientras centraba la mirada en aquella larga carretera.

—¿Alex está siguiendo a un vampiro? —preguntó sorprendido—. Adrien, llámalo —ordenó Nicholas.

—Tienes mi teléfono —reaccionó.

—Lo llamó yo —dijo Scott rápidamente.

—Lo he dejado lesionado, así que supongo que habrá podido con él y lo... —Se calló cuando algo llamó su atención al final de la carretera. ¿Qué era aquello? —¿Alex? —preguntó totalmente incrédulo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas.

—Jo... der —gritó Christopher identificando la figura de Alex correr por aquella carretera como alma que lleva el diablo, seguido de cinco vampiros más—. ¡Mierda! —gritó.

—¿Qué pasa? —gritó Nicholas exigiendo saber qué ocurría.

—No, no, no... —dijo volviéndose hacia Laurel que permanecía inconsciente en el asiento trasero.

—¡Christopher! ¡Eh! ¡Dime qué ocurre! ¿Necesitas ayuda?

Christopher rugió, lo que le faltaba era a su jefe gritando como poseído. Ignoró a su jefe y bajó directamente la ventanilla asomando parte de su cuerpo.

—¡Alex! —gritó Christopher.

—Ahhhhhh... —gritaba Alex corriendo desesperado, estirando sus piernas y brazos al máximo—. ¡Que me cogeeeeennnnn!

—¡Apártate de la carretera! ¡Échate a un lado!

Alex centró la mirada en aquella figura lejana que aparecía.

—¿Christopher? —preguntó—. ¡Ahhhhh! ¡Ayyyyy! ¡Que me siguennnnnn!

Christopher resopló. Menudo loco.

—¡Ya veo que te siguen! ¡Échate a un lado! —exigió, pero Alex seguía corriendo en su dirección totalmente desesperado—. Maldito sea —susurró—. ¡O te echas a un lado o te dejo frito! —gritó con todas sus fuerzas.

En ese momento Alex comprendió y reaccionó. Con un movimiento muy rápido se desplazó hacia el arcén igual que un bañista que se tira desde un trampolín.

—Joder —susurró Christopher activando las luces solares. Hasta huyendo el chaval tenía gracia.

Pudo ver como los tres vampiros se desintegraban. Detuvo el vehículo de inmediato y lo primero que hizo fue mirar hacia atrás.

—Laurel —gimió de nuevo. Llevó directamente su mano hacia su cuello

detectando su pulso. Estaba bastante acelerado. Se quitó el cinturón y abrió la puerta del copiloto—. ¡Alex! —gritó.

Unos metros por delante pudo ver como Alex volvía a la carretera quitándose trozos de plantas y algunas hojas de la cabeza.

—Sube, ¡vamos! —exigió.

Alex corrió hacia allí y se subió.

—Ufff.... tío... menos mal... pensaba que me cenaban —gritó histérico mientras cerraba la puerta. Nada más cerrar Christopher aceleró haciendo que Alex se impulsase hacia atrás—. Oh, cuidado —Le riñó.

Christopher lo miró de arriba a abajo.

—¿Y el vampiro que te he enviado a cazar?

—Muerto —sonrió—. Pero han venido a ayudarle esos que me seguían...

—¿Estás herido? —preguntó con urgencia.

—Eh, eh... —identificaron la voz de Nicholas que seguía por el manos libres. Alex se giró de un lado a otro buscándolo, como si estuviese allí, aunque se quedó totalmente parado cuando vio que Laurel permanecía inconsciente en el asiento de atrás—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Está Alex contigo?

—Sí, está aquí. —Luego lo golpeó en el hombro llamando su atención—. ¿Estás herido o no?

—Ayyyyyy... no, no estoy herido.

Aquello lo tranquilizó en cierto modo, lo que le faltaba era que la sangre de Alex entrase en contacto con la de Laurel.

—No te acerques a ella, tiene heridas abiertas —indicó volviendo su atención a la carretera.

—Ya, ya lo veo —susurró.

—¿Alguien me va a hacer caso? —gritó Nicholas haciendo que tanto Alex como Christopher cerrasen los ojos unos segundos.

—Ya... ya está —reaccionó rápidamente Christopher—. Vamos para casa. Preparad la transfusión.

Cuando llegó a la casa, Adrien y Taylor lo esperaban en el garaje. Aparcó el vehículo a toda prisa y bajó de él. Taylor ya estaba abriendo la puerta trasera para ayudarlo a sacar a Laurel pero Christopher se adelantó por la otra puerta, echando su cuerpo sobre ella con ansiedad y sacándola del vehículo.

Adrien miró intrigado a Alex.

—¿Estás herido? —preguntó nervioso al ver la sangre seca sobre sus manos y la ropa.

—No, no es mi sangre... vampiros —dijo abriendo la puerta para que Christopher pasase con Laurel en brazos.

Alex subió por las escaleras a la primera planta, mientras Christopher con Laurel en brazos subían al ascensor para dirigirse a la segunda planta junto a sus compañeros.

—¿Cómo está? —preguntó Taylor preocupado a su lado.

Christopher apretó los labios.

—Necesita una transfusión ya. Tiene el pulso muy rápido y débil.

Nada más abrirse las puertas del ascensor Christopher corrió con ella en brazos.

—Ya estamos aquí —pronunció entrando en la enfermería seguido de sus compañeros.

El resto se encontraban allí. Todos lo observaron. Fue hacia la camilla y la depositó con cuidado. Laurel tenía varias heridas por el cuerpo, concretamente en la espalda y en la pierna, aunque eso no era un problema, sanaría. El mayor problema venía por la pérdida de sangre que había sufrido. Su rostro estaba totalmente pálido.

Taylor palpó su cuello comprobando su pulso.

—Es muy acelerado —dijo.

Todos se movieron rápidamente, apartando a Christopher de la camilla, pues parecía bastante nervioso.

Nicholas abrió una nevera y extrajo sangre.

—Es del grupo A positivo —explicó hacia Christopher mientras le pasaba la bolsa a

Scott para que la colgase de un gotero. Dean colocó una pinza en su dedo donde automáticamente saltó en el ordenador el pulso y la saturación en sangre de Laurel.

—Dean lo ha mirado —continuó Nicholas mientras en el brazo izquierdo de Laurel ponía el tensiómetro.

Christopher miró la pantalla del ordenador con los labios apretados. La impotencia que sentía era superior a todo lo que había vivido hasta el momento. Se quedó observando su rostro blanquecino, su respiración excesivamente lenta, como si incluso le supusiese un esfuerzo llenar sus pulmones de oxígeno. Si le pasaba algo se moriría, no podría soportarlo. Laurel se había colado en su vida y en su corazón de una forma nada esperada, pero ahora no imaginaba seguir sin ella.

En cuanto los datos aparecieron en la pantalla todos se alarmaron.

—El pulso es demasiado acelerado y débil —dijo Taylor mirando impresionado la pantalla—. Ciento treinta dos pulsaciones por minuto en reposo —pronunció acelerado.

—Es para mantener la volemia —dijo Nicholas mientras esperaba a que la tensión apareciese en la pantalla. A la que el pitido sonó puso cara desagradable—. Sesenta y siete y cuarenta y dos. Tiene la tensión por los suelos. ¡Ponedle la transfusión ya!

Christopher avanzó hacia Dean quitándole la aguja de la mano y depositándola sobre la camilla.

—Con esta transfusión no haremos nada —dijo Christopher mientras se quitaba la parte de arriba del uniforme—. Necesita un buen chute.

Se clavó directamente la aguja en el brazo. Miró a Dean y le indicó con un movimiento de su rostro.

—Hazlo, vamos —urgió mientras señalaba el brazo de ella.

Dean aceptó y clavó la aguja en el brazo de Laurel. Christopher cogió el taburete y se sentó a su lado mientras su sangre comenzaba a viajar por el fino tubo transparente hacia Laurel. Sabía que con su sangre se repondría mucho antes, además, lograría que sus heridas sanasen rápidamente.

Nadie dijo nada al respecto. Con la transfusión había un porcentaje muy alto de posibilidades de que mejorase, pero con su sangre se aseguraba el tiro. Sabía que aquello tendría consecuencias en el cuerpo de Laurel. Durante días se sentiría como si hubiese bebido un litro de café, excitada, inquieta, con mucha fuerza...

Puso observar como Dean se acercaba a la pierna de ella con yodo y algodón y comenzaba a limpiarle las heridas con cuidado, desinfectándolas.

Volvió su mirada hacia ella. Jamás había visto a una persona tan pálida. Lo cierto era que asustaba demasiado ver que su pecho casi ni se movía. Miró a Nicholas preocupado.

—¿Respira?

Nicholas se acercó y observó los datos del ordenador.

—Sí, satura más o menos bien. A noventa y siete.

Christopher asintió y sin poder evitarlo, en un gesto involuntario, cogió con delicadeza la mano de ella. Aquel gesto no pasó desapercibido para el resto de sus compañeros que se miraron extrañados. ¿Pero no la odiaba?

Aunque Nicholas se quedó tan extrañado como el resto e intercambió alguna mirada confundida con sus amigos no dijo nada al respecto, pues Christopher parecía bastante afectado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó colocándose al otro lado de la camilla, observando a Laurel inconsciente.

Christopher elevó la mirada hacia él y luego la volvió hacia la puerta, donde Alex esperaba, sin entrar en la enfermería, dejando bastante distancia con ella.

—Laurel tuvo que coger su camioneta en cuanto la dejé en casa. —Suspiró y apartó la mano de ella para pasarla sobre sus ojos—. No tuve que haberle dejado sola.

—No sabías que iba a... —comenzó a decir Dean intentando aliviar a su amigo.

—Bueno, lo de que no lo sabía... —Christopher chasqueó la lengua—. Era lo más previsible. Además, conociéndola, era lo más seguro que haría. Confié en que

me hiciese caso. —Luego enarcó una ceja hacia sus amigos—. Ahora veo que no. —Suspiró y se apoyó contra la camilla—. La encontré en casa de Jack, pero había ido hacia el bosque.

—¿Los vampiros estaban allí antes de que ella llegase? —preguntó Scott.

—No lo creo. En mi radar no salían y en ninguno de los lobos. Creo que... se pondría a gritar como una histérica y atraería a los vampiros. De hecho, no aparecieron en mi radar hasta que llegué a la casa de Jack, y tenía la zona donde se encontraban situada en el radar minutos antes de llegar.

—Habrían salido de caza y no habrían llegado al pueblo —comentó Taylor.

—Seguramente se la encontraron por el camino —sentenció Nicholas—. ¿Cuántos eran?

—Cinco —respondió Christopher—. Aunque luego aparecieron más. —Señaló a Alex con su mano—. Los que la mantenían apresada eran cinco. Me cargué a cuatro y uno de los que había absorbido su aroma escapó. Alex le dio caza. —Todos se giraron hacia el joven que permanecía apoyado en el marco de la puerta, mirando preocupado hacia Laurel—. Cuando acabé con ellos fui corriendo hacia el todoterreno. No había avanzado más que unas pocas millas cuando encontré a Alex huyendo de varios vampiros más.

Nicholas se giró hacia él.

—¿Dónde los encontraste?

Alex se rozó el brazo tímido.

—Cuando di con el vampiro que absorbió el aroma de Laurel y estaba luchando con él, nada más cargármelo aparecieron. Comencé a luchar con ellos pero... eran cinco contra mí. —Se encogió de hombros—. Podría habérmelos cargado pero me daba miedo que me hiciesen una emboscada con más vampiros y salí huyendo.

—¿Escuchaste a más vampiros? —preguntó Adrien con curiosidad.

—No, pero es que ni siquiera me di cuenta de que estos venían hacia mí hasta que los tuve encima.

—¿No aparecieron en tu radar? —preguntó Nicholas preocupado.

Alex hizo un gesto de desagrado.

—No me fijé. Estaba luchando.

Nicholas suspiró y volvió su mirada hacia Christopher.

—Al menos sabemos que los que absorbieron su aroma están muertos.

Christopher asintió seriamente.

—Y los que seguían a Alex también. Los freí con la luz solar del todoterreno.

Alex resopló mientras se pasaba una mano por el pecho asustado.

—Sí, y un poco más y me dejabas frito a mí también.

Christopher ladeó su rostro hacia un lado.

—Te dije que te apartases...

—No te escucha, estabas lejos.

—Oye... ¿los lobos no escucháis mejor? ¿olfateáis?...

—Sí, pero no cuando te siguen cinco vampiros deseando descuartizarte —pronunció con ironía.

Scott dio un paso hacia él mientras lo miraba de arriba a abajo.

—Oye, tengo curiosidad... —dijo cruzándose de brazos—. ¿Cómo te los cargas?

No llevas dagas ni pistolas.

Alex hizo un gesto gracioso.

—Tengo unas garras muy afiladas y una buena dentadura.

—Puaaajjj... —dijo Scott con desagrado.

Alex ladeó su rostro hacia un lado y miró a Christopher.

—La próxima vez avisa antes —volvió a decirle.

—Eh —Le señaló con la mano—, te estaba gritando, pero entre los gritos que dabas tú y los vampiros... imposible que me escuchases.

—¿Gritabas mucho? —preguntó Adrien en un tono irónico.

—Como una nena —bromeó Christopher.

Alex los miró con ojos entornados y los señaló a todos.

—Sois unos capullos —pronunció, aunque todos rieron—. Y tú... —Señaló a Christopher.

—¿Yo? —preguntó alarmado.

—Me debes una par de películas.

Aquello hizo sonreír a Christopher que parecía relajarse con la conversación.

—Ya te dije que te compraría unas cuantas más —pronunció mientras volvía su mirada hacia el monitor, observando las constantes de Laurel. Se quedó mirándolas fijamente.

—Parece que mejora —dijo Taylor acercándose—. El pulso se va normalizando.

Nicholas se acercó para mirar.

—Ciento diez —pronunció. Rodeó la camilla y volvió a conectar el tensiómetro. Christopher miró su rostro. Aún seguía excesivamente pálida y su respiración era demasiado lenta, pero sí, al menos, iba recuperándose poco a poco—. También mejora la tensión —explicó con una voz mucho más tranquila. Se quedó pensativo unos segundos y se giró para observar a Christopher que miraba a Laurel preocupado. Miró como acercaba su mano hasta su frente y apartaba unos cabellos con delicadeza—. ¿Laurel ha visto todo lo que ocurría?

Christopher giró su rostro hacia él y se removió incómodo.

—Los vampiros te aseguro que los ha visto. Sé que me reconoció porque pronunció mi nombre cuando me vio ahí pero... no sé si vio lo que hacía, si era realmente consciente de lo que ocurría.

Nicholas se cruzó de brazos. Dio unos pasos hacia él con lentitud.

—¿Qué vas a hacer?

Christopher se giró hacia sorprendido por aquella pregunta.

—¿Qué quieres que haga Nicholas? Ha visto los vampiros... querrá saber lo que ocurre. Tampoco le puedo negar lo que es obvio. —Luego le señaló hacia el cuello de ella—. La mordieron, y creo que sabe que no fue un mosquito ni una garrapata —ironizó.

—Ya —dijo angustiado.

—No dirá nada, Nicholas —Se apresuró a decir.

—Ya me imagino que no dirá nada —respondió muy lentamente, luego miró a su compañero con suspicacia—. ¿Y quieres decirle realmente quién eres? ¿A lo que te dedicas?

Christopher apretó los labios y se quedó pensativo. Aquella era una pregunta

importante. Finalmente afirmó.

—Sería mucho más fácil para mí, sí —susurró.

Nicholas aceptó.

—De acuerdo —acabó respondiendo—, pero asegúrate de que no diga nada ni se meta en más líos.

—Claro —dijo rápidamente.

En ese momento sintió un alivio como no había sentido nunca. Realmente ocultar quién era, era una ardua tarea con los tiempos que corrían. Aquellos últimos días Laurel había sido casi encantadora con él. Giró su rostro para observarla. Se estaba encariñando demasiado con ella, y sabía que si quería algo más serio con Laurel debería contarle la verdad de lo que ocurría, de a qué se dedicaba. Aunque quizá no hiciese ni falta. Sabía que no tenía un pelo de tonta y que en parte había sido consciente de todo lo que había ocurrido.

—Bien —continuó Nicholas—. Creo que con un par de minutos más de transfusión tendrá suficiente. —Christopher asintió, pues las constantes mejoraban cada vez más—. Vamos a tomar un café y a reorganizarnos. Alex, llama a tus compañeros e informa de lo sucedido... —Alex afirmó y se apartó de la mesa para llamar por teléfono a la manada que seguía formando un perímetro alrededor del poblado para protegerlo—. Adrien, ¿puedes ir con ellos? —preguntó señalando con un movimiento de su rostro disimulado hacia Christopher. Estaba claro que Christopher no iba a salir de aquella enfermería hasta asegurarse de que Laurel estaba bien.

—Claro —dijo Adrien saliendo por la puerta.

El resto comenzaron a salir de la enfermería.

—Deja que descanse aquí hasta que recupere la consciencia y...

—Estará más cómoda en una cama —Le cortó Christopher.

Taylor pasó sonriente por su lado y lo miró con burla.

—¿Tan rápido te la llevas ya a tu habitación?

Aquel comentario hizo que Christopher resoplase.

—No es por eso, es que estas camillas son muy duras y ha recibido muchos golpes. Estará mucho más cómoda si...

—Sí, sí... —Le interrumpió Nicholas con una sonrisa—. Lo entiendo perfectamente —ironizó—. Instálala en tu habitación esta noche.

Christopher arqueó una ceja hacia él.

—¿Qué insinúas?

—No insinúo nada —respondió su jefe con ironía.

—Pues yo sí —continuó con la broma Taylor—. Vas un poco rápido —susurró hacia él.

—¿Pero qué cojones estáis diciendo? —preguntó Christopher alterado.

—No, si a mí me parece muy bien —continuó Nicholas—. Laurel estará mucho más cómoda en tu cama.

Christopher se quedó observándolos. Estaba claro que aunque pronunciaban aquellas palabras con cierta inocencia sus sonrisas y miradas los delataban.

—Y con la cantidad de sangre que le estas dando va a estar llena de energía —continuó Taylor—. ¿No te estarás pasando?

Christopher suspiró y directamente cortó el goteo para que no pasase más sangre por el tubo. Se levantó y tal y como dijo aquello se sacó la aguja del brazo. Presionó con el algodón unos segundos y lo arrojó a la papelera. Luego se inclinó sobre el brazo de ella para extraer la aguja con cuidado, pero cuando levantó la mirada sus compañeros aún seguían observándolo con cierta picardía.

—¿Te acuerdas Nicholas? —preguntó Taylor colocando una mano sobre el hombro de su jefe—. Hace pocos días nuestro compañero protestaba sin parar con que quería abandonar la comisaría. —Aquello hizo que Nicholas sonriese mientras centraba la mirada en Christopher que ponía la espalda recta.

—Sí, la de cosas que llegaste a decir, Christopher... —continuó su jefe.

—¿No ibais a tomar café y reorganizaros? —preguntó secamente sin mirarlos.

Aquello hizo que sus compañeros sonriesen.

—Entonces... ¿ya no estás tan enfadado? Ni... —continuó Taylor.

—Eh... —Le cortó Christopher girándose hacia él, mientras comenzaba a ponerse el uniforme de nuevo—, ¿por qué no os calláis? —preguntó señalando a Laurel, que aunque seguía inconsciente podía recuperar el sentido en cualquier momento.

Ambos aceptaron con sonrisas.

—De acuerdo —dijo Nicholas colocando una mano en el hombro de Taylor, luego miró hacia Scott y Dean que ordenaban la enfermería—. Vamos a dejarlos solos —informó a sus compañeros.

—¿No nos podemos quedar? —preguntó Scott sonriente—. Laurel recuperará el sentido en cualquier momento y quiero ver lo que dice cuando vea a Christo...

—Largo de aquí —rugió Christopher que cada vez estaba más nervioso al ser consciente de lo que ocurriría cuando ella recuperase el sentido.

Todos salieron rápidamente de la enfermería sin protestar. Nicholas fue el último que salió.

—Bueno, pues... ¿quieres que te deje otra almohada en la habitación o te instalarás tú en el sofá del comedor? —preguntó Scott.

—Largo —rugió sin mirarle, girándose para observar las constantes de Laurel.

Solo cuando escuchó como la puerta se cerraba pudo respirar tranquilo. Menudo peligro tenían sus compañeros, mejor alejarlos de allí lo antes posible. Ahora que su relación mejoraba con ella no quería que algunos comentarios inoportunos por parte de ellos volviesen a distanciarlos.

Cogió el taburete y se sentó a su lado. No la movería de allí hasta que recuperase la consciencia y permaneciese un rato estable. Seguramente tendría muchas preguntas que hacerle, preguntas muy difíciles de responder.

Situó el taburete frente a ella y volvió a coger su mano. Aún estaba muy fría, pero el pulso y la tensión estaban casi normalizados.

Jamás se había enfrentado a algo así, solo esperaba que ella lo aceptase tal y como era.

Laurel abrió los ojos lentamente. La luz le molestaba. Movi6 su mano hasta situarla frente a sus ojos cobijándose de la luz hasta que sus pupilas se adaptasen. Se notaba mareada, y había un punto en el cuello que ardía.

Intentó llevar su mano hasta la zona pero notó como alguien se la cogía delicadamente para que no llegase a tocarla.

Gimió mientras conducían su mano hasta su est6mago.

—Tranquila, es normal que duela —Escuchó una voz.

No tenía ni idea de lo que había ocurrido, no entendía nada.

Finalmente logró mantener los ojos abiertos. Lo primero que vio fue un techo blanco, luego giró su rostro hacia un lado observando estanterías con material médico. ¿Estaba en un hospital?

Cuando giró su rostro chocó directamente con los ojos ámbar de Christopher que la observaban preocupados.

—Deja que te vea —susurró Christopher echándose un poco sobre ella.

Miró directamente sus pupilas y luego llevó sus manos hasta su cuello examinándolo, como si quisiese asegurarse de que no estaba inflamado. Laurel lo miró extrañada. ¿Dónde se encontraba?

Miró de nuevo de un lado a otro asustada mientras Christopher giraba su rostro para observar sus constantes. Iba vestido con un traje negro que se adaptaba perfectamente a su cuerpo.

En ese momento lo recordó. Edith, el bosque, aquellos seres que habían succionado su sangre, Christopher luchando contra ellos... Se incorporó sobre la camilla asustada, mientras Christopher aún se mantenía de espaldas a ella estudiando sus constantes. Aunque tuvo que deducir que recordaba ciertas cosas porque su ritmo cardíaco se elevó. Se giró hacia ella. Laurel intentaba incorporarse sobre la cama, aunque parecía costarle bastante.

—Eh, vamos, tranquila... —fue hasta ella, pero Laurel lo paralizó con la mano.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es este? —preguntó asustada.

Christopher colocó sus manos en sus hombros, intentando calmarla.

—Es mi casa.

Laurel miró a su alrededor. Se encontraba en una camilla de hospital, rodeada de instrumental médico y quirúrgico. Lo miró asustada.

—¿Tu casa?

Él chasqueó la lengua.

—Bueno, la enfermería de mi casa.

Ella negó sin comprender.

—¿Tienes una enfermería en tu casa? —medio gritó. Se sentó en la camilla pero notó cómo el mareo le hacía perder el equilibrio. Christopher la sujeto de inmediato, manteniéndola firme sobre la camilla. Ella suspiró y se llevó la mano a la frente—. Estoy... estoy mareada —gimió.

—Es normal.

Laurel negó. No comprendía nada. Elevó su rostro. Christopher permanecía frente a ella sujetándola.

Sabía lo que había visto en el bosque. Aunque había casi una oscuridad absoluta sabía que Christopher había estado allí y había luchado contra esos extraños seres salvándola. Sabía que era buen luchador, de hecho, te das cuenta de ellos solo con verlo, pero la fuerza y la velocidad a la que se movía no era la de una persona normal o, al menos, eso le había parecido.

Se quedó observándolo seriamente. Sabía que él no le haría daño, de hecho, le había salvado la vida de aquellos extraños seres. Puso su espalda recta mientras lo observaba de arriba a abajo. Llevaba aquel extraño traje de color negro que le daba un aura de peligrosidad muy diferente al uniforme de policía.

—Es mi ropa de trabajo —susurró Christopher al ser consciente de que ella lo observaba de arriba a abajo.

Laurel apretó los labios y lo miró de forma sospechosa.

—¿De qué trabajo? Está claro que no es el uniforme de policía.

Christopher se cruzó de brazos y dio un paso atrás apoyándose contra el mármol, pensativo. Tenía que explicarle todo, y lo cierto es que, aunque se moría de ganas tenía cierto reparo, le asustaba cómo pudiese reaccionar. Ni siquiera sabía cómo comenzar.

Suspiró y se removió inquieto.

—Hay más cosas de las que puedas imaginar...

—¿No me digas? —ironizó ella—. ¿Qué era eso? Lo del bosque. ¿Vampiros? —gritó ella de los nervios. Christopher chasqueó la lengua y se quedó observándola en silencio. Laurel lo miró fijamente, sin dar crédito. ¿No iba a contestar? ¿No iba a rectificarla y decirle que no eran vampiros? —¿En serio? —preguntó asombrada—. No puedes estar hablando en serio... —volvió a gritar.

—Oye, cálmate, aún tienes que recuperarte y...

—No me digas que me calme —pronunció con los labios apretados.

—Estás muy pálida —dijo cogiéndola de los hombros para tumbarla sobre la camilla.

—No me toques... —gruñó intentando quitarse sus manos de encima.

—Puedes desmayarte.

—¡No voy a desmayarme! Estoy perfectamente —dijo apartando sus manos de ella.

Christopher resopló y volvió a dar un paso atrás elevando sus manos en señal de rendición. Se apoyó contra el mármol de nuevo cruzándose de brazos y se quedó observándola fijamente. Laurel tenía la respiración acelerada por los nervios.

—Aún tienes que recuperarte del todo. Has perdido mucha sangre —susurró él. Ladeó su rostro hacia ella, que permanecía sobre la camilla sentada, en tensión. Tenía la espalda totalmente recta, con todos sus músculos tensos—. Ya te dije que no fueses al bosque —acabó diciendo.

Ella rugió ante su comentario.

—¿Que cojones era eso, Christopher? —gritó ella.

—Ya sabes lo que era. Tú misma lo has dicho.

Ella lo miró impresionada.

—¿Vampiros? De... de verdad me... me estás diciendo que... —comenzó a gritar nerviosa mientras se bajaba de la camilla. Quizás sí se había pasado con la transfusión.

—Túmbate... —Le ordenó.

—Que lo que me ha atacado... eran...

—¡Aún te abrirás la cabeza! —comentó más nervioso al ver que ella seguía pálida y se ponía en pie.

—¿Vampiros? —volvió a gritar ignorándolo.

Christopher dio un paso al frente, la cogió por la cadera directamente y sin ningún esfuerzo la elevó y la sentó sobre la camilla. Aquel gesto la intimidó bastante, Christopher tenía más fuerza de la que esperaba.

—Estate quieta —ordenó—. No vuelvas a levantarte de la camilla hasta que estés del todo recuperada.

Ella lo impulsó un poco alejándolo, colocando una mano en su pecho.

—Estoy perfectamente —explicó—. De hecho, me... me encuentro muy bien —dijo esta vez asombrada, como si en ese momento fuese consciente de ello.

Recordaba haber recibido bastantes golpes, algunos de ellos de una gran intensidad. En aquel momento había pensado que iba a morir. La había impulsado contra árboles con los que había chocado y se había quedado sin respiración, había notado como su sangre bajaba por su cuello desangrándose y, sin embargo, no le dolía ninguna parte de su cuerpo, únicamente sentía un ligero mareo y un suave quemazón en el cuello.

Miró de un lado a otro de aquella pequeña enfermería.

—¿Me has dado algo?

—Sí —respondió él. Dio un paso al frente de nuevo, aunque cambió de tema sin querer informarle de lo que le habían suministrado—. Pero aún estás pálida y es posible que te marees o tengas ganas de devolver. ¿Te ocurre algo de eso?

Ella suspiró.

—Estoy algo mareada, pero el estómago lo tengo bien. —Intentó modular la voz y calmarse. Luego lo miró de nuevo y negó con su rostro—. De acuerdo... —dijo elevando levemente sus manos, como si quisiese ordenar las ideas—. ¿Vampiros? —preguntó hacia él—. No... no puede ser. Los vampiros no existen. Sería un grupo de locos haciendo...

—No —Le cortó Christopher con la mirada seria—. Son vampiros... y de los de verdad.

A Laurel le entró la risa nerviosa.

—No... no puedes estar hablando en serio —rio.

Christopher suspiró y se giró para buscar algo sobre el mármol. Cuando encontró el pequeño espejo fue hacia ella y lo colocó ante su cuello para que observarse la marca que había dejado los colmillos del vampiro.

Ella estaba cogiendo el espejo cuando la puerta de la enfermería se abrió de repente. Ambos giraron su rostro hacia un Scott que se quedó quieto y pestañeó varias veces, como si no esperase que ella hubiese despertado.

—¿Qué quieres? —preguntó Christopher, e intentó quitarle a la vez el espejo a

Laurel, pero Laurel se lo apartó de su mano sosteniéndolo en la suya para observar mejor, dando una pequeña palmadita en la mano de él.

—Quita, dámelo —dijo ella sin prestar más atención al joven de la puerta.

Scott la miró durante unos segundos. Laurel se apartaba el cabello de sus hombros y estiraba su cuello hacia un lado para ver las dos heridas. Christopher resopló y se volvió hacia su compañero, pues ella parecía bastante interesada en inspeccionar su cuello.

—Te había traído una taza de café... —explicó Scott mostrándosela—, por si te apetecía.

Christopher suspiró y asintió.

—Sí, dámela, la necesito —dijo avanzando hacia él.

Scott avanzó unos pasos para entregársela justo cuando Laurel gritó.

—¡Joder! ¡Me mordió! —gritó, dejó el espejo sobre la camilla y se giró furiosa hacia Christopher—. El jodido vampiro me ha dejado una marca en el cuello, ¿me va a quedar cicatriz? —preguntó enfadada.

Christopher y Scott parpadearon varias veces confundidos por su pregunta.

—¿Ya sabe que es un vampiro? —preguntó Scott en un susurro mientras le tendía la taza.

—Tampoco hay que ser muy listo —dijo cogiéndola, automáticamente dio un sorbo. Se giró hacia ella mientras avanzaba—. No te quedará cicatriz, en un par de horas te desaparecerá y te quedará como si fuesen dos pecas.

Ella apretó los labios y resopló.

—¿Y tú? Te movías igual que ellos... —dijo asustada.

Scott resopló al ver como estaba el ambiente en aquella habitación.

—Mejor me voy —dijo con algo de timidez. Luego susurró hacia él—. Sé delicado o... —Se calló cuando observó que su compañero daba un paso hacia él enfurecido por la insinuación que hacía ante ella. —Me voy, me voy... —Miró a Laurel y sonrió—. Encantado, Laurel —pronunció saliendo por la puerta, lo que hizo que ella lo mirase extrañada.

—¿Quién es ese?

Christopher se acercó de nuevo con un gesto tímido y depositó la taza sobre el mármol.

—Es un compañero de trabajo... algo desequilibrado —acabó sonriendo con ironía, aunque un segundo después pudo escuchar como Scott carraspeaba desde detrás de la puerta—. Adiós, Scott —gritó girándose con una ligera amenaza en la voz.

Pocos segundos después pudo escuchar como las puertas del ascensor se cerraban. Al menos se había marchado ya, aquella conversación lo estaba poniendo nervioso, aunque no lo calmó el hecho de volverse hacia Laurel y encontrarla escudriñándole con la mirada.

—¿Qué trabajo? —insistió.

Se quedó pensativo, evaluando la forma más suave de decirlo.

—Trabajo para el Pentágono. —Aquella afirmación pareció pillarla por sorpresa, pero no dijo nada al respecto—. Hay un departamento secreto que se llama DAE, yo trabajo para él.

—¿Y?... —Le animó a continuar.

—Nos dedicamos a cazar seres sobrenaturales. —De nuevo Laurel abrió los ojos como platos pero se quedó callada esperando a que él continuase—. Como has podido ver, los vampiros son muy rápidos y fuertes. Nosotros poseemos las mismas habilidades, más o menos... por eso podemos enfrentarnos a ellos.

—Pero tú... ¿bebes sangre?

—¡No! Puaaaajjj —respondió con desagrado, luego le sonrió abiertamente—. Me encantan las patatas fritas, las hamburguesas, las pizzas...

—Ya, ya... —Le cortó intentando asimilar todo aquello.

—Y la carne muy hecha —apuntó, haciendo que ella lo mirase con desagrado.

Laurel se pasó la mano por los ojos, incrédula ante lo que escuchaba.

—Esto no puede ser verdad... —susurró agachando su rostro, mientras se masajeaba los ojos—. Es una pesadilla, es un sueño... voy a despertarme...

Christopher puso los ojos en blancos.

—No es ningún sueño ni pesadilla —pronunció directamente—. ¿Querías saber la verdad? Pues aquí la tienes.

Ella lo miró enfadada.

—Desde luego tu compañero tenía razón —Le recriminó ella—. Qué poca delicadeza tienes.

Christopher arrugó su frente ante aquel comentario.

—Oye, te advertí que no fueses al bosque sola. De hecho... creo que recordar que te dejé en tu casa y me dijiste que no harías ninguna locura...

—¿Ninguna locura? —gritó ella de los nervios—. Para comenzar, llevo toda mi vida viviendo aquí, conozco los bosques perfectamente. Desde pequeña he corrido, jugado y paseado por ellos, en segundo lugar y perdón por mi ignorancia... —ironizó—, pero ¡nadie me había avisado que habían vampiros por el bosque! Si tú lo sabías... —le señaló colocando su dedo en su pecho—, podrías habérmelo dicho.

—¡Ja! —gritó asombrado por su respuesta—. Ya, claro... ¿sabes lo que pasa? Que en principio la existencia de los vampiros es secreta. Nadie, absolutamente nadie puede saberlo. Además, me hubieses tomado por un loco. Y en segundo lugar, tal y como tú has dicho —dijo apartando la mano de ella de su pecho, bastante enfadado—, te lo advertí muchas veces. Te pedí que no fueses al bosque, que te quedases en casa, que no fueses sola... y tú, haces todo lo contrario, ¿para qué se te dicen las cosas si haces lo que quieres? ¡Te dije que era peligroso!

Ella iba a responder pero de repente se quedó callada, como si un pensamiento hubiese cruzado su mente. Pestañeó varias veces e hizo un gesto de dolor.

—Edith —susurró. Luego lo miró—. ¿Eso es lo que ha ocurrido? ¿Tienen a Edith? —gimió.

Christopher puso su espalda recta y la miró fijamente. En ese momento decidió que era mejor modular su voz, pues ahora parecía que Laurel tomaba consciencia de la magnitud de lo sucedido.

—Estamos buscándola...

—Dios mío —sollozó llevándose las manos hacia su rostro.

—Daremos con ella —susurró en un tono tranquilizador.

Ella negó mientras se llevaba las manos a su cabello, en un gesto nervioso.

—La habrán matado. Por Dios, los que me atacaron tenían una fuerza increíble. Si no llegas a venir tú yo estaría... —Se quedó de nuevo callada. Christopher suspiró y dio un paso acercándose. Laurel elevó la mirada hacia él—, estaría muerta —acabó diciendo.

Christopher ladeó su rostro estudiándola. En ese momento Laurel moderó su mirada y lo observó atentamente.

—Gracias —susurró—. Me... —tragó saliva—, me has salvado la vida —gimió al ser consciente de ello—. ¿Cómo sabías que estaba en el bosque?

Christopher se encogió de hombros.

—Tu furgoneta no estaba frente a casa. Salí a buscarte, y lo más lógico era que hubieses ido hacia allí.

—¿Fuiste a buscarme? —preguntó tímida, consciente de que si no fuese por él ahora mismo estaría muerta.

Él afirmó y se acercó de nuevo a ella.

—Mi trabajo consiste en proteger a los civiles de los seres que quieran hacerle daño. —La miró directamente a los ojos y sonrió de forma amarga—. Cuando encontré tu furgoneta en casa de Jack y él me dijo que habías entrado en el bosque casi me volví loco —Se sinceró—. Los vampiros tienden a atacar a mujeres jóvenes. Si había alguno cerca iría a por ti.

Laurel se quedó observándolo. Christopher había ido expresamente a buscarla, solo en aquel bosque para ponerla a salvo, no para reprenderla ni reñirle, si no para protegerla.

Notó como los ojos se le humedecían. No era la primera vez que él salía en su búsqueda, ya la había ido a buscar al cementerio para asegurarse de que estaba bien, la había acompañado al bosque aquella mañana para buscar a Edith, la había acompañado a su casa y había ido en su búsqueda aquella noche. Lo había juzgado mal desde un principio. Había llegado a pensar que no le importaba encontrarla y que por eso mismo no quería ir al bosque, y lo único que había hecho era protegerla en todo momento.

Sin pensarlo se echó hacia delante y lo abrazó. Aquel gesto pilló desprevenido a Christopher que abrió los brazos directamente.

—Ohhhh —dijo conmocionado por su gesto, aún con los brazos hacia los lados.

Ella se apoyó en él y cerró los ojos.

—Gracias —gimió intentando controlar las lágrimas—. Siento mucho todo lo que te dije —susurró aún apoyada en él.

Christopher pestañeó varias veces sorprendido por su gesto, nunca hubiese imaginado que iba a reaccionar así. Cerró los brazos entorno a ella y la apretó contra él.

—No pasa nada —susurró intentando calmarla, pues notaba un ligero temblor en todo su cuerpo—. No tiene importancia. No sabías nada. —Se separó levemente para observarla y esta vez le sonrió de una forma tierna mientras pasaba la palma de su mano sobre su cabello—. Pero no vuelvas a hacer algo así —susurró.

Ella negó y se quedó observándolo. Notó como el corazón se le aceleraba mientras sus ojos y los de él se observaban mutuamente.

Que le matasen. Era la mujer más hermosa que había visto. El hecho de haber

estado a punto de perderla le hizo ser consciente de lo importante que era para él. Ciertamente le ponía de los nervios, pero Laurel era buena persona, simplemente había tenido unos últimos meses muy difíciles que le habían hecho forjarse un caparazón a su alrededor, pero a medida que este se iba desmoronando iba descubriendo a una mujer decidida, fuerte y cariñosa.

Bajó su mirada hacia sus labios. Ya los había observado más de una vez y, a cada hora que pasaba la necesidad de besarlos se hacía más irresistible. Laurel lo observaba fijamente, aunque también observó sus labios durante unos segundos y aquello fue la perdición de él. Comenzó a descender hacia ellos con lentitud justo cuando escuchó como la puerta del ascensor se abría de nuevo. ¿En serio?

Se puso firme de inmediato con un gruñido y vio que Laurel había cerrado sus ojos para recibirlo, pero en vez de eso se obligó a pronunciar su nombre.

—Laurel —susurró.

Ella abrió los ojos sin comprender, ¿por qué no le besaba? Creía que iba a hacerlo. Lo miró confundida. Christopher chasqueó la lengua con desagrado y dio un paso atrás.

—Creo que viene mi jefe —pronunció.

Ella logró salir de su aturdimiento y reaccionó.

—¿Tu jefe? —preguntó.

—Sí. —Aunque luego le sonrió y se encogió de hombros, hecho que pareció hacerle gracia a ella.

Pocos segundos después Nicholas llamaba a la puerta con unos cuantos golpes, lo cual le sorprendió bastante. ¿Ahora pedía permiso?

—Pasa —pronunció Christopher apoyándose contra el mármol de nuevo.

Nicholas abrió la puerta con lentitud, como si fuese consciente de que podía interrumpir algo, aunque pareció calmarse cuando encontró a Laurel sentada sobre la camilla y a su compañero frente a ella apoyado contra el mármol y de brazos cruzados.

Christopher enarcó una ceja hacia él, ¿a qué venía aquello?

—Hola —dijo Nicholas que entró en la enfermería seguido de Dean y Taylor—. Scott nos ha dicho que ya ha despertado. —Todos fijaron su mirada en Laurel bajó su rostro hacia abajo bastante tímida.

—Sí, hace unos minutos —respondió Christopher con naturalidad.

Nicholas aceptó y avanzó hacia ella.

—Soy Nicholas —dijo tendiendo su mano hacia Laurel. Ella se la estrechó—. ¿Cómo te encuentras?

Le sonrió de una forma amable.

—Bien, me encuentro muy bien, gracias.

Taylor dio un paso al frente.

—Normal —dijo con un gesto gracioso. Luego miró a Christopher—. Creo que te has pasado con la transfusión. Va a estar días con las pilas cargadas.

Laurel lo miró extrañada.

—¿Transfusión?

Christopher puso los ojos en blanco.

—Te hemos hecho una transfusión de sangre, habías perdido mucha —explicó

Christopher.

—De tu sangre —enfaticó Taylor con una sonrisa. Laurel giró su rostro sorprendida hacia él mientras Taylor le guiñaba el ojo a su compañero, como si le estuviese haciendo un favor para conquistarla.

—No me lo habías dicho —susurró ella.

—Tampoco tiene importancia —reaccionó rápidamente—. Es solo que ahora, durante unos días, puede que te notes con más energía de lo normal.

—Ahhh —susurró ella.

—Bueno, pues... hemos pensado que ya que estás despierta, quizá te apetezca cenar algo —continuó Nicholas—. Debes reponerte del ataque y Melanie ha metido una pizza en el horno —explicó hacia Christopher que los observaba a todos de forma sospechosa.

—Ahhh —respondió ella otra vez sin saber qué decir.

—De todas formas no puedes volver a tu casa ahora... —continuó Nicholas—. ¿Se lo has dicho Christopher?

Christopher chasqueó la lengua y negó con su rostro.

—Aún no me ha dado tiempo —respondió con fastidio.

—¿Decirme qué?

—Hemos pensado que hasta que logremos acabar con los vampiros, lo mejor es que te quedes aquí. Los vampiros que te atacaron están muertos pero no sabemos si había alguno más por la zona que haya podido absorber tu aroma así que...

—¿Absorber mi aroma? —preguntó confundida.

Taylor dio un paso al frente.

—Los vampiros cuando detectan a un humano que les gusta pueden encontrarlo en cualquier parte del mundo...

—¿Ah, sí? —preguntó cada vez más sorprendida.

—Por eso —intervino rápidamente Christopher—, solo para asegurarnos de que no corras más peligro, es mejor que te quedes aquí con nosotros.

—Por si alguno merodeaba por la zona —intervino Dean por primera vez—. Aquí estarás a salvo.

Ella los miró, como para no estarlo. Ya no era solo como había visto luchar a Christopher, si no que ahora tomaba consciencia de lo altos y fibrados que estaban. Parecían que estuviesen tallados por un mismo molde todos.

—Ahhhh... mmm... No quiero causar problemas —susurró.

—Nooooo —reaccionaron todos a la vez.

—No es ningún problema —dijo Nicholas.

—Claro que no —continuó Taylor—. ¿verdad, Christopher? —preguntó en un tono jocoso.

Christopher apretó los labios. Si Laurel no hubiese estado allí se hubiese abalanzado sobre él en aquel preciso momento, pero al menos, Laurel, no reaccionó mal a aquel comentario, si no que sonrió hacia Christopher de una forma tierna. ¿Y cómo no iba a hacerlo? Aunque sus compañeros no lo supiesen, habían estado a punto de besarse, y si no hubiesen aparecido en ese preciso momento lo hubiesen hecho.

—No, no lo es —acabó diciendo Christopher mientras sonreía hacia ella.

Para ninguno de sus compañeros pasó desapercibida la mirada entre ellos dos.

—Bien, pues... que cene un poco y se acueste. Debe recuperarse del todo —Se giró hacia ella—. Mañana te encontrarás muy bien, ya verás —Le animó Nicholas.

—Gracias.

Todos salieron por la puerta excepto Christopher que se quedó al lado de ella mientras se bajaba de la camilla.

—¿Estás bien? ¿Te mareas? —preguntó cogiéndola del brazo.

—No, estoy bien —respondió, aunque no hizo ningún gesto para soltarse de su brazo—. No me habías dicho que me habías hecho una transfusión —susurró.

Él se encogió de hombros quitándole importancia otra vez al asunto. Comenzó a caminar con ella saliendo de la enfermería, sin soltarla.

—Con nuestra sangre sanas antes.

—Ahhhh —respondió ella ralentizando el paso, aquello le sorprendió a él.

—¿Estás bien? —preguntó al percibir su gesto.

Ella afirmó mientras se detenía y se giró levemente para observarlo, mientras el resto del equipo llegaba al ascensor.

—Sí, es solo que... no me esperaba esto de ti.

Él rio y la miró de una forma cómica mientras retomaban el paso.

—Pues aún no sabes ni la mitad...

—¿Ah, no? —preguntó más animada.

—También me regenero rápido —dijo divertido.

—¿En serio? —preguntó asombrada.

—Por eso te hemos hecho la transfusión. La herida de tu pierna... —Le señaló hacia la rodilla mientras entraban al ascensor—. Mañana la tendrás curada.

Ella lo miraba totalmente impresionada. Aquella mirada le gustó. Laurel no parecía asustada, solo asombrada y entusiasmada por lo que le explicaba.

—Qué pasada —susurró haciendo que todos sonriesen ante el comentario.

Taylor se giró hacia ella mientras apretaba el botón de la primera planta.

—A que sí, ¿eh? —pronunció divertido, luego miró a Christopher y le guiñó un ojo.

A la que las puertas se abrieron el olor a pizza inundó el ascensor.

—Mmmmm... ñam ñam —dijo Dean avanzándose mientras se pasaba la mano por su estómago.

Nicholas se colocó al lado de Christopher que avanzaba con ella cogida del brazo. Nada más llegar a la cocina todos se giraron para mirarla.

—Ella es Melanie, mi novia. —Melanie se acercó con una gran sonrisa—. Y ellas son Sandra y Bethany.

—Hola —dijeron las tres entusiasmadas mientras se acercaban, como si el hecho de tener a una chica nueva en la casa les encantase.

Christopher se obligó a soltarla cuando Sandra y Melanie la cogieron por los brazos, rodeándola para llevarla con ellas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Sandra

—Sí, estoy muy bien.

—Claro, con la transfusión de sangre te recuperarás muy rápido —apuntó Melanie.

—¿Tienes hambre? —preguntó Bethany mientras le ofrecía una silla de la mesa. Todos se quedaron observando la escena con una ligera sonrisa en su rostro.

Dean se colocó al lado de Christopher que observaba impresionado como la habían rodeado y se la habían quitado de su lado.

—Chicas eh... —susurró Dean con ironía, luego lo miró pensativo—. Oye, pues parece simpática. ¿No decías que...?

Christopher le dio una colleja directamente para que guardase silencio, sin apartar la vista de ellas.

—Cállate, Dean. Ahora no es el momento.

Se removió en la cama. Las imágenes de lo que había ocurrido aquella noche no le dejaban conciliar el sueño. Se despertaba sobresaltada cada pocos minutos. Lo que había descubierto la hacía mantenerse alerta, cada pequeño sonido le hacía temblar. Pese a que todos le habían explicado que allí estaría a salvo no podía estar tranquila. Y luego estaba el tema de Christopher, ¿un cazador? Aún no comprendía ni lo que significaba aquella palabra.

Se sentó en el colchón harta de dar vueltas y se dirigió al baño para mojarse la cara. Necesitaba relajarse. Christopher le había cedido amablemente la habitación para que descansase, pero no podía.

Además, estaba el hecho de que no estaba nada cansada. Aquella transfusión de sangre era igualable a cuando se había tomado varios cafés antes de dormir y no conseguía conciliar el sueño.

Se miró en el espejo fijamente y se apartó el cabello para observar la marca que tenía en el cuello. Era espeluznante. Decidió salir de la habitación, aunque se sorprendió cuando la luz del techo la cegó. Había visto que disponían de una extensa biblioteca en el salón, y todos le habían dado la confianza para poder moverse por la casa con libertad.

Avanzó rápidamente hacia el salón, colocándose la mano a forma de visera, pues aquella luz era insoportable y cuando finalmente cerró la puerta del comedor pudo abrir los ojos.

Estaba todo ordenado. Se fijó en que el reloj de pared marcaban las tres y media de la madrugada.

Suspiró y se dirigió directamente a la estantería. Necesitaba distraer su mente como fuese o acabaría volviéndose loca. Ya no era solo las vivencias de las últimas horas, si no el saber lo que le había ocurrido a Edith.

Se situó frente a la estantería y tuvo que apoyarse sobre ella unos segundos para que sus piernas no desfalleciesen. Era imposible que ella hubiese sobrevivido a un ataque así. Intentó controlar sus emociones, de nada serviría sucumbir a aquel dolor. Necesitaba ser fuerte. No iba a rendirse. Debía mirar el lado bueno de lo que le había ocurrido, ahora sabía a lo que se enfrentaba, podía indagar mejor sobre el asunto...

Miró la estantería y se sorprendió cuando encontró muchas novelas normales, ante todo de suspense. Pensaba que tendrían una gran biblioteca de lo paranormal.

Iba a coger uno de los libros cuando escuchó un ronroneo tras de sí.

—Mmmmm...

Se giró asustada y se golpeó la espalda contra la estantería. Aunque se sorprendió más cuando vio que Christopher se había sentado sobre el sofá y se pasaba la mano por los ojos, como si la tenue luz del comedor le molestase. Tenía cara de recién despierto.

Christopher elevó su mirada hacia ella con gesto confundido.

—Perdona —susurró ella—. No sabía que estabas aquí. Te he despertado.

Christopher cerró los ojos unos segundos y luego ladeó su rostro hacia ella volviendo a centrar su mirada.

—No te preocupes. ¿Estás bien? —preguntó arrastrando las palabras.

Laurel se removió inquieta.

—Sí, es... no puedo dormir —explicó tímida—. Había pensado en leer un...

—¿Estás nerviosa? —preguntó poniéndose en pie, mientras se desperezaba.

Laurel tragó saliva cuando Christopher ascendió los brazos hacia arriba estirándose y parte de su camiseta subió mostrando su barriga.

—Un poco —admitió dando un paso atrás. Christopher volvió a pasarse la mano por los ojos—. Perdona, lo que menos quería era despertarte... vuelve a dormir —pronunció dándose media vuelta, dirigiéndose a la puerta.

—Laurel, Laurel... —La llamó como si se tratase de una niña. Ella se detuvo y se giró hacia él, Christopher se acercaba—. Ven —dijo cogiéndola de la mano. Comenzó a tirar de ella hacia la barra de la cocina—. Supongo que la transfusión tampoco te ayudará a conciliar el sueño...

—No es eso lo que me preocupa —admitió.

Christopher se detuvo en la barra de la cocina.

—Siéntate —Le ofreció un taburete. Aquello la dejó pasmada pero se sentó.

—¿No tienes sueño? —preguntó en un susurró mientras Christopher se dirigía a la nevera.

—A mí también me cuesta dormir —pronunció abriendo la nevera y mirando en su interior.

—Pero si parecías una marmota —bromeó.

Él se giró con una sonrisa mientras sacaba dos cervezas de la nevera y se acercó.

—No pasa nada, ya descansaré —dijo tendiéndole una—. ¿Quieres?

Ella afirmó compulsivamente y se la arrebató de la mano.

Había pasado aquellas últimas horas en el sofá pensando en acudir a su dormitorio. Sabía que ella estaría dándole vueltas al asunto y además, con la transfusión que le había hecho tendría las pilas cargadas y le sería casi imposible dormir aquella noche. Pero no había querido molestar, quizá ella necesitaba estar a solas para asimilar todo lo ocurrido.

Se sentó frente a ella mientras le pasaba el abridor y se quedó contemplándola.

—Supongo que tendrás muchas preguntas.

—¿Muchas? —Le preguntó mientras abría el botellín y le cedía el abridor a él—. Tengo millones.

Christopher abrió su cerveza y le dio un sorbo mientras se apoyaba contra la barra.

—¿Qué quieres saber? —preguntó.

Ella lo observó asombrada, no pensaba que él fuese a explicarle todo aquello.

—Todo —admitió. Luego señaló hacia la ventana—. Para comenzar... ¿de dónde salen esos vampiros? ¿Me voy a transformar en uno? —Aquella pregunta le hizo sonreír con ternura a Christopher—. No te rías —Le amenazó con el dedo—. ¿Se alimentan mucho? ¿Y Edith? ¿Cómo se pueden matar?...

Christopher la frenó con la mano.

—Es verdad que quieres saberlo todo. —Ella afirmó—. De acuerdo —dijo

apoyándose contra el respaldo del taburete—. Vamos a ver... —dijo ordenando sus ideas—. Los vampiros son una especie diferente a la nuestra —comenzó—. No son humanos, son totalmente distintos, así que tranquila, no vas a transformarte en uno de ellos.

—¿Seguro? Porque en las películas dicen que si te muerden tres veces...

Christopher alargó su mano hasta la suya y dio una palmadita tranquilizadora.

—Te aseguro que no. —Se quedó unos segundos observándola, barajando la idea de explicarle todo—. Llegaron hace poco —dijo con la voz más pausada—. Llegamos aquí hace casi siete meses. El Pentágono nos envió porque... —Luego se dio cuenta de que si quería ponerle al corriente de todo debía comenzar desde el principio—. Hubo una operación en Nueva York hace menos de un año. Los lobos...

—¿Lobos?

—Hombres lobo —dijo rápidamente—. Querían invadir la ciudad de...

—Espera, espera... ¿hay hombres lobo?

—Sí —reaccionó—. En una batalla uno de esos lobos se nos escapó. Poco después supimos que estaba aquí en Canadá. Fue cuando nos trasladamos. El hecho es que... —Laurel lo miraba con los ojos más abiertos cada vez, aquello lo cohibió—. ¿Quieres que te lo explique? —preguntó con cautela.

—Claro que sí —dijo rápidamente.

—De acuerdo, una bruja lo había llamado...

—Ehhhh... venga yaaaaa...

—Hablo en serio.

—¿De verdad? ¿brujas? ¿también existen? —preguntó asombrada.

Christopher rio.

—De hecho, has estado cenando con una.

Aquello le hizo pestañear a ella.

—¿De verdad? —preguntó intrigada—. ¿Quién?

Christopher se encogió de hombros.

—Adivina —bromeó.

Ella se quedó pensativa durante unos segundos.

—¿Sandra? —preguntó con los ojos muy abiertos. Christopher negó con una sonrisa—. ¿Melanie?

—Exacto.

—¿En serio?, ¿es una bruja? —preguntó entusiasmada. Lo cierto es que Laurel no reaccionaba asustada, sino todo lo contrario.

—Y de las poderosas —remarcó—. Las brujas querían hacerse con el control de una manada de lobos, pero logramos impedirselo —continuó explicando—. Así que tomaron una medida más drástica... lograron conjurar a... —En ese momento se quedó callado y la observó escudriñándola.

—¿A quién?

Christopher dio un sorbo a su cerveza antes de contestar.

—A un ser sobrenatural muy poderoso. Creemos que es el que está causando todos los terremotos, inundaciones...

Ella pestañeó varias veces.

—¿En serio?

Christopher afirmó.

—Los vampiros vinieron a dar soporte a las brujas para luchar contra nosotros.

—Pero espera, espera... —Le cortó ella—. ¿Y Melanie? Has dicho que fueron las brujas las que invocaron a ese ser.

—Le llaman la bestia —Le informó.

Ella abrió los ojos como platos.

—Qué nombre más amistoso —ironizó.

—Sí, muy majo él —continuó con la broma mientras daba otro sorbo—. De hecho, casi acaba con todos nosotros —pronunció con ironía.

—Ya... —Chasqueó la lengua no muy segura.

—Melanie está en nuestro bando. Intentó detenerlo. De hecho, ella tiene mucho más poder que nosotros.

—¿En serio? No lo parece.

—Mejor no la enfades —bromeó—. Hubo un momento que nos puso a caldo a todos —rio—. Le debemos la vida.

—Vaya... —susurró—. Pues debe ser muy poderosa —recapacitó—. He visto como te mueves... bueno, estaba oscuro pero... me di cuenta más o menos —Se sinceró.

—Dijéramos que ella no le hace falta moverse para acabar con alguien y además, ahora está entrenando con Nicholas, su pareja, para fortalecer más aún sus poderes. —Luego sonrió, como si le gustase explicarle todo aquello. La verdad es que le gustaba más de lo que esperaba sincerarse con Laurel, era como una liberación—. Nosotros pertenecemos al grupo de tierra. Lo llamamos DAE. Somos los cazadores.

—Ahhhh... ya veo. ¿Y haces un intensivo de verano para formar parte de la DAE? —bromeó.

Aquello le hizo gracia a Christopher.

—No —respondió—. Nos enseñan desde pequeños. Yo nací así, igual que mis compañeros, pero en el Pentágono nos enseñaron a usar bien nuestros dones.

—Vaya es... es impresionante —admitió. Se quedó pensativa y luego miró fijamente a Christopher—. Respóndeme a una cosa sinceramente... —Apartó la mirada de él durante unos segundos—. ¿Crees que... Edith...?

Christopher volvió a coger su mano.

—No lo sabemos —respondió. Suspiró y apretó su mano—. Lo que voy a decirte es duro...

—Dímelo.

Christopher dudó un poco pero finalmente aceptó.

—Muchas veces los vampiros almacenan alimento. —Ella lo miró sin comprender—. Mantienen vivas a sus presas... como un depósito de sangre. —Laurel cerró los ojos unos segundos—. Si es así, aún hay posibilidades de encontrarla con vida y, de hecho, creemos que así debe ser. Hay más vampiros por la zona de los que esperábamos, y pocas desapariciones en Banff, lo cual indica que seguramente las tengan retenidas.

—¿Dónde? —preguntó.

—Ese es el problema —admitió—. No lo sabemos... —Chasqueó la lengua—.

Disponemos de radares para localizarlos, pero es imposible...

—¿Radares?

—Los vampiros tiene una temperatura corporal muy baja. Sobre los catorce grados. Esos radares nos permite encontrarlos. —Ella aceptó—. Pero aquí es imposible, llevamos más de un mes buscando su refugio, desde que desapareció la primera chica, y no damos con él.

—El parque es muy grande —afirmó ella.

—Ya, pero el tiempo se agota —pronunció con voz grave—. Necesitamos encontrarlos ya.

Ella se quedó pensativa, mientras notaba como la mano de Christopher paseaba sobre la suya acariciándola. Notó como un hormiguelo se desplazaba por todo su cuerpo.

—De acuerdo —susurró ella mientras apartaba la mano—. ¿Qué puedo hacer?

Christopher pestañeó repetidas veces.

—¿Hacer? ¿Tú?

—Sí, claro. Soy policía, ¿recuerdas?

—Eh, eh... espera —La cortó—. No quiero que te lo tomes a mal pero... no puedes hacer nada contra los vampiros.

—Claro que sí, algo podré hacer —respondió indignada—. Vale, escucha... —dijo poniendo un dedo por delante de él—. Antes me has dicho que los vampiros tienen predilección por las mujeres jóvenes...

—Ni lo pienses —volvió a cortarla mientras se le ensombrecía la mirada.

—Podría hacer de señuelo —reaccionó rápidamente—. No me importa —continuó mientras Christopher negaba—. Piénsalo. Si me capturan me llevarán a donde las tienen... podríais acabar con ellos.

—No, no es buena idea —pronunció alterado por lo que proponía.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no? —preguntó a la defensiva.

—Porque no me voy a arriesgar a perderte —pronunció señalándola, aunque no fue consciente de lo que decía hasta que lo dijo.

Ambos se quedaron en silencio, contemplándose.

Christopher tragó saliva sin apartar la mirada de ella. Seguramente aquel sería un buen plan, estaba bien pensado... pero siendo sincero no lo soportaría, a duras penas podía imaginárselo. Laurel se había convertido en alguien realmente importante para él, y a más horas que pasaba con ella más se convencía de que se estaba enamorando perdidamente.

Laurel se había quedado totalmente callada y quieta al escucharlo. Le había parecido atractivo desde la primera vez que lo había visto, pero el escucharlo decir aquello había logrado desarmar las pocas barreras que le quedaban frente a él.

Como si una corriente eléctrica los impulsase a los dos del taburete se pusieron en pie y se inclinaron sobre la barra para besarse. Ya se habían cansado de refrenar lo que sentían. Fue un movimiento excesivamente rápido, como si los dos hubiesen tomado aquella decisión en aquel momento, nada esperada.

Christopher rodeó su rostro con sus manos mientras buscaba sus labios con urgencia, una urgencia que no había conocido hasta ahora. Quizá fuese la adrenalina de las últimas horas, o el hecho de que ella quisiese exponerse de nuevo al peligro,

pero aquello lo había superado. Laurel se agarró a sus brazos mientras notaba sus labios calientes sobre los suyos. Ambos se besaban con desesperación, pero pese a ello, había ternura y delicadeza en sus labios.

—¡Venga ya! Jo... der...

Ambos se separaron de inmediato y se giraron. Scott permanecía petrificado bajo el marco de la puerta, con la mandíbula desencajada, totalmente en shock.

Christopher lo miró asombrado. Tan concentrado estaba en Laurel que no se había dado cuenta de que su compañero se encontraba allí. Miró de reojo a Laurel que lo observaba con una mueca avergonzada en su rostro.

Christopher intentó adoptar una postura relajada.

—Scott... no te había escuchado...

Scott lo miró con una ceja enarcada.

—¿No me digas? —bromeó.

—Sí... —sonrió algo tirante—. ¿Llevas mucho rato ahí?

—He llegado un poco antes de que te diera el calambre en el culo y saltases del taburete.

Christopher chasqueó la lengua.

—Ahhh... qué bien —volvió a bromear. Luego miró a Laurel que se sentaba lentamente, con la espalda muy erguida. Volvió la mirada hacia su compañero—. A Laurel le cuesta dormir y...

—Vale, venga... —reaccionó Scott mientras se giraba directamente para volver a su habitación—. Buenas noches

—Ya... oye... mmmm....

—Solo iba a beber agua. Mierda, tengo sed —Escuchó que decía Scott mientras entraba en su habitación.

—Pero si puedes venir y beb... —No continuó, pues escuchó que la puerta de su compañero se cerraba. Volvió la mirada hacia Laurel que permanecía con el rostro agachado y se encogió de hombros—. No tendrá tanta sed —intentó quitarle hierro al asunto.

Ella rio, aunque desde ahí podía intuir como sus movimientos eran nerviosos. Finalmente lo miró de reojo.

—Ya... je je... mmm... creo que yo también me voy a dormir.

Christopher la miró intrigado.

—No tienes porque irte. No pasa nada

—Ya, bueno... —comentó bajando del taburete con movimientos nerviosos. Ni siquiera lo miraba, parecía que lo evitase—. Creo que será lo mejor —acabó sonriéndole de una forma tímida.

Christopher ladeó su rostro hacia él.

—No tienes que preocuparte por...

Ella negó con su rostro mientras daba pasos hacia atrás.

—No me preocupo —pronunció mientras se rozaba el brazo—. Pero mañana hay que madrugar y...

—Ni siquiera tenías sueño —dijo mientras rodeaba la barra para acercarse a ella.

—Ya... —dijo sin dejar de retroceder—, pero hay que levantarse pronto para

idear un plan para encontrar a...

Él no dejaba de avanzar hacia ella, aunque aquella frase no le gustó y borró la sonrisa de su rostro.

—Tú no vas a idear nada...

—Ya, bueno... —dijo mientras colocaba un mechón de su cabello tras su oreja —, lo hablamos mañana, ¿vale?

Directamente se dio la vuelta y aceleró hacia la habitación sin esperar respuesta de él. Christopher se quedó estático en el salón, observando cómo se metía en la habitación apresurada. ¿Ahora se sentía intimidada porque un compañero suyo los pillase besándose? Christopher resopló y se pasó la mano por el cabello mientras se giraba para observar al sofá. Aunque bien pensado, si Scott decía algo a sus compañeros se lo iban a pasar en grande con él. La que le esperaba.

Fue hacia el sofá y miró el pasillo por donde Laurel se había marchado hacía pocos segundos. Se tiró en el y se pasó la mano por los ojos. La había besado, y lo cierto es que le había dejado con ganas de más. Si Scott no hubiese aparecido ahí en ese momento...

Rugió y golpeó la almohada con la mano mientras se giraba.

Maldito fuese su compañero y maldita fuese Laurel, le había dejado insatisfecho totalmente. Ahora, necesitaba más de ella.

No había dormido casi en toda la noche, a duras penas había pegado ojo. La transfusión acompañada de aquel beso le hacía tener la adrenalina por las nubes. A la que amaneció se dio una ducha y tras escuchar que algunos miembros de aquella división ya caminaban por los pasillos decidió salir de la habitación.

Avanzó a paso lento, desubicada, hasta que se quedó estática en medio del pasillo. Sabía quién era aquel muchacho que la observaba desde la puerta del comedor con una sonrisa pilla. Christopher le había llamado Scott, ¿no? Era el mismo compañero que los había pillado besándose aquella noche.

—Buenos días —canturreó Scott apartándose levemente para dejarle pasar.

—Buenos días —susurró avergonzada.

Tragó saliva y pasó a su lado ante la mirada intrigada de él. Lo primero que hizo fue fijar la mirada en el sofá donde Christopher había dormido. Había quitado las sábanas y la almohada como si nadie hubiese dormido sobre él y, ahora, varios de los compañeros y Christopher se encontraban en la barra de la cocina desayunando.

Scott se colocó a su lado cruzando los brazos.

—Vamos, ve a desayunar... no mordemos —le animó, aunque luego sonrió de una forma maliciosa—. Bueno, uno de nosotros sí.

Ella se lo quedó mirando y enarcó una ceja hacia él, ¿eso era una broma? ¿una insinuación de lo que había visto ayer?

—Eh, ¡ya se ha levantado! —gritó haciendo que todos sus compañeros desde la barra se girasen.

Laurel dio unos pasos hacia atrás intimidada pero Scott puso una mano a su espalda y comenzó a empujarla. Lo primero que hizo fue fijarse en que Christopher la observaba con una mirada sorprendida. Se giró hacia Alex y lo miró seriamente. Alex

permanecía con el móvil en la mano.

—Eh, vamos... al sofá —ordenó.

Alex despertó de sus pensamientos y lo miró sin comprender.

—¿Qué?

—Al sofá —volvió a repetir.

Lo miró como si no comprendiese aunque cuando vio que Laurel se aproximaba resopló y lo miró con cara de fastidio.

—Bufff... venga... pero si me voy a portar bien —Se quejó.

—Ya —intervino Nicholas—. Ya sabemos que te portas bien, pero puede haber un accidente, mejor evitarlo.

Alex se levantó a regañadientes del taburete y los miró con fastidio.

—Claro —ironizó—, ¿un accidente como que me haga un corte y le salpique desde aquí? No, no... espera... iré y me pondré a comer de su plato...

—Alex —repitió Nicholas con paciencia.

Alex resopló de nuevo y fue hacia el sofá mientras todos lo miraban sorprendidos.

Christopher se levantó y cogió un taburete colocándolo a su lado e indicándole que se sentase.

—Ammmm... ¿está enfadado? —preguntó Laurel observando a Alex que se había sentado y miraba el móvil con atención. Luego ladeó su rostro hacia él—. Ese chico me suena...

—Estaba ayer en el bosque —explicó mientras cogía una taza y le ponía café.

—Gracias —dijo cogiéndola—. ¿Es de los vuestros? —preguntó hacia el resto de la división que la observaban con una sonrisa.

—No precisamente —explicó Taylor. Luego alzó su mano hacia Dean que entraba por la puerta e iba hacia ellos—. ¿Café? —preguntó directamente.

Dean debía haber despertado hacía pocos minutos porque arrastraba los pies mientras se dirigía la barra y se sentaba.

—Es un lobo —explicó Christopher mientras le acercaba una bandeja con bollería.

Ella lo miró asustada.

—¿Un lobo?

—Sí, ya te lo expliqué ayer... —comentó encogiéndose de hombros ante la atenta mirada de todos—. ¿Qué? —preguntó hacia ellos sorprendido por aquellas miradas—. Pero si la atacaron unos vampiros... ya se lo he explicado todo...

Nicholas se pasó la mano por su rostro agobiado, aunque resopló cuando escuchó que Alex se incorporaba en el sofá y gritaba hacia ellos.

—Pero soy de los buenos, eh.

—Es mejor que no esté cerca cuando estás tú —explicó Christopher ignorando su último comentario—. El virus del lobo se transmite con mucha facilidad.

—¡No tanta! —Se quejó Alex—. ¡Tiene que haber sangre de por medio! Y voy con cuidado.

—Sí, sí... pero yo estoy más tranquilo —Se quejó Christopher—. Sé que eres de fiar, pero como dice Nicholas, a veces hay errores y...

—Ya, claro... —Se quejó de nuevo en el asiento dándole la espalda y volvió a

prestar atención al móvil—. Y eso que os ayudo en todo, eh.

Nicholas lo miró y puso los ojos en blanco.

—Ya habías acabado de desayunar y estabas con el móvil enviándote mensajes, ¿que más te da? —Luego lo miró intrigado—. Por cierto, ¿con quién hablas?

Todos pudieron apreciar como Alex ponía su espalda recta.

—No... mmmm... con... con la manada...

—¿Seguro? —preguntó Adrien levantándose de su asiento—. ¿Ahora todos tienen móviles?

—Que sí, que sí...

—¿No estarás hablando con tu amiguita esa, no? Ammmm... mmmm....

—Stella —dijo él girándose.

—Eso, Stella. ¿Estás hablando con ella?

Alex se puso en pie y sonrió nervioso.

—Ahhh... bueno... mmmm... a veces me pregunta cómo estoy —Y se encogió de hombros.

Todos suspiraron y Adrien realizó un largo suspiro.

—No tendrías que hablar con ella.

Alex se levantó enfurecido.

—¿Y por qué no? —preguntó extendiendo los brazos hacia ellos—. No puedo verla, no puedo hablar con ella...

—Es mejor para los dos —Le cortó Nicholas, aunque con una voz pausada—. Ya te lo dijimos...

—Claro, ¡para vosotros es muy fácil decirlo!

Adrien dio unos pasos al frente.

—¿No habrás quedado con ella, verdad?

Alex puso su espalda recta y durante unos segundos agachó su rostro como si estuviera intentando contener la compostura.

—No, no la he vuelto a ver desde... —Se quedó callado y los miró algo tímido.

—Desde que te pillamos haciendo manitas —dijo Christopher divertido a lo que Alex gruñó. Scott se giró hacia él y enarcó una ceja haciendo que Christopher pusiese su espalda recta. Mierda, mejor mantenerse callado, pues hasta el momento parecía que Scott no había explicado nada sobre lo que había visto la noche anterior.

—Oye, relájate... —Le previno Adrien con una mano hacia delante—. Lo que te decimos lo hacemos por tu bien.

—¡No!

Adrien ladeó su rostro hacia un lado.

—Tienes las hormonas revolucionadas....

Scott dio unos pasos hacia Christopher con una sonrisa maléfica.

—Y no es el único, eh, eh... —susurró mientras le daba un golpecito en el costado a su compañero.

Christopher lo miró enfadado y le devolvió el golpe más fuerte.

—Cállate —le susurró.

Taylor se giró hacia atrás y los miró de forma sospechosa.

—¿Qué pasa?

—Nada —reaccionó Christopher a toda velocidad.

Alex extendía los brazos hacia su cuñado.

—Yo no las tengo revolucionadas. Esa chica me gusta. ¡Me gusta de verdad! —gritó—. El problema es que vosotros no lo comprendéis —gritó cogiendo su móvil enfurecido, avanzando hacia el pasillo.

Adrien suspiró y dio unos pasos hacia él.

—Alex, vamos... ven... no te enfades... —pronunció en un tono amable.

Al momento el portazo que dio al entrar en la habitación de él y de su hermana les dejó patente que no estaba de humor.

Se giró hacia el resto de la división que permanecía consternados por la conversación y se pasó la mano por la nuca. Todos se sintieron mal al momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Melanie entrando por la puerta seguida de Sandra—. Hemos escuchado unos gritos.

Nicholas chasqueó la lengua y se volvió a sentar en su sitio.

—Alex no lleva muy bien lo de ser un bolo —comentó pensativo—. Es por lo de la chica esa que le gusta.

Melanie se giró para observar la puerta del cuarto de Adrien, donde suponía que Alex debía haberse encerrado.

—Voy a hablar con él —susurró Adrien, con voz entristecida.

Melanie se puso en medio cortándole el paso.

—Ya voy yo. No pasa nada —dijo con una sonrisa tranquilizadora. Fue hacia el dormitorio y antes de llamar a la puerta se giró hacia Nicholas—. Oye, ¿luego iremos a ensayar?

—Sí, después de comer iremos —le respondió.

Nicholas aún tardó unos segundos en centrarse. Todos le tenían un tremendo cariño a Alex, era un muchacho encantador, pero debían ir con cuidado con él. Sabían que su naturaleza era buena, pero él ya no era humano y eso conllevaba unas consecuencias.

Intentó centrarse y apartar de su mente aquellos pensamientos que le entristecían y miró directamente a Laurel que permanecía callada mirando de un lado a otro, como si no comprendiese nada.

—Supongo que Christopher ya te lo habrá dicho pero... todo lo que escuches y veas aquí es estrictamente secreto. —Ella asintió de inmediato—. Bien, vamos a ver... necesitamos un plan. —Sacó un pequeño mapa de la zona de Alberta señalando algunas ubicaciones con una cruz y lo colocó sobre la barra—. Las chicas secuestradas puede que no se encuentren en la zona de Alberta. —Luego miró a Laurel, que lo observaba realmente sorprendida porque fuese a hablar de aquello ante ella—. Tú eres de aquí de toda la vida, ¿no?

—Sí.

—Necesitamos encontrar el sitio donde las tienen escondidas...

Ella afirmó y levantó una mano como si pidiese permiso para hablar.

—Ayer se lo comenté a Christopher. Tengo un plan...

—Oh, no... ni hablar —rugió él cogiéndola del brazo.

—Quita —reaccionó soltándose—. Puede funcionar —gritó hacia él.

—No, te dije que no. —Luego miró a Nicholas—. No —volvió a repetir.

Laurel resopló y se giró hacia Nicholas.

—Los vampiros buscan la sangre de una mujer ante todo, ¿verdad? —Nicholas aceptó.

—Te he dicho que no, que te olvides de ese dichoso plan... —volvió a amenazar Christopher.

—A mí me cogieron ayer, así que entiendo que les atrae mi sangre...

—¡Ni si quiera es buen plan! —le interrumpió extendiendo los brazos hacia ellos para disuadirlos.

—Christopher, por favor... —ironizó Nicholas—, déjala hablar. Yo decidiré si es un buen plan o no.

Christopher lo asesinó con la mirada directamente y tensó sus músculos.

—Así que he pensado que me podría dejar atrapar. Si me ponéis un GPS podéis seguirlos y os conducirán hasta...

—No —interrumpió Nicholas—. No es buen plan. No podemos arriesgarnos a tener otra víctima.

Christopher suspiró aliviado ante la mirada sorprendida de todos, incluso se llevó la mano al pecho como si intentase calmar sus palpitaciones.

—Menos mal —susurró.

—Si los vampiros te atrapan y por alguna razón te perdemos el rastro no podríamos encontrarte. Es muy peligroso —continuó Nicholas—. Pero muchas gracias por ofrecerte.

Ella asintió apretando los labios, aunque cuando giró su rostro se encontró con la mirada furiosa de Christopher.

—Haremos lo que estamos haciendo todos los días. Perímetro a todas horas. —Giró su rostro hacia Christopher y Laurel que ambos se miraban fijamente—. Vosotros dos acudid a comisaría e informarnos de cualquier cosa. El resto —volvió la mirada hacia sus compañeros—, inspeccionad las zonas más apartadas. Adrien, dile a la manada que se aleje e inspeccione zonas más alejadas.

Todos se pusieron en pie para cumplir las órdenes que le habían dado. Christopher cogió del brazo a Laurel, con cierto enfado, dirigiéndose hacia la puerta. Maldita muchacha, menos mal que su jefe tenía más cordura que ella.

Observó de reojo como sus compañeros iban a sus respectivas habitaciones mientras él conducía a Laurel a la puerta de salida.

Nada más pasar bajo el marco de la puerta el viento los echó atrás. Suerte que Christopher aún la mantenía sujeta porque si no hubiese caído al suelo de culo.

Se notaba que estaba furioso por lo que ella había propuesto pero, ¿qué iba a hacer ella? Necesitaba encontrar de forma desesperada a su amiga y al resto de chicas.

Laurel intentó soltarse mientras atravesaban el jardín, pero Christopher la sujetaba con fuerza.

—Haz el favor de soltarme —gruñó mientras se removía. Finalmente lo consiguió antes de ponerse ante la puerta del copiloto.

Christopher colocó la mano en el estómago de ella y la empujó hacia la puerta del todoterreno, aunque de forma delicada. Sí, desde luego estaba muy enfadado, muchísimo.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó él acercándose de forma excesiva.

Estaba claro que quería intimidarla.

—No, que estás haciendo tú —respondió ella con el mismo tono, mirando la mano con la que la mantenía contra la puerta.

Christopher señaló hacia la casa de forma furiosa.

—¡Ya te dije esta noche que aquel no era buena plan! —exclamó—. ¿Se puede saber qué tienes en esa cabecita tuya?

Ella apretó los labios con rabia y le medio empujó para conseguir algo de espacio, pero Christopher no se movió ni un centímetro del sitio.

—Quiero ayudar —exclamó ella—. Y si esa es la única forma de encontrar a...

—¡Ahhhhh! —exclamó desquiciado, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Es que no has visto de lo que son capaces? Si no llego a estar yo hubieras acabado muerta —pronunció con furia—. ¿Qué pretendes? ¿Que te cojan otra vez? ¿Arriesgar tu vida?

Ella lo escudriñó con la mirada.

—¿Para salvar a Edith y al resto de chicas? ¡Sí! —gritó.

Aquella respuesta lo desquició más aún y se pasó las manos por el cabello nervioso, removiéndose.

Colocó un dedo en el pecho ella, marcándola.

—Eres un peligro —gruñó.

Ella golpeó su mano para apartarla haciendo que Christopher apretase más su mandíbula.

—Eh, que yo sepa tú no eres el jefe aquí...

—¿Qué? —preguntó impresionado.

—El jefe es Nicholas...

—Pero es mi jefe —Se señaló el con el dedo—. No el tuyo...

—Eso da igual —dijo gesticulando excesivamente—. Es un buen plan, un plan fantástico...

—Es una mierda de plan, Laurel. No sabes lo que estás diciendo...

—¿Que no sé lo que estoy diciendo? —preguntó desquiciada—. Y tanto que lo sé.

—No, no lo sabes. ¿Es que no tuviste bastante ayer?

—Eh, ayer no sabía lo que ocurría, ahora sí. Ahora estoy prevenida...

—Oh, cállate —Le cortó.

—Podría ir preparada... y además...

—Calla —gruñó colocándose frente a ella, intentando imponerle, pero aquello parecía que le daba igual a ella. Era obvio que la paciencia se le estaba agotando.

—Vosotros podríais seguirme, podríais encontrar la guarida donde las tienen apesadas y...

—No digas más. Última advertencia —Le amenazó.

—Y salvarlas —continuó ella sin hacerle caso—. No me pasaría nada. Estaría vigilada por vosotros y podríais actuar si...

Christopher no lo soportó más. Dio un paso al frente aplastándola contra el coche y bajó sus labios directamente hacia los suyos. Si no se callaba con sus peticiones la haría callar de otra forma.

Paseó sus labios de una forma agresiva sobre los suyos. Aquella mujer le había

encendido en cuestión de minutos. ¿Es que acaso no tenía bastante con la experiencia que había vivido ayer? ¿Es que no se daba realmente cuenta del peligro que pretendía correr?

La cogió por la cintura estrechándola contra la puerta del copiloto. Aunque había comenzado de una forma bastante agresiva el contacto con aquellos labios calientes y dulces le hizo calmarse. Notó como los latidos de su corazón descendían y como sus músculos se destensaban.

Laurel no se resistió. Al principio pareció sorprendida por su reacción pero pronto colaboró con el beso y comenzó a alzar sus manos hacia su cuello cuando...

—¿En serio? —Escucharon un grito. Ambos giraron su rostro hacia el lado—. ¿Otra vez? —preguntó Scott desquiciado con la mandíbula desencajada—. ¡De verdad que no hay quien os entienda! —gritó como si estuviese enfadado.

Ambos se separaron de golpe, justo cuando Christopher alzó la mirada para ver que sus compañeros salían de la casa, ajenos a los que decían. Debía intentar frenarse o acabaría besándola delante de todos.

Christopher sonrió a su compañero de una forma incómoda.

—Y ya van dos —continuó Scott como si le echase bronca, parecía incluso él más cortado que la pareja.

—Ya, eres muy oportuno siempre —ironizó Christopher mientras cogía a Laurel por el brazo para separarla de la puerta y abrirla.

—Quizá si no fueses tan exhibicionista... —le susurró Scott mientras se dirigía al otro todoterreno.

—Cállate —susurró a modo de orden mientras Laurel se acomodaba en el asiento, con la mirada tímida y cerraba la puerta con un portazo.

—¿O qué? ¿Me harás callar como a ella? —preguntó con una sonrisa picajosa.

Aquella frase le hizo detenerse en la acera y observarlo con una ceja enarcada, mientras el resto de sus compañeros salían por la puerta hacia el todoterreno que se encontraba tras el que había subido a Laurel.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

Scott lo miró sin comprender.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañado, luego abrió los ojos sorprendido—. No me dirás que es tu nueva estrategia para hacerla callar, ¿verdad?

Nicholas llegó al todoterreno y colocó una mano en el hombro de Taylor.

—¿Conduces tú? —Taylor asintió y se subió en el asiento del conductor—. Christopher, ¿aún estás aquí? Va, saca el todoterreno —ordenó—. Tenemos que salir.

Christopher y Scott se miraron durante unos segundos. Scott tenía en ese momento una mirada bastante pilla. Le señaló con una clara advertencia de que no hablase sobre lo que había visto, aunque Scott le respondió con un gesto como si estuviese indeciso. Obviamente le estaba tomando el pelo, pero aquello desquició a Christopher que rodeó el todoterreno y se subió al asiento del conductor con un portazo.

Edith gateó sobre el hielo, con la respiración acelerada y el corazón latiendo a una velocidad desorbitada. Al menos, los últimos días no se habían alimentado de ella, pues se habían abastecido de sus otras compañeras dejando que ella recuperase la sangre perdida para poder volver a alimentarlos más tarde.

Aunque su cuerpo aún se encontraba excesivamente débil se notaba con algo más de vigor, al menos, podía dar algún paso sin caer.

Miró hacia atrás mientras se arrastraba sobre el hielo y se quedó totalmente quieta cuando escuchó movimiento tras la enorme columna de hielo.

Durante los últimos días no se había movido del rincón donde la habían dejado por primera vez, pero aquello, le había servido para conocer los movimientos de sus secuestradores. Aunque a esa zona de la cueva no entraba mucha claridad, si lo hacía lo suficiente para saber que en ese momento aún había algo de sol en el exterior.

Sabía que en aquellas horas los vampiros no se movían mucho por su zona, donde las mantenían a las tres, aunque no mediaba prácticamente palabra con ellas por miedo, solo miradas asustadas cuando la tenue luz que llegaba hasta esa parte de la cueva se lo permitía.

Sabía hacia donde debía dirigirse, pues frente a ella el hielo se iluminaba, sin embargo, tras ella cada vez había más oscuridad, y sabía que en esa oscuridad es donde habitaban los vampiros. Moriría si se quedaba allí, así que la única forma de salvarse y salvar a sus compañeras era intentar una huida, pero era conocedora de la agresividad y los rápidos movimientos de ellos y, aquella huida, podía ser mortal si no lo conseguía.

Se quedó estática mientras observaba como a través de la columna de hielo se reflejaba la silueta de uno de los vampiros, caminando de un lado a otro, vigilante.

Tragó saliva y miró de nuevo al frente mientras se arrastraba intentando ser lo más silenciosa posible, mientras intentaba que los gritos de dolor no se escapasen de su boca. Notaba todo el cuerpo congelado, las palmas de las manos, las piernas, la barriga... totalmente heladas, incluso quemadas por el hielo.

Tuvo que contener un gemido cuando colocó las dos palmas de las manos en el hielo para hacer fuerza y resbalar sobre el, deslizándose. Jamás había sentido un dolor tan intenso como aquel.

Por lo que había visto, aquellos seres solo acudían a su zona cuando había casi una total oscuridad, sabía que la luz los mataría, si conseguía llegar a una zona soleada estaría a salvo.

Volvió a desplazar su cuerpo despacio, sin apartar la mirada de la siguiente columna de hielo hacia donde se dirigía, tras ella, la cueva giraba a la derecha creando un túnel de hielo y, al final, estaría su salvación, pues la luz venía de aquella dirección.

Necesitaba salir como fuese de allí, pues sabía que aquella noche ella sería su cena.

Sin poder evitarlo giró su rostro hacia su compañera, hacia aquel bulto encogido que permanecía inconsciente al otro lado de la estancia.

Debía salir de allí como fuese y poner en sobre aviso a toda la población, y así, salvarlas a ellas también.

Se desplazó de nuevo sobre el hielo mientras miraba con ojos cargados de terror hacia atrás, hacia aquella silueta que aparecía tras el hielo, difuminada y oscura, y se apoyó contra la siguiente columna. No apartó los ojos de aquella sombra mientras intentaba ponerse en pie sin caer, sin resbalar.

Hacía días que no estiraba las piernas, notaba los músculos atrofiados, como si no fuesen capaces de aguantar su peso. Se sujetó al hielo notando como este volvía a quemar las palmas de sus manos mientras apretaba los dientes para no gritar.

Era ahora o nunca, no creía que los vampiros la dejaran viva para la siguiente noche, y si acababan con su vida irían a por otra joven del poblado. Debía intentar salir como fuese, de todas formas, ella ya estaba muerta si se quedaba allí, pero por el contrario, si intentaba huir quizá tuviese alguna oportunidad.

Centró la mirada al frente, en la suave claridad que aparecía tras la esquina y sin pensarlo más avanzó en aquella dirección haciendo el menor ruido posible, intentando que el hielo no crujiese bajo sus pies, pues sabía que cualquier sonido los alertaría. Caminó despacio, sin querer girarse hacia atrás para observar, con una sola meta en su mente. Debía llegar hasta esa esquina y, una vez allí, correr hacia su salvación, aunque sabía que a los vampiros les bastaría un solo segundo para llegar hasta ella confiaba en encontrar algo de luz que la protegiese.

Notó el corazón palpitando a una velocidad desconocida para ella, como una gota de sudor frío provocada por los nervios descendía por su mejilla. Podía asegurar a que si la encontraban intentando huir, no esperarían ni a esta noche para matarla.

Llegó hasta la esquina y en ese momento decidió echar la vista atrás. Lo primero que hizo fue mirar aquella silueta, que por lo que intuía, estaba de espaldas a ella, y luego su mirada voló directamente hacia su compañera inconsciente. La dejaba sola, a la total merced de aquellos sanguinarios vampiros, pero si lograba escapar volvería a por ella y la salvaría. Era la única esperanza que tenían.

No lo pensó más y avanzó por el túnel de hielo, aunque la claridad aún era muy tenue y sabía que los vampiros podrían seguirla hasta allí se obligó a ir despacio para no alertarlos, pues hasta ahora le había funcionado.

Fue girando por el pequeño pasillo formado por el hielo. Notó como la piel se le ponía de gallina cuando identificó manchas de sangre sobre este, seguramente la sangre de ella y de sus compañeras cuando las habían traído hasta allí. Aquella era la peor pesadilla que podría haber imaginado. Se observó el corte de la pierna, aunque le seguía doliendo era más soportable.

Giró un poco más y en ese momento se le paralizó el corazón. Aunque ya no era pleno día, pues debía ser sobre las cuatro de la tarde, podía ver como varios metros por delante que la luz era más intensa y, al final de aquel túnel de hielo, había una pequeña abertura desde donde podía identificar la cima de una montaña. Lo cierto es que sería imposible encontrarlas en aquel lugar. El acceso a la cueva era un pequeño agujero en la roca, e incluso se obligaba a caminar agachada por el pequeño pasillo circular que atravesaba. Se obligó a entrecerrar los ojos cuando la claridad se hizo un

poco más intensa, pues le molestaba, había pasado demasiados días en aquella oscuridad.

Unos cuantos metros más y aquella claridad la protegería. Notó como los ojos se le humedecían cuando pudo identificar el cielo nublado a través del pequeño agujero, aunque al momento se detuvo cuando escuchó como la nieve crujía bajo sus pies. Bajó un segundo su mirada para observar. Hasta ese momento solo había hielo, pero al acercarse a la salida la nieve lo invadía todo. Notó como se quedaba sin respiración cuando comprendió qué significaba aquello. Aquel diminuto crujido de la nieve podía alertarlos a todos. No tardó más que unos pocos segundos en escuchar el alarido del vampiro al ser consciente de la fuga de una de sus prisioneras.

No esperó a verlo aparecer por aquel tubo de hielo. Comenzó a correr desesperada hacia la luz, hacia ese pequeño agujero que representaba su salvación mientras los gritos se hacían más patentes y cercanos.

El agujero estaba un poco elevado, debía trepar una pequeña montaña de nieve, pero aquella zona ya estaba lo suficiente iluminada para que ellos no pudiesen acercarse. Si llegaba hasta allí podría escapar.

El grito del vampiro sonó agudo, rebotando en las paredes de hielo y llegando hasta ella haciéndole petar casi los tímpanos.

Se giró sin dejar de correr, exprimiendo sus fuerzas al máximo para observar como la silueta del vampiro derrapaba al final del pasillo y salía despedido hacia ella.

Gritó y resbaló sobre la nieve cayendo sobre ella, pero no se quedó quieta, comenzó a gatear desesperada, mientras los gemidos de terror se alternaban con los de esfuerzo.

—¡Ayuda! —gritó desesperada mientras se arrastraba hasta la montaña de nieve que precedía al agujero por donde podría salir—. ¡Socorro! —continuó mientras clavaba sus pies y sus manos en la nieve para subir hacia el agujero.

Giró su rostro para ver como el vampiro llegaba hasta ella. Se echó sobre la nieve trepando con fuerza, subiendo el primer metro justo cuando el vampiro llegó, pero al segundo retrocedió mientras un grito de dolor lo invadía.

Edith se quedó quieta observándolo. Al momento aparecieron cuatro más junto a él, todos mirándola sedientos de sangre. Observó como retrocedían levemente con alaridos, pues la luz que reflejaba la nieve les impedía acercarse el metro que los separaba. Hubiese bastado que estirasen un brazo para poder agarrar su pierna, pero por suerte había conseguido llegar a una zona suficiente elevada para que la luz que se reflejaba pudiese dañarlos o matarlos.

Gimió y notó como las lágrimas resbalaban por su mejilla, en parte de alivio y en parte motivadas por los nervios, pues si hacía un paso en falso y resbalaba caería justo sobre ellos y en ese momento perdería la vida.

Clavó con fuerza sus pies en la nieve y con un grito de dolor introdujo sus manos en ella para sujetarse bien, como si se tratasen de herramientas para trepar. El dolor fue intenso, pues podía notar cómo se congelaba su carne e incluso se agrietaba, pero lo importante era salir con vida de allí.

Miró hacia arriba, a pocos metros estaba su salvación. Debía darse prisa, pues por lo que intuía no debía quedar mucho rato de sol. Debía alejarse lo máximo posible de aquella zona e intentar llegar al poblado más cercano para avisar de lo

ocurrido.

Comenzó a trepar la montaña de nieve mientras el dolor la traspasaba y escuchaba los gruñidos de los vampiros tras ella, esperando un movimiento en falso para atraparla.

Cuando finalmente se sujetó a la roca y pudo extraer parte de su cabeza por la obertura se quedó totalmente petrificada. Un grito salió de lo más profundo de su ser, ¿dónde se encontraba?

Debían estar muy altos, pues ante ella se encontraban los picos de otras montañas. Se sujetó con fuerza y extrajo parte su tronco por la obertura. Había una pendiente extrema, a duras penas podría caminar por allí sin caer, pero los gritos de los vampiros tras ella le hicieron ser consciente de que si no se arrojaba en ese preciso momento moriría. Miró directamente hacia el sol, escondido tras las espesas nubes blancas que amenazaban con descargar otra potente tormenta de nieve. Dudaba que le quedase más de una hora de sol.

No lo pesó más, extrajo su cuerpo por el estrecho agujero mientras los alaridos de los vampiros se tornaban más agresivos y se lanzó por la pendiente de nieve.

El golpe fue intenso pero, ¿que importaba un poco más de dolor si con ello conseguía mantenerse con vida? Rodó varios metros hacia abajo, sin control, sobre la nieve dura, cayendo hacia el vacío sin poder controlarlo, incluso perdiendo la noción del espacio, hasta que pudo controlar sus piernas, clavarlas en la nieve y detener poco a poco la caída.

Se quedó tendida sobre la nieve unos segundos, pues se encontraba mareada y aturdida tras los giros descontrolados, pero no bastaron más que unos cuantos para que se pusiese de rodillas y mirase hacia arriba. La caída había sido larga, por lo que había puesto bastante distancia con aquella cueva.

El silencio en aquella zona era atroz, jamás había escuchado un silencio tan intenso. Notó como un escalofrío recorría su cuerpo cuando el viento helado chocó contra ella trayendo la nieve de la montaña. Lo primero que hizo fue mirar alrededor. No sabía dónde estaba, tenía claro que en la zona de las montañas Rocosas pero, ¿dónde? ¿Hacia dónde dirigirse? Y luego estaba el problema de las horas de sol. Por la posición de este dudaba si quiera que le quedase una hora. Debía correr y alejarse lo máximo posible de allí, pues sabía que lo primero que harían a la que la oscuridad se lo permitiese sería ir en su búsqueda.

Se puso en pie temblando y comenzó a avanzar con desesperación por la cuesta, pero caminar sobre la nieve era difícil, pues sus pies se hundían en esta y le hacían mantener un paso lento.

Centró su mirada en el bosque que había en la lejanía. Si bajaba aquella enorme pendiente y atravesaba el claro iría a parar a un frondoso bosque. Necesitaba llegar hasta allí, pues en aquella zona estaba totalmente expuesta.

Decidió sentarse sobre la nieve y dejarse resbalar sobre ella, pues iría mucho más rápida y, aunque acabaría con el trasero y la espalda totalmente congelada bien merecía la pena.

Tardó varios minutos, más de los que esperaba, en llegar hasta la falda de la montaña. Comenzó a correr por el descampado cubierto de nieve, echando la vista atrás, hacia el pico de aquella montaña por la que había descendido y donde había

pasado los peores días de su vida. Necesitaba poner la distancia suficiente con ellos para huir, pero las fuerzas la abandonaban y cada paso era un verdadero suplicio, pues notaba las palmas de sus pies totalmente congeladas. El dolor era prácticamente insoportable. Notaba como si sus pies estuviesen congelados y a cada paso que diese una grieta se abriese en su carne.

Aún así no dejó de correr, pues cada vez el sol desaparecía más en el horizonte y sabía que en cualquier momento saldrían en su búsqueda.

—¡Ayuda! —gritó desesperada—. ¡Socorro!

Sabía que nadie habría por allí, pero era lo único que le quedaba.

Cuando pasó al lado del primer árbol del frondoso bosque no se sintió más segura, al contrario, allí había más oscuridad. Echó la vista atrás una última vez, observando aquella montaña y, finalmente la perdió de vista cuando los matorrales y los árboles la ocultaron tras ellos.

Corrió sin detenerse si quiera a respirar. Perdió la noción del tiempo mientras rodeaba árboles pidiendo auxilio, mientras notaba como sus piernas comenzaban a fallar. Eran demasiados días sin alimento, sin agua, muerta de frío y medio desangrada. No entendía si quiera como podía dar un paso delante de otro, lo único que tenía claro es que quería vivir, y aquello, su afán de supervivencia, era lo que le hacía avanzar sin tregua.

Saltó sobre un pequeño riachuelo medio congelado y justo en ese momento perdió el equilibrio cayendo. Notó como chocaba contra la nieve helada y se golpeaba la cabeza. Se quedó durante unos segundos aturdida, respirando profundamente para recuperar el aliento tras la carrera, pero cuando elevó su mirada al frente lo que vio le hizo gemir. El sol. El sol comenzaba a esconderse tras unas altas montañas oscureciendo la ladera que aparecía frente a ella.

Sollozó mientras se ponía de rodillas y miraba hacia atrás con temor, pues sabía que en cualquier momento saldrían en su búsqueda. El sol se escondía por segundos y la oscuridad de la noche iba ganando terreno a cada minuto. Miró de un lado a otro desesperada, por allí no había nadie, ningún poblado, ninguna persona que pudiese garantizar su protección.

—¡Ayuda! —gritó desesperada mientras se ponía en pie y comenzaba a correr de nuevo, apartando las hiervas que crujían al estar congeladas y las lágrimas de desesperación bañaban su rostro.

No lo conseguiría, no conseguiría ponerse a salvo antes de que la oscuridad se adueñase de todo, de hecho, muchas de las zonas ya estaban en penumbra y el resto no tardarían más que pocos minutos.

Siguió corriendo hasta que un grito le hizo detenerse en seco. Supo lo que era. Vampiros. Miró hacia atrás con terror, observando la oscuridad que reinaba en toda aquella zona, pues las altas cimas bloqueaban el sol en los valles.

Gritó y siguió corriendo mientras los gritos agudos invadían el bosque oscuro. Iban a por ella, en cuestión de segundos se le echarían encima y clavarían sus colmillos en su cuerpo. Ahora estaba segura, moriría.

Los gritos, cada vez más cercanos, le hicieron ser consciente de que no tenía escapatoria, la encontrarían, solo era cuestión de tiempo.

Echó su mirada hacia atrás comprobando como en la lejanía varias sombras se

movían entre los árboles. Ahí estaban, acechándola, acercándose a gran velocidad.

Echó su vista al frente, hacia ese sol que en ese momento desaparecía tras la montaña. Ahí acababa todo.

Recordó a su madre, a su novio, a su amiga Laurel... Seguro que todos la habían buscado, pero ninguno sabría realmente cuál había sido la causa de su desaparición, de hecho, ni siquiera estaba segura de que encontrasen su cuerpo alguna vez. Lo único que pedía es que fuese rápido, no agonizar.

Dio unos pasos más y se detuvo en seco cuando la silueta del vampiro se materializó ante ella. Era alto, con su tez blanquecina y sus enormes colmillos asomando entre sus labios.

Gimió mientras daba unos pasos hacia atrás pero se detuvo cuando comprobó que varios vampiros más se materializaban tras ella. Rodó sobre sus pies mirando a los cuatro vampiros que la observaban de una forma agresiva.

Ya no había vuelta atrás. Ahí acababa todo.

El primer vampiro que le había cortado el paso la sujetó del cuello con un movimiento excesivamente rápido estrellándola contra un árbol.

Se acercó a ella mientras Edith sollozaba y se sujetaba a aquella carne dura y fría, notando como le faltaba el oxígeno.

—¿Pensabas que ibas a escapar de nosotros? —preguntó el vampiro a escasos centímetros de sus labios.

Sí, eso imaginaba, o al menos, eso esperaba. Poder vivir una vida tranquila, sin preocupaciones... como había hecho hasta hacía escasos días. Ni siquiera pudo responder, pues aquella mano se adhería a su cuello comprimiéndole, sin permitirle si quiera el paso de oxígeno.

El vampiro miró a uno de ellos.

—Dile a Vincent que la hemos encontrado —pronunció con voz grave—, pero muerta.

El vampiro comenzó a reír mientras aceptaba y desapareció.

—Parece que hoy tendremos que ir a buscar más alimento, con esta se nos acaban las reservas —continuó el vampiro volviendo la mirada hacia ella.

Edith intentó patearle como último recurso, pero ni quiera llegó a tocarlo. Aflojó su mano soltándola, dejándola caer sobre la nieve y se agachó a su lado mientras pasaba la mano por su hombro, sobre las marcas de los dientes.

Sonrió a sus compañeros y les instó a que se acercasen.

—Venid, la compartiremos entre los tres.

Edith ni siquiera gimió, pues ya sabía lo que ocurriría. Elevó su mirada hacia el cielo, en ese momento fue consciente de que no se veían las estrellas, que las nubes lo tenían totalmente cubierto. Le hubiese gustado ver el cielo por última vez. Cerró los ojos mientras un suspiro salía de lo más profundo de su ser. No lucharía, no conseguiría nada, solo postergar el sufrimiento.

El vampiro la rodeó en un segundo y con un brusco movimiento ladeó su cuello sujetando su cabeza hacia un lado para darle vía libre. En ese momento Edith gritó. Notó el aliento frío del vampiro sobre su piel, como sujetaba con fuerza su cabeza hacia un lado para que no se moviese mientras con el otro brazo rodeaba su cintura.

Notó como los colmillos comenzaban a clavarse en su carne cuando salió

despedida hacia atrás, sin comprender lo que ocurría, pues tenía los ojos cerrados.

Se golpeó contra el tronco del árbol y cayó notando como le faltaba la respiración y la vista comenzaba a nublarse. Se echó sobre la nieve intentando mantener la consciencia, mientras una niebla aparecía ante sus ojos quitándole parte de la visión. Los rugidos de algún animal se hicieron presentes en aquella zona. La falta de oxígeno y los golpes la mantenían aturdida pero pudo ver con claridad como los vampiros salían despedidos hacia los lados, alejándolos de ella y, como un enorme lobo se colocaba a su lado. No entendía nada, pero ni siquiera iba a preocuparse por ello.

Cerró los ojos y se dejó llevar a aquel mundo donde no había sufrimiento, donde ya no había dolor ni miedo.

Alex se arrodilló al lado de Edith mientras sus compañeros lobos acababan con los vampiros y se quedó observándola. Estaba seguro de que aquella chica era la amiga de Laurel, pues había visto su fotografía por el poblado colgada.

Elevó su mirada hacia Aaron que se acercaba a él con paso lento mientras se limpiaba las manos sobre el trozo de pantalón que le había quedado, pues el resto de la ropa estaba destrozada tras convertirse en lobo.

—Creo que es Edith —pronunció Alex emocionado.

—Cuidado, no te acerques mucho. Tiene heridas —Le previno.

Alex se alejó de inmediato al ser consciente, si se ponía en contacto con su sangre la transformaría.

—Sí, mejor me alejo o si no mi cuñado me mata —pronunció en broma, aunque sabía que aquello tenía parte de cierto.

Aaron miró de un lado a otro mientras parte de su manada se acercaba, aunque ninguno sin dar un paso hacia la muchacha que permanecía inconsciente sobre la nieve.

—¿Es la chica que había desaparecido? —preguntó uno de ellos sorprendido.

—Sí, creo que sí —respondió Alex hacia él, realmente emocionado—. Veis, os dije que era buena idea venir por esta zona.

Aaron puso los ojos en blanco y miró a su amigo.

—Llama a Nicholas o a Adrien y explícale lo ocurrido. Que vengan aquí, nosotros no podemos tocarla y hay que sacarla de esta zona cuanto antes.

—¿Está muerta? —preguntó otro de los lobos nervioso acercándose, ya transformado en humano mientras se agachaba sobre la nieve para limpiarse las manos de sangre.

—¡No puedo tomarle el pulso! —respondió Alex de los nervios.

Aaron se acercó acelerado, empujando levemente a Alex y se fijó en la muchacha.

—Su pecho se mueve, respira. Solo está inconsciente.

Alex asintió mientras se fijaba en sus compañeros medio desnudos, solo con algunos trozos de tela sobre su cuerpo.

—También os dije que os compraseis pantalones elásticos —bromeó mientras echaba mano al bolsillo de su pantalón y extraía el teléfono.

Aaron lo miró con burla.

—¿Sabes? Me estaba tronchando de la risa mientras veníamos hacia aquí y te

veía correr a cuatro patas con los pantalones puestos.

Alex sonrió con más fuerza hacia él mientras llevaba el teléfono a su oído, haciéndoles a todos conscientes de su medio desnudez.

—¿Y quién se ríe ahora, eh? —ironizó mientras le guiñaba el ojo haciendo que el rostro de Aaron se tornase serio.

—Ya... —dijo Aaron mirándose a sí mismo y a sus colegas—. Dile a la división que nos traiga algo de ropa. —Y chasqueó la lengua con algo de fastidio—. El resto... —continuó mirando a sus compañeros—, formad un perímetro de seguridad alrededor de ella. Me parece que hay más vampiros por la zona y el olor a sangre los atraerá —dijo mirando a Edith—. Si alguno se acerca, matadlo directamente.

Nicholas se agachó al lado de Edith y palpó su cuello. La zona donde se encontraban y a la que habían llegado gracias a la ubicación que les había enviado Alex estaba a poco más de dos horas en coche de Banff. Ellos habían llegado en una hora y cuarto. Scott era un temerario al volante.

—Tiene el pulso muy acelerado —dijo a sus compañeros que se encontraban en actitud vigilante, mirando de un lado a otro, comprobando como los lobos se vestían con las ropas que le habían traído—. Adrien, ¿Christopher está en la comisaría aún?

Adrien entregó la última camiseta a uno de los lobos y se giró hacia él.

—Sí, lleva todo el día allí con Laurel.

Nicholas aceptó mientras pasaba un brazo por debajo de las piernas de Edith y otro por su espalda, elevándola. La chica ni siquiera se quejó o movió, pues permanecía inconsciente.

—Hay que avisarle para que vayan a casa y preparen la enfermería —indicó.

Dean fue hasta ellos y sujetó la cabeza de Edith que permanecía hacia abajo.

—Necesitará una buena transfusión de sangre —dijo Dean.

Nicholas aceptó mientras se dirigían a un paso apresurado hacia el todoterreno.

—Hay que darse prisa —pronunció con urgencia mientras Taylor abría la puerta trasera del todoterreno para ayudar a su jefe desde el otro lado y acomodar a Edith. La depositó con cuidado sobre el asiento trasero y salió del vehículo—. Dean, encárgate de controlarla.

Dean se subió a la parte trasera, sentándose y colocando la cabeza de ella sobre sus piernas para poder controlar su pulso de vez en cuando.

Nicholas se giró hacia los lobos que los seguían de cerca, mientras se dirigía a la puerta del copiloto y Scott iba al asiento del conductor.

—¿Había muchos vampiros? —preguntó a Alex.

Alex negó mientras acababa de ponerse la chaqueta que su cuñado le había traído.

—Creo que tres, ¿verdad? —preguntó girándose a Aaron.

—Sí, eran tres —contestó acercándose a ellos—. No han acudido más.

Nicholas asintió y miró de un lado a otro.

—Buen trabajo —Les felicitó—. Pero necesito un favor más... —Todos los lobos se giraron hacia él esperando las órdenes, como si ni siquiera se cuestionasen el no obedecerlas—. Revisad esta zona a fondo. Aquí los radares no sirven con esta

temperatura y Edith ha tenido que estar en algún sitio recluida todos estos días. Estoy seguro de que ese lugar está cerca.

Todos afirmaron.

—Íbamos a ello ahora —indicó Aaron de buena gana.

Nicholas miró a Adrien directamente y le indicó con un movimiento de rostro hacia los lobos.

—Adrien, Taylor... quedaros con ellos y revisad la zona a consciencia. Aún hay un par de chicas más desaparecidas.

Ambos afirmaron mientras se acercaban a los lobos.

Taylor miró con contundencia a su jefe.

—Si están por aquí, los encontraremos.

Nicholas asintió mientras se subía al asiento del copiloto y cerraba la puerta. Miró hacia atrás donde Dean estaba tomando el puso a Edith y Scott encendía el todoterreno.

—Directos a casa y... acelera.

21

No habían cruzado casi palabra alguna durante todo el día y a duras penas intercambiado alguna mirada desde que habían llegado a comisaría aquella mañana. ¿Qué les estaba ocurriendo? Laurel le atraía, sería un iluso si no lo admitiese.

Durante el resto del día se habían limitado a investigar las otras desapariciones, por si pudiesen ubicar algún lugar en aquellas montañas y, ahora, a las seis de la tarde, se notaba bastante exhausto. Aquellas últimas noches habían sido de locos, necesitaba una buena cura de sueño para poder estar al cien por cien.

Se quedó observándola mientras tecleaba en el ordenador, en la mesa justo frente a ella. Realmente era preciosa, y lo único que le apetecía desde que había probado aquellos labios era volver a besarlos. Quizá, lo mejor, sería aclarar aquella situación, pues podía intuir como ella también tenía algún gesto nervioso hacia él.

Miró a sus compañeros policías que llegaban en aquel momento tras pasar todo el día escudriñando el bosque. Se armó de valor y echó su cuerpo hacia delante para hablar con ella.

—¡Eh! ¿Habéis escuchado lo de China? —preguntó Michael acercándose a ellos.

Ambos desviaron la mirada en su dirección.

—¿China? —preguntó Laurel sin comprender.

Michael se acercó con cierta ansiedad.

—¿No habéis escuchado las noticias?

Christopher y Laurel se miraron durante unos segundos sin saber a lo que se refería su compañero.

—La inundación —aclaró como si fuese lo más obvio—. Joder, cuentan lo muertos por miles. Ha afectado también al sur del Japón, Corea y parte de China. Los ha pillado a todos desprevenidos. Un tifón.

—¿Un tifón? —preguntó Christopher sin comprender—. ¿Y los ha cogido desprevenidos? Suelen detectarlos con días de antelación.

—Ya, pues díselo a ellos. Dicen que ha sido por una baja depresión o algo así —continuó Michael mientras miraba a sus compañeros llegar del bosque, donde habían pasado todo el día—. El tifón más fuerte de toda la historia. El record lo tenía el tifón Meranti, con vientos de trescientos cinco kilómetros hora, pues bien... esta ha llegado a los trescientos ochenta. —Tanto Christopher como Laurel lo miraban incrédulos—. Joder, lo llevan diciendo desde ayer por la noche —insistió—. Se detectó en Japón con dos horas de antelación, la población no pudo ni prepararse —dijo atacado de los nervios—. El mundo se ha vuelto loco últimamente.

Christopher volvió a torcer su rostro hacia Laurel que lo observaba con una ligera sospecha en su rostro. Ambos sabían lo que aquello significaba.

—Medio Japón, media China y Corea del sur destruida —pronunció con tristeza.

—Una pena —susurró Laurel volviendo la mirada hacia él.

Michael afirmó aunque giró su rostro hacia sus compañeros y les señaló con la mano a que esperasen.

—Luego hablamos —comentó colocando una mano sobre el hombro de ella.

Ella asintió y tal y como se alejó de su lado volvió su rostro de nuevo hacia Christopher.

Tragó saliva y lo miró con temor.

—¿Crees que... que es por...?

No tuvo que terminar la frase, sabía a lo que se refería.

—Sí, estoy seguro —dijo volviendo la mirada hacia la pantalla. Abrió el buscador y buscó la información sobre el tifón—. Joder, es verdad... —pronunció conmovido—. Ahora el tifón ha tomado rumbo a Rusia.

Ella tragó saliva y se quedó pensativa unos segundos.

—No hay forma de pararlo, ¿verdad? Esto es el fin del mundo —susurró totalmente consternada.

Christopher elevó la mirada hacia ella e intentó calmar la voz.

—Lo pararemos —pronunció con convicción—. Es nuestro trabajo.

Se quedó contemplándola mientras ella se concentraba en la pantalla del ordenador. Se le veía tan frágil en aquellos momentos. Por mucho que intentase aparentar fortaleza se le veía perdida, como si todos aquellos acontecimientos de los últimos días, su descubrimiento y la pérdida de Edith hubiesen acabado con la poca fuerza que le quedaba.

Quizá debería forzarla a descansar, a desconectar de todo y mantener la mente ocupada en otra cosa. Sin poder evitarlo volvió a descender su mirada hacia sus labios. Él sabía cómo distraerla, y no había nada que le apeteciese más en ese momento.

Iba a proponerle ir a dar un paseo y hablar, y así poder sacar el tema del beso pero en ese momento ella puso su espalda recta y dio una palmada. Elevó la mirada hacia él, con los ojos muy abiertos y se puso en pie de repente.

—Creo que lo tengo —susurró emocionada.

Christopher apretó sus labios y se puso en pie para rodear la mesa. Cuando se colocó a su lado pudo ver como tenía varias ventanas abiertas en la pantalla del ordenador. Varios expedientes de las últimas desapariciones y un mapa de la zona de Alberta.

Se giró hacia él con cierta ansiedad.

—Me dijiste que los... —Se quedó callada y miró de un lado a otro, ante el gesto interrogante de Christopher. Se acercó un poco más para susurrarse—, que los vampiros tenían una temperatura muy inferior a la nuestra. —Christopher aceptó. Laurel se sentó directamente en la silla y señaló en la pantalla el mapa que tenía abierto—. En esta zona de aquí hay nieves perpetuas, glaciares y cuevas de hielo... el clima en esa zona está por debajo de cero siempre.

Christopher se acercó observando fijamente la pantalla. La zona que Laurel le señalaba estaba bastante alejada del poblado, de hecho, era poco transitada por los turistas dado que era una zona donde solían acudir escaladores, además, en estas fechas estaba cerrada al público por la dificultad del terreno.

La zona estaba muy alejada de allí, pero Laurel podía estar en lo cierto, los

vampiros podrían camuflarse dada la temperatura de aquella zona.

—Puedes tener razón —susurró sin apartar la mirada de la pantalla plana. Giró su rostro hacia ella pensativo—. Esa zona, que yo sepa, aún no la hemos investigado.

—Está a más de dos horas en coche, y luego hay un mínimo de seis horas de ascensión hasta las cuevas de hielo —volvió a susurrar al ser consciente de que había elevado el tono—. Pero les permitiría a... a los vampiros pasar desapercibidos. Además, ellos y vosotros os movéis a una velocidad que no tardaríais mucho en recorrer.

Christopher afirmó. De todas formas, no perdían nada por mirarlo, pues Laurel tenía razón en todo lo que decía.

Fue a echar mano del móvil para llamar a Nicholas y comentárselo cuando este comenzó a sonar directamente.

Observó la pantalla. Justamente le llamaba su jefe. Miró a ambos lados antes de descolgar para asegurarse de que nadie estaba próximo.

—¿Puedes imprimir el mapa? —preguntó a Laurel mientras colocaba una mano en su hombro. Ella asintió—. Hola, Nicholas —dijo llevándose el teléfono al oído—. Iba a llamarte ahora, Laurel ha...

—Christopher —Le cortó—. La han encontrado.

Christopher irguió su espalda directamente y miró de reojo a Laurel que movía el ratón del ordenador con nerviosismo.

—¿La han encontrado? —preguntó sin comprender.

Aquella pregunta hizo que Laurel se girase hacia él y lo mirase preocupada.

—Sí, a Edith. La tenemos.

Laurel lo miraba excesivamente nerviosa.

—¿Está bien?

—Está muy malherida, pero sobrevivirá.

Christopher se acercó a ella.

—La tienen...

Los ojos de Laurel se pusieron rasos.

—¿Está... está bien? —preguntó con temor. Christopher afirmó y pudo notar como en ese momento el cuerpo de ella se relajaba, como si hubiese estado en tensión todo el rato y un largo suspiro salía de sus labios mientras una lágrima caía por su mejilla.

Colocó una mano en su hombro intentando reconfortarla.

—¿Dónde ha sido?

—Lejos de aquí —indicó Nicholas—. Vamos de camino para casa, tardaremos una hora más o menos en llegar. Preparad la enfermería, mira el grupo sanguíneo de Edith en la base de datos. No le irá mal una transfusión.

Aquel comentario le hizo ponerse alerta.

—¿Ha sido en la zona de Icefiels Parkaway?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Nicholas aturdido.

—Laurel encontró el lugar, tiene muchas cuevas de hielo.

—Sí, es por esa zona. La encontraron huyendo de los vampiros, pero es muy extensa y los radares ahí no...

—No funcionan. La temperatura es demasiado baja —remarcó Christopher—.

Hay que meter una nueva actualización.

—Sí —Le confirmó Nicholas—. No creía que estuviesen tan lejos. —Luego se giró para observar cómo Dean seguía controlando a Edith—. Los lobos la salvaron y nos avisaron. Taylor y Adrien se han quedado con ellos, van a inspeccionar la zona.

Christopher dio un paso hacia atrás y colocó de nuevo la mano en el hombro de Laurel.

—Apaga los ordenadores, hay que ir a casa.

Ella se levantó directamente, apagó su ordenador y fue directamente hacia el de Christopher.

—¿Se sabe algo de las otras dos chicas? —preguntó en un susurro, controlando los compañeros que tenía alrededor.

—No. —Nicholas suspiró—. Con suerte, cuando Edith recupere la consciencia nos podrá indicar el lugar. O quizá Adrien, Taylor y los lobos den con ellas.

Laurel se puso a su lado con cierta ansiedad y él rodeó sus hombros con su brazo para dirigirse a la puerta de la comisaría. Ni siquiera se despidieron de nadie, simplemente corrieron hacia el todoterreno cruzando la calle, aunque en ese momento un rayo atravesó el cielo y ambos se miraron asustados.

Subieron al todoterreno y a la que lo encendió se activó el manos libres.

—Nicholas —continuó Christopher mientras aceleraba y Laurel se ponía el cinturón de seguridad.

—Dime.

—Un compañero de la comisaría nos ha explicado que ha habido un temporal en Asia...

—Sí. —Nicholas suspiró al otro lado de la línea.

—¿Crees que ha podido ser...?

—¿Acaso lo dudas? —Se medio burló Nicholas mientras miraba de reojo a Scott que tomaba las curvas con mucha celeridad—. Jamás se había conocido una tormenta como esa.

En ese momento otro relámpago cruzó el cielo.

—Aquí parece que se está poniendo feo también...

—Sí, aquí comienza a nevar —indicó Nicholas—. Escucha, tardamos unos.... —Miró el GPS—, cincuenta minutos. Averigua el grupo sanguíneo y prepara la enfermería. Te avisamos cuando nos queden diez minutos para llegar.

—De acuerdo, hasta ahora.

Dicho esto colgó. Tomó el desvío a la derecha rumbo a su hogar. Laurel miraba el cielo preocupada.

—¿Crees que esta tormenta también puede ser provocada por...?

—¿Por la bestia? —ironizó. Ella lo miró y afirmó—. No, no creo que la bestia se conformase con unos cuantos rayos y gotas de lluvia, ya has visto lo que ha ocurrido en China. Juega en una liga mayor.

Laurel se mordió el labio y suspiró, pero notó como la piel se le ponía de gallina cuando la mano de Christopher rozó la suya con una caricia.

—Todo se arreglará —dijo cogiendo su mano, intentando instarle algo de fuerza.

Ella se quedó contemplándolo.

—Al menos Edith está viva —dijo esta vez con una triste sonrisa.

—Sí, se recuperará.

Tras aparcar en el garaje ambos subieron hasta la oficina. Laurel miraba todo a su alrededor. No había estado en la oficina hasta ahora.

—¿Es tu lugar de trabajo? —preguntó mientras Christopher se sentaba en la silla y encendía el ordenador—. Sí, aquí pasamos muchas horas... —canturreó—. Coge la silla y siéntate.

Ella hizo lo que le pedía.

—¿Qué vas a hacer?

—Necesito mirar el grupo sanguíneo de Edith —explicó mientras movía el ratón de un lado a otro y accedía a la base de datos.

—Creo que es B positivo.

Christopher la miró con una ceja enarcada.

—¿B positivo?

Ella afirmó.

Igualmente tecleó el nombre completo y comenzó a leer el expediente.

—Sí, B positivo —confirmó. Se puso en pie y le instó a que le siguiera.

—¿Vais a hacerle una transfusión? —preguntó mientras lo seguía por el pasillo.

Christopher encendió la luz de la enfermería y fue directo a la pequeña nevera.

—Sí, la necesita.

—¿La han mordido? —preguntó asustada.

Él se giró para observarla antes de abrir la nevera.

—Me temo que sí. —Se agachó y comenzó a mirar las bolsas de sangre que tenía—. Aquí está, B positivo.

Laurel fue hasta su espalda.

—¿Y porque no le hacéis una transfusión de la vuestra? Si está malherida sanará antes.

Cerró la nevera y se giró hacia ella con una leve sonrisa.

—No es lo más común... —Chasqueó la lengua.

—Ya, pero a mí me la hiciste —dijo ella con curiosidad.

Christopher se quedó observándola unos segundos hasta que una sonrisa tímida cruzó su rostro.

—Ya... —Se quedó observándola—, pero no es lo que solemos hacer. Lo más normal es que después de que la tratemos la llevemos a un hospital. Si le hacen un análisis es posible entonces que encuentren un tipo de sangre desconocido. Podría traernos problemas.

Ella lo miró confundida.

—¿Y yo? —preguntó descolocada—. ¿A mí no me ibais a llevar a un hospital?

—Ella es una desaparecida, la han estado buscando durante días. A ti te podíamos tratar sin problemas y no llevarte al hospital. Tenemos todo lo necesario.

—Ah...

Laurel miró a su alrededor. La camilla donde había estado tendida, el mármol con la pica... estaba todo ordenado y limpio. Si no hubiese sido por él no estaría viva en ese momento.

Cuando volvió a mirarlo Christopher seguía con la mirada clavada en ella,

pensativo. Aquella actitud la puso nerviosa.

—¿Hay que preparar algo?

Christopher pareció despertar de un sueño.

—No, solo esperar a que llegue. ¿Quieres tomar un café?

Ella asintió. No le iría mal, tras saber que Edith seguía viva y que la traían hacia allí notaba como la relajación se apoderaba de su cuerpo.

—Me irá bien.

Dejó la luz de la enfermería encendida y caminaron hacia el ascensor. Pulsó la planta uno y se apoyó contra la pared mientras metía las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Cómo que tenéis ascensor en una casa? Es grande pero...

—Es por el tema de los interrogatorios. —Ella enarcó una ceja—. Es mucho más fácil subir a un vampiro hasta esta planta en ascensor.

Ella lo miró fijamente. Prefirió no seguir con aquel tema. Desde luego, Christopher era más de lo que esperaba. Hizo un gesto confundido, pues aunque sabía lo que ocurría aún no era consciente del todo de ello.

Aquel gesto confundió a Christopher que se acercó un paso hacia ella y puso una mano en su brazo.

—Tranquila, aquí no pueden entrar. La casa está protegida con plata. Es imposible que un vampiro entre —pronunció con delicadeza.

Ella sonrió mientras la puerta del ascensor se abría.

—No, no es nada de eso lo que me preocupa. —Lo miró y medio sonrió—. El mundo es más complicado de lo que esperaba —susurró.

Christopher le sonrió y esta vez puso una mano en su hombro mientras se dirigían al comedor. Lo atravesaron y fue directo a la cocina, abriendo uno de los armarios para extraer una cafetera.

—¿Te ayudo en algo?

—Es solo hacer café —pronunció mientras lo preparaba—. Siéntate en el sofá, estarás más cómoda —explicó al verla dirigirse a uno de los taburetes.

Laurel se sentó en el enorme sofá. Sin poder evitarlo recordó que la noche pasada Christopher había dormido ahí.

Se quedó mirando a través de una enorme ventana desde donde pudo ver como varios rayos atravesaban el cielo e iluminaban la noche.

Permaneció callada mientras Christopher preparaba la cafetera hasta que se sentó a su lado con dos tazas, depositándolas sobre la mesa.

Laurel no sabía qué hacer, el tenerlo tan cerca comenzaba a ponerle más nerviosa de lo normal, sobre todo, con los últimos besos que se habían dado.

—Una cucharada de azúcar, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Tardarán mucho en llegar?

—Unos cuarenta minutos, supongo. Me han dicho que me avisarán diez minutos antes de llegar.

Christopher le tendió una de las tazas de café y luego se sirvió la suya.

Laurel dio un pequeño sorbo y depositó el café en sobre la mesa.

—¿Sabes si han encontrado a las otras chicas desaparecidas?

Christopher negó con su rostro.

—No, pero las están buscando. Taylor y Adrien se han quedado allí para ayudar a los lobos.

Ella abrió los ojos de forma desorbitada por lo que decía pero sonrió irónicamente.

—Tienes unos amigos un poco raros —bromeó.

Christopher le dio la razón como a los locos.

—No lo sabes tú bien —rió mientras depositaba la taza de café sobre la mesa. Colocó una mano sobre su pierna, más relajado, y la miró con ternura—. Lo de esta mañana y... lo de ayer por la noche... —enfaticó. Laurel tragó saliva mientras él enarcaba una ceja al verla hacer ese gesto tímido—, ¿está todo bien entre nosotros? —preguntó.

Laurel apretó los labios y lo miró con una tenue sonrisa.

—Sí, claro —respondió nerviosa—. Todo bien.

—¿Todo bien? ¿Seguro? —insistió.

—Sí —respondió quitándole importancia al asunto, aunque carraspeó por los nervios.

—De acuerdo. Perfecto —pronunció antes de abalanzarse sobre ella buscando sus labios.

Lo primero que hizo fue sujetar su nuca para que no se apartase y luego rodear su cintura con el otro brazo. Laurel no iba apartarse, no lo había hecho ni la primera ni la segunda, ¿por qué iba a hacerlo la tercera vez?

Ascendió sus brazos hasta sus hombros y rodeó su cuello sujetándose a él. Christopher la besaba con pasión, de una forma delicada, aunque se intuía un matiz más agresivo en el movimiento de sus labios que las anteriores veces. Quizá más confianza en sí mismo al saber que ella no se apartaría, o más relajación al estar solos.

No le importó ni se quejó cuando Laurel llevó su mano hasta su pecho acariciándolo, al contrario, ansiaba su contacto, y parecía que ella también. Aquellos últimos días habían sido de locos, ya no solo por los nervios de todo lo sucedido, si no por el descubrimiento de nuevos sentimientos, ¿quién le iba a decirle la primera vez que la había visto que acabaría con ella de esa forma?

Christopher introdujo su mano bajo el jersey de ella notando la piel de su cintura erizarse. Pero cuando Laurel entrelazó sus dedos en su cabello fue la pérdida de él, ahí supo que no podría detenerse.

Se reclinó junto a ella en el sofá, acomodándola, sin apartar sus labios. Era aún mejor de lo que recordaba. Una necesidad imperiosa fue apoderándose de sus cuerpos sin ser capaces de controlarla.

Perdió la noción del tiempo y el espacio mientras la besaba, mientras se incorporaba sobre ella para tener un mejor acceso a sus labios.

Los abandonó para comenzar a bajar por su cuello, acariciándolo con sus labios mientras sus manos viajaban por su cadera y sus piernas, instándolas a que se reclinase del todo sobre el sofá. Laurel ni siquiera se quejó, si no que automáticamente colocó sus piernas sobre el sofá para que él tuviese un mejor acceso.

Christopher se incorporó del todo sobre ella, sin cargarla con su peso mientras

ella introducía con ansiedad sus manos debajo de la camiseta de él y acariciaba su pecho.

Notó como su corazón se disparaba mientras notaba la piel suave de ella rozar la suya. Aquella era la sensación más mágica que jamás había experimentado. Volvió a ascender hasta sus labios besándolos con ansia, casi devorándolos, mientras llevaba su mano hasta su pierna para flexionarla e incorporarse del todo sobre ella.

Aquel movimiento hizo que los dos gimiesen, estaba claro que tanto él como ella deseaban un mayor contacto, y eso se confirmó cuando el beso se volvió más intenso.

Christopher no tenía tiempo que perder. Puede que en otro momento se hubiese tomado su tiempo, pero ahora la necesidad que los invadía a los dos anulaba su capacidad para ralentizar sus movimientos. La necesitaba en aquel momento, sin importante el cómo o dónde.

Se incorporó levemente para quitarle los pantalones. Ella no se resistió, sino que colaboró en lo que pudo moviendo las piernas para deshacerse de ellos. Christopher ni siquiera tuvo que desnudarse. Se desvistió lo suficiente como para incorporarse sobre ella y comenzar a introducirse. Aquella sensación les hizo gemir a los dos. Se colocó sobre ella mientras la besaba y acariciaba su cabello, desperdigado sobre el sofá.

Era la mujer más hermosa que había visto jamás, y ahora la tenía solo para él. Laurel había pasado de ser una simple compañera de trabajo a ser una de las personas más importantes en su vida.

Comenzó a mecerse sobre ella con delicadeza, puede que no tuviesen mucho tiempo, pero el poco que tenían lo aprovecharían bien. Notó como ella introducía sus manos de nuevo sobre su camiseta para abrazarlo directamente.

La miró directamente a los ojos mientras llevaba su mano hasta su pierna y flexionarla, sujetándola contra la cadera de él para tener un mejor acceso.

Besó su frente sin dejar de moverse, escuchando los gemidos de ella. Se separó un poco para observarla y coincidió sus ojos con los suyos. Se quedó mirándola sin dejar de moverse, ambos conscientes de lo que estaba ocurriendo entre ellos. Aquello sobrepasaba un beso, estaban haciendo el amor en toda regla.

Christopher no pudo menos que sonreírle de una forma tierna mientras acariciaba su mejilla, siendo correspondido por ella. Bajó de nuevo sus labios y los atrapó con los suyos mientras aumentaba el ritmo de sus movimientos.

Laurel se sujetaba a su cuerpo y lo acompañaba en cada uno de aquellos movimientos que, en aquel momento, comenzaban a tener más vigor. Si hasta ese momento había delicadeza y suavidad ahora comenzaba a dar paso a una necesidad de acelerar sus movimientos, de volverlos más bruscos.

Christopher colocó un brazo bajo la cabeza de ella para aguantar mejor su peso y brindarle algo más de comodidad. Estarían mucho mejor en la cama, pero en aquel momento ni siquiera se había cuestionado abandonar el sofá.

Atrapó sus labios de nuevo mientras ella se sujetaba con fuerza a él y los gemidos de placer inundaban el comedor.

Aún notaba la respiración agitada cuando se incorporó sobre ella y acarició su mejilla. Laurel llevó su mano hasta la de él, pasándola con suavidad sobre la suya, clavando la mirada en sus ojos marrón claro. Parecía mentira que después de verlo moverse y luchar con aquella destreza pudiese haber lugar para la ternura.

Christopher la besó de nuevo y esta vez la miró con una sonrisa.

—Creo que el café se nos habrá enfriado —bromeó.

Ella rio más.

—Me gusta frío.

Se quedó contemplando la sonrisa de ella, era preciosa, tierna, incluso notaba como su piel se erizaba cuando la veía aparecer en su rostro.

La besó de nuevo, esta vez con más lentitud, recreándose en aquel momento, pero un sonido le hizo ponerse en tensión. Se incorporó sobre ella y directamente miró hacia el pasillo. ¿No serían capaces verdad?

—¿Qué ocurre? —preguntó Laurel acariciando su mejilla.

Christopher miró el reloj de su muñeca. Las siete y diez de la tarde.

Esta vez pudo identificar el sonido perfectamente.

—Hijos de... —gruñó incorporándose de inmediato, saltando del sofá.

Laurel se sentó directamente.

—¿Qué pasa? —preguntó nerviosa.

—Mis compañeros —reaccionó subiéndose los pantalones. Se agachó y le pasó la ropa a ella—. Vístete.

Al menos él no se había desnudado, pero Laurel permanecía sin ropa de cintura para abajo.

Sujetó la ropa en sus manos, echa un higo y arrojó los pantalones sobre el sofá mientras cogía su ropa interior, pero estaba nerviosa y no atinaba.

—¿No te iban a llamar cuando quedase diez minutos para llegar?

—Eso es lo que me habían dicho —gruñó al ver que se ponía la ropa interior del revés. Laurel reaccionó y se quitó de nuevo la ropa poniéndola correctamente.

Escuchó como la puerta del garaje se cerraba.

—Mierda —susurró alejándose de ella. En cuestión de un segundo cualquier compañero suyo podía aparecer en el salón, sería mejor distraerlo hasta que Laurel estuviese totalmente vestida.

Llegó a toda prisa hasta la puerta que daba acceso a las escaleras que lo llevaban al garaje mientras se introducía la camiseta por el pantalón cuando la puerta se abrió de inmediato.

—Scott —dijo Christopher colocándose frente a él, intentando tapar la visión de Laurel.

Scott enarcó una ceja hacia él.

—¿Qué?

—Ya estáis aquí —Luego miró hacia las escaleras—. ¿Y Edith?

—La suben directamente a la enfermería. ¿Has mirado el grupo sanguíneo?

—Sí, B positivo —dijo mientras colocaba las manos en la cintura y miraba de reojo hacia el comedor—. Hay varias bolsas en la nevera.

En ese momento Scott se quedó observándolo fijamente y luego miró hacia el comedor.

—¿A qué huele? —preguntó con curiosidad. Luego miró de forma sospechosa a Christopher y comenzó a avanzar hacia el comedor sin decir nada más.

—Eh, ¿adónde vas? —preguntó Christopher colocándose a su lado, mientras centraba la mirada en la cabellera rubia de Laurel sentada en el sofá. Solo esperaba que hubiese podido vestirse del todo.

Scott llegó hasta el sofá y miró directamente la mesa.

—Has hecho café —pronunció con una sonrisa. Luego miró a Laurel que permanecía en el asiento sentada con total normalidad, con la espalda recta y su taza de café en su mano—. Hola, Laurel —pronunció con una sonrisa.

—Hola —contestó ella poniéndose en pie. Luego miró de reojo a Christopher que parecía estar de los nervios, aunque cuando la vio totalmente vestida pudo ver como suspiraba—. ¿Está Edith aquí? —preguntó mientras depositaba la taza en la mesa.

—Sí, la están subiendo a la enfermería —dijo cogiendo una de las tazas. Se echó café y dio un sorbo. Luego volvió a mirar a Christopher con desagrado—. Está frío.

—Lo he hecho hace rato —respondió cruzándose de brazos.

Scott miró directamente las dos tazas llenas de Christopher y Laurel y en ese momento se dio cuenta del cabello revuelto de ella. Giró levemente el rostro hacia su compañero, con una sonrisa endiablada.

—Ya... —Chaqueó la lengua—, se os ha enfriado el café, ¿no?

Christopher oscureció la mirada y le quitó la taza directamente.

—Pues si no te gusta frío, no te lo tomes. —Suspiró y colocó las manos en su cintura—. ¿Sabes algo de Adrien y Taylor?

Scott lo miraba con una sonrisa, aunque iba mirando de reojo a Laurel que intentaba aparentar normalidad.

—No. Aún no sabemos nada.

—Perdonad... —intervino ella—, ¿puedo ir a ver a Edith?

—Sí, claro cielo —respondió Scott.

Christopher arqueó una ceja hacia él.

—No es tu cielo.

—¿Y el tuyo sí? —bromeó Scott.

—Ya... mmmm... —interrumpió Lauren de nuevo—, me gustaría ir a ver cómo está mi amiga.

—Sí, sí... claro —dijo Christopher acercándola a él mientras echaba su brazo por encima de sus hombros ante la mirada divertida de Scott. Su compañero era demasiado intuitivo.

Se dirigieron los tres hacia el ascensor y pulsaron el botón de la segunda planta.

—Edith está bastaste... magullada —intentó buscar una palabra adecuada Scott.

—Está viva, eso es lo que importa —respondió Laurel.

Justo cuando entraron en la enfermería depositaban a la muchacha sobre la camilla. Christopher se adelantó abriendo la nevera.

—Es B positivo —dijo mientras le pasaba la bolsa de sangre a Dean.

Laurel se quedó bajo el portal, observando, sin querer molestar. Edith permanecía inconsciente. Su piel estaba totalmente blanquecina, de hecho, si no viese como su pecho subía y bajaba hubiese pensado que estaba muerta.

—Cubridla con una manta térmica, hay que subirle la temperatura.

Lo cierto es que todos se movían con agilidad, sabían perfectamente lo que debían hacer.

Christopher rebuscó y sacó la manta térmica cubriéndola de inmediato, aunque mientras la cubría se quedó mirándola fijamente. Cogió una de las palmas de su mano y la observó. La tenía agrietada y totalmente enrojecida, incluso quemada. Se movió rápido hacia los pies y le sacó las botas y los calcetines. Tenía los dedos totalmente enrojecidos, helados. Con suerte podrían salvárselos, pues no estaban blancos ni azules.

—Necesita apósito para las quemaduras en manos y pies —informó.

Dean fue hacia uno de los cajones y rebuscó.

—También necesitará unos cuantos apósitos en la barriga y la espalda —remarcó.

Christopher aceptó cubriendo del todo a Edith con la manta térmica, en pocos minutos recuperaría el calor corporal.

Dean clavó la aguja en su brazo y depositó la bolsa de sangre en un gotero.

Verla así, lejos de calmarla, la puso más nerviosa, sobre todo cuando Nicholas colocó el pulsómetro en su dedo y un pitido intermitente y muy rápido inundó la sala.

—Tiene la tensión baja y el puso demasiado acelerado, pero satura bien —informó.

Laurel dio un paso al frente, aún conmocionada con la imagen. Era más duro de lo que había pensado. Podía llegar a imaginarse por lo que debía haber pasado. Ella había estado pocos minutos en compañía de los vampiros, pero Edith había permanecido días desaparecida. Notó como sus piernas comenzaban a fallarse.

—Tranquila, se pondrá bien —susurró Scott a su lado. Ella se mordió el labio mientras Scott entraba también en la enfermería—. ¿Hago algo? —preguntó mirando de un lado a otro.

—No —dijo Nicholas—. Ya está todo. Ahora solo hay que esperar a que recupere el conocimiento. Supongo que en un par de horas lo hará. —Luego miró a Laurel—. Tranquila, se pondrá bien. —Dio unos pasos hacia ella con una leve sonrisa y se colocó en frente, ante la mirada curiosa de Christopher—. ¿Podría pedirte un favor?

Ella pestañeó varias veces, sorprendida, pero asintió rápidamente mientras Christopher se acercaba por su espalda.

—Ahora debe descansar, pero cuando recupere el sentido necesitaría que hablases con ella. —Se giró hacia Christopher que se había colocado a su lado—. Luego hay que llevarla a un hospital. —Volvió su rostro hacia Laurel—. Necesito que nuestras identidades y todo lo que le ha ocurrido permanezca en secreto. Ella no puede decir nada de lo que ha pasado. —Chasqueó la lengua y le sonrió—. Es mucho

más fácil que sepa todo esto a manos de una amiga y no de unos desconocidos.

—Claro, se lo diré, no os preocupéis.

Nicholas asintió y miró de reojo a Christopher.

—Qué descanse también, lo necesita —ordenó como si ella no estuviese delante.

—Estoy bien —intervino.

—Tienes cara de cansada —contraatacó Christopher.

Scott carraspeó, con una clara insinuación hacia Christopher, aunque este lo ignoró.

—Me quedó aquí con ella —dijo con voz firme.

—Dean y Scott se quedarán aquí con ella vigilando sus constantes —explicó Nicholas, luego puso una mano en su hombro—. Está en buenas manos, no te preocupes. Cuando recupere la consciencia te avisaremos, pero como no sabemos cuándo será, lo mejor será que descanses, tú también fuiste atacada y desde entonces no has parado quieta.

—Pero me siento estupendamente... vuestra sangre... —Luego señaló a Christopher—, su sangre, me ha dado mucha vitalidad. No tengo la necesidad de irme a la cama.

Scott volvió a carraspear mientras se alejaba. Christopher lo miró de reojo.

—En cuanto te tumbes en la cama caerás rendida —Le indicó Christopher.

—Descansa —volvió a insistir Nicholas—. Te avisaremos en cuanto recupere la consciencia.

Dicho esto se giró como si hubiese dado fin a la conversación, acercándose a Dean para darle las instrucciones.

Laurel suspiró y miró a Christopher con cierta tristeza.

—Preferiría quedarme aquí —susurró.

—Ella está bien —pronunció con más énfasis, pues su rostro denotaba preocupación—, pero piensa que cuando recupere la consciencia deberás explicarle todo y con suerte podrá indicarnos el lugar donde están las otras chicas. Debemos descansar. Te irá bien, y a mí también. Además, esta noche saldremos seguramente de caza y...

—¿De caza? —preguntó ella mientras él la cogía del brazo.

—A buscar a los vampiros. —Ella se mordió el labio intimidada por sus palabras—. Necesito descansar.

Laurel miró a su amiga de nuevo, totalmente inerte. Confiaba en ellos, parecía que sabían lo que hacían y estar preparados para atender ese tipo de urgencias. De todas formas allí no haría más que entorpecer.

—De acuerdo —susurró.

Se alejaron de la enfermería, aunque Laurel fue girándose de vez en cuando. Iba a pulsar el botón para llamar al ascensor cuando este se abrió de golpe con Sandra, Bethany y Melanie en su interior.

Los cinco se miraron y las tres chicas sonrieron.

—Hola —dijeron las tres con una sonrisa.

Christopher observó sonriente como rodeaban a Laurel.

Sandra cogió su mano directamente, en señal de amistad.

—Nos hemos enterado de que han encontrado a Edith, ¿cómo está?

—Se pondrá bien —intervino Christopher antes de que Laurel pudiese decir nada. Las tres lo miraron—. Le están haciendo una transfusión de sangre y tiene unas cuantas heridas, pero sobrevivirá. —Todas suspiraron aliviadas—. Oye, ¿de dónde venís? —preguntó aturcido.

Melanie fue quién intervino esta vez.

—Sandra y Beth estaban trabajando. He ido a buscarlas a la tienda —pronunció sonriente—. Como medida de protección —Y le guiñó el ojo.

Christopher le devolvió la sonrisa y afirmó por lo que decía.

—¿Preparamos la cena? —preguntó Beth.

—Nosotros vamos a descansar un rato. —Las tres parpadearon como si la noticia les pillase por sorpresa, aunque obviamente eran más recatadas que sus compañeros y no dijeron nada al respecto.

—Vale, pues... ¿os avisamos cuando esté lista? —preguntó Beth.

Christopher cogió del brazo a Laurel y la metió en el ascensor mientras ella se quejaba porque le apartase de la conversación. Emitió una sonrisa hacia ellas algo tirante.

—No, no importa... ya cenaremos cuando nos levantemos —explicó mientras apretaba el botón de la planta baja.

—Ah... vale... pues... —La puerta se comenzó a cerrar—. Os guardamos la cena en el horno —reaccionó Beth acelerada antes de que la puerta se cerrase.

Laurel miró de reojo a Christopher y se soltó de su brazo con un gesto un tanto brusco. Lo miró algo irritada.

—A dormir —ordenó Christopher, aunque acabó sonriendo con malicia.

Desde luego, Christopher hablaba en serio con lo de dormir. Había sido muy claro en todo momento. Nada más entrar en la habitación le había dado una camiseta larga y ancha para que estuviese cómoda y ordenado que se tumbase en la cama. Él había hecho lo mismo y, pocos minutos después, había escuchado su respiración acompasada y tranquila.

No había tardado mucho en dormirse también, aunque ahora una suave caricia por la cadera la despertaba.

—Mmmmm... —susurró. Abrió los ojos poco a poco sin ubicarse. Todo estaba oscuro.

Notó como el cuerpo de Christopher se acercaba al suyo, a su espalda, y colocaba sus labios al lado de su oído.

—Hora de despertase —susurró.

Aquel gesto no le molestó en absoluto, al contrario, Christopher iba rodeando poco a poco su cadera con su brazo hasta que finalmente la acercó a él.

Laurel se pasó la mano por los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó girando su rostro hacia atrás.

—Las nueve y cuarto. Hemos dormido casi dos horas. —Ella volvió a ronronear adoptado la pose del principio—. Hay que ir despertándose —volvió a susurrar mientras ascendía su mano hacia su cintura.

En un rápido movimiento pasó su brazo por debajo de su cabeza y se elevó levemente para besar su cuello.

Aquel gesto la pilló por sorpresa, pues no esperaba que Christopher se despertase tan... cariñoso.

Notó como comenzaba a descender sus labios por su cuello. Apartó levemente la camiseta y llegó hasta su hombro, besándolo con delicadeza. Despertarse así era una gozada y sentir las caricias de los labios de Christopher nada más despertarse era una delicia.

Sus movimientos eran lentos, con calma, tomándose el tiempo que antes no habían tenido. La comodidad de una cama ofrecía muchas más ventajas. La giró hacia él y besó directamente sus labios. Laurel pasó su mano por su cabello acariciándolo. Pese a que aún se encontraba adormilada tomó consciencia de todo su cuerpo, justo cuando él comenzó a pasear su mano por su pierna desnuda y fue ascendiéndola hacia su cadera. Ambos sabían lo que iba a ocurrir de nuevo, pero ¿para qué negárselo? Los dos lo deseaban.

La desnudo lentamente mientras la besaba y Laurel aprovechó también para quitarle la camiseta. El contacto de la piel contra la piel casi les hizo escapar un gemido a los dos. La primera vez no habían podido tomarse su tiempo, ni siquiera notar el contacto entre los dos cuerpos, pero ahora, el cuerpo de Christopher estaba caliente y le daba la calidez que tanto necesitaba. Se colocó sobre ella y la besó mientras se introducía en su interior. Aquella vez no tenía porque ser rápido. Ni siquiera escuchaba a sus compañeros por el pasillo.

Besó sus labios mientras comenzaba a mecerse sobre Laurel con ternura, notando como ella lo recibía con las mismas ansias que él la tomaba.

Ya no hacía falta aclarar nada con palabras, todo lo que debían decirse lo hacían mediante caricias y suaves besos.

Edith abrió los ojos lentamente. La claridad que había en aquel lugar le hizo ascender su mano hacia sus ojos para taparlos. Le molestaba demasiado. Tras varios días en una casi total oscuridad le costaba adaptar sus pupilas a la luz.

—Tranquila, estás a salvo —Escuchó que decía una voz masculina a su lado.

Lejos de ponerla nerviosa aquella voz la calmó. Los recuerdos volvieron a su mente en aquel momento. ¿Había conseguido huir de aquella cueva infectada de vampiros?

Se removió nerviosa en la camilla y notó como alguien colocaba la palma de la mano en su mejilla intentando reconfortarla.

—Eh, eh... tranquila. ¿Te molesta mucho la luz? —preguntó con preocupación.

—Sí —gimió al borde del llanto.

—Scott, apaga esta luz y deja abierta la puerta para que entre la del pasillo —pronunció mientras intentaba calmar a Edith con caricias—. Me llamo Dean. Te rescatamos en el bosque.

La luz de la enfermería se apagó y la sala quedó en una tenue claridad.

—¿Mejor? —preguntó Dean al ver que Edith apartaba la mano de sus ojos.

—Sí —volvió a susurrar.

Se quedó observándolo, era alto, rubio, con los ojos claros, y su mirada era realmente preocupada.

—¿Cómo te encuentras?

Ella miró de un lado a otro nerviosa. Pudo apreciar cómo otro chico se colocaba al otro lado de la camilla.

—Tengo ganas de devolver —susurró.

Scott y Dean se miraron unos segundos. Esta vez fue Scott quien habló.

—Es normal sentirse así. Te hemos hecho una transfusión de sangre. En breve comenzarás a encontrarte mejor, ya verás —Le animó.

Edith no dejaba de observar a los dos, sin comprender nada de aquello.

—¿Dónde... dónde estoy?

Dean suspiró y miró durante unos segundos a Scott.

—Avisa a Christopher y a Laurel de que ha despertado. —A la que Scott salió por la puerta Dean se sentó en la camilla, a su lado—. Estás en nuestra casa. —Ella volvió a mirar todo a su alrededor—. Pertenece a un grupo de cazadores. Nos dedicamos a rescatar a gente que, como tú, ha sido víctima de los vampiros... o bien intentamos impedir que los capturen.

Ella tragó saliva al escuchar la palabra vampiro y lo miró aterrada, intentó incorporarse pero aún estaba demasiado débil para lograrlo. Dean colocó una mano en su hombro.

—Aquí no pueden entrar, esta casa está protegida. —Cuando Edith volvió a calmarse continuó—. ¿Recuerdas todo lo ocurrido? —Edith apretó los labios y asintió mientras su labio comenzaba a temblar—. Perdona que sea tan brusco, sé que

no estás en condiciones, pero... necesitamos saber dónde te retuvieron. Al igual que tú había dos chicas más desaparecidas.

Ella notó como una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Jessica y Martha... —gimió.

Él afirmó efusivamente.

—¿Las viste?

—Martha no ha sobrevivido... pero Jessica aún está viva. —Esta vez aceleró más su tono y cogió del brazo a Dean—. Tenéis que rescatarla... —comentó nerviosa—, la matarán. Ahora que yo no estoy se alimentarán solo de ella y...

—Shhh... shhh... tranquila —dijo sujetándola por los hombros al ver que intentaba sentarse.

—Acabarán con ella —continuó realmente nerviosa. Luego lo miró con terror—. Cuando escapé, uno de los vampiros me dijo en el bosque que irían a buscar más alimento al poblado... puede que vayan a buscar a más... tenéis que pararlos, por favor —acabó llorando.

En ese momento los pasos acelerados por el pasillo le hicieron girarse.

Laurel entró nerviosa en la enfermería seguida de Christopher.

—¿Edith? —gimió ella.

A Edith le costó unos segundos reconocerla, pero finalmente rompió a llorar cuando vio allí a su amiga.

—Laurel...

Laurel se arrojó a sus brazos mientras comenzaba a llorar, abrazándola con todas sus fuerzas. Ella era su única amiga de verdad, la que había estado en todos sus duros momentos apoyándola.

—Pensaba que no volvería a verte... —sollozó Laurel aún agarrada a ella.

Dean se apartó para dejar que se abrazasen y se acercó a Christopher y Scott que permanecían un poco apartados.

—Tenemos un problema. —Christopher lo miró enarcando una ceja—. Edith me ha dicho que un vampiro le dijo que irían a por más alimento esta noche. Respecto a las otras chicas, Edith dice que Jessica sigue viva. Martha... —dejó la frase sin acabar.

Aquello puso en tensión a sus dos compañeros.

—Hay que encontrarla. Adrien, Taylor y los lobos están inspeccionando la zona —apuntó Scott rápidamente—. Le diré a Nicholas esto, también hay que formar un buen perímetro esta noche alrededor del poblado.

Tal y como dijo aquello salió disparado por la puerta.

Christopher se quedó observándolas durante unos segundos. Laurel miraba a su amiga inspeccionándola para asegurarse de que estaba bien.

Dio unos pasos al frente y se colocó al lado de Laurel.

—Hola Edith, soy Christopher —Se presentó.

Laurel y Edith se soltaron y lo miraron.

En aquel momento pudo detectar como Edith miraba de reojo a Laurel.

—¿Tu compañero? —preguntó intrigada.

Laurel cogió su mano con delicadeza. Se las habían vendado para sanar sus quemaduras producidas por el hielo.

—Sí, resulta que no es policía —Se burló—. Es un cazavampiros.

Edith lo miró extrañada.

—Ahhhh... —respondió Edith intimidada.

—Mi compañero —dijo señalando a Dean que se acercó al momento—. Nos ha dicho que le has explicado que una de las chicas sigue viva...

—Sí —dijo rápidamente—, al menos seguía cuando logré escapar de la cueva, ahora no sé...

—¿Cueva? —preguntó Dean.

Edith tornó su rostro hacia él.

—Sí, nos mantenían en una cueva de hielo —dijo acelerada.

—¿Podrías ubicarlo en un mapa? —preguntó Christopher acelerado—. Llevamos buscando ese lugar semanas.

Edith se quedó pensativa.

—La verdad es que no lo sé muy bien...

—Algo que te llamase la atención de aquella zona... —Se apresuró a decir Dean—. Tenemos que sacar a Jessica de allí.

Ella aceptó con urgencia.

—La cueva está bastante escondida. Hay un pequeño agujero para acceder. El agujero debe ser solo dos o tres veces más que yo y, a partir de ahí, se abre un túnel de hielo bastante estrecho y bajo, yo tuve que agacharme para poder caminar a través de él. Después hay una gran estancia que es donde nos mantenían. —Tomó aire pensativa—. Cuando salí del agujero había una enorme pendiente, muy empinada. La cueva está situada casi en la cima de la montaña. —Luego miró a Christopher con fuerza—. ¿Me encontrasteis en el bosque?

—Sí, unos amigos te encontraron justo cuando los vampiros volvían a atacarte —puntualizó Christopher.

—Tras ese bosque hay un descampado repleto de nieve. Cuando logré escapar por el agujero caí rodando por la montaña y bajé hasta la falda. Atravesé el descampado de nieve y fui a parar a aquel bosque donde me atacaron los vampiros otra vez.

—Entonces, ¿esa cueva está cerca del descampado?

—Sí. De hecho es una de las montañas que forman ese valle.

—¿Sabrías ubicar la montaña si te enseñamos fotos del descampado? —preguntó Christopher.

—Sí, supongo que sí.

Dean asintió comprendiendo lo que su compañero insinuaba y salió disparado de la enfermería.

—Te enseñaremos unas fotografías del lugar para que puedas indicarnos —explicó Christopher.

Ella aceptó nerviosa y se quedó mirándolo fijamente.

—La salvaréis, ¿verdad?

—Haremos todo lo posible —respondió Christopher.

—También... —continuó ella acelerada—, uno de los vampiros dijo que necesitaban más alimento, que irían al poblado a...

—Sí —dijo colocando una mano sobre su hombro para que se calmase—. Ya

nos lo ha explicado mi compañero. No te preocupes. Montaremos una vigilancia alrededor para que no puedan actuar.

Edith aceptó, aún bastante nerviosa y lo miró con una clara duda en su rostro.

—Esos amigos que me encontraron en el bosque y que acabaron con los vampiros... ¿son compañeros vuestros?

Laurel lo miró con los labios apretados y finalmente volvió a tomar la mano de Edith.

—Edith, escucha... prometo que te lo explicaré todo, pero de momento no puedes decir nada de esto a nadie.

—¿Nada?

—Sobre los vampiros —intervino Christopher—. Ni sobre lo que te ha ocurrido.

—¿Pero... cómo voy a no explicar lo que...?

Christopher se sentó en la camilla, a su lado.

—Verás, la existencia de los vampiros es secreta. Son una raza que estamos intentando exterminar. Y al igual que ellos, nosotros también trabajamos en la clandestinidad. Nadie puede saber lo que te ha ocurrido. Por tu propia seguridad y por la nuestra.

Edith se quedó pensativa y luego asintió lentamente.

—Está bien...

—Es muy importante que guardes este secreto, por favor —insistió Laurel.

—Lo haré pero... ¿cómo voy a explicar esto? —preguntó señalando las mordeduras de su cuello y las manos vendadas.

Christopher ladeó su rostro hacia un lado.

—Las quemaduras es normal si te pierdes en la nieve, cualquier montañista las podría tener. Respecto a las mordeduras... no te preocupes. No te quedarán marcas, solo dos pequeñas pecas.

—Como estas —dijo Laurel mostrándole su cuello.

Edith la miró conmovida.

—Tú... tú también...

Laurel suspiró y volvió a acariciar su mano vendada.

—Salí a buscarte al bosque... —pronunció lentamente mientras la miraba con ternura—, y me cogieron. —Luego señaló a Christopher con un ligero movimiento de su rostro—. Él me rescató.

Edith lo miró esta vez de forma agradecida y finalmente medio sonrió.

—Tranquilos, no diré nada de nada. Podéis confiar en mí —dijo esta vez colocando su mano sobre la suya.

En ese momento entró Dean con un ordenador portátil en sus brazos. Christopher se apartó para dejarle paso. Se colocó al lado de ella y le mostró la pantalla. Había un mapa de la zona que ella había dicho.

—¿Es aquí? —preguntó señalando con el dedo la pantalla.

Ella lo observó no muy segura.

—Mmmm... no me ubico mucho con el mapa.

—Espera... —dijo abriendo otras ventanas que tenía minimizadas—, tengo fotografías del lugar.

Edith observó con atención y finalmente botó sobre la camilla.

—Es aquí —dijo señalando una de las fotografías en las que aparecía el descampado helado y las montañas—. Juraría que es esta montaña. Arriba, casi en la cima.

—¿Seguro?

—Casi al cien por cien.

—Eso me sirve —dijo Dean levantándose de nuevo con el ordenador en su mano—. Gracias —le sonrió mientras salía corriendo de la enfermería rumbo al ascensor que lo llevaría hasta el comedor, donde el resto de sus compañeros estarían urdiendo el plan.

Christopher la contempló y dio un paso atrás.

—Informaré a las chicas de que has despertado, cualquier cosa que necesites pídesela a ellas. Nosotros tenemos que marcharnos. Intenta descansar. Mañana te llevaremos al hospital cuando estés más recuperada.

—¿Vais a buscarla? —preguntó esperanzada.

—Sí —dijo antes de girarse.

Laurel se levantó nerviosa y miró a su amiga.

—Un segundo, ahora vengo.

Pudo ver como Edith se recostaba y se ponía cómoda sobre la camilla, cerrando los ojos. Cuando salió al pasillo Christopher estaba subiendo al ascensor.

—Espera —gritó mientras corría hacia allí. Christopher la miró consternado pero sujeto la puerta del ascensor para que no se cerrase. Laurel entró colocándose a su lado—. ¿Vais a buscar a Jessica? —preguntó mientras la puerta se cerraba.

—Tendremos que dividirnos en grupos —explicó mientras el ascensor bajaba—. También hay que hacer un buen perímetro para que los vampiros no puedan acceder al poblado.

Cuando las puertas se abrieron pudieron escuchar como Nicholas comenzaba a dar órdenes. Avanzaron rápidamente hasta el comedor donde Dean apagaba ya el ordenador.

Nicholas se giró hacia Christopher y lo señaló.

—Hay que brindar el poblado esta noche —pronunció con fuerza.

—Estoy de acuerdo.

Nicholas se cruzó de brazos.

—Dean ya les ha explicado la ubicación a Adrien de la cueva. Van hacia allí junto a los lobos. El resto formaremos un perímetro alrededor del poblado. Estoy seguro de que intentarán un ataque.

—Es lo más seguro.

—Espera —intervino Laurel llamando la atención de todos—, pero vosotros solo sois cuatro —gimió.

Nicholas afirmó con lo que decía Laurel.

—Nos acompañarán dos grupos de lobos. Seremos diez.

—Pero seguís siendo pocos... —volvió a insistir ella ante la mirada atenta de todos. —Hay mucho perímetro que cubrir para solo diez personas.

Christopher la miró nervioso.

—Tendrá que bastar con eso.

—Dejadme que informe a la comisaría —dijo ella directamente.

Christopher la miró como si se tratase de una loca.

—¿A la comisaría?

—El inspector, Trevor Shatner, es muy amigo mío... —pronunció dirigiéndose a Nicholas.

—Sabes que esto no se puede saber —interrumpió Christopher.

—No estoy diciendo de decirlo, pero sí pueden ayudarnos. Se puede dar un toque de queda para que nadie salga de sus casas... decretar un estado de alarma. — Nicholas dio un paso al frente pensativo—. No hace falta decir que son vampiros, pero yo puedo hablar con él, decir que hemos encontrado a Edith en el bosque y que nos ha avisado de que se trata de un grupo muy peligroso, y que por lo que ha escuchado, tienen intención de atacar esta noche. —Luego extendió los brazos hacia todos—. Mejor prevenir, ¿no? La gente siempre sale a tomar algo, pero de esta forma, al menos, podríamos tener las calles despejadas y evitar que con más facilidad los...

—Me parece buena idea —Le cortó Nicholas. Dio unos pasos hacia ella y miró a Christopher con intensidad—. Id a la comisaría e informad, que decreten el estado de alarma y que nadie salga de sus casas esta noche. —Luego centró su mirada en Christopher—. Luego la traes directamente aquí y te unes a nosotros en el perímetro —. Christopher aceptó—. Melanie —dijo volviéndose hacia atrás—. ¿Te puedes quedar aquí para protegerlas? —Luego señaló a Bethany y Sandra.

Ella asintió.

—Claro. Si se acerca algún vampiro por aquí cerca... acabaré con él.

Nicholas ladeó su rostro hacia ella.

—No te estoy diciendo que te lo cargues...

—Pero sabes que puedo —Le cortó ella.

—Sé que puedes hacer eso y mucho más. Pero necesito que alguien esté aquí y controle la zona, no solo la casa. Te encargarás de esta parte del perímetro.

—De acuerdo.

Nicholas miró al resto.

—Poneos los uniformes. Salimos en cinco minutos.

—De acuerdo, entendido —pronunció Adrien mientras pulsaba el cuello de su uniforme para comunicarse con Nicholas. Miró a Taylor que sujetaba su teléfono en la mano y al momento recibieron un mensaje con la ubicación de la cueva en la montaña—. A ver —dijo acercándose mientras un rayo atravesaba el cielo.

Taylor miró de un lado a otro intentando ubicar la zona marcada que les habían enviado, donde presuntamente debían estar los vampiros y la víctima.

—Creo que es esa montaña de ahí —dijo señalando uno de los picos más altos que rodeaban el descampado. Se giró y miró a los lobos instándoles a que se acercasen. Eran un grupo de siete lobos y ellos. Solo esperaban que no hubiese muchos vampiros en aquella cueva. Sabía que aquello era posible, pero también sabían que los vampiros en aquella época del año, y con este frío, necesitarían poca sangre para sobrevivir. Con una ingesta de sangre a la semana o cada diez días podrían sobrevivir sin problemas al invierno. Ahora bien, había tres chicas desaparecidas, de las cuales una había muerto según la información que les había dado Edith, pero no sabían si podían ser la causa de las decenas de desapariciones que habían en la región de Alberta, e incluso de los estados colindantes como la Columbia Británica, Saskatchewan o Montana y Washington en Estados Unidos. No sabían lo que encontrarían allí dentro ni a lo que iban a enfrentarse.

Otro relámpago cruzó el cielo y esta vez el sonido del trueno retumbó con fuerza contra las montañas creando un eco que tardó varias segundos en desaparecer.

Adrien se puso de cuclillas al igual que Taylor y el resto de los lobos, mostrándoles la ubicación del lugar que tenían que atacar.

—Me han dicho que el acceso a la cueva es muy pequeño, solo podremos caminar en fila india o como mucho en pareja de dos. —Adrien miró a Taylor un segundo—. Cuando encontremos la cueva nosotros dos iremos en cabeza. —Taylor afirmó conforme a lo que decía su compañero—. Aaron y Philippe no acompañaréis.

Alex lo miró enarcando una ceja.

—¿Y yo? —preguntó indignado.

—Ahora voy contigo, ansioso —susurró. Se echó la mano al cinturón y les mostró a todos una linterna—. Son luces solares. —Todos los lobos rugieron—. Sí, sí... sé que no os gustan un pelo, pero a los vampiros tampoco —ironizó—. Mientras no os enfoquéis los unos a los otros no habrá problema.

Se llevó la mano al cinturón y le tendió las llaves del todoterreno a Alex.

—Trae el todoterreno hasta aquí.

Alex lo miró sorprendido.

—¿Yo?

—Sí, tú... ¿no sabes conducir?

—Claro que sé —respondió indignado, poniéndose en pie.

—Pues acércalo lo máximo posible. —Escuchó como Alex suspiraba antes de comenzar a alejarse—. Y por cierto, entra por la puerta del conductor, no entres por el

maletero —medió gritó—. Recuerda que están forrados de plata.

—No soy idiota —murmuró mientras se alejaba.

Adrien sonrió ante aquel comentario y volvió su atención hacia el resto de sus compañeros.

—Como he dicho, Taylor, Aaron, Philippe y yo entraremos en la cueva. Vosotros dos —señaló a dos de su derecha—. Esperaréis fuera, en la entrada de la cueva. Os daremos linternas solares y pistolas... —Aquello hizo que diesen unas palmas de alegría—. No son juguetes —respondió ofuscado, haciendo que los dos lobos borrasen la sonrisa de sus labios—. A cualquier vampiro que intente salir lo freís. —Luego miró a los dos chicos que tenía en frente—. Vosotros esperareis en la falda de la montaña. También os daremos linternas y armas, y si se les escapa alguno a ellos —señaló a los primeros—, los freís vosotros. Seréis la segunda línea de contención. —Luego miró hacia detrás escuchando como Alex hacía rugir el motor de su todoterreno—. Alex se quedará en el coche, también tiene luces solares, así que cualquier vampiro que se os escape a vosotros tendrá que freírlo él.

Alex aparcó a pocos metros de ellos y bajó del todoterreno con un salto. Todos se pusieron en pie mientras Taylor y Adrien se dirigían al maletero.

—No os acerquéis —Les previno Taylor—, o acabaréis desmayados por la plata.

Los lobos se quedaron unos metros por detrás mientras ellos iban sacando armas y se las iban dando. Tanto Adrien como Taylor enarcaron una ceja cuando los lobos recibían las armas con sonrisas, realmente emocionados.

Taylor cogió varias cajas de cargadores con balas de plata y las depositó en el asiento del copiloto.

—En principio las armas están cargadas y tenéis cada uno un par de cargadores más, pero si se os acaban... —Miró a Alex—, aquí podréis cogerlas.

Adrien colocó una mano en el hombro de Alex.

—Te encargarás de la tercera línea de contención. Estarás solo. —Alex resopló—. Pero tendrás el coche. —Aquello le hizo sonreír—. Ven —Le instó abriendo la puerta del conductor—. Si aprietas este botón se encienden las luces delanteras y traseras solares.

Alex observó con atención.

—¿Y el botón rojo? —preguntó con interés.

Adrien se giró hacia él con una sonrisa maléfica.

—El rojo no lo toques. Son las luces solares interiores. No me apetece cenar perrito caliente —ironizó.

—Ja, ja...

—Nos iremos comunicando entre todos —dijo señalando su propio cuello y el de los lobos, donde llevaban también un micro—. Si se os acaban las balas o necesitáis refuerzo lo solicitáis, Alex acudirá con el todoterreno. —Todos afirmaron mientras iban colocándose las armas en el cinturón de los pantalones—. Dos cosas muy importantes. —Les señaló—. No rompáis, a no ser que sea necesario, las tres líneas de contención y, ante todo... no os disparéis ni os enfoquéis con las linternas, por favor.

—Eso es lo más importante —continuó con la broma Taylor.

Todos los lobos afirmaron con sonrisas, ansiosos por comenzar la batalla. Taylor y Adrien se miraron de reojo y Taylor fue el primero en resoplar.

—No sé yo si es buena idea —murmuró Taylor mientras veía como uno de los lobos dudaba en colocarse la pistola en el lado derecho o izquierdo del pantalón, y otro movía la linterna de un lado a otro, dándole pequeños golpes para encenderla.

Adrien se pasó la mano por su rostro como si estuviese agobiado al ver como uno de los lobos se enfocaba con la linterna, mirando como tenía que encenderla. Se la quitó de las manos, estresado, y se la mostró al resto.

—Tiene el botón aquí —gritó de los nervios, mostrándoles el mango de la linterna.

El lobo la cogió con una sonrisa tímida.

—Que no lo encontraba —Se quejó.

Adrien suspiró y los miró a todos.

—¿Alguna duda? —Todos negaron—. Bien, pues seguid nuestras órdenes en todo momento. Jugamos con el factor sorpresa sobretodo, por eso es muy importante que no reveléis vuestra posición hasta que los tengáis encima.

—Ah, y recordad esto... —añadió Taylor con una sonrisa—, los vampiros pueden volar, así que es posible que intenten huir de esa forma. Si alzan el vuelo apuntadlos con las linternas. Pero primero ponedla en posición.

Todos volvieron a afirmar.

—Bien, pues... —continuó Adrien—, Alex, al coche, prepárate. El resto, vamos —ordenó.

Alex se alejó hacia el todoterreno pero se quedó paralizado cuando Adrien volvió a llamarlo.

—No enciendas el motor, solo cuando te dé la orden —dijo Adrien mientras elevaba la mirada hacia el cielo, pues otro rayo lo acababa de iluminar.

—Que sí... que sí... —contestó mientras se sentaba en el asiento del conductor.

—Creo que va a caer una buena tormenta —pronunció Taylor colocándose a su lado—. Nos beneficia. Los rayos deslumbraran a los vampiros si salen.

Adrien asintió y se giró hacia atrás.

—Vamos allá. —Señaló a dos de los lobos—. Os situaréis al otro extremo del descampado. No intervengáis hasta que no aparezcan los vampiros a no ser que vuestros compañeros no puedan contenerlos. —Se quedó mirando a uno de ellos que manipulaba la pistola de un lado a otro—. Por Dios, ¿sabes disparar? —preguntó enfadado.

El joven lobo lo miró con cara de circunstancias.

—Ammmm... mmmm... nunca había cogido un arma.

Taylor se la quitó de la mano y se la mostró. Le mostró el cargador sacándolo y luego lo volvió a poner.

—Para cargar —indicó. Luego señaló el gatillo—. Apuntar y disparar. Cuidado con el retroceso.

—Ajá —contestó el lobo cogiendo la pistola.

—Madre mía... —susurró Adrien dándole la espalda.

Taylor sonrió de forma tirante al lobo.

—Siempre puedes usar tus garras...

—Y los dientes —apuntó orgulloso.

—Sí... —respondió Taylor de una forma desagradable.

—¿Nos podemos transformar, no? —preguntó otro de los lobos.

Adrien suspiró y cerró los ojos unos segundos, cargándose de paciencia.

—¿Podéis? —ironizó—. ¡Debéis transformaros! Joder... —pronunció girándose de nuevo hacia delante, controlando el terreno—. La madre que los... —acabó susurrando. Inspiró aire concentrándose en el plan y alzó la mano—. Vamos a ser lo más sigilosos posibles, ¿de acuerdo?

Todos afirmaron.

A la que Adrien comenzó a avanzar todos lo siguieron. Tenían que acabar con todos los vampiros de la zona, pero lo más importante y primordial era sacar a Jessica de allí.

Atravesaron el descampado en el más absoluto silencio, mientras los rayos iluminaban el cielo y el sonido del trueno retumbaba en las montañas.

Cuando llegaron a la falda de la montaña Adrien señaló a los dos lobos para que adoptasen la primera posición. Al menos eran sigilosos y cumplían sus órdenes sin rechistar. Sabía que eran buenos luchadores, no era la primera vez que los iba a ver luchar, pero estaba claro que las armas no eran lo suyo.

Indicó al resto que le siguiera, comenzando a subir la ladera de la montaña que cada vez era más empinada. Tal y como le había explicado Dean, Edith había caído por una pendiente muy empinada, aquello encajaba, así que esperaba estar en lo cierto y haber identificado bien la montaña que les habían pasado en el mapa.

Tuvieron que detenerse unos segundos cuando una corriente de aire huracanado los echó hacia atrás. Colocó su brazo ante su rostro evitando que los copos de nieve chocasen contra él por la ventisca y, a la que se detuvo, miró hacia atrás. Taylor permanecía a su lado y el resto de lobos esperaban detrás suyo, mirando de un lado a otro.

Aún no habían llegado a la pendiente más elevada ni a la mitad de la montaña cuando tuvieron que detenerse de nuevo ante otra gélida ventisca. Si no fuese por los trajes especiales quedarían congelados. No le extrañaba nada que cuando habían encontrado a Edith en el bosque tuviese partes del cuerpo tan quemadas. Por suerte, contaban con unas habilidades superiores a cualquier ser humano y subir aquella pendiente no le suponía un gran esfuerzo.

Siguieron ascendiendo durante varios minutos hasta que se detuvo de nuevo. Controló la zona y miró hacia arriba. Desde luego el sitio estaba muy escondido.

Iba a dar otro paso cuando escuchó el gruñido de Aaron detrás de él. Taylor y Adrien se giraron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Taylor.

—Huele a vampiro.

Adrien enarcó una ceja.

—¿Huele?

—Joder... apesta —confirmó Fillipe llevándose la mano a la nariz.

Taylor dio un paso hacia ellos.

—¿Podéis seguir el rastro?

—Joder... ¿no lo oléis? —preguntó Aaron asombrado.

—Pues claro que no lo olemos, no somos lobos —Le recordó Adrien.

Aaron dio unos pasos hacia delante, colándose al lado de ellos.

—Seguidme, el rastro es inconfundible —dijo avanzando hacia delante a un paso apresurado.

Bueno, aquello era todo un logro. No había contado con el olfato de los lobos. Ahora era seguro de que iban bien encaminados.

Tuvieron que ponerse a cuatro patas para ascender los últimos metros. Aaron les hizo detenerse y señaló hacia una cueva que estaba unos metros por encima.

—¿Es ahí? —preguntó Taylor.

—Sin lugar a dudas —respondió Aaron girándose hacia él.

Todos cogieron su arma, aunque Fillipe la cambió varias veces de mano.

Adrien y Taylor llegaron hasta ellos tumbándose sobre la nieve. Miraron a los dos lobos que los seguían y susurró hacia ellos.

—Cuando entremos os colocáis uno en cada extremo de la entrada. ¿Qué tal si os transformáis ya? —preguntó con ironía.

—¿Ya? —preguntó Aaron—. Si nos transformamos ya nos olerán ellos a nosotros.

Adrien y Taylor parpadearon varias veces.

—Vosotros y los vampiros tenéis un rollo muy raro —ironizó Taylor arrodillándose sobre la nieve.

—No es ningún rollo raro. Es lo normal —contestó Aaron.

Taylor se encogió de hombros y miró a Adrien que a su vez cogía su arma y con la otra mano la llevaba al cuello para comunicarse con sus compañeros.

—Entramos ya, estad atentos.

Todos afirmaron un simple “listos” a través del pequeño auricular que llevaban en el oído. Miró a Taylor, Aaron y Fillipe con determinación y se puso en pie corriendo hacia la entrada seguido por todos.

Tal y como había ordenado los dos primeros lobos se quedaron en la entrada, cada uno en un extremo.

Adrien dio un salto y aterrizó en el interior del estrecho agujero mientras extraía su linterna del cinturón y con la otra mano sujetaba su arma. Allí dentro, pese a que el túnel estaba formado de hielo, hacía menos frío.

Había una casi total oscuridad.

—Mierda —susurró. No veía casi nada.

Taylor aterrizó a su lado observando de un lado a otro. Poco después Aaron y Fillipe se colocaron detrás.

Así, en esa oscuridad casi extrema no podía conducirlos sin encender las linternas, pero si lo hacía en ese momento llamaría la atención de todos los vampiros.

Pudo observar a duras penas como Aaron se llevaba la mano a la nariz como si no soportase el olor que había allí dentro. A saber cómo olía un vampiro.

Llamó la atención de Aaron con un pequeño golpe en su hombro y se llevó la mano a los ojos negando. Aaron comprendió lo que ocurría y se puso en cabeza para indicarles. ¿De verdad podía ver en aquella oscuridad?

Aaron cogió la mano de Adrien el cual lo miró con una ceja enarcada y la colocó en su cinturón para conducirlo. Adrien hizo lo mismo con Taylor y a este

último se le sujetó Fillipe. Al menos, tenían la suerte de que ellos sí parecían ver totalmente en la oscuridad. Pese a que ellos veían mejor que una persona normal no era lo suficiente.

Comenzaron a avanzar totalmente a ciegas, aunque Aaron parecía que sabía lo que hacía. En un determinado momento llevó su mano hasta la cabeza de Adrien para que se agachase, pues el estrechó túnel se hacía más pequeño.

Por Dios, con razón no los encontraban. Aquella cueva estaba en un lugar remoto, en el interior de la montaña.

Avanzaron a un paso muy lento, en el más absoluto silencio hasta que comenzaron a girar. Tras varios metros más Aaron detuvo la marcha.

En ese momento Taylor y Adrien no veían absolutamente nada. Notó como la mano de Aaron sujetaba la suya y la apretaba, luego colocaba una de las linternas en su mano indicándole que se preparase. En ese momento pudieron escuchar un pequeño silbido, notar el aire que generaba el vampiro al moverse. No sabía cuántos debía haber pero por el apretón de la mano de Aaron intuía que la cosa se podía complicar.

Se giró para indicarle a Taylor que cogiese la linterna y se preparase, colocándole la suya en su mano unos segundos para que notase su tacto. Taylor iba a hacer lo mismo con Fillipe cuando este colocó la mano en su hombro. Estaba claro que él también veía lo que tenían por delante.

Aaron golpeó el brazo Adrien con la palma de la mano, marcando los cinco dedos, luego hizo lo mismo con cuatro...

Lo comprendió al momento. La cuenta atrás. Hizo lo mismo con Taylor marcándolo con tres dedos y luego con dos, notando como los músculos de su compañero se contraían, preparándose para la batalla.

Cuando lo marcó finalmente con un dedo, llevaron su mano hasta el botón de la linterna y los cuatro enfocaron hacia delante.

Lo primero que escucharon fueron gritos de vampiros, aunque Adrien y Taylor no estaban preparados para lo que vieron.

Al menos, treinta vampiros permanecían en una esquina, acurrucados. Lo primero que vieron fue su tez blanca y sus ojos rojizos, aunque un segundo después muchos de ellos desaparecieron gracias a la luz solar y otros se movieron rápidos hacia la otra esquina apartándose de ella.

Aaron se puso a cuatro patas directamente iniciando la transformación y Fillipe se colocó a su lado imitándolo. No tardaron más que unos segundos en completarla y salir disparados hacia ellos.

Estaba claro, con las armas no eran nada buenos, pero cuando se transformaban eran verdaderos depredadores.

—¡Hay que buscar a Jessica! —gritó Adrien avanzando al interior, ahora que la luz le permitía ver aquel lugar.

Era realmente escalofriante. Decenas de estalagmitas y estalagmitas inundaban la cueva de hielo, incluso columnas enteras que iban desde el suelo hasta el techo. La estancia era realmente enorme.

Tanto Aaron como Fillipe avanzaban por el interior derribando a todos los vampiros que encontraban. Los gritos les hicieron casi petar los tímpanos.

—Avancemos —urgió Taylor.

—Tú por la derecha. Yo lo por la izquierda —ordenó Adrien mientras corría al lado de su compañero, esquivando los primeros manotazos de los vampiros.

Adrien se agachó justo para esquivar las uñas de uno de los vampiros y lo atravesó con la daga mientras enfocaba con la linterna hacia el otro extremo, impidiendo ser atacado por el otro lado.

Había más vampiros de lo que esperaban, y la cueva seguía hacia delante de donde provenían más gritos aún.

Aprovechó un segundo para llevarse la mano al cuello y comunicarse con sus compañeros, mientras saltaba por encima de un vampiro y con una patada derribaba a otro.

—¡Estamos atacando! Segunda línea de contención avanzad hasta la entrada, que no salga ningún vampiro —gritó.

Pero cuando se giró hacia atrás se quedó durante unos segundos en shock. Aquello era una maldita ciudad infectada de vampiros. En ese momento pudo observar cómo, unos metros por delante, las paredes se teñían de sangre, seguramente de todas las víctimas con las que se habían alimentado.

Era imposible acabar con todos ellos solos.

—¡Mierda! —gritó. Enfocó con la linterna a su alrededor y corrió hacia el centro buscando con urgencia a los supervivientes—. ¡Taylor! —gritó sin usar su micro—. Céntrate en buscarla. Esto es imposible.

Taylor corrió sobre el hielo y se dejó resbalar sobre él mientras atravesaba el corazón de varios vampiros más.

Miró de un lado a otro enfocando con su linterna, buscando a la muchacha, pero lo único que veía era vampiros huir de la luz solar.

—Joder —susurró mientras se desplazaba hacia delante. Aquello iba a ser más difícil de lo que esperaba.

Notó como lo impulsaban desde atrás cayendo sobre el hielo, aunque se movió rápido y esquivó las garras del vampiro que se abalanzaba hacia él. Cogió su daga y en un movimiento excesivamente rápido la clavó en su pecho. El vampiro se desintegró aunque varios más vinieron en su búsqueda.

No esperó a que llegasen hasta él. Tal y como le había dicho Adrien aquello era imposible. Ellos eran solo cuatro ahí dentro y los vampiros iban surgiendo del interior de aquella cueva sin cesar.

Se giró para observar como Aaron y Fillipe acababan con varios vampiros más y siguió corriendo hacia el interior, enfocando todo a su paso, buscando a Jessica.

—¡Adrien! —Escucharon el grito de Fillipe desde atrás. Tanto Adrien como Taylor se giraron. —¡Escapan! —gritó señalando el túnel de hielo.

Adrien llevó la mano a su cuello.

—Varios vampiros se dirigen a la salida. Preparaos —urgió. Aunque luego se fijó en que todos avanzaban hacia allí a una velocidad extrema—. ¡Mierda! ¡Muchos vampiros hacia vosotros! ¡Enfocad las linternas hacia el túnel! ¡Bloquead la salida!

Aquello podía complicarse, si no acababan con todos y la bloqueaban ellos no podrían salir de allí con vida.

Adrien notó como uno de los vampiros se colocaba a su espalda, iba a girarse

justo cuando Aaron se abalanzó sobre este. Observó como clavaba sus garras en su pecho, llevaba su boca hasta la cabeza del vampiro y se la arrancaba, escupiéndola a varios metros de él.

—Puaaajjj... —Ironizó Adrien—. Desde luego, como animal de compañía no sirves—. Aaron ladeó su rostro hacia él y medio sonrió—. Espero que uses un buen dentífrico —pronunció mientras se giraba e iba a la carga de los vampiros que se acercaban.

Se agachó esquivando las garras y con la linterna los hizo desaparecer en un momento. Giró sobre sus pies.

—¿La encuentras? —preguntó hacia Taylor.

La voz de Taylor le llegó desde la lejanía.

—¡No! —gritó con desesperación.

Adrien resopló y se giró hacia delante, aunque al momento notó sus músculos en tensión.

—No, no, no... —comenzó a gritar, pues decenas de vampiros iban hacia ellos apareciendo de la zona que permanecía en la penumbra.

Iluminó la zona, pero eran demasiados, y se dirigían a mucha velocidad hacia él.

—¡Taylor! —gritó llamando su atención.

Taylor se colocó a su lado enfocando con la linterna también, intentando entre los dos contener la gran cantidad de vampiros que venían hacia ellos.

—Tenemos que encontrarla y salir de aquí —urgió Adrien antes de moverse a gran velocidad hacia el otro extremo de la sala, esquivando a la gran cantidad de vampiros que se dirigían hacia ellos. Por más que consiguieran desintegrar a las primeras líneas estos seguían avanzando hacia ellos, pues eran demasiados.

Taylor se movió rápido hacia el otro extremo mientras extraía la segunda linterna de su cinturón. Con la gran cantidad de chupasangres que había era lo más efectivo para permanecer con vida allí dentro.

Adrien tuvo que agacharse y resbalar sobre el hielo para huir de todos los que se le tiraban encima. Chocó contra una pared de hielo y se giró de inmediato mientras extraía también su segunda linterna.

En ese momento, volvió su mirada hacia el túnel de hielo, ya en la lejanía, por donde no dejaban de entrar vampiros intentando huir.

—¿Está controlada la salida? —preguntó apretándose un momento el cuello.

La voz de uno de los lobos tardó unos segundos en llegar.

—¡No paran de avanzar! ¡Se nos acercan cada vez más!

Sabía lo que ocurría, era lo mismo que allí dentro. Avanzaban lentamente pero sin parar, sacrificándose muchos para que siguieran avanzando y poder salir de la cueva.

Tuvo que agacharse y salir disparado hacia el otro extremo cuando varios vampiros más se abalanzaron hacia él.

Tenían que salir de allí como fuese, pero ahora mismo la puerta de salida estaba bloqueada. Debían de pensar rápido o se quedarían allí atrapados, pues dudaba en poder permanecer mucho más tiempo allí dentro.

Sus movimientos eran constantes esquivándolos sin cesar.

—¡Han salido! —Le llegó la voz de uno de los lobos a través del auricular—.

¡Están consiguiendo salir algunos!

—¡Segunda barrera de contención! ¡Actuad! —gritó—. ¡Alex! Enciende el todoterreno. ¡Que no puedan dirigirse al poblado!

Corrió de nuevo hacia el interior con desesperación, aunque en ese momento un fuerte olor llamó su atención haciéndolo detenerse. Enfocó al frente, donde la luz solar le rebotó al chocar contra la pared de hielo. Había llegado al final de la estancia. Descendió su linterna hacia abajo para observar decenas de cuerpos, algunos en descomposición. Notó como el estómago se le revolvía y se obligó a respirar profundamente.

Apretó los labios y enfocó de un lado a otro. Por ahí no había más vampiros, pues todos estaban intentando escapar.

—¡Taylor! —gritó.

Su compañero se colocó a su lado poco después.

—Dios mío —susurró al ver la acumulación de cuerpos. Ahora no había duda. En Banff habían desaparecido cuatro chicas, pero tal y como habían imaginado, los vampiros se habían nutrido de muchas más personas—. ¡Mierda! —gritó al ser consciente de la cantidad de cadáveres que había.

Ambos se giraron cuando escucharon un pequeño sollozo. En un lateral, una joven permanecía acurrucada, sin moverse.

Los dos corrieron hacia allí, aunque no pudieron evitar fijarse en la encarnizada lucha que mantenían Aaron y Fillipe en el túnel de hielo, intentando acabar con todos los vampiros que deseaban huir.

Adrien se agachó al lado de la joven y la volvió con delicadeza. Permanecía con los ojos cerrados y la respiración acelerada. Estaba totalmente pálida, con muchas mordeduras por el cuello y los brazos, así como las palmas de las manos y partes de las piernas quemadas por el hielo.

Adrien y Taylor se miraron unos segundos.

—¿Jessica? —preguntó Taylor.

Adrien se puso en pie de inmediato.

—¡Cógela y sácala de aquí ya! —pronunció con desesperación mientras enfocaba hacia delante, hacia los vampiros que se acercaban al ser conscientes de que los cazadores habían encontrado su alimento.

Taylor la cogió en brazos. Ella ni se quejó, permanecía en ese momento inconsciente.

—¡No paran de salir! —Identificaron la voz de Alex en sus oídos.

Adrien señaló a Taylor hacia delante, para que le siguiese mientras con las dos linternas iluminaba hacia delante evitando que los vampiros se acercasen.

—¡La tenemos! —gritó apretándose el cuello antes de golpear a uno de los vampiros que había acercando hasta ellos con una patada e impulsarlo al final de la estancia—. ¡Alex! ¡Las luces solares! —Le recordó.

—¡Las tengo encendidas! Y estoy con dos linternas enfocando el cielo. ¡Hay muchos!

Adrien gruñó mientras iba apartando a todos los vampiros que se acercaban para evitar que se llevasen a Jessica, rugiendo y gritando sin cesar.

—Aaron, Fillipe, apartaos —gritó hacia ellos mientras se aproximaban con las

linternas solares. Los dos lobos se apartaron de inmediato, tal y como les ordenaba, esquivando el potente rayo de luz—. ¡Voy a salir! —dijo enfocando directamente al túnel de hielo infectado de vampiros—. ¡No dejéis de enfocar desde la entrada hasta que nos veáis salir!

Al menos, si los rodeaban, de aquella forma podrían acabar con todos los vampiros que había en el túnel intentando escapar. El verdadero problema era todos los que habían logrado salir de allí. Sabía lo que harían, irían directos al poblado tal y como los vampiros le habían comentado a Edith. Necesitaba alimentarse, y ahora más que nunca.

Adrien se movió rápido por el túnel de hielo, seguido de Taylor con Jessica en brazos, acabando con todos los vampiros que se encontraban de espaldas a ellos, dirigiéndose hacia la salida. Al menos, jugaban con el factor sorpresa.

Cuando giró en el túnel de hielo y logró ver la salida pudo ver como un par de vampiros más salían por el agujero. Aunque uno de ellos se convirtió un segundo después en cenizas los otros dos lograron alzar el vuelo alejándose de allí.

—No, no, no... —gimió. Al momento la luz solar lo cegó debiendo detenerse, colocando una mano frente a sus ojos—. ¡Dejad de enfocarme! —gritó con agresividad hacia ellos. Al momento los dos lobos dejaron de iluminarlos.

Adrien y Taylor corrieron hacia la salida. En ese momento se dio cuenta de que los dos lobos a los que había indicado que esperasen en la falda de la montaña habían tenido que subir hasta allí para ayudar a sus compañeros, intentando frenar la huída desesperada de los vampiros. Y aún así muchos habían logrado escapar.

—Llévala al todoterreno, corre —dijo a Taylor que salió disparado hacia allí—. Alex —dijo comunicándose con él—. Acércate a la montaña todo lo que puedas, Taylor tiene a Jessica. —Se giró cuando escuchó unos pasos por detrás y estuvo a punto de enfocar con la linterna pero Aaron y Fillipe alzaron sus manos peludas hacia arriba.

—Eh, que somos amigos —bromeó.

Adrien suspiró y descendió su linterna de nuevo.

—¿Quedan más vampiros dentro? —preguntó con urgencia.

—Creo que no —respondió Aaron saltando al exterior, colocándose a su lado.

—Bien —respondió descendiendo por la montaña—. Corred hacia el poblado. Creo que van a necesitar ayuda. Id todos hacia allí.

Adrien atravesó el descampado a toda prisa. Cuando llegó al todoterreno Taylor acababa de tumbar a Jessica en el asiento trasero.

—Se pondrá bien. Pero necesita una transfusión ya.

Corrió hacia el asiento del conductor.

—Hay que llevarla a casa para que se la hagan —dijo encendiendo el todoterreno. Lo hizo girar y comenzó a conducir a gran velocidad—. ¿Y Alex?

—Se ha ido con los lobos hacia el poblado.

Adrien afirmó.

—Llama a Nicholas y explícale la situación. Hay que prevenirlos. Si se dirigen al poblado llegaran en cuestión de minutos. Esto se va a poner muy difícil.

Christopher fue el primero en entrar en comisaría, seguido de Laurel que corría tras él. Se colocó a su lado con el pulso acelerado y recorrieron la comisaría con la mirada buscando al inspector, Trevor Shatner, sin localizarlo.

—Eh, ¿qué tal? —preguntó Barry acercándose a ellos.

—¿Dónde está el inspector? —preguntó Christopher con ansiedad.

Aquella actitud por parte de su compañero lo descolocó.

—¿El inspector?

—Sí —continuó Laurel acelerada—. ¿Dónde está?

—Supongo que en su despacho —respondió sorprendido por la reacción nerviosa de ambos—. ¿Va todo bien?

Laurel se acercó a él.

—Barry, hay que avisar a todas las patrullas. Que todos los ciudadanos de Banff vuelvan a sus casas ahora.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

En ese momento la puerta al final de la sala se abrió. El inspector salía leyendo unos documentos.

—Laurel —Le llamó la atención Christopher y automáticamente señaló a Trevor.

Ambos corrieron hacia él.

—Inspector... —dijo Laurel colocándose frente a él. Trevor ascendió su mirada—. Necesito que haga una cosa de vital importancia. Después le pondré al corriente de todo, pero...

—Eh, eh... Laurel —pronunció preocupado—. ¿Va todo bien?

—No —intervino Christopher—. Hay un grave problema.

—Hemos encontrado a Edith —continuó ella.

Trevor la miró sorprendido, totalmente conmocionado por la noticia.

—¿A Edith? —preguntó volcando todo su interés en ella. —¿Dónde?

—En el bosque. Es muy importante que hagas lo que te pido. Necesito que ordenes a los coches patrulla a que obliguen a todos los ciudadanos a volver a sus casas.

Trevor los miró sin comprender.

—¿Cómo?

—Es de vital importancia. Después te pondremos al corriente de todo, pero si no quieres que en breve haya una masacre debes hacerme caso —continuó ella con urgencia—. Edith nos ha explicado que hay un grupo que la ha mantenido secuestrada estos días. Ese grupo planea venir al pueblo esta noche y acabar con la vida de muchos...

La música del móvil del Christopher inundó la estancia. Cogió el teléfono viendo que era Nicholas quien lo llamaba. Se apartó levemente para hablar con él mientras Laurel seguía explicándole lo que habían planeado. En ese momento se dio

cuenta de que la mayoría de los compañeros de trabajo de la comisaría los observaban confundidos, alertados por sus reacciones.

—Dime —pronunció directamente llevándose el teléfono al oído.

—Se dirigen hacia el poblado —exclamó Nicholas.

Aquello hizo que pusiese su espalda recta. No hacía falta que dijese de quiénes se trataban, por el tono de voz comprendía que Nicholas estaba asustado.

—¿A cuánto están? —exclamó llamando la atención de Laurel que se quedó callada observándolo.

—Estarán ahí en pocos minutos. Los estamos siguiendo.

—¿De cuántos hablamos? —En ese momento coincidió la mirada con Laurel que pareció comprender la gravedad del asunto.

—Demasiados —exclamó Nicholas—. Prepararos. Llegamos en pocos minutos.

—Joder —gritó Christopher colgando. Miró a Laurel asustado y luego giró sobre sí mismo. Por Dios, si los vampiros atacaban el poblado iban a hacer una masacre. Se fijó en cada uno de sus compañeros, algunos lo miraban con una ceja enarcada, otros simplemente pasmados. Debía hacer algo pero, ¿qué? —¡Las ventanas! —gritó Christopher señalando hacia ellas—. ¡Cubridlas! ¡Volcad las mesas y tapadlas con ellas! —Todos lo miraron como si se hubiese vuelto loco. Laurel fue la única que se movió, comprendiendo lo que ocurría y la gravedad del asunto. Corrió hacia una de las mesas y con gran esfuerzo la volcó.

—Ehhhh —gritó Trevor—. ¿Qué hacéis?

Laurel se giró enfadada hacia él y hacia el resto de sus compañeros.

—¡Ayudadnos! —gritó furiosa—. ¡Si no lo hacéis en pocos minutos estaremos todos muertos! ¡Cubrid las ventanas! ¡Vamos!

Christopher corrió hacia la puerta y salió al exterior. Lo primero que hizo fue mirar el cielo. De momento no veía nada, excepto un rayo que lo atravesó amenazando con descargar una gran tormenta. Corrió por la acera hasta el todoterreno y fue directo al maletero. Lo abrió a una velocidad extrema y cogió todas las armas y linternas solares que podía. Debía entretenerlos hasta que llegasen sus compañeros y los lobos. Cuando cerró el maletero se quedó totalmente pasmado. Pudo observar, en el reflejo de la luna trasera como a lo lejos, en el horizonte, comenzaba a aparecer una nube oscura, semejante a la que forman los pájaros cuando vuelan en bandada.

Se giró directamente observando. Nicholas tenía razón. Eran demasiados.

Miró al otro extremo de la calle donde una pareja paseaba con un perro tranquilamente, ajenos a lo que se les venía encima. Al final de la calle un grupo de jóvenes entraba en un bar a rebotar de gente.

—No, no —gimió—. ¡Eh! —gritó Christopher a la pareja que paseaba tan tranquila. Ambos se giraron asustados por el grito—. Soy policía. Id ahora mismo a vuestra casa. ¡Va a haber un ataque! ¡Alejaros!

Luego miró hacia el bar repleto de gente. Aquello iba a ser una carnicería. Al menos, aquella pareja parecía haberse asustado y corría hacia el final de la calle.

Se fijó en aquella nube formada por decenas de vampiros cada vez más próxima. En ese momento le dio igual que la gente viese sus habilidades. Se movió de una forma asombrosa hasta el bar, salvando los metros que lo separaban.

Fue hasta la puerta y se asomó a ella. La música no estaba muy alta. Entró directamente.

—¡Eh! ¡Soy policía! —gritó llamando la atención de la mayoría de ellos. El bar no era muy grande—. ¡Va a haber un ataque! —La gente lo miró asustada mientras Christopher dejaba unas cuantas linternas en el suelo enfocando hacia la puerta—. No salgáis bajo ningún concepto del bar hasta que no os avisemos. —La gente comenzó a gritar asustada por sus palabras. Encendió tres linternas solares apuntando directamente hacia la puerta. Por ahí no lograrían entrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de los jóvenes.

Christopher miró las ventanas.

—Volcad las mesas y cubrid las ventanas. —Sabía que no conseguiría mucho con eso, pero quizá sí los segundos suficientes para que se mantuviesen con vida—. ¡Atentos! —gritó—. Nadie puede salir de aquí hasta que todo pase, pero ante todo, si os atacan, apuntadlos con estas linternas.

—¿Pero qué dices tío? —preguntó uno de los chicos acercándose con un cubata en la mano, en actitud bastante chulesca.

No estaba para tonterías en ese momento. Se movió de una forma excesivamente rápida para un ser humano y lo cogió del brazo. Todos gritaron alejándose de él, asustados por lo que acababan de ver.

—Esto no es ninguna broma. Haced lo que os digo y quizás viváis.

Dicho esto salió del bar con un movimiento acelerado, corriendo a gran velocidad hacia la comisaría. Los vampiros no tardarían más que pocos segundos en llegar, pues ya podía distinguir sus siluetas perfectamente.

Observó como Michael y Barry se asomaban a la puerta de la comisaría como si no comprendiesen nada. Christopher coincidió la mirada con ellos.

—¡Venid! —rugió abriendo el maletero de nuevo. Los dos obedecieron rápidamente.

—¿Qué haces? —preguntó Michael alarmado.

Christopher cogió varias linternas más y se las dio a Barry. Luego abrió la trampilla y comenzó a sacar armas.

—¿De dónde las has sacado? —preguntó con voz incriminatoria—. ¡Eh! —volvió a llamar su atención al no recibir respuesta por parte de Christopher, pues no hacía más que sacar armas.

—Mira hacia atrás —Le devolvió el grito Christopher atacado de los nervios,

Tanto Barry como Michael se giraron y se quedaron sorprendidos, incluso dieron unos pasos al frente totalmente conmocionados.

—¿Qué es eso? —preguntó Barry con un grito.

—No te voy a mentir puesto que seguramente los vas a ver de primera mano —dijo Christopher cerrando el maletero—. Vampiros. —Ambos se giraron hacia él extrañados—. Y os aseguro que no vienen en son de paz —pronunció con los labios apretados mientras los empujaba hacia dentro de la comisaría, pues Michael y Barry parecían haberse quedado en shock, con la vista clavada en aquellos seres que volaban a gran velocidad hacia ellos.

—Joder, ¡corred! —gritó.

En ese momento los dos reaccionaron.

En cuanto entraron en la comisaría pudo observar como solo unos pocos ayudaban a Laurel a tapar las ventanas, el resto los miraban boquiabiertos mientras el inspector repetía una y otra vez que se estuviesen quietos.

—¡Se acercan! —gritó Barry mientras corría hacia una de las mesas para volcarla y con la ayuda de Michael la colocaban contra una ventana. Aquello despertó el interés y puso en tensión al resto de compañeros—. ¡Haced lo que os dicen! —gritó Michael hacia sus compañeros.

En ese momento, tras ver como ellos entraban en estado de pánico, el resto comenzó a colaborar, aún sin saber qué era lo que ocurría.

—¡La puerta! —gritó Christopher cogiendo una de las estanterías y arrojándola al suelo. Laurel iba a ayudarlo pero no hizo falta, sin ningún esfuerzo Christopher arrastró la estantería arrojando todo lo que contenía en los estantes intentando bloquearla.

En ese momento llegaron hasta la comisaría los gritos desde fuera. Christopher se movió con agilidad hacia Laurel cogiéndola de la mano.

—No te separes de mí —dijo colocándola a su lado. Miró al resto de sus compañeros mientras colocaba linternas en el suelo en todas direcciones formando un gran círculo—. ¡Venid todos aquí! ¡Al centro!

Si por él fuese saldría afuera e intentaría acabar con todos los vampiros posibles, pero él solo no podía hacer nada frente a tantos, y debía proteger al mayor número de personas que pudiese hasta que llegasen sus compañeros.

Todos obedecieron. Cogió su móvil mientras miraba de un lado a otro y tomaba una pistola en su otra mano, pues los gritos cada vez eran más cercanos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Trevor entrando en el círculo.

Christopher no contestó. Marcó el teléfono de Nicholas y llamó mientras controlaba de un lado a otro, pues sabía que en cualquier momento los vampiros aparecerían allí.

—Estamos llegando —dijo Nicholas directamente.

En ese momento las luces de la comisaría se apagaron, quedándose totalmente a oscuras. A través del poco espacio que había quedado en las ventanas tras poner mesas y estanterías para hacer más difícil el acceso pudo ver como algunas de las farolas de la calle se apagaban. Seguramente estarían rompiendo los cables de electricidad.

Pudo escuchar el gemido de alguno de sus compañeros, que aún no entendían lo que ocurría. En ese momento unos fuertes golpes en el tejado les hizo alzar la mirada todos hacia el techo.

—Están aquí —Fue lo único que dijo Christopher antes de colgar y guardar el teléfono en su bolsillo, sin apartar la mirada del techo. Rodeó el círculo que había formado con las linternas aún apagadas en el suelo controlando todo—. Escuchad —susurró esta vez—. Las linternas que he puesto en el suelo tienen un botón en el extremo. Cuando os dé la orden encendedlas. —Varios de sus compañeros y Laurel se agacharon cogiéndolas—. Hacedlo cuando yo os diga y sobre todo... no salgáis de este círculo en ningún momento.

Más golpes se sucedieron en el techo y al momento escucharon una decena de gritos en el poblado. Los gritos eran agudos y potentes, e incluso le hicieron apretar

los dientes.

—¿Qué es todo esto? ¿Quién grita?—preguntó Trevor mientras todos miraban de un lado a otro asustados.

En ese momento Christopher pudo ver, a través del pequeño trozo de ventana que quedaba al descubierto, como varios vampiros se dejaban caer sobre el asfalto. Uno de ellos fue hacia una camioneta y de una patada la hizo desplazarse rodando sobre el asfalto hasta estamparse con varios coches más.

Miró de un lado a otro atento a cada posible acceso y se giró un segundo para controlar a Laurel. Estaba justo tras él, agachada con una de las linternas en la mano preparada para encenderla cuando diese la orden.

—No hagáis nada hasta que os lo diga.

En ese momento dos de los cristales de las ventanas de la comisaría salieron disparados, convertidos en trozos que salieron disparados a gran velocidad contra todos ellos rompiendo en pedazos las mesas que volaron hacia varios lados.

—¡Cuidado! —gritó Christopher agachándose. Se acercó a Laurel cubriéndola con su cuerpo mientras notaba como varios cristales impactaban contra su espalda.

No esperó a ver a los vampiros aparecer. Se puso en pie y corrió hacia delante disparando por las ventanas. Aunque se quedó quieto cuando no apareció ningún vampiro por ellas.

—¿Qué ha sido eso? —gritaron varios compañeros, aún agachados, conmocionados.

Uno de ellos se puso en pie dando un paso al frente para acercarse a Christopher, pero este se giró totalmente colérico hacia él.

—¡No abandones el círculo! —gritó—. ¡Es una orden!

En ese momento notó como una fuerza lo impulsaba hacia atrás y salió volando contra la pared situada a varios metros, chocando con fuerza contra ella.

Tres vampiros se materializaron en el interior de la comisaría, mirando de un lado a otro con sonrisas en sus rostros.

Christopher no había tocado el suelo tras la caída que se levantó de inmediato arremetiendo contra ellos. El primero se convirtió en cenizas al momento, pues estaba seguro de que no esperaban a un cazador en el interior de la comisaría, el segundo se movió hacia un lateral, directo hacia sus compañeros pero lo interceptó a tiempo propinándole una patada y alejándolo de ellos. El tercero recibió una bala en el centro de su pecho desapareciendo de la visión de todos.

Pudo ver de reojo como uno de los policías sujetaba la linterna temblando, llevando su dedo hasta el botón para encenderla.

—Aún no —Le gritó mientras se movía a una velocidad extraordinaria hacia el vampiro al que había empujado y que permanecía atontado por el golpe en el suelo. Se abalanzó sobre él cuando este desapareció, apareciendo a su espalda, pero él ya conocía sus movimientos de ataque demasiado bien. Se agachó para esquivar sus afiladas uñas y se giró lo suficiente para colocar la pistola en su pecho y apretar el gatillo. El vampiro se desintegró al momento.

—Joder —gritó uno de los policías—. ¿Pero qué cojones es esto?

—Vampiros —respondió Michael—. ¡Son vampiros de verdad! —exclamó sorprendido, como si no pudiese dar crédito.

Christopher se giró hacia ellos, mientras todos lo observaban sorprendidos por lo que acababa de hacer. Laurel lo miraba impresionada, con la mandíbula desencajada. Algunos de ellos tenían los ojos como platos. Ninguno se movía, todos permanecían quietos sin apartar la mirada de él.

—Ups... mmm... como está de revolucionada la fauna esta noche, eh —ironizó Christopher con una sonrisa forzada.

Todos seguían mirándolo fijamente, sin dar crédito. Hasta que los gritos agudos fuera de la comisaría se intercalaron con los de la población.

—Mierda —rugió Christopher acercándose a uno de los boquetes que habían formado en la pared de la comisaría. Varias personas corrían por la calle asustadas. Pudo ver como los vampiros se lanzaban sobre ellas aplastándolas contra el arcén y a otras simplemente las cogían para alzar el vuelo nuevamente—. No, no, no... —gimió al ver que otro grupo de vampiros rompían las ventanas de las casas, de donde provenían los gritos de las personas que habitaban en su interior. Se giró hacia sus compañeros—. Encended las linternas y no os mováis del centro del círculo veáis lo que veáis. —Miró a Laurel un segundo como sujetaba la linterna con fuerza y esta asintió.

Cuando encendieron las linternas y la luz solar lo cegó salió disparado hacia el centro de la calle. Habían demasiados vampiros, pero debía hacer algo hasta que llegasen sus compañeros.

Vio cómo varios vampiros salían de las ventanas de las casas que acaban de romper arrastrando a varias personas que gritaban sin cesar.

—Joder —susurró antes de correr hacia allí. Dio un salto interceptando al vampiro que salía de una segunda planta con una chica joven en sus brazos que no dejaba de gritar y de una patada lo impulsó al otro lado. La chica cayó sobre el tejado con forma de triángulo, comenzando a caer hacia del suelo, pero Christopher se dejó caer y la sujetó por la cintura justo cuando llegaba al final de este.

La chica lo miró asustada pero el grito agudo de otro vampiro les hizo volver la mirada a los dos hacia atrás. El vampiro los miraba totalmente colérico.

Christopher sujetó con fuerza a la muchacha por la cintura y se dejó caer desde el tejado hacia la calle. Nada más caer la soltó y señaló el interior de la casa.

—Vamos, entra y no te muevas de ahí —gritó.

La chica iba correr hacia la puerta cuando el vampiro se interpuso en su camino intentando cogerla de nuevo. Christopher se movió hasta allí y apuñaló al vampiro en su pecho, ante la mirada asustada de ella.

—Entra, vamos —urgió.

Ella se llevó las manos a los bolsillos y lo miró asustada.

—No tengo las llaves —gimió.

Christopher no esperó. Fue hasta la puerta y de una patada la abrió.

—Vamos, vamos...

La chica entró corriendo pero se giró hacia él.

—Gracias —pronunció agradecida.

—No enciendas la luz. Escóndete y no salgas de aquí.

Ella aceptó mientras corría hacia uno de los armarios. Christopher cerró la puerta y miró de un lado a otro. Decenas de vampiros volaban de un tejado a otro

buscando una presa. Otros se limitaban a romper las ventanas y sacar a la gente de allí. Pudo apreciar cómo varios vampiros cogían a las personas y elevaban el vuelo.

Corrió al centro de la calle y tomó en cada mano una linterna, enfocando hacia el cielo. Logró alcanzar a varios de los vampiros que cargaban con gente y cuando desaparecieron estas cayeron desde un altura considerable.

Se movió cogiendo a cada una de ellas, dejándolas sobre el asfalto.

—¡Corred! —gritó.

Se giró y miró al horizonte mientras varios relámpagos lo cruzaban. Varios vampiros más se acercaban hacia allí. Iba a ser imposible parar aquello. Ni siquiera sabía hacia dónde dirigirse. Pudo ver como varios vampiros más rodeaban el bar en el que le había dejado las linternas. Iba a moverse hacia allí cuando tuvo que saltar de inmediato, elevándose al notar como un vehículo atravesaba el cielo dirigiéndose hacia él.

Se apartó lo suficiente para que no lo aplastase y se giró. Decenas de vampiros avanzaban por la calle hacia él, todos vestidos de negro, con la mirada clavada en él. Estaba claro que él era la única persona en aquel momento que podía representar una amenaza para ellos y estaban dispuestos a acabar con él.

—Vaya, vaya... —dijo el vampiro que iba en cabeza—. Uno de los cazadores. ¿Estás aquí solo?

Lo reconoció al momento. Aquel era el vampiro que se había llevado a Melanie en el bosque, el que le había ayudado a escapar de ellos y llevarla hasta su tía Agnes.

Christopher cogió con cada mano una linterna e iluminó en su dirección. Parecía que Vincent tenía ganas de conversación, pero él no.

Consiguió iluminar a unos cuantos que se desintegraron, pero el resto comenzaron a desperdigarse por el poblado.

—¡Alimentaros! —gritó Vincent apareciendo a pocos metros de él—. ¡Nuestro momento ha llegado!

—De eso nada —susurró Christopher corriendo hacia él.

Se movió rápido hacia el vampiro. Estaba claro que era su líder. Los vampiros eran muy jerárquicos y sabía que si acababa con el jefe el resto estarían más perdidos. Debía acabar como fuese con él.

Vincent se apartó esquivando la daga y bloqueó su brazo con su mano.

—No, no... —ironizó Vincent—, así no —dijo como si le diese una lección de lucha.

Christopher se giró esquivando las uñas de él, cogió su arma y disparó hacia su pierna. Vincent no pudo esquivar la bala y soltó a Christopher mientras retrocedía y un grito de dolor salía de lo más profundo de su ser.

Christopher se irguió y lo miró con una sonrisa mientras adoptaba una pose de lucha.

—¿Mejor así? —preguntó con una sonrisa maléfica.

Vincent rugió en su dirección, pero al momento se quedó petrificado cuando notó una presencia a su espalda.

—No, mejor así —Escuchó Vincent al lado de su oído. El vampiro ni siquiera tuvo tiempo de girarse. Nicholas había colocado el arma en su espalda. Apretó el gatillo y comenzó a desintegrarse.

Christopher no perdió el tiempo y miró detrás de Nicholas. Los dos todoterrenos estaban aparcados al final de la calle y sus compañeros comenzaban a desperdigarse por todo el poblado junto a un gran grupo de lobos.

Pasaron a su lado corriendo, preparados para acabar con el número máximo de vampiros antes de que acabasen con las vidas de los ciudadanos de la ciudad.

Christopher se giró hacia Nicholas.

—Son demasiados —urgió—. Y están por todo el poblado.

Nicholas miró de un lado a otro, observando la gran cantidad que saltaban de un lado a otro, incluso en la lejanía.

—Taylor y Adrien acaban de llegar a casa para dejar a Jessica. Ahora vendrán para aquí. —Se llevó la mano al cuello para comunicarse con sus compañeros—. Lobos, dirigíos al otro extremo del poblado, hay varios vampiros saltando de tejado en tejado que se alejan, intentad controlarlos. —Luego miró a Christopher—. Equipo, cuando los lobos estén al final del poblado intentaremos conducir a todos los vampiros hacia allí. Vamos a encerrar a todos los que podamos. —Christopher asintió comprendiendo las órdenes. Nicholas se colocó a su lado mientras cogía un arma en cada mano—. No llevas el uniforme de trabajo.

—Eso no debe preocuparte —pronunció mirando al frente.

Aunque aquella respuesta no gustó a Nicholas no dijo nada al respecto. Necesitaba a todo su equipo para intentar acabar con aquella amenaza.

Varios de sus compañeros se colocaron a su lado.

—Scott, por esa calle. Dean, por aquella... —Fue señalando—. Christopher, encárgate de la derecha. Yo iré por la central. Si podéis matarlos, pero me basta con que los hagáis correr hacia los lobos.

Todos aceptaron. Miraron al frente preparados cuando los gritos a su lado se hicieron patentes. Todos giraron su rostro hacia la comisaría. Un gran número de vampiros entraba en ella y, aunque las luces solares iluminaban la estancia no conseguían acabar con los vampiros, pues sus movimientos eran demasiados lentos para ellos.

—Laurel —susurró Christopher.

Nicholas miró a su compañero.

—Encárgate —Le urgó—. El resto, a por los vampiros.

Laurel salió disparada contra una de las paredes junto a varios compañeros suyos. El golpe fue fuerte, dejándola sin respiración, luchando por no perder el sentido, pero su instinto de supervivencia le hizo ponerse de rodillas sobre el suelo y gatear hacia la linterna que se le había caído de las manos.

Sabía a lo que se enfrentaba. No era la primera vez y, por eso mismo, no podía permitirse un segundo de respiro.

Cogió la linterna entre sus manos, pero antes de que pudiese encenderla Barry salió disparado hacia el techo con un grito. Miró de un lado a otro mientras con esfuerzo se ponía en pie, encendiendo la linterna y enfocando de un lado a otro con ansiedad, aunque le temblaban excesivamente las manos.

Enfocó hacia el techo para observar como un vampiro permanecía agarrado a él con sus cuatro extremidades, mientras mantenía a Barry atrapado e hincaba sus colmillos en su cuello. El grito de Barry le hizo estremecer. Enfocó la linterna hacia allí, aunque el vampiro desapareció de inmediato moviéndose a otro extremo. Eran demasiado rápidos como para que pudiese alcanzarlos con la luz.

Barry cayó hacia el suelo con un fuerte golpe.

—¡Barry! —gritó ella mientras se situaba a su lado y le daba la vuelta. Tenía una profunda herida en su cuello, motivada por los dos largos colmillos. En la caída debía haberse partido el brazo y algunas costillas porque cuando lo giró para ponerlo de cara a ella gritó de forma extrema—. Tranquilo, tranquilo... —susurró intentando calmarlo.

Tuvo que echarse sobre su cuerpo cuando una sucesión de disparos pasaron por encima de su cabeza.

Varios compañeros suyos disparan de un lado a otro intentando detener a todos los vampiros que accedían a la comisaría. Al momento, varios de ellos salieron volando hacia los lados, incluso pudo ver como el inspector era alzado por uno de ellos y lo arrojaba contra la pared. Segundos después, y sin dejar que el inspector cayese al suelo el vampiro se movía hacia él comprimiéndolo contra la pared y clavaba sus colmillos en su cuello.

Laurel movió la linterna de un lado a otro intentando hacer que se alejasen, pero no servía de nada. Christopher se movía de una forma muy similar a aquellas bestias, por eso mismo podía hacerles frente. Pero ellos nada tenían que hacer frente a los vampiros.

Comenzó a ponerse en pie cuando se vio desplazada hacia un lateral de la comisaría.

Gritó cuando chocó contra una de las mesas, rodó sobre ella y cayó al suelo. De nuevo volvió a quedarse sin respiración. Se quedó unos segundos quieta intentando hinchar sus pulmones, aunque sin dejar de buscar la linterna que se le había vuelto a escapar.

Gimió cuando se colocó de rodillas y comenzó a gatear hacia una de las

linternas que había en el suelo pero fue volteada y comprimida contra el suelo.

El vampiro colocó un pie en su estómago apretando, mientras ella gritaba y, en un rápido movimiento, se colocó sobre ella sujetando su cabeza hacia un lado para acceder a su cuello.

—¡No! —gritó mientras comenzaba a aporrear el pecho del vampiro, mientras podía ver de reojo como varios de sus compañeros volaban de un lado a otro sin clemencia.

Notó el aliento del vampiro en su cuello justo cuando salió disparado hacia un lateral. Sollozó cuando Christopher se materializó de rodillas a su lado, mirando de un lado a otro y colocaba una mano en su hombro para intentar calmarla.

—¿Estás bien? —preguntó con urgencia mientras extraía la daga del cinturón de su pantalón.

Ella asintió mientras se incorporaba. Christopher colocó una de las lanternas en su mano.

—No consigo alcanzarlos con la luz —susurró ella aún recuperando el aliento.

Christopher lo sabía, pero igualmente dejó la linterna en sus manos mientras se ponía en pie. Aquello era un exterminio en todo regla. Cogió una de las lanternas del suelo, la encendió y miró hacia ella.

—Colócate en ese rincón —Le pidió mientras adoptaba un posición de lucha.

Laurel gateó temblorosa hacia la esquina, mientras encendía la linterna y se acurrucaba en el rincón.

Cuando se giró hacia atrás no vio a Christopher, solo una sombra que se movía a una gran velocidad exterminando a todos los vampiros con los que chocaba. Vio como uno a uno se iban desintegrando, a una velocidad que su ojo no era capaz de asimilar.

Christopher no tardó más de un minuto en aparecer frente a ella, de rodillas. Laurel gritó cuando lo vio aparecer justo en frente y estuvo a punto de golpearle con la linterna en la cabeza, pero Christopher sujetó su mano y arqueó una ceja.

—Perdona —gritó Laurel de los nervios. Luego miró a todos lados, la comisaría estaba limpia de vampiros, pero pocos de sus compañeros se mantenían en pie. Los pocos que había corrían hacia los caídos intentando ayudarlos—. ¿Has sido tú solo? —preguntó boquiabierta.

—Por eso mismo soy un cazador —dijo tendiéndole la mano para ayudarla a ponerse en pie. La cogió por la cintura sujetándola a su lado para que no cayese—. Escuchad —gritó a los policías para que le atendiesen—. Comprimid las mordeduras con los dos dedos y dejarán de sangrar en pocos minutos. Después ponedlos en posición de seguridad hacia un lado. Es normal que tengan vómitos.

Michael y varios compañeros más afirmaron obedeciendo lo que había dicho.

Sujetó con fuerza a Laurel contra él y se movió de aquella forma tan acelerada hacia el otro extremo de la comisaría, saliendo a través de uno de los agujeros. Aunque a Laurel aquella sensación le mareó, pues cuando la dejó en el suelo se movió de un lado a otro.

—¿Te han mordido? —preguntó Christopher con urgencia.

—No, esta vez no —pronunció mirando la calle de un lado a otro—. Por Dios —sollozó mientras observaba la gran cantidad de vampiros que había, como muchos

arrastraban a personas por las calles.

Christopher miró al otro extremo, donde sus compañeros habían dejado los todoterrenos. La dejaría dentro de uno con la luz solar conectada. Era el único sitio donde estaría a salvo.

La cogió por el brazo para correr hacia el todoterreno cuando Taylor y Adrien se materializaron ante él.

—¡Eh! —gritó Taylor llamando su atención—. Jessica ya está en casa. ¿Cómo va por a...? —Luego miró el poblado—. Hijos de...

Christopher se detuvo ante ellos.

—Nicholas, Scott y Dean los están haciendo avanzar. —Señaló al final de la calle donde podía ver justamente a su jefe moverse de un lado a otro e intentar conducir a los vampiros—. Al otro lado de la calle los esperan los lobos.

Ambos afirmaron mientras extraían sus armas y disparaban a varios vampiros rezagados.

—La dejo en el todoterreno y os acompaño —dijo mientras señalaba con un movimiento de su rostro a Laurel. Ambos la observaron unos segundos y asintieron.

Iba a comenzar a correr hacia el coche cuando el suelo comenzó a temblar bajo sus pies. Se detuvo rodeando su cintura con su brazo y miró a sus compañeros sin comprender.

Comenzó como una pequeña vibración, pero cada vez se hizo más intensa.

—¿Otro terremoto? —preguntó Adrien de los nervios.

Comenzó a costarles mantenerse en pie cuando un relámpago cayó varios metros por delante de ellos, haciendo que los coches que habían en la zona saliesen disparados hacia las casas a gran velocidad, destruyendo varias de ellas.

Todos cayeron al suelo, pero por suerte, Christopher pudo sujetar a Laurel contra él y protegerla con su cuerpo.

—¿Pero qué cojones pasa ahora? —gritó Taylor tumbado a su lado—. Se puso en pie de inmediato y cerró la boca al momento—. Jo... der —susurró.

Adrien y Christopher se pusieron en pie ayudándola a ella. Todos miraron al frente. Pudo ver como Nicholas, al otro extremo de la calle y sus otros dos compañeros, se levantaban también y miraban al centro, donde una figura se había materializado.

Christopher soltó a Laurel de inmediato y dio unos pasos al frente, totalmente impresionado.

La figura vestía una túnica negra y portaba una capucha con la que cubría su rostro. En ese momento fue consciente del silencio que se había formado en el poblado. Ya no se escuchaban los gritos de los vampiros. Había un absoluto silencio.

La figura bajó su capucha mientras miraba de un lado a otro, con calma. Todos lo reconocieron al momento.

—¿Thomas? —preguntó Dean a su lado—. ¿Es Thomas?

Todos comenzaron a retroceder a un paso lento. Sabían realmente que aquel ser no era Thomas, era algo mucho superior a lo que habían conocido hasta ahora.

—La bestia —susurró Christopher cogiendo a Laurel y dando pasos hacia atrás, alejándose de ella lentamente como si así no quisiesen llamar su atención.

Otro relámpago cruzó el cielo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Scott mientras imitaba a sus compañeros, alejándose.

Todos sabían que no podían hacer nada contra ella.

Thomas cogió aire y gritó a pleno pulmón.

—¡Vincent!

Todos se detuvieron, quedándose totalmente quietos. En ese momento ascendieron sus miradas hacia las altas casas, donde en los tejados aparecían cada vez más vampiros.

—Mierda —susurró Dean.

Nicholas dio unos pasos al frente.

—¡Vincent está muerto, Thomas! —gritó hacia él con ira.

Thomas se giró hacia Nicholas, dándole la espalda a ellos tres y a Laurel. Scott se llevó la mano de inmediato al cuello para comunicarse con su jefe.

—Cállate, idiota, o nos matará a todos —susurró.

—Nos matará de todas formas —respondió Nicholas con la mirada clavada en Thomas, una mirada cargada de fuerza y determinación.

Christopher echó la mirada atrás. Estaba seguro de que atacaría, y sabía que nada podrían hacer frente a él. El todoterreno estaba a pocos metros de ellos, con suerte, podría meter a Laurent en su interior y obligarle a alejarse de allí, dirigirse a casa donde estaría más protegida.

Miró de un lado a otro. Todos los vampiros permanecían sobre los tejados, tiesos como palos, como si esperasen órdenes.

—Creo que ya dije que mi nombre no es Thomas —pronunció dando unos pasos hacia Nicholas—. Mi nombre es Mabus —Le corrigió.

—¿Y qué más da? —volvió a gritar Nicholas—. Eres un incordio con un nombre u otro.

Aquel comentario hizo sonreír a Mabus que dio unos pasos al frente, acercándose hacia Nicholas. En ese momento volvieron a escuchar la voz de su jefe.

—Alejaros de aquí —susurró—. Rápido.

Adrien y Taylor negaron dando un paso al frente.

—Ni hablar —contestó Adrien.

—Largaros —volvieron a escuchar la voz de Nicholas—. Es una orden.

Christopher miró a Laurel, la cual permanecía a su espalda, con una mirada totalmente aterrorizada.

Taylor dio un paso al frente mientras sujetaba con fuerza su daga.

—Ahora mismo, jefe... tus órdenes me resbalan —susurró también—. No vamos a dejarte solo con él.

Adrien también dio un paso al frente ignorando la advertencia de su jefe.

Christopher se giró levemente hacia Laurel.

—Escucha —dijo cogiendo de su bolsillo la llave del todoterreno. La colocó en la mano de ella y la observó unos segundos—. Ve hacia el todoterreno y aléjate de aquí... —Ella comenzó a negar—. Laurel, necesito que te alejes de aquí. Ahora.

—No quiero dejarte... —gimió ella.

—No puedo estar pendiente de ti. Por favor —suplicó—. No pasa nada, pero necesito que conduzcas hasta casa y te quedes allí. Estarás más protegida que aquí. —

Se miraron durante unos segundos—. Hazlo —ordenó, y aquella vez, el tono de voz que usó no dio lugar a quejas.

La separó de él y volvió a señalarle hacia el todoterreno.

—Vamos —susurró de nuevo.

Ella hizo un puchero pero finalmente se alejó hacia el todoterreno. Estaba bastante alejado, pero confiaba en que la distracción que estaba haciendo Nicholas funcionase al menos para permitir que Laurel llegase al todoterreno y pudiese alejarse de allí.

Christopher miró hacia los tejados de nuevo, al menos, ninguno de los vampiros prestaba atención a Laurel, si no que todos permanecían con la mirada clavada en Mabus.

—No he hecho más que comenzar —arremetió Mabus contra Nicholas, sin dejar de avanzar hacia él—. Solo es el inicio.

—¿El inicio de qué? —preguntó Nicholas con un grito.

Mabus sonrió y luego miró a los vampiros.

—El inicio del fin, Nicholas —pronunció él. Luego miró a los compañeros que tenía a su lado, los otros dos jóvenes cazadores—. Me parece que no sois conscientes de lo que se avecina, de lo que está por llegar.

—¿Y tú vas a explicárnoslo? —ironizó Scott colocándose al lado de su jefe—. Ya nos hacemos una idea: terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas...

—Entonces no hará falta que os explique más. Es algo muy fácil de comprender. Todo tiene un inicio y un final.

—¿Un final? —volvió a preguntar Scott.

Nicholas tragó saliva y esta vez lo miró asustado, como si comprendiese el significado de sus palabras.

—El fin del mundo —susurró. Dio unos pasos hacia delante, mirando a Mabus con temor—. ¿Quién eres realmente?

Mabus extendió los brazos hacia ellos.

—Yo soy el inicio de ese fin —pronunció con solemnidad—. Y ni tú, ni nadie, puede impedir lo que está escrito.

Taylor miró a Adrien y a Christopher confundido tras escuchar aquellas palabras.

—¿Pero que dice este loco? —susurró a sus compañeros—. ¡Vamos a matarlo ya!

Mabus se giró hacia ellos haciendo que Christopher, Adrien y Taylor diesen unos pasos rápidos hacia atrás.

—Inocentes —sonrió hacia ellos—. Me parece que no acabáis de entender lo que estoy diciendo—. Dio unos pasos acercándose—. Yo soy la llama que extinguirá los bosques, el temblor que azotará las ciudades, el que sumirá a todo este mundo en la oscuridad más absoluta. Todo cuanto conocéis dejará de existir.

Todos se quedaron mirándolo fijamente, sin dar crédito a lo que escuchaban.

—¡Cállate, zumbado! ¡Veis! ¡Está totalmente loco! —gritó Taylor de nuevo.

Nicholas apretó de nuevo su cuello.

—Por Dios, Taylor... cállate de una maldita vez —rugió su jefe.

Mabus volvió a girarse hacia Nicholas, esta vez en una actitud más seria.

—Dios hace tiempo que se dio por vencido con vosotros.

Tal y como dijo aquello colocó sus manos hacia abajo. El temblor volvió a hacerse patente. Todos comenzaron a retroceder cuando de sus manos comenzó a salir una luz dorada.

—Mierda... —dijo Dean—, ¿pero qué coño está haciendo?

La luz comenzó a hacerse más intensa.

—No, no, no... —gimió Nicholas apuntando con el arma directamente hacia Mabus—. ¡Disparad! ¡Vamos, disparad! ¡No dejéis que lo haga!

—¿Qué haga qué? —gritó Adrien de los nervios desde el otro extremo extrayendo su arma y apuntando tal y como su jefe había ordenado.

Christopher se giró para controlar a Laurel que estaba llegando al coche mientras extraía su arma. Aquello no tenía buena pinta.

Los disparos comenzaron a sucederse, apuntando todos directamente hacia Mabus, mientras daban pasos aproximándose a él, pero las balas simplemente se desintegraban a medida que se le acercaban.

—¡No sirve de nada! —gritó Scott mientras la luz se hacía más intensa.

Nicholas extrajo la daga de su cinturón y miró con terror hacia Mabus. Apretó los labios, tomó aire y miró a su compañero.

—Joder... ¡hay que detenerlo ya! —gritó antes de salir disparado hacia Mabus.

La luz que emitía de sus manos cada vez era más intensa, el temblor de la tierra más potente haciendo que comenzase a desquebrajarse.

Nicholas corrió hacia él, sabía que si no lo detenían en aquel momento todo acabaría.

Sus compañeros lo imitaron, incluso Christopher que no llevaba su uniforme salió disparado hacia él, comprendiendo la gravedad de los hechos.

Pero pocos segundos después todos salían disparados hacia detrás, sin poder si quiera acercarse.

La luz que emitían las manos de Mabus desapareció, pero lejos de lo que esperaba, de las grietas que se habían formado en la tierra comenzó a aparecer una gran claridad, como si la luz que Mabus había creado hubiese penetrado en la tierra y necesitase romperla para salir.

Nicholas se incorporó de inmediato, al igual que todos, sin saber qué hacer para detenerlo.

—Os aconsejo que no malgastéis el tiempo que os queda intentando detener lo que no se puede —le sugirió a Nicholas que se ponía en pie.

—Yo no me rindo fácilmente —rugió Nicholas mientras adoptaba de nuevo una postura para salir disparado hacia él—. Ninguno de nosotros. Mi misión es proteger a toda esta gente —pronunció con más contundencia mientras todos sus compañeros adoptaban la misma postura que él, manteniendo el equilibrio sobre la tierra que no dejaba de moverse.

Mabus ladeó su rostro hacia él, molesto por sus palabras.

—Bien, pues... te liberaré de tu misión —pronunció elevando su mano en su dirección.

De nuevo volvió a aparecer una luz brillante, cegadora, haciendo que todos tuviesen que cerrar los ojos.

El rayo de luz más intenso que habían visto hasta el momento los cegó cuando explotó en la mano de él, dirigiéndose hacia Nicholas, Dean y Scott. Ambos agacharon su rostro para cubrirse, pero una explosión ante ellos hizo que el rayo no llegase a tocarlos.

No fueron conscientes de lo que había ocurrido hasta que abrieron los ojos y se quedaron totalmente impresionados por lo que veían.

Melanie se encontraba ante ellos con los brazos ante su rostro, en una postura defensiva.

—¿Melanie? —preguntó Nicholas tras ella, totalmente impresionado por verla allí.

Ella ni siquiera se giró para observarlo, sino que centró su mirada en Mabus, el cual volvía a ladear su rostro, en esta ocasión, hacia ella.

—Vaya, vaya... Melanie —dijo Mabus—. Qué agradable sorpresa. No esperaba verte por aquí. —Ella se puso erguida sin un ápice de terror en su rostro. —Creo que estoy en deuda contigo. Muchas gracias por traerme de vuelta.

—No estés tan agradecido —respondió mientras extendía sus manos hacia los lados—. Pienso devolverte al mismísimo infierno.

Tal y como dijo aquello dos potentes rayos de luz surgieron de sus manos directos hacia Mabus, creando una luz tan potente que todos tuvieron que retroceder y cerrar los ojos.

Un viento huracanado hizo que todos fuesen impulsados hacia atrás. Melanie tenía un poder inigualable. Si alguien podía acabar con Mabus era ella.

Todos hicieron presión con sus piernas para no salir disparados mientras el viento los echaba atrás e intentaban mantenerse firmes.

Sin duda, los superaba a todos en poder. Pero la esperanza que tenían de acabar con él desapareció cuando la luz que emitía Melanie se disipó y volvieron a mirar al frente. Mabus permanecía en la misma postura, sin inmutarse.

Melanie tenía la respiración agitada, como si hubiese hecho un gran esfuerzo. Su mirada se tornó aterrada al ser consciente de que con el poder que tenía en aquel momento nada podía hacer contra él.

—Buen intento —pronunció Mabus—, pero tan insignificante como todos los anteriores.

Sonrió y elevó la mano esta vez hacia ella.

—Melanie —gimió Nicholas al ser consciente de lo que aquella bestia iba a hacer. Corrió hacia ella para cogerla y apartarla de la trayectoria, pues Melanie parecía totalmente exhausta por el esfuerzo.

El rayo salió disparado hacia ellos. Nicholas logró cogerla del brazo. Notó el mismo momento en que el rayo chocaba contra ellos quemándolos, asfixiándolos...

Gritó de dolor pero de repente todo desapareció. Nicholas aún gemía cuando alzó la mirada sin comprender lo que ocurría, siendo consciente de que de la más absoluta claridad habían pasado a la mayor oscuridad.

Un figura pasó a su lado a gran velocidad estrellándose contra Mabus y arrastrándolo hacia el otro extremo. Todos se quedaron petrificados. Otra figura, similar a Mabus, la contenía contra una de las pocas casas que quedaban en pie. Al momento, dos figuras más aparecieron a su lado.

Todas vestían igual, con largas túnicas tapando sus cabezas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el que aún mantenía a Mabus contra la pared, sujetándolo.

Scott y Dean corrieron hacia su jefe y Melanie ayudándoles a ponerse en pie.

—¿Estáis bien? —preguntó Dean.

Nicholas asintió, sin apartar la mirada de aquellas cuatro figuras que parecían conversar.

Mabus miró al que lo retenía y sonrió descarado hacia él.

—Ya te lo dije, Eligos —susurró—. Me estoy divirtiendo.

Eligos apretó más a Mabus contra la pared.

—Esto es una misión seria. Ellos se merecen un respeto —susurró indignado hacia él.

—¿Ellos? —rio divertido, como si no diese crédito a sus palabras—. La humanidad no se merece ningún respeto. No olvides cual es nuestra misión, que el convivir con ellos no te nuble la mente. Sabes para lo que hemos sido creados, para lo que llevamos esperando milenios.

Se miraron durante unos segundos, retándose, y finalmente se apartó de él dándole un fuerte empujón.

—Haz lo que has venido a hacer —pronunció mientras Alouqua y Gergund se colocaban al lado de Eligos—, pero a ellos no los toques. Sabes que los necesitamos.

Mabus puso los ojos en blanco y miró hacia los cazadores unos segundos. Luego torció su rostro hacia Eligos, con una leve sonrisa.

—Ya, tus niños, ¿no? —Se mofó de él indignado porque le quitase aquella diversión.

Eligos miró de reojo hacia los cazadores. Había esperado mucho tiempo para poder llegar a donde estaba. Ahora controlaba a la división de cazadores, los únicos que podían poner algo de resistencia a su misión, pero también eran una parte crucial en su plan para conseguir su objetivo, para lograr su misión.

Eligos se cubrió su rostro para no ser reconocido, pues hacía pocos meses se había visto con ellos en el funeral del antiguo jefe de personal de la DEA.

Alouqua se acercó a él enfadada.

—Esto no es un juego —Le recriminó.

Mabus colocó las manos ante él, como si así pudiese frenar el temperamento de la mujer.

—Está bien, está bien... como se nota que vosotros no habéis tenido que esperar ochenta años para volver —pronunció con rabia.

Eligos volvió a acercarse con ira en su rostro.

—Cumple con tu parte de la misión y deja que nosotros hagamos la nuestra. Se acabaron los juegos.

Mabus suspiró, como si se cargase de paciencia y se encogió de hombros.

—Está bien, supongo que después de esperar tanto tiempo no me va de unos días más —acabó diciendo sin darle importancia—. Y como bien dices, los necesitamos. —Se encogió de hombros—. Será mucho más divertido así.

Tal y como dijo aquello apartó a Eligos con un empujón y bajó los peldaños de la casa contra la que lo había estrellado.

Su mirada voló directamente hacia los cazadores, que aunque permanecían quietos lo miraban con rabia.

Cuando se giró de nuevo para observar a sus compañeros se dio cuenta de que habían desaparecido. Tal y como le habían dicho tenían una misión que cumplir, unos pasos que seguir y, si fallaban en alguno, su misión volvería a fracasar, como tantas veces había ocurrido en la antigüedad.

Él tenía una misión y la cumpliría. Ya habría más momentos para divertirse antes del final.

Volvió su rostro hacia los cazadores que esperaban cualquier movimiento de él.

—Me reclaman en otro lugar... —pronunció mirando directamente a Nicholas, el cual aún estaba recuperando el aliento tras verse alcanzado por el rayo—. Dicen que Nueva York es una ciudad hermosa —dijo mirándolo con odio—. Lástima que vaya a desaparecer. —Volvió a colocar sus manos hacia abajo y miró con una sonrisa endiablada hacia ellos—. Les daré recuerdos a tus amigos de Nueva York antes de que mueran.

Y tal como dijo aquello desapareció.

—¿Qué? —pregunto Adrien dando unos pasos adelante.

Christopher corrió hacia ellos junto a sus compañeros mirando de un lado a otro. En ese momento vieron como todos los vampiros alzaban el vuelo en el cielo, perdiéndose en la oscuridad. Los gritos de sufrimiento de toda la gente comenzaron a ser patentes en cada calle, ya no solo por lo que habían sufrido a manos de los vampiros, sino por el terremoto producido por Mabus que había dejado prácticamente toda la ciudad destruida, con cientos de víctimas.

—¿Dónde está? —preguntó girando sobre sí mismo, al igual que todos—. ¿Ha desaparecido?

—¡Llama a Sam! —gritó Nicholas—. ¡Llámala, vamos! Diles que abandonen la ciudad de inmediato. ¡Ya!

Christopher cogió el móvil y mientras marcaba el teléfono se giró para observar que los lobos y Laurel corrían hacia él. Pese a los nervios que lo consumían notó como se relajaba levemente al verla.

—Hola, Chris —pronunció Sam al otro lado de la línea, con voz dormida—. ¿Qué haces llamándome? Son las tres de la madrugada.

—Sam, escúchame —gritó ante la mirada atenta de todo el equipo, incluso de Laurel que llegaba a su lado y se abrazaba a él. Christopher la acogió junto a su pecho rodeándola con su brazo—. ¡Salid de la ciudad! ¡Tenéis que abandonar Nueva York! ¡La bestia se dirige hacia allí!

—¿Qué? —preguntó confundida.

—¡Va a destruir la ciudad! ¡Tenéis que iros ya!

—¿Chris? ¿Chris? —comenzó a gritar Sam—. ¿Qué...? No escucho... Interferencias.

Christopher miró a Nicholas aterrado.

—¡Sam! ¡La bestia se dirige hacia allí! ¡Destruirá Nueva York! ¡Salid de ahí!

—¿Chris? No...

En ese momento la línea se cortó.

La isla de Bedloe era un símbolo de libertad, de igualdad entre todos los seres humanos. Un lugar precioso desde donde poder obtener unas hermosas vistas de la ciudad de Nueva York.

Mabus caminó sobre el césped cuidado y recién cortado que rodeaba aquel preciado monumento. La estatua de la libertad se alzaba presidiendo la majestuosa ciudad.

Pese a que la oscuridad reinaba a aquellas horas la ciudad emitía tanta luz que podía distinguir como en el puerto de marítimo de Nueva York seguía paseando gente, aunque fueran altas horas de la noche. Era una ciudad en constante movimiento, una ciudad que en breve... desaparecía.

Caminó con calma, tomándose su tiempo, como si dispusiese de una eternidad hasta llegar al muelle. Hacía horas que nadie paseaba por la isla, pues el último ferry salía por la tarde. Nadie había allí excepto la seguridad que se encargaba de velar la zona.

Se dirigió al muelle de madera donde atracaban los ferry trayendo a miles de turistas al día y contempló la ciudad durante unos largos minutos, como si quisiese grabarla en su memoria.

Colocó sus manos hacia abajo y una potente luz volvió a surgir de ellas. Ya era hora de ponerse en serio. La diversión había estado bien, pero ahora el tiempo comenzaba a agotarse y el día señalado se aproximaba. Debía ponerse manos a la obra y dejarlo todo preparado para el día final.

El mar que estaba en calma comenzó a agitarse.

Nathan cogió a Eric en sus brazos y ni siquiera se removió, pues estaba profundamente dormido. Salió de la habitación a toda prisa.

Josh corría por el pasillo mientras marcaba de nuevo el número de teléfono de Christopher.

—No da señal —gritó hacia el resto del equipo. Miró a Sam asustado—. ¿Estás segura de lo que te ha dicho?

—La llamada se ha cortado. Pero lo he entendido perfectamente. Ha dicho con toda claridad que la bestia se dirige hacia aquí, que va a destruir la ciudad.

Se giró y miró al resto de sus compañeros y sus parejas.

—Está bien —pronunció agitado—. Sean, Brad, intentad coger todo lo necesario. Ryan y Jason preparad los todoterrenos.

—No hay tiempo de coger todo lo necesario —dijo Sam asustada—. ¡Christopher me ha dicho que abandonemos la ciudad ya!

En ese momento un temblor sacudió su nave haciendo que todos se detuviesen.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ryan mirando asustado a su jefe.

Josh no esperó.

—¡A los todoterrenos ya! Vamos, vamos, vamos... —corrió hacia las escaleras seguido de todos. Cogió de la mano a Sarah, la acercó a él, igual que todos sus compañeros hicieron con sus parejas y fueron hacia la planta baja.

Nathan corrió con su pequeño en sus brazos. A la que llegaron al todoterreno abrió la puerta y se introdujo en el asiento trasero. En ese momento Eric sollozó.

—Shhh...ya está —intentó calmarlo para que el pequeño no se pusiese a llorar.

Samantha entró por la puerta sentándose a su lado, mientras manejaba el teléfono en sus manos marcando el número del resto de sus compañeros. Ninguno daba línea.

—¿Qué es eso de la bestia? —preguntó Naomi sentándose en la parte de atrás del todoterreno junto a Sean.

—No tenemos ni idea —contestó Brad.

Brad se puso al volante mientras Lucy se sentaba en el asiento del copiloto y el resto de sus compañeros se sentaban en el otro todoterreno.

La puerta del garaje se abrió y ambos salieron derrapando de la nave. Brad conectó la radio para hablar con el otro todoterreno.

—Josh, ¿hacia dónde nos dirigimos?

—Afuera de la ciudad —contestó la voz de Josh a través de la radio.

Salieron del polígono industrial haciendo derrapar los todoterrenos cuando el temblor en la tierra comenzó a hacer que los coches vibrasen.

La voz de Josh volvió a alertarlos.

—Un terremoto.

—Lo notamos —contestó Brad.

En ese momento el pequeño Eric comenzó a llorar.

—Shhh... shhh... calma pequeño —dijo Sam mientras cogía a su hijo en brazos—. Ya está.

—Mierda —rugió Brad al notar que el terremoto se hacía más potente—. ¡Está cobrando intensidad! —gritó al notar que el todoterreno daba bandazos de un lado a otro.

A la que lograron salir del polígono y se acercaron a la ciudad para tomar la autopista que les llevaría a las afueras fue imposible continuar con los todoterrenos, pues la circulación era demasiado difícil.

—Abandonad el todoterreno —Le ordenó Josh—. Iremos a pie.

Brad detuvo el todoterreno mientras este se movía de un lado a otro. En cuanto bajaron se dieron cuenta del caos que se estaba formando en la ciudad, pues la gente corría por las calles mientras los edificios comenzaban a desplomarse.

—Ahhh... mierda —gimió Sarah mientras caía sobre el asfalto, pues ni siquiera podía mantenerse en pie.

Josh la cogió y miró a sus compañeros.

—Nos moveremos rápido hasta las afueras, vamos —dijo sujetando a Sarah contra él. Al momento ella se abrazó.

Al menos, con su velocidad, se moverían más rápidos incluso que con los todoterrenos, y gracias a sus reflejos no les costaría esquivar los derrumbes.

—Sam, poténcianos —pidió Josh, pero se giró hacia ella al no notar nada—. Sam.

Todos se volvieron para observar. Sam permanecía de espaldas a ellos, con la mirada clavada en el horizonte.

—Dios mío —susurró Sam mientras sujetaba a su niño con fuerza contra su pecho, dando pasos hacia atrás.

Todos miraron hacia el horizonte. Una pared de agua de al menos treinta metros se acercaba a una velocidad extraordinaria hacia la ciudad.

—¿Es un tsunami? —preguntó Ryan.

Lo primero que hicieron fue mirar hacia toda la gente que corría en su dirección, como si así pudiesen huir de aquella enorme ola que se dirigía hacia ellos. En ese momento fueron conscientes de la catástrofe. Christopher tenía razón, la ciudad iba a ser destruida. Todas aquellas personas morirían. Por mucho que corriesen, por mucho que intentasen esconderse, no había salvación posible.

Sam se giró hacia Nathan y le dio al bebe.

—Corre —le suplicó.

Nathan cogió al pequeño con un brazo pero con el otro la sujetó a ella al ver que se giraba mirando la ola.

—¿Qué haces? ¡Tenemos que irnos! —gritó mientras la gente comenzaba a pasar a su lado, echando miradas furtivas hacia atrás, gritando de terror.

—Tengo que intentar detenerlo —gritó ella intentando soltarse.

—Sam, no... ¡no puedes! ¡Es imposible que detengas eso!

Ella se acercó, con la mirada decidida.

—Si no lo intento todas estas personas morirán —Le devolvió el grito.

—¡Hay que irse! —volvió a gritar Josh interrumpiéndolos.

Nathan la miró apretando los labios y luego observó a toda la gente correr a su alrededor. Sabía que con su velocidad podrían escapar sin problemas, pero Sam tenía razón, toda aquella gente moriría.

Se movió rápido hacia Sean y le tendió a Eric.

—Toma, cógelo.

—¿Qué haces? —preguntó Sean asustado cogiendo al bebé.

—Sácalo de aquí, vamos. ¡Marcharos!

Sam se acercó por su espalda.

—No, ve tú también —gimió ella.

—No pienso dejarte —pronunció Nathan cogiéndola de la mano—. Intentarás detenerlo, pero si no es posible te sacaré de aquí aunque sea lo último que haga —pronunció con fuerza.

Josh lo miró y luego observó hacia el horizonte. La ola tocó tierra en ese momento haciendo que el temblor se incrementase más aún y los primeros edificios en la línea de costa desapareciesen. Volvió a mirar a su compañero no muy seguro pero Nathan le indicó con un movimiento de cabeza a que se alejasen.

—Vamos en seguida —pronunció intentando calmarlo. Luego miró a su hijo y a Sean que lo mantenía en sus brazos—. Protégelo.

Sean se colocó en bebé en un brazo y con el otro cogió a Naomi por la cintura acercándola a él.

—Ahora nos vemos —dijo con convicción.

Nathan y Sam aceptaron mientras miraban a su pequeño.

Segundos después todos habían desaparecido.

Sam miró hacia el final de la calle, sabía que Sean y todos cuidarían de su hijo si les ocurría algo. Se giró y notó como Nathan la cogía de la mano.

—¿Podrás detenerlo? —preguntó alzando la mirada hacia arriba, pues la ola avanzaba sin tregua sumergiendo la ciudad.

Sam inspiró intentando coger fuerzas y dio un paso hacia delante, concentrándose.

—Tengo que intentarlo —susurró.

Nathan se colocó a su espalda preparado para cogerla si hacía falta. Con su velocidad más la potenciación de Sam podrían abandonar la ciudad sin problemas pero, ¿qué sería de toda aquella gente?

El viento huracanado del avance de la ola llegó hasta ellos haciendo que sus cabellos se moviesen hacia atrás.

—Nathan suéltame o te dejaré chamuscado —dijo mientras quitaba las manos de su cintura—. Quédate detrás de mí.

Aunque aquello no le gustó se obligó a soltarse, pues sabía que la descarga eléctrica que crearía Sam para formar el escudo podría acabar con su vida.

Una luz azulada comenzó a formarse alrededor de ella mientras extendía los brazos hacia los lados y cerraba los ojos intentando concentrarse. Ya lo había hecho una vez para detener el avance de los lobos de Brooklyn a Manhattan, pero aquella vez debía ser mucho más fuerte, tanto como que el impacto del escudo detuviese la ola.

—Vamos, Sam —imploró Nathan mientras la ola se acercaba más.

Un destello de luz iluminó toda la calle mientras una pared azulada se formaba ante ellos. Nathan dio otro paso hacia atrás. La ola avanzaba sin tregua, destruyendo todo a su paso, haciendo desaparecer los altos rascacielos.

Sam gimió ante el esfuerzo, mientras abría los ojos y comprobaba el avance de la ola arrastrando en ella a todas las personas que corrían en su dirección.

—¡Sam! —gritó Nathan—. Hazlo, ¡vamos!

Sam tomó impulso con sus brazos y con todas las fuerzas que pudo impulsó hacia delante el escudo a gran velocidad.

Gritó por el esfuerzo mientras extraía todas las fuerzas de su cuerpo, dándole a aquella pared azulada que había creado la fuerza máxima posible para detener el avance del mar.

Continuó con los brazos extendidos hacia delante, incluso empujando con su propio cuerpo la energía que cobraba cada vez más velocidad y fuerza.

Nathan miró atento mientras se colocaba justo detrás de ella para cogerla si fuese necesario. La ola estaba demasiado próxima ya.

Miraron con el corazón encogido hasta que la pared de energía chocó con fuerza contra la ola. Aguantaron la respiración durante un segundo, hasta que comprendieron que nada podía frenar la fuerza que tenía el mar.

Pese a que chocó con gran intensidad ni siquiera ralentizó su avance. Sam tuvo que inclinar su cuello hacia arriba para observar la cresta de la inmensa ola que superaba los treinta metros de altura. Aquello había sido una locura.

—¡No! —gimió ella al ser consciente de que su poder no serviría de nada.

Nathan la cogió por la cintura de inmediato.

—Hay que irse —gritó Nathan.

—¡Morirán! —gritó ella desesperada—. ¡Morirán!

Nathan la apretó contra él.

—¡Has hecho lo que has podido! —gritó, pues el sonido que producía la ola y el derribe de los edificios era ensordecedor—. ¡Hay que alejarse o nosotros también moriremos!

Sam gimió contra su pecho cuando elevó su mirada de nuevo hacia el punto más elevado de la ola. No acabaría solo con Nueva York. La inmensidad y la fuerza que llevaba el mar arrasaría también con Nueva Jersey e incluso Filadelfia.

Sam aún luchaba por soltarse de él e intentarlo de nuevo cuando Nathan se movió a gran velocidad a través de las calles de Nueva York sujetándola contra él.

—¡No! —gritó desesperada al ser consciente de lo que aquello significaba.

—Poténciame Sam, necesito que me potencies —urgió mientras aumentaba su velocidad. Pues la ola destruía todo varios metros por detrás de ellos.

Sam se sujetó con fuerza a sus hombros mientras observaba como toda la ciudad desaparecía ante el avance del agua. Pasarían muchos años hasta que la ciudad volviese a ser la misma tras aquello.

Se concentró y potenció a Nathan que al momento consiguió mucha más velocidad permitiéndoles poner una distancia de seguridad.

Aún así, mientras se alejaban, no dejó de mirar fijamente la inmensa ola engullir a su paso la ciudad que se había convertido en su hogar aquellos últimos años. Mientras notaba como el corazón se encogía ante lo que aquello representaba. Las miles de vidas que se estarían perdiendo en ese momento. Todo lo que amaba, lo que conocía, desaparecería dejando tras ella una oleada de destrucción y dolor.

Dos semanas después
—Chicago—

Llevaban dos semanas viviendo en una casa en Chicago. Tras lo sucedido en Nueva York la división de allí se había trasladado junto a la de Nicholas hasta recibir nuevas órdenes.

—¿Quién es tu tío más guapo, eh? —preguntó Christopher mientras elevaba a Eric hacia arriba. El bebé medio adormilado pareció hacer una sonrisa—. Ja, le caigo bien —sonrió a Samantha sentada a su lado.

—¿Cómo no les vas a caer bien? Eres su tío —ironizó ella—. Pero deja de auparlo así o acabará vomitando.

Christopher lo bajó en seguida. Sonrió hacia Lauren que se colocó a su lado y cogió la manita del pequeño.

—Qué guapo es —comentó a Samantha. Ella devolvió una sonrisa tierna.

—¿Cómo está el inspector Trevor y Barry?

Laurel hizo una mueca de desagrado.

—Siguen ingresados, aunque creen que al inspector le podrán dar el alta esta semana.

Ryan corrió hacia ellos con el mando de la televisión en la mano.

—Eh, eh... escuchad —dijo subiendo el volumen.

Todos prestaron atención a la televisión.

—El terremoto de nueve coma dos en la escala Richter que ha azotado Francia, ha tenido su epicentro en París, y ha llegado a sentirse en el sur de Inglaterra y Bélgica. Desde que la tierra parisina tembló destruyendo prácticamente París ha habido cinco réplicas, la última hace escasos veinte minutos con una potencia de siete coma tres en la escala Richter.

Todos resoplaron cuando las grabaciones del terremoto se retransmitían. Los edificios caían, las carreteras se abrían, e incluso la torre Eiffel desaparecía. Aquello era sobrecogedor.

Josh se giró hacia todos consternado por la noticia. Hacía dos semanas que habían tenido que huir de Nueva York, pues un enorme tsunami había destruido la ciudad y los alrededores. La ciudad había quedado sumergida llevándose infinidad de vidas por delante, pero ahí no había acabado. Las anteriores semanas las catástrofes naturales se habían ido sucediendo con cierta asiduidad, pero desde la destrucción de Banff y de Nueva York se habían incrementado. Cada vez había menos tiempo entre una catástrofe y otra.

La última había ocurrido hacía dos días, cuando en Rusia se había declarado uno de los incendios más catastróficos de toda la historia arrasando miles de hectáreas y que aún ni siquiera estaba controlado.

“Yo soy la llama que extinguiré los bosques, el temblor que azotará las ciudades,

el que sumirá a todo este mundo en la oscuridad más absoluta. Todo cuanto conocéis dejará de existir” había dicho Mabus, y parecía que tenía razón, pues el mundo se estaba transformando en algo siniestro. Las millones de vidas que se habían perdido aquellas últimas semanas, las ciudades que habían dejado de existir. La tierra se estaba transformando, y no precisamente en algo mejor.

—Esto va a peor —pronunció Taylor colocándose frente a Christopher—. Déjame —dijo mientras le quitaba a Christopher el bebe de los brazos—. Ven con tu tío más guapo —sonrió hacia el pequeño.

En ese momento el mando de la tele voló hacia la cabeza de Taylor y se estrelló contra ella.

—Eh —Se giró hacia atrás indignado—. Estaros quietos.

—Nosotros no hemos hecho nada —se excusaron sus compañeros desde atrás.

—Mmmm... —Samantha comenzó a reír—. Eric hizo el proceso de cambio a los cinco días de nacer. Parece que la telequinesia va a ser uno de sus poderes.

—Como su tía Evelyn —dijo ella orgullosa.

Taylor miró al pequeño con una ceja enarcada.

—Así que golpeando a tu tito Taylor —bromeó hacia el niño, luego ladeó su rostro hacia el lado observándolo—. Da igual, eres adorable igualmente —cogió al pequeño y comenzó a hacerle una pedorreta en la barriga. Aunque tuvo que parar cuando el sonajero lo golpeó en la frente con bastante fuerza—. Ahhhh... menudo peligro tiene este niño —Se quejó.

Christopher cogió la mano de Laurel y le medio sonrió. Al menos, estaba con él, y ambos estaban bien. Lo que estaban viviendo desde que la bestia había sido invocada era diferente a todo lo que habían vivido. Vampiros, hombres lobos, brujas... pero nada se igualaba al poder de Mabus, ni siquiera sabían si podrían detenerlo. Pero al menos, el tener a Laurel a su lado lo calmaba, mientras ella estuviese junto a él todo iría mejor. Era extraño como había pasado de no poder casi estar con ella en la misma habitación a no poder separarse ni un segundo. Se había convertido en una de las personas más especiales de su vida, y debía admitir que poco a poco se había ido ganando su corazón.

—Está empeorando —pronunció Adrien mirando con fastidio la televisión. Luego se giró hacia Josh y resopló—. Y parece que no va a mejorar.

—Pero debe haber alguna forma de acabar con él, de frenar estas catástrofes —indicó Scott.

—Ya hemos visto todos de lo que es capaz —recordó Dean—. No pudimos acercarnos, ni siquiera Melanie pudo —dijo señalándola.

Ella dio un paso al frente, con actitud mosqueada.

—Estoy practicando cada día, me estoy haciendo más fuerte. Os aseguro que podré contra él.

Todos la miraron y suspiraron. En ese momento Nicholas abrió la puerta y entró en el salón de la enorme nave industrial que les habían aclimatado para aquellos días.

—El problema es que el tiempo se nos agota —comentó hacia Melanie como si hubiese escuchado su última frase. Luego les mostró un documento a todos—. Tenemos nuevas órdenes. —Josh fue hacia él—. A vosotros os reubican en Florida hasta que Nueva York vuelva a ser habitable.

—¿Y nosotros? —preguntó Christopher acercándose a él.

—Volvemos a Banff —respondió molesto—. Tenemos órdenes expresas de volver y asegurarnos de que los vampiros han abandonado la zona.

—¡Pues claro que han abandonado la zona! —pronunció Christopher de los nervios—. Lo vimos todos. Cuando Mabus se marchó ellos también lo hicieron. —Nicholas se removió inquieto y asintió a lo que su jefe explicaba—. ¿No vamos a ir a por él? ¿Nos vamos a quedar quietos?

—Son órdenes directas de Eligos —remarcó Nicholas.

—A la mierda Eligos —intervino Scott—. Lleva como jefe de nuestra unidad pocos meses. Jones nos hubiese enviado a por él —dijo con contundencia, haciendo referencia a su ex jefe de unidad, que precisamente murió a manos de Mabus.

—Eso mismo digo yo —continuó Christopher—. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Él mismo dijo lo que haría, el mundo que conocemos desaparecerá si no lo detenemos.

—¿Pero cómo damos con él? —preguntó Nicholas de los nervios—. Es imposible, y aunque lográsemos encontrarlo, no podríamos hacer nada.

—Algo debe haber —intervino Dean.

Samantha avanzó hacia Taylor y le cogió el bebé.

—¿Y por qué no consultáis a un oráculo? —preguntó ella.

Todos arqueando su rostro hacia Sam como si aquel comentario les hiciese gracia.

—Vamos, Sam... sabes que ahora mismo no hay oráculos en activo —Le dijo Christopher—. Creo que los tres que quedaban están inactivos.

—Jubilados —dijo Dean encogiéndose de hombros—. Pero igualmente podríamos contactar con alguno. No creo que se negasen a ayudar con la que está cayendo.

—¿Pero qué decís? —preguntó ella como si no diese crédito—. ¿No os acordáis de cuando estuve en el Pentágono? —Todos la miraron sin comprender a lo que se refería. Ella resopló—. Os lo dije —pronunció indignada—. Vale que hace años ya pero... arggg... ¿acaso me escucháis cuando os hablo?

Nicholas dio unos pasos al frente.

—No te andes con rodeos. Dinos... —Luego estiró los brazos hacia ella—. Y déjame al niño.

Ella suspiró y le pasó a Eric.

—Había una chica en el Pentágono que tenía el don del oráculo. Pero si os explique que era amiga mía —Se quejó—. Vale que no estaba cada día con ella pero nos conocíamos —Estiró los brazos hacia ellos—. Os he hablado varias veces de ella. De hecho, cuando le enseñé a Evelyn como localizar a gente mediante objetos os hablé de ella. Os dije que ella lo hacía siempre para localizar a un chico que le gustaba.

—Algo me suena —indicó Nathan.

—Sí, a mí también —asintió Josh.

Ella resopló de nuevo.

—Pues es un oráculo. Lo que creo que dejó el Pentágono en su segundo año. No le gustaba mucho eso de las normas.

—¿Sabes cómo localizarla? —preguntó Scott.

—Hombre pues... hace años que no sé de ella. No mantengo el contacto.

Nicholas resopló y miró a Christopher.

—Christopher, por favor... ¿puedes hablar o enviar un email a recursos humanos? Quizá puedan indicarnos dónde está o dónde localizar al resto de oráculos.

—Se llama Cintya —Le recordó Sam.

Christopher asintió y cogió a Laurel de la mano. Se dirigieron a la planta superior. La estructura y la organización de aquella nave industrial le recordaba mucho a la de Nueva York, muy diferente a las que habían tenido en Canadá, pero ahora, en breve, volverían. Eso sí, ellos no podía estarse quietos, debían hacer todo lo posible para intentar detener aquello. Debían ponerle fin o algo les decía que acabaría muy mal.

—¿Qué haces? —preguntó Laurel mientras entraban a la enorme oficina y le indicaba que se sentase a su lado.

Christopher encendió el ordenador.

—Voy a enviar un email al pentágono. —Luego sonrió hacia ella—. Tenemos el departamento de recursos humanos, hay fichas de todos lo que hemos pasado por allí.

—¿Ah, sí? —preguntó sorprendida.

—Sí, hay muchas cosas que aún tengo que explicarte. Ya habrá tiempo —dijo besando su mejilla mientras tecleaba ya en el ordenador.

Laurel suspiró y miró a Christopher con una ligera duda en su mirada.

—¿Seguro que habrá tiempo? Esto... esto no pinta nada bien.

Christopher la contempló unos segundos. Tenía razón. Aquella era la peor amenaza a la que la humanidad se había enfrentado, de hecho, ni ellos mismo comprendían de lo que se trataba realmente, pero estaban dispuestos a adivinarlo y ponerle fin. Aquel era su trabajo, para ello vivían, para garantizar la protección de la humanidad, y eso mismo pensaban hacer.

—Por supuesto que lo habrá —pronunció con contundencia, antes de volver la mirada hacia la pantalla—. Le preguntaré por los oráculos en activo, los inactivos y concretamente por la amiga de Sam.

—¿Y qué hace un oráculo?

En ese momento Christopher se removió como si no lo supiese muy bien.

—Pues creo que tiene las respuestas que buscas, ¿no?

—¿Me lo preguntas a mí? —rio Laurel.

Él se encogió de hombros.

—Sea como sea seguro que un oráculo puede ayudarnos.

Escribió el email y lo envió.

—¿Y tardan mucho en contestar? —preguntó mientras se ponía en pie.

—No, no suelen tardar mucho. Aunque ahora con todo el lío que hay montado supongo que tardarán algo más.

Ella afirmó y se quedó observándolo, igual que ella a él, mirándose durante unos segundos hasta que finalmente Laurel reaccionó.

—Bien, pues... —pronunció esta vez con una sonrisa—. ¿Vamos abajo con todos?

—No —respondió él cogiéndola de la cintura.

—¿No? —preguntó divertida, mientras ascendía su mirada hasta la de él.

Él negó con su rostro mientras se acercaba.

—No. —La besó con delicadeza y pasó una mano por su cabello, acariciándola—. Bajaremos, pero en un rato —pronunció antes de fundirse en un apasionado beso con ella.

Todos eran conscientes de los duros tiempos que se acercaban y sabían que lo peor estaba por llegar, pero no descansarían hasta solucionar el problema y devolver la calma a aquel mundo agonizante.

FIN

Agradecimientos

En primer lugar, como siempre, a la editorial Romántic. Gracias por apoyarme siempre y hacer mi sueño realidad. Es un privilegio poder publicar con vosotros.

A mi pareja, que hemos pasado unos momentos difíciles pero los dos los hemos superado, el uno junto al otro, haciéndome consciente de la suerte que tengo de tenerte a mi lado. Gracias por compartir esta ilusión conmigo.

Y a todas mis lectoras. No me canso de agradeceros todo el apoyo que recibo y el cariño. Sin vosotras estas novelas no verían la luz, así que de todo corazón, muchas gracias por estar a mi lado.

Espero que hayáis disfrutado mucho de esta novela y os haya hecho pasar un buen rato.

Un abrazo.
Maríah.